

**Fernando
Fernán-Gómez**

*El viaje
a ninguna parte*

Prólogo de José Luis Alonso de Santos



Lectulandia

España en la posguerra. Carlos, un hombre de mediana edad al que acompañan su padre, su hijo, una prima jovencita, otra prima, su novia y un amigo forman la compañía de teatro Iniesta-Galván, que viaja por los pueblos de Castilla la Mancha ofreciendo lo mejor de sus actuaciones. Con el trabajo se entremezclan conflictos, surgen amores y desamores, dolorosas separaciones y encuentros felices, todo ello con el telón de fondo de los problemas económicos y el hambre, pero también con la posibilidad, escasa pero no nula, de realizar el sueño de alcanzar el triunfo.

La aparición del cine y la incipiente modernización de España constituyen el marco histórico de *El viaje a ninguna parte*, que nos habla del ocaso del teatro ambulante en la España rural de principios de los años cincuenta.

El viaje a ninguna parte empezó como radionovela, en 65 capítulos, de entre 15 y 20 minutos, que comenzaron a emitirse en Radio Nacional de España el 3 de Octubre de 1983. Fue, seguramente el canto del cisne de este género, ya que a partir de entonces, la radio, como ficción, dejó de funcionar.

En 1986 se estrenó la adaptación al cine, dirigida por el propio Fernán-Gómez y protagonizada por José Sacristán, Laura del Sol, Juan Diego, María Luisa Ponte y Gabino Diego. La película tuvo un gran éxito comercial y de crítica, y obtuvo 3 premios Goya.

Lectulandia

Fernando Fernán-Gómez

El viaje a ninguna parte

ePub r1.0

Artifex 28.09.13

Título original: *El viaje a ninguna parte*

Fernando Fernán-Gómez, 1985

Diseño de portada: Toño Benavides

Editor digital: Artifex

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Eduardo Haro Tecglen,
por su áspero amor a los cómicos y al teatro.

Prólogo

José Luis Alonso de Santos

Debo aclarar en primer lugar que no soy objetivo al hablar de Fernando Fernán-Gómez, pues es una persona por la que siento un gran afecto, no por nuestra relación personal, que hemos tenido muy poca, sino porque siempre he sentido su trabajo como algo cercano y entrañable para mi sensibilidad.

Conocemos a Fernando Fernán-Gómez por su extensa obra como actor, director y escritor a lo largo de más de medio siglo, y todos sus trabajos en esos diferentes campos, en cine, teatro, televisión y literatura, tienen una característica común, un toque personal y único que los unifica.

Hay un delicado humanismo en su obra, una sorpresa vigilante ante el misterio de nuestros actos, hasta de los más cotidianos. Sus personajes tratan, ante todo, de sobrevivir, tarea bastante titánica ya que las circunstancias que les rodean suelen poner a prueba su medida como seres. Surge entonces toda su ironía y ternura por sus criaturas, ya que sus personajes no son grandes héroes trágicos que acepten gustosos su dimensión heroica, sino personas normales cuya grandeza consiste en la aceptación de sus limitaciones. Aceptación que hacen, eso sí, con mucha dignidad, buscando siempre —por muy peculiares que sean sus circunstancias— el respeto propio y ajeno.

Otra de las constantes en la obra de Fernando Fernán-Gómez es, creo yo, el miedo. Sus personajes están desposeídos de poder y temen —como inocentes, se sienten sospechosos— al que puede ejercer ese poder sobre ellos. Y más en un país como España, en el que —como dice el autor— siempre hay que ir con mucho cuidado. Por eso el poder, y sus órganos representativos, será una de las fuerzas negativas con la que sus personajes tienen que vivir.

En este Viaje a ninguna parte, como en el resto de su obra, el autor nos reconforta, incluso en los momentos más duros de su peripecia por medio de esa gran arma comunicativa que maneja con perfección: el humor. Es un humor compasivo y humano, que descarga a los acontecimientos de la pesadumbre que aparentemente tienen. Ese humor hace que sus pequeños seres se engrandezcan en la lucha con un entorno hostil. Son tipos, tan definidos bajo un punto de vista humano, que hacen creíble todo lo que les ocurre.

Es una literatura, pues, de personajes, llena de oralidad y de imágenes. Por eso ha podido pasar al cine con tanta facilidad. Da la impresión que nació en la mente del autor como seres vivos en imágenes, antes que como literatura.

El mundo del teatro de las compañías populares itinerantes de una época

histórica, en el momento de su crisis y desaparición, es aquí una metáfora del río de la vida pasando, indiferente, sobre los que caminan con sus pequeñas historias por sus orillas. No es necesario que les cuente el argumento ni los acontecimientos de esta historia ya que si están ustedes leyendo estas líneas es que piensan a continuación leer la novela, y no les haría ningún favor anticipándoles datos y eliminando el placer de la sorpresa, uno de los elementos principales de la ficción literaria. Lo que sí puedo decirles es que es todo un fresco realista e irónico sobre el misterio de la existencia, de nuestras costumbres, deseos y sueños. En este gran teatro del mundo tenemos que inventarnos el personaje que somos cada día para poder seguir viviendo, nos dice el autor. Y lo más honesto que podemos hacer en ese viaje es tirar para adelante con nuestras maletas, aunque no sepamos muy bien adónde vamos, sin mentirnos, aceptándonos como somos, ni un centímetro más altos, ni más heroicos, ni más nobles, ni más magníficos.

Nos han enseñado —parece decirnos en esta novela— que todo a nuestro alrededor es bueno y somos nosotros los que no estamos a la altura conveniente. Fernando Fernán-Gómez no deja que aceptemos ese papel de víctimas avergonzadas por no saber hacer el papel que nos ha tocado, y nos dice —al decírselo a sus personajes— que hay que vivir pase lo que pase, sin creer demasiado en nada, y que si alguna obligación tenemos es la de tratar de ser lo más felices y auténticos que podamos. Lo demás son cuentos. Siguiendo este principio, él disfruta al escribir, nosotros al leer sus obras, y sus personajes al encarnar el imaginario de millones de seres a los que representan, con sus deseos y esperanzas.

Es por todo ello por lo que las pequeñas cosas y las pequeñas gentes de sus obras, esconden esta sorprendente grandeza. La vida pasa sin preocuparse de nosotros, pero esa búsqueda que hacemos de la supervivencia y la dignidad humana, es siempre la principal fuerza que mueve la tierra.

El escritor crea esa galería de seres en los que nos muestra a la vez sumergido y distanciado, conmovido y compasivo, irónico y profundo. Nos muestra así un retablo de desahuciados de la historia, estampas de un fracaso que es herencia de la mejor picaresca española y toda la literatura de antihéroes y supervivientes.

Entra en ese mundo siempre con un sentido del humor lúcido e indulgente. La vida es difícil, pero merece la pena intentar salir adelante y sentirnos estupendos por el solo hecho de intentarlo, nos dice en ese saborear constante de pequeñas felicidades y desgracias cotidianas, creando así un vínculo de unión afectiva entre el lector y los personajes.

El humor surge en sus líneas como venganza a las limitaciones y como punto de vista humano a esta dura aventura que es cruzar la selva de este mundo con tan poco equipo para el camino.

Es también el autor un cazador de añoranzas de toda una época pasada, dura e

injusta según él, pero entrañable, porque allí quedaron partes importantes de nuestro pasado.

Por último, otra de las grandes virtudes que tiene este autor —tal vez la más importante— es que no se coloca por encima de sus lectores, no trata de mostrarnos su sabiduría, ni hace alardes retóricos con el lenguaje, sino que comparte con nosotros sus dudas y perplejidades. Utiliza el lenguaje como comunicación intencionada, sobre todo el que coloca en los diálogos de sus personajes. Se dibujan así los seres por sus palabras, con sus deseos profundos, y su sentido de la vida. Vemos sus conflictos, sus metas, sus emociones, y sus relaciones con el entorno y consigo mismo, su posición social, y sus logros y fracasos. El lenguaje de cada uno marca, además, los contrastes con los demás, ya que les da la singularidad y peculiaridad de cada momento. Es decir, gracias a lo que dicen «les conocemos» y «conocemos lo que les pasa». Se tiene la sensación al leer a Fernando Fernán-Gómez, de que es un amigo con el que hablamos de forma cercana, entrañable e irónica, de esa cosa difícil, asombrosa y tantas veces cómica, que es nuestro viaje a ninguna parte.

CAPÍTULO 1

El teatro es otra cosa

Hay que recordar... Hay que recordar... Más alto, por favor. La música, digo. ¿Puede estar un poco más alta? Así, así... Sí, me acuerdo, me acuerdo muy bien. Estos que cantan son el Trío Calaveras, y la canción, un bolero, se llama *Caminemos*.

¡No, no es el Trío Calaveras! ¡Son Los Panchos! Han pasado ya tantos años... Pero son ellos, estoy seguro.

Sí, Los Panchos... A Los Calaveras los vi sólo una vez, cuando se despedían de Casablanca, una «sala de fiestas», como se llamaban entonces.

Aquella noche, después de cerrar, nos quedarnos unos cuantos con los calaveras. En aquel tiempo obligaban a cerrar esos sitios muy pronto. Cosas de Franco, que como él no salía de noche... Su niña, sí, su niña sí que salía con amigos y amigas. A veces se la veía en las salas de fiestas, cuando había una atracción importante. Aún recuerdo su belleza, entre aristocrática y gitana, su mirada oscura... La recuerdo, sí, sí... Ella y las amigas de su mesa estaban siempre muy bien vestidas, es natural. Los dueños de esos locales también obligaban a vestirse bien a las chicas, pero era otra cosa. No había ni punto de comparación.

Como digo, nos quedamos unos cuantos. Un hombrecillo flaco, ondulado, atildado, con flor en el ojal, chilló con voz aguda y descaradamente amariconada:

—¡Bueno, ya estamos los cabales!

—Marceliano, dile a Molina que saque el champán —ordenó el dueño.

—¡Qué generoso, don Leandro! —celebró el marica.

Maruja Asquerino, que andaba por allí, suplicó seductora:

—Anda, Raúl, cantaros algo, que no se diga. El *calavera* Raúl trató de excusarse.

—El trabajo ha terminado, hermana; no por hoy, sino por la temporada.

—¡La despedida, hombre, la despedida! —insistió Maruja. A la petición se sumó el del ojal florido.

—¡Que hay gente importante! ¡Están aquí los mejores artistas del mundo!

—¡Que canten, que canten, que canten! —pidieron varias voces a coro.

Y cantaron esa canción mejicana, de amor y de despedida, tan triste: *La barca de oro*.

Por el champán, por la despedida o por el amor, a algunos de aquellos golfos y golfas se les saltaban las lágrimas.

Siempre se ha dicho de los artistas que somos aves nocturnas. Los artistas y los golfos. Para la gente somos todos uno. Aquella noche estaban en Casablanca Jorge Mistral, Lola Flores y la que he dicho antes, María Asquerino. Qué hermosura de

mujer. Maruja, la llamaban entonces.

Yo, en persona, casi no conocía a nadie. Eran artistas de Madrid, y yo hasta hacía poco no había salido de los pueblos. Creo recordar que me había llevado a Casablanca Miguel Mihura, que acababa de descubrirme. Descubrimiento tardío, porque yo andaba ya por los cuarenta años, pero al que debo mis mayores éxitos y los años más felices de mi vida. Hasta entonces siempre había trabajado en la compañía de mi padre, un gran actor que no tuvo suerte; enamorado siempre, como yo, de su profesión, la más bella que existe.

Solíamos vivir en una fonda de Ciudad Real... ¿O de Talavera de la Reina? En fin, la fonda en que vivíamos casi todo el año, estaba en Ciudad Real, y desde allí salíamos para los pueblos de La Mancha o de La Llanada. Siempre de pueblo en pueblo. Siempre de camino, como en la canción de Los Panchos. Pero cuando ocurrió lo que ahora quiero contar, no sé si estábamos en la fonda de Ciudad Real o en una pensión de Talavera. No me acuerdo bien. Bueno, pero es lo mismo. Lo que quería contar es cuando se presentó mi hijo, aquel zangalotino.

Estaba plantado allí, muy cerca de la puerta del cuarto, y decía con un acento gallego muy leve pero perceptible:

—Vine en el correo hasta Madrid. Y de Madrid aquí, en un autocar.

No creo que yo consiguiera dar grandes muestras de seguridad con mi expresión ni con el tono de mi voz cuando comenté:

—Sí... No es mala combinación...

Dejé de apoyarme en un pie para apoyarme en el otro, y pregunté:

—¿Así que tu madre te ha mandado que vengas?

—Claro.

—Pues... no sé qué decir.

—Yo tampoco.

—Como nos hemos visto muy pocas veces...

—Nunca —resumió lacónico.

Los actores sabemos que cuando un personaje no sabe qué decir carraspea para tomarse tiempo. Yo carraspeé.

—Sí, eso es, nunca. Yo a ti te he visto en las fotos que me mandaba tu madre de vez en cuando. Tú crecías, crecías...

—Claro —confirmó, de nuevo lacónico.

—Pues..., abrázame, hombre.

Abrí los brazos. El vino hacia mí y le estreché contra mi pecho. En los instantes que permanecemos abrazados, a mí no se me ocurrió pensar más que lo que he dicho: que era un zangolotino. Me sacaba una cuarta, estaba muy flaco, tenía las piernas largas y los labios muy gordezuelos, el de abajo un tanto descolgado, y una expresión

como ausente: un zangolotino.

—Así que te llamas... ¿Cómo te llamas? —le pregunté apartándole un poco de mí para mirarle a la cara, lo que me pareció muy paternal.

—Carlos, como usted.

—Eso ya lo sé, hombre —mentí—. Digo de apellido.

—Piñeiro López, como mi madre. No llevo el apellido de usted —respondió frío, indiferente.

Como si eso fuera archisabido, pero careciera de importancia, dije con gran aplomo:

—Ya lo sé, ya. Carlos Piñeiro López. Suena bien.

—Si usted lo dice...

Me puse muy campechano.

—Pero no me llames de usted. Tutéame. Eso de llamar de usted a los padres es muy antiguo.

—Yo no le llamo de usted porque es mi padre, sino porque no le conozco.

En algunos momentos de mi vida he tenido suerte y aquél fue uno de ellos, porque antes que la conversación con mi hijo Carlitos me sumiera en la más profunda angustia, se abrió la puerta del cuarto y apareció mi padre.

—Date prisa, Carlos. Va a salir el autocar. Intentó marcharse, pero le detuve.

—Un momento, papá. Mira, te presento a mi hijo. A tu nieto.

Mi padre abrió un poco más los ojos, pero no se sorprendió demasiado.

—Ah, ¿eres tú? ¡Vaya pinta de galán joven que tienes!

Buscó mi mirada como pidiendo una confirmación. Me abstuve.

—Podrás hacer carrera —prosiguió—. Ya sabía que estabas aquí. Llevas tres días, ¿no?

—Sí.

—Pero anteayer nosotros tuvimos función en Horcajo y ayer en Peñote. Concluida la justificación, exclamó eufórico, casi conmovido:

—¡Ven a mis brazos, nieto! ¡Qué emoción, qué emoción! ¿Cómo te llamas?

Intervine, diligente:

—Carlitos, se llama Carlitos.

—Tu mismo nombre, es lógico. Y tu misma nariz, ¿te has fijado? Pero es mucho más alto. Ya te digo: un galán. Y todavía te queda un estirón. Porque tienes...

Se esforzó en calcular, inútilmente. Mi hijo le ayudó.

—Diecisiete años.

—¡Diecisiete! —dijo mi padre con asombro—. Cómo pasa el tiempo. Te divertirás con nosotros. Hoy mismo podrás ver una comedia, y mañana otra. ¿Te gusta el teatro?

Lo preguntó sin dudar de la respuesta, ensanchando la sonrisa.

—Gustarme, gustarme..., no sé.

Aquella respuesta inconcebible, inusitada, dejó a mi padre un tanto perplejo. Se repuso pronto.

—Pero ¿has ido alguna vez?

—Fui dos. Una, de pequeño, en el pueblo.

—¿Cómo se llamaba la comedia? —preguntó mi padre.

—*El príncipe y las tres brujas*.

—Ah, de niños —comentó sin poder evitar un tono ligeramente despectivo.

—¿Y qué te pareció? —pregunté yo.

—Bastante ridícula. Salían las brujas y pegaban con las escobas al príncipe. No me acuerdo de más. Era muy pequeño.

Mi padre comprendía perfectamente la opinión de su nieto. Nuestra compañía llevaba muchísimas obras de repertorio, pero ninguna infantil. Recuperada la sonrisa, movía mi padre afirmativamente la cabeza.

—¿Y la otra vez que fuiste?

—La otra función la vi en Vigo, ya de mayor. Era un asunto de familias, también una ridiculez. Pero estaban todos muy bien vestidos, eso sí.

Mi padre certificó:

—Una alta comedia. Siguió el chico:

Algunos, de bien vestidos que estaban, parecían ridículos.

Creo recordar que mi padre no pudo evitar fruncir el entrecejo. A mí me pareció conveniente aclarar:

—Nosotros hacemos, sobre todo, género cómico. Te reirás.

—¿Y qué —preguntó mi padre dándole al chico unas palmadas en el hombro—, cuándo te vuelves a Galicia?

Inexpresivo, contestó mi hijo Carlitos:

—No, no me vuelvo; díjome mi madre que me quedara.

—¿Ah, sí? —susurré.

—Eso dijo. Que si ella se había ocupado diecisiete años de mí, no estaba mal que mi padre se ocupase tres, hasta que entrase en quintas.

Carraspeé de nuevo y volví a cambiar de pie para tomarme tiempo y preparar mi defensa.

—Yo a veces ayudé. Mandé algún dinerillo, alguna cosilla.

—Sí. Lo traigo apuntado. Me lo dio mi madre.

Y mi hijo Carlitos sacó del bolsillo interior de la chaqueta una cartera mugrienta, y de la cartera un papelito que desdobló cuidadosamente. Luego leyó muy despacio, con dificultad:

—«A los dos años, desde Astorga, por un cumpleaños: cincuenta pesetas. A los cinco años, desde Talavera, por otro cumpleaños: ciento cincuenta pesetas. A los doce

años, de aguinaldo por Navidades, desde Tomelloso: tres kilos de chorizo y una botella de valdepeñas».

—Tu madre lo apuntaba todo, ¿eh? —comenté yo.

—Sí, le gusta mucho apuntar.

—Y de pronto te hizo las maletas y, hala, a buscar a tu padre.

—No, maletas no traigo. Una caja.

Terció mi padre:

—Es lo mismo.

—Pues ya os costaría trabajo encontrarme, porque nosotros, los cómicos, ya se sabe, siempre de acá para allá.

—Se ve mucho mundo en este oficio, ¿sabes? —dijo mi padre—, mucho mundo.

El chico siguió a lo suyo:

A mamá le costó, pero la ayudó el tío Marcelo. Y el tío Marcelo me dio el dinero para el viaje y la caja de madera. Mamá metió dos mudas.

—Ya —afirmé comprensivo—. Y eso es lo que traes. Dos mudas.

—Sí. Dos mudas y medio queso de teta.

—Y lo puesto.

—Sí. Y lo puesto. La chaqueta era del tío Marcelo, pero me la remetieron de espalda.

Por un instante pensé que mi pregunta quizá no fuera oportuna, pero no pude evitar hacerla:

—Y el tío Marcelo, ¿quién es? Porque tu madre cuando yo la conocí no tenía hermanos. ¿Es un primo?

—No, primo no. Es el tío Marcelo —refrendó Carlitos sin mover más músculos que los estrictamente necesarios.

Yo volvía a afirmar, de nuevo comprensivo:

—Ya. ¿Y de dónde ha salido?

—De Asturias. Él y mi madre se van a Méjico, porque en Galicia no hay trabajo. Por eso me mandaron a buscarte. Se van a trabajar a una tienda de muebles de un paisano. El tío Marcelo es carpintero. Y como mamá cose, puede hacer tapicería.

—¿Y tú...? —se interesó el abuelo—. ¿Tú qué eres, en qué trabajas?

—En nada.

—Ya tienes edad.

—Estuve de mecánico, pero es un trabajo muy sucio.

El abuelo compartía la opinión del nieto y le vino un repentino entusiasmo.

—¡El teatro es otra cosa, Carlitos, ya verás!

Hasta el cuarto llegó el sonido de un claxon. El autocar estaba a punto de partir. Mi padre se apresuró a salir, pero yo le detuve para preguntarle dubitativo:

—¿Y el chico, el hijo..., tu nieto?

—Que se venga. No se va a quedar aquí, solo, hasta mañana. Así ve la función.

Se dirigió a Carlitos:

—Hoy trabajamos en Cabezales, en el Café París.

Antes de que saliéramos del cuarto, en lo que el recién llegado colocaba debajo de mi cama la caja del tío Marcelo, mi padre me dijo en voz baja, como en un aparte de teatro:

—¿Y Juanita? Esto tendrás que decírselo a Juanita.

—Déjame de eso ahora, padre.

El autocar, lleno hasta los topes, se arrastraba penosamente, cruzando la inhóspita llanura, camino de Cabezales. Mi padre, en uno de los asientos delanteros, había pegado la hebra con su nieto.

—Tiene veneno, ¿sabes?, el teatro tiene veneno... Un no sé qué, un misterio. Hay gente que dice: voy a probar, un año, dos, y si me va mal, me dedico a otra cosa. Y luego no lo pueden dejar. Tiene veneno. Haces reír a la gente, les haces gozar. O llorar, según tú quieras. Tienes que aprenderte párrafos hasta de Benavente. Y, como es lógico, algo se pega. Los cómicos somos una casta privilegiada, de verdad.

Y bajó la voz para susurrarle a la oreja, lleno de orgullo y desprecio:

—No tenemos nada que ver con estos palurdos que ves aquí, en el autocar.

Mi hijo Carlitos, con su expresión sin expresión, con su labio descolgado que a veces le llegaba casi hasta la bragueta, nos miró barrer la tarima, retirar aquel trasto que en el Café París llamaban piano, colgar el telón de casa rica... Llevábamos otro de casa pobre y otro de jardín, pero aquel día no los necesitábamos. Una especie de camarero chaparro y cetrino, se subió a la tarima y con voz rota y autoritaria se dirigió a la clientela.

—Los que estén tomando la copa o jugando a las cartas o al dominó tienen que marcharse, porque dentro de diez minutos va a empezar la función. Para verla hay que tomar otra consumición.

La mayoría se fueron. Se quedaron sólo ocho o diez, porque la competencia del cine ya era muy dura para los espectáculos teatrales. Mi hijo Carlitos se quedó sentado a una de las mesas del fondo, impasible, hasta que la comedia llegó al desenlace.

—«Papá, mamá, le elijo a él, a Roberto» decía mi prima Rosa con su voz aún infantil, muy en su papel de niña bien.

—«Entonces, ¿yo me quedo compuesta y sin novio?» —replicaba Juanita. Y ahí intervenía yo con mi truco de la voz gangosa, que tantos éxitos me había proporcionado y que en aquella obra servía para reforzar el efecto cómico de mi personaje, que era tartamudo.

—«No, Luisita. Vámonos. Vámonos tú y yo en seguida... Yo tengo mi co... mi

co... mi co...»

—«¿Tu coche?» —preguntaba Juanita.

—«Pero ¿usted tiene coche?» —preguntaba a su vez doña Julia, mi tía.

—«Mi co... mi corazón para acompañar al tuyo.»

Y siempre, como aquel día, sonaban unas risas.

—«Porque aunque sea pobre —continuaba yo—, me sobra lo que hace falta para man... para man... para man...»

—«¿Para mantenerla?» —preguntaba impaciente mi padre.

—«Para mandar a tu familia al cuerno» —remataba yo. Y la frase era recibida con una carcajada.

—«¡Grosero!»

—«Mamá, le quiero.»

Mi tía, doña Julia, exclamaba:

—«¡Me ma...! ¡Me ma...! ¡Me ma...!»

—«¡Mamá, no me insultes!» —protestaba Juanita.

—«¡Me mataré si veo a mi hija con este desgraciado! ¡Me había contagiado!»

Más risas de los espectadores. Y el primer actor Arturo Galván, mi padre, cerraba la comedia:

—«Déjalos, Lupercia, déjalos. Son dos corazones que se acompañan. Y cuando se unen dos corazones, tienen más fuerza que todas las razones.» Nuevos y últimos aplausos. Mi hijo Carlitos también aplaudió. Lo vi porque estuve pendiente de él toda la representación. Dio dos palmadas. Mi padre y yo, sin quitarnos la pintura ni los trajes de escena, fuimos corriendo a buscarle. Aquella tarde todos habíamos hecho la función para él.

—¿Qué? ¿Qué te ha parecido, nieto? —preguntó con su ancha sonrisa mi padre.

—Había poco público porque es mala época del año —añadí yo—, pero los que había se han reído lo suyo, ¿verdad?

—Anda, hombre, danos tu opinión.

—No te dé vergüenza. ¿Qué te ha parecido?

Hubo un breve silencio antes de que mi hijo contestase:

—Ridículo.

Entonces el silencio fue un poco más largo. Duró el tiempo necesario para que mi padre y yo pudiésemos reaccionar. Al fin yo pregunté, perplejo:

—¿Ridículo?

—Hombre... —explicó mi padre—, es una obra cómica.

En mí la perplejidad dio paso a un ligero enfado que fue creciendo por momentos.

—Pero, bueno, vamos a ver, a ti te llevan de niño a ver una función de príncipes y de brujas y la encuentras ridícula. Te vuelven a llevar, ya de mayorcito, a ver una alta comedia, y también te parece una ridiculez, y ahora, ya hecho un hombre, ves trabajar

a tu padre y a tu abuelo en un juguete cómico..., ¡y dos tíos ridículos!

—¿Te enojaste, papá?

—Sólo un poco.

—Yo no lo habría dicho, pero como me preguntasteis...

—Siempre he oído decir que los gallegos contestan a una pregunta con otra, pero tú no eres así, no.

—No es por vosotros... —el chico trataba de justificarse—, que estabais muy graciosos... Me reí...

Se detuvo y, dentro de su inexpresividad, me pareció advertir que algo se le coloreaban las mejillas. Muy poquito. Cambió la mirada de su padre a su abuelo, de Galván hijo a Galván padre. Por fin, tuvo arrestos para continuar.

—Pero ahora, al veros así, de cerca, con las caras pintadas... Es que a mí el teatro... No sé...

Yo sí lo sé. Ahora sé lo que le pasaba. ¡Si me hubiera visto algunos años después, cuando yo actuaba en Madrid! Pero, claro, allí, en la tarima del Café París, con nuestro remendado telón de casa rica, y con aquel público... Otra cosa opinaría de la profesión de su padre si me hubiera conocido, por ejemplo, el día del premio del Círculo de Escritores Cinematográficos. En el escenario proclamaba el locutor, uno de los más populares de aquellos tiempos:

—Y después de esta encantadora sonrisa y de esta atrayente silueta, pasamos a una sonrisa no menos encantadora, pero a una silueta menos atrayente. Premio al mejor actor secundario, por su interpretación en *Flores para mamá*, Carlos Galván. Entrega el premio el jefe del Sindicato Nacional del Espectáculo y lo recoge el propio Carlos Galván.

Entre aplausos, correctamente vestido de esmoquin, sin modernismos detonantes, avancé por el pasillo central del cine Rialto, saludando a derecha y a izquierda a los amigos; a los compañeros, a los críticos, que me aplaudían. Al recibir el premio me pidieron, como a los demás, que pronunciase unas palabras.

—Muchas gracias a todos. Al jurado y a vosotros, queridos amigos y compañeros. Muchas gracias por este honor que no merezco.

Procuré estar sobrio y escueto. Las exhibiciones las he dejado siempre para el trabajo. Pero para aquello faltaban dos o tres años. Había tenido la mala suerte de que mi hijo no me encontrara en el cine Rialto, de Madrid, en una noche de gala, con un público vestido de esmoquin y de *soirée*, sino en el Café París de Cabezales. Le hurté la mirada y dije:

—Bueno, Carlitos, tenemos que cenar. Tu abuelo y yo vamos a lavarnos la cara. Tú espéranos por aquí; ya irán viniendo los otros.

Estaba de muy mal humor, lo reconozco. No puedo decir que tenía las ilusiones

puestas en aquel hijo, ya que casi ni me acordaba de él. Pero a mí mi profesión, que era la de mis padres y mis abuelos, me parecía hermosa, y aquel zangolotino la habla despreciado. Mi padre vino a, cabrearme más todavía, porque en lo que nos quitábamos la pintura insistió en algo que ya me había dicho por la tarde y en lo que yo hacía esfuerzos por no pensar, aunque no podía quitármelo de la cabeza. Lo de que tenía que hablar con Juanita. Por lo visto desde que había llegado el niño, andaba por los rincones con la cara muy larga. Mi padre insistía en que le hablase cuanto antes, porque por encima de todo no quería que hubiera jaleos en la compañía. Lo peor era que yo a Juanita nunca le había hablado de aquel descendiente. Eso dificultaba aún más la cuestión. «Buenas palabras —insistía mi padre—, díselo con buenas palabras.» Pero a saber cuáles eran las buenas palabras.

En lo que los demás se sentaban a cenar a una de las mesas del café, busqué a Juanita.

—Aguarda un momento. Escucha, tengo que hablarte.

—Claro que tienes que hablarme —dijo seca, impertinente—; largo y tendido, que se dice. Pero a buenas horas.

—No compliques las cosas, Juanita. Si te pones así antes de empezar...

—Estoy a tus órdenes. Doy facilidades. ¿Cómo quieres que me ponga?

—Pues en plan comprensivo, digo yo. Tú eres una mujer inteligente, y tienes que entender que para mí es muy difícil hablar contigo de esto. Darte las explicaciones que, desde luego, sé que te debo.

—Pues para mí no es tan difícil. Yo lo veo facilísimo. Tienes un hijo del tamaño de una catedral (supongo que de la de Santiago, a juzgar por el acento), y no me habías dicho nada, porque eres un cerdo.

—Es una cuestión muy delicada, Juanita. Estas cosas no se comentan.

—¿Ah, no? —preguntó con recochineo—. Pues entonces, ¿qué se comenta?, ¿Los resultados de la liga?

Traté de ponerme tierno.

—Juanita, Juanita... Yo te quiero. Creo que te he dado pruebas. Ella no quería dejar vías abiertas al diálogo.

—Di que te gusto, y basta.

—También me gustas, en eso no hay nada malo. Te quiero ahora. Y eso otro del niño es una cosa lejana, de hace ya bastantes años.

—Por la pinta del niño, debe de hacer cuarenta.

—Juanita, para ti... —intenté que la ternura me llegase a las yemas de los dedos y se los pasé por la mejilla.

Me dio un manotazo.

—¡Quítame las manos de encima!

—Para ti no tengo secretos, ya lo sabes. Esto fue un olvido. Tenemos tantas cosas

en que pensar, tantas cosas de que hablar... Nuestro amor, el trabajo... Pero lo del otro sí te lo conté.

—¿Lo de Marianito? No faltaba más.

—Podía habérmelo callado.

—Si lo sabía todo el mundo. Pero ése me tiene sin cuidado. Vive con su madre, la Mariana Uceda, nada menos, toda una primera actriz.

Estaba ya harto. Se me olvidó la ternura.

—¡No empieces, Juanita, no empieces!

—Eres tú, hijo, el que por lo visto empezó demasiado pronto. Pero, en fin, aclárate. Ese niño, el nuevo, ¿con quién va a vivir? Supongo que con su papá. Y yo, ¿qué? ¿Con quién duermo?

No estaba preparado para ese ataque, pero Juanita tenía razón, era una cuestión que había que afrontar.

—Pues... durante unos días, dos o tres, mi hijo Carlitos tendrá que dormir conmigo, en mi cuarto.

—¡Vaya una gracia!

—Comprenderás que yo prefiero acostarme contigo, pero esto me parece lo natural, hasta que el chico vaya comprendiendo.

—Me pareció que ya tenía uso de razón.

—¡No me cabrees, Juana! Ah, pero ¿te has cabreado? Vociferé, metiéndole la cara:

—¡Sí!

—Pues mira tú lo que son las cosas, ya estamos los dos igual.

Hice un último intento por estar conciliador, pero ella se revolvió contra mí desgarrada, agresiva, hablando a gritos:

—¡Mejor que no sigas hablando, Carlos, porque ahora sería capaz de hacer cualquier cosa! ¡Cualquier cosa!

Dio media vuelta y se alejó de mí.

¿Qué sería capaz de hacer Juanita? Ya lo había dicho: cualquier cosa.

Pero ¿qué cosa? No me atrevía a pensarlo. Yo la quería. Ella y mi trabajo, mi trabajo y ella. Eso era mi mundo y mi vida.

Durante la cena todos mis compañeros se obstinaron en explicar a Carlitos cosas nuestras, de los cómicos. Él los miraba con ojos impenetrables, y les escuchaba me parece a mí que con oídos sordos. Su labio inferior estaba cada vez más colgante, excepto cuando el chico se llevaba la cuchara a la boca.

Doña Julia, mi tía, la primera actriz de la compañía Iniesta-Galván, aclaraba a su sobrino nieto algunas circunstancias de nuestro trabajo.

—Ahora tenemos muchos días de parada, porque los pelicularos que van de pueblo en pueblo, cada vez nos hacen más competencia.

Con la boca llena añadió mi padre:

—Competencia desleal.

Mi prima Rosa, que era muy aficionada al cine, comentó:

—Yeso que traen películas viejísimas, casi todas rotas.

—En Talavera podíamos estar cinco días —dijo Juanita—. Pero tendríamos que llevar *Te quiero, Pepe* y *La oca*, y tú, abuelo, todavía no las has arreglado.

Mi hijo Carlitos podía haberse esforzado en mirar a unos y a otros mientras le hablaban, pero no se esforzó. Mi padre intentaba explicarle algo de genealogía.

—Rosa es algo así como prima segunda tuya.

—Yo creo que no somos nada—dijo Rosa. Sin escucharla, prosiguió mi padre:

—... porque es hija de Julia, que es prima segunda mía.

—¡No digas tonterías, Arturo! —contradijo mi tía, con una carcajada.

—¿Tonterías?

—Es su tía, hombre, es su tía. Rosa es tía de Carlitos, porque es hija mía, que soy prima segunda tuya y tú eres abuelo de Carlitos.

Enfático, con voz engolada, que él utilizaba siempre como recurso irónico, sonriendo sólo con una comisura de la boca, la izquierda, intervino Maldonado, el único de la compañía que no era de la familia.

—¿Te vas enterando, Carlitos, vástago ilustre, sí que también anónimo, de los Galvanes?

Con ademanes ampulosos, fue presentando a todos.

—Aquí, don Arturo, tu-abuelo, el primer actor. Aquí, doña Julia, tu tía abuela, porque es prima segunda de don Arturo. Aquí, Rosa, tu tía. Aquí, Juanita, una compañera.

Al oír la alusión a Juanita, intervine.

—Déjate de bromas, Maldonado. Y no bebas tanto. Pero Maldonado concluyó las presentaciones.

—Y aquí, yo, otro compañero.

—Sí, es verdad —dijo mi padre—. Rosa, aunque tenga tu misma edad, es tu tía. Y hacéis muy buena pareja, ya lo creo, muy buena. ¡Tenemos un galán en la compañía!

Volvió a tomar la palabra Maldonado, que se levantó con un vaso de vino en la mano.

—Propongo un brindis por el nuevo galán. ¡Que te coronen mañana los laureles de Talía, sin que por eso olvides los pámpanos de Baco! ¡Salud!

—¡Salud! —dijimos todos a coro, alzando nuestros vasos.

Mi hijo Carlitos agradeció el brindis con una sonrisa indescifrable, y durante el resto de la cena paseó la mirada de sus ojos acuosos de unos a otros, pero como sin vernos. Llegó a pronunciar dos o tres monosílabos.

Tampoco estuvo mucho más locuaz en la conversación que tuvimos por la noche,

después de meternos juntos en la cama.

—Curiosa situación ésta, ¿no crees? —comenté para animarle a charlar un poco—. Serviría para una de esas comedias que enganchan al público y le hacen llorar.

Él preguntó sin ningún interés:

—¿Por qué?

Yo intenté aclarar:

—Dos hombres que hasta ayer eran desconocidos, durmiendo juntos en la misma cama. Y esos hombres, Carlos Galván y Carlos Pinero...

—Piñeiro —me corrigió. Yo rectifiqué:

—... y Carlos Piñeiro, son padre e hijo. Buena situación, ¿eh?

—Sí, buena.

—Yo para ti, aunque durmamos tan apretados, sigo siendo un desconocido, ¿verdad?

—Claro.

Desde las calles del pueblo o desde el campo llegaban de vez en cuando ladridos de perros.

—Nos iremos conociendo poco a poco —dije—, sin darnos cuenta. Ya lo verás.

—Puede.

—¿Tú sabes lo que es la voz de la sangre?

—Oí decir algo.

—¿A tu madre?

—No. En una película, me parece.

—Habla más bajo, Carlitos. No hay que molestar a los otros huéspedes. Ellos no trasnochan; en cambio, tienen que madrugar. Y ahora... ¿oyes la voz de la sangre?

Habló tan bajo, que no oí su respuesta.

—¿Qué dices?

—Que no.

No quise mentirle.

—Yo tampoco, hijo. Es demasiado pronto. Si la oyeras, ella te diría que tienes que ser cómico.

Permaneció un instante en silencio y después contestó:

—Me moriría de vergüenza.

Me quedé mudo, sin saber qué responder. ¡Se moriría de vergüenza!

¡Un hijo mío, un Galván! ¡Si me hubiera conocido algunos años después, cuando en el teatro Infanta Isabel, de Madrid, estrené la comedia de Ruiz Iriarte, con Isabelita Garcés...! Si hubiera escuchado los aplausos, las ovaciones... Si hubiera visto cómo me felicitaba, entusiasmado, el insigne actor Daniel Otero... Pero allí, en el cuartucho de la posada de Cabezales, pegados el uno al otro sobre el jergón, hablando bajito para no despertar a los arrieros, yo no podía engañarle diciéndole que en nuestro

oficio era fácil triunfar, ser famoso, ganar dinero, darse buena vida, estar rodeado de las mujeres más guapas de España.

Yo no sabía aquella noche que me faltaba muy poco para viajar en avión y en coche-cama, hacerme trajes a medida, comer en restaurantes, conocer a Conchita Montes, a Sara Montiel, a Buero Vallejo, ir a las tertulias del Café Gijón... No lo sabía aquella noche, no lo sabía. Si lo hubiera sabido, quizá habría hecho cambiar de opinión a Carlitos.

CAPÍTULO 2

El oficio de padre

Me apoyé en un codo y me incorporé. Volví hacia mí la cara de mi hijo, para mirarle a los ojos a la tenue luz de la luna.

—¿Morirte de vergüenza? ¿Por qué? Éste es un trabajo como otro cualquiera.

—Pero hay que tener mucha caradura.

—Piénsatelo bien, porque si te quedas conmigo, tendrás que trabajar.

—Sí, claro.

Le solté y le dejé que se apoyase de nuevo en la almohada, pero seguí en mi papel de padre.

—Y aquí no hay más trabajo que éste. Lo de la vergüenza se pasa.

—Pero ¿no te das cuenta? —dijo él con más acento gallego que nunca—. Yo no puedo trabajar de cómico.

—¿Por qué?

—Porque tengo acento gallego.

—Te acaba de venir de repente. Pero también se pasa. Casi suplicante, insistió:

—Que no, papá, que no.

A tientas, busqué un pitillo y lo encendí. En el silencio volvieron a oírse los ladridos de los perros, lejanos. Y el pitido del tren.

—A nosotros nos convendría mucho, ¿sabes? Porque podríamos prescindir de Sergio Maldonado, que es el único que no es de la familia.

—Lo comprendo, pero...

—Sabes leer, supongo.

—Sí, y escribir.

—Pues ya es algo.

—Pero no tengo vocación.

Aquella declaración me pilló de improviso. Me quedé sorprendido, estupefacto. Esperaba cualquier razonamiento, pero no aquella afirmación tan extemporánea. ¿Vocación? ¿Mi hijo sabía lo que era eso? Y se lo pregunté.

—Sí —me respondió—. Tenía un amigo que tuvo vocación. Se metió cura.

Entonces me enteré de lo que eso quería decir. Vocación hace falta para cualquier trabajo.

—Exactamente. Pero, por lo que me contaste, tú tampoco tenías vocación de mecánico.

Contestó rápido, muy convencido:

—Tampoco.

—¿Y puede saberse de qué tienes vocación, si es que tienes alguna?

—Sí que tengo.

—¿De qué?

—De administrativo.

Primero creí que no había entendido bien. Luego comprendí que sí, que había entendido perfectamente. Y creció mi sorpresa, aumentó mi estupefacción.

—¿De administrativo?

—Sí, sé de cuentas.

—¿Ah, sí?

—Sé hasta dividir.

Seguían ladrando los perros, volvía a oírse el pitido del tren, y todo eso me perturbaba, me impedía seguir el hilo de aquella conversación tan dificultosa, tan delicada.

—Pero... —dije— las vocaciones se despiertan viendo trabajar a los otros...

—Eso dicen.

Así ocurre con la de actor, si no se lleva en la masa de la sangre. ¿A ti cómo se te ha llegado a ocurrir eso de «administrativo»?

—Tengo un amigo mayor que yo..., tendrá ahora veintiséis años, que allí en Vigo llevaba las cuentas en una tienda..., en una papelería.

Estoy seguro de que a pesar de que por la oscuridad no viera la expresión de mi rostro, simplemente en el tono de mi voz mi hijo percibió algo así como asco cuando le pregunté:

—¿Y a ti te gustaba eso?

—Sí.

—¿Por qué?

No había ninguna intención de reproche en mi pregunta, sino de infinita curiosidad ante vocación tan insólita.

—Mi amigo, Pepito, tiene ya dos papelerías suyas, en propiedad. Y un coche. Y va siempre muy bien vestido, que llama la atención. Y casi no tiene que ir nunca por los establecimientos.

Yo iba de asombro en asombro.

—¿En tan pocos años?

—Es que es muy buen administrativo.

—Sí, debe de serlo. Pero ¿cómo consiguió el dinero para empezar? Porque, por muy listo que sea, en eso del comercio, para empezar hace falta dinero.

—Casose.

Ah, ¿casose?

—Con la hija del dueño.

—Hombre, así, cualquiera.

Mi hijo abandonó su laconismo y mostró un entusiasmo extraño en él, por lo menos en el poco tiempo que llevábamos de conocimiento, al razonar:

—Pero casose con la hija del dueño porque llevaba las cuentas, porque era administrativo. Si hubiera sido cómico no habría podido casarse con la hija del dueño de una papelería.

Tenía tanta razón mi hijo Carlitos, que me entró una enorme indignación.

—¡Bueno —grité—, pues aquí, con nosotros, aunque fueras administrativo...!

—Habla bajo, papá —me recordó.

Más indignado aún, proseguí en voz baja:

—¡... no podrías casarte más que con tu prima Rosa!

—Mi tía Rosa —me corrigió.

—¡Bueno, coño, tu tía!

—No quise enojarte.

—Y seguirías igual. Además, en la compañía ese puesto está cubierto. Maldonado, aparte de actor, es el gerente. ¡Tú eres cómico, Carlitos, métetelo en la cabeza!

A tientas, espachurré el pitillo en el cenicero, cogí la pera de la luz y encendí. Me senté en la cama. En la mesilla había varios libretos de funciones. Cogí uno y empecé a pasar las hojas con la velocidad de un cajero de banco. Cuando encontré la que buscaba le di el libro a Carlitos y ordené:

—¡A leer!

—¿Qué dices? —preguntó con voz opaca.

—Que leas.

El tono de su voz fue de auténtico terror cuando dijo:

—Pero ¿ahora...?

—Ahora —respondí inflexible, obligándole a coger el libro.

Sus ojos ahuevados y acuosos parecía que se iban a caer al suelo.

—¡Que no, papá, que no!

—¡A leer! Aquí. Es *El último encuentro*, una obra que vamos a hacer un día de éstos. Escena cuarta del tercer acto. Sale Luis.

Hasta entonces, en nuestras representaciones no salía este personaje. Sacábamos una carta con lo que tenía que decir, porque éramos pocos en la compañía, sólo seis.

—Mañana saldrás tú y lo dirás.

—Es que leo muy despacio.

—Pues lee despacio. ¡Aquí!

Sin duda atemorizado por mi actitud, mi hijo se decidió a lo que él llamaba leer. Lo hacía de una manera insegura, dudosa, con una lentitud agobiante.

—«Se... ñor con... de, hoy mis... mo de... jo Caramona...»

—Caramona, no. Carmona —rectifiqué.

—«Carmona. Voy a Por... a Por...» —decidió dejarlo y me alargó el libreto—. Léelo tú antes, papá, a ver si le cojo la intención.

Mirándole con absoluto desprecio, cogí el libro y leí el párrafo de un tirón.

—Qué deprisa lees —dijo con admiración filial.

—Me lo sé de memoria. Ahora tú. Volvió a empezar:

—«Se... ñor con...» Bueno, esto me lo salto. Ya lo he leído antes.

—¿Tú crees? Léelo entero.

El párrafo no tenía más de seis renglones. No recuerdo el tiempo que invirtió en leerlo. Sí recuerdo que le caían gotas de sudor por la frente cuando llegó a lo de...

—«Comprendo que lo... que in... tentaba ha... cer e... ra una felonía. »

—Felonía —corregí.

—«Felonía.» ¿Y eso qué es?

—¡A ti qué te importa! ¡Sigue!

—«De... se... o a Mar... ta que se... a muy fe... liz.» Respiró profundamente.

—¿Así lees tú?

—Sí —contestó sin inmutarse.

—¿No puedes leer más deprisa?

—Es que si leo más deprisa se me trabucan las letras.

Le obligué a hacer la demostración y pude comprobar que no mentía. Le ordené que empezara otra vez de nuevo. Casi se le saltaban las lágrimas al suplicarme:

—No, papá, por favor. Es que sólo pensar en leer en voz alta y luego decirlo de memoria, y en que voy a salir allí pintado como vosotros, delante de la gente, me da... me da... no sé cómo decírtelo... Me da... repugnancia.

Sentí como si me hubieran dado una pedrada en lo más profundo de mi cabeza. O de mi corazón.

—¿¡Repugnancia!?

Resolvió la situación la dueña de la posada, que desde su cuarto dijo a gritos:

—¡Cómicos, apagar ya la luz, que es demasiado tarde!

Al apagar, de pronto se me encendió a mí otra luz por dentro. Tuve una idea. Pero no me atrevía a ponerla en práctica, porque era un tanto arriesgada. Estuve dándole vueltas en mi cabeza hasta que, al fin, me decidí. Me levanté de la cama con mucho cuidado, procurando no hacer ruido. Pero mi hijo Carlitos, que aún no se había dormido, me oyó.

—¿Qué te pasa? ¿Adónde vas?

—Tengo insomnio. A veces me da cuando me vienen preocupaciones. Pero paseando un poco se me quita. Voy a dar una vuelta por ahí.

—¿Así, en calzoncillos?

—Me echo el gabán. Tú duérmete.

—Sí, ya estaba casi dormido.

Pero no era verdad, no iba a dar ningún paseo. Fui al cuarto en que dormían mi tía Julia y su hija, Rosa del Valle, que estaba casi enfrente del nuestro. Con mucho sigilo abrí la puerta. También aquella noche, sobre un colchón puesto en el suelo, dormía Juanita. Fue la primera en despertarse.

—¿Eh, qué pasa? ¿Quién ha entrado?

—Nadie, nadie —dije yo estúpidamente.

—¿Cómo que nadie? Pero ¿eres tú, Carlos? También se despertó mi tía.

—¿Qué quieres a estas horas? Son ya las tantas.

—Quiero hablar con Rosita. Sólo un momento.

—¿Con Rosita? ¿Para qué?

—Se me ha ocurrido, en lo que me venía el sueño, una escena, y quiero explicársela, así, por encima.

—¿Explicarle una escena? —se escandalizó mi tía—. ¿Y no has encontrado otro momento más oportuno?

—Es que si no, se me olvida. Estas cosas hay que cazarlas al vuelo. Juanita decidió:

—Estás loco, Carlos, estás loco.

Pero no, no estaba loco. Era verdad lo que había dicho: se me había ocurrido una escena, una escena que podía resultar interesantísima. Yo tenía muchas esperanzas en ella.

—Rosita... Rosita... —susurré.

—No la despiertes, pobre niña —dijo mi tía—, ¿no ves que duerme como un ángel?

La miré durante unos instantes mientras dormía. Sí, parecía una niña, parecía un ángel. Pero su cuerpo entre las sábanas, su cara sobre la almohada, eran un cuerpo y una cara de mujer. Un buen cuerpo y una buena cara. Ni pintados para mi proyecto.

—¡Rosita! ¡Rosita! —insistí, ahora en voz más alta. Mi prima se despertó.

—¿Eh? ¿Qué queréis? ¿Quién es...?

—Soy yo, Rosita. Soy Carlos.

—¿Por qué me despiertas? ¿Ha pasado algo?

—No, no ha pasado nada. Tengo que explicarte una cosa.

—Estoy dormida.

Juanita chilló, desabrida:

—¡Deja en paz a la niña!

—Anda, vete a tu cuarto, Carlos. Apunta lo que sea y mañana se lo explicas.

Elevé la voz, autoritario y voluntariamente desagradable. Al fin y al cabo yo era uno de los dos hombres de la familia.

—¡Dejadme a mí en paz de una vez, leche! Seguid vosotras durmiendo, y se lo cuento en el pasillo. Son sólo cinco minutos.

Doña Julia se resignó.

—Échate algo por encima, Rosi.

Y certificó Juanita, al tiempo que daba media vuelta en el colchón y se ponía cara a la pared:

—Loco, loco perdido.

Casi a tirones, arranqué a Rosi del camastro, la saqué fuera del cuarto y la llevé a un recodo del pasillo. No quería, de ninguna manera, que pudieran oírnos mi tía y Juanita. Ni mi hijo. En el corto recorrido, no dejé de mirarla de reojo. El trapo que se había echado por encima no le tapaba mucho. Por el escote flojo de su camisón se entreveían, dos tetitas de milagro. Servía para mis propósitos, servía...

—Rosi —hablé en voz susurrante—, lo que te voy a decir es un secreto, un secreto absoluto. Tiene que quedar entre tú y yo. ¿Me lo prometes?

Sin dar ninguna importancia a lo que yo acababa de decir, respondió con indiferencia:

—Sí, te lo prometo. Pero dímelo de una vez, que me caigo de sueño.

—Rosi..., ¿tú te has fijado en mi hijo, en Carlitos?

—¿En mi sobrino? Sí, me he fijado.

—Qué planta de galán tiene, ¿verdad?

—Es alto.

—Tu tío, que entiende un rato, en cuanto le ha visto lo ha dicho: aquí hay un galán.

—Sí, lo ha dicho.

—Y es guapo.

—Hombre, eso no.

—Pero no es desagradable.

—No da asco mirarle.

Verás, Rosi... El chico se tiene que quedar con nosotros, es lo natural, Pero papá querrá que trabaje.

—También es natural.

—Eso digo. Pero resulta que me da la impresión de que a Carlitos el teatro no le tira. En primer lugar, se encuentra violento entre nosotros, incómodo. Yo para él todavía soy un desconocido. La voz de la sangre no le dice nada. Ni a mí me ve como un padre ni al teatro como una cosa suya.

—Ha vivido siempre con su madre. La echará de menos.

—Pero es mayorcito. Está en edad de soltarse. Sentí que Rosi empezaba a cansarse.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? —preguntó—. ¿Cuál es la escena que querías explicarme?

—No hay tal escena. Era una excusa para tu madre y Juanita. Cuando vuelvas al

cuarto, les dices que te he dicho que en la escena del ramo de flores te rieras mucho y al salir tropezaras conmigo.

Desde uno de los cuartos nos llegó la voz áspera, grosera, de un hombre:

—¡Se callen, carajo, no es hora de conversa! Acaba de una vez, Carlos, nos van a echar. Yo no me callé, pero bajé el tono.

—¿Te acuerdas hace cuatro años, cuando Juanita estaba en la compañía de los Salvatierra, que coincidimos en Bolaños?

—Sí.

—Nosotros necesitábamos una dama joven, tú aún eras muy cría; se lo dijimos a Juanita, pero no quiso venirse por no dejar a su familia. Y al final se vino. ¿Por qué?

—Porque se lió contigo.

—Eso es, Rosi, porque nos enamoramos. ¿Comprendes? ¡Porque nos enamoramos!

—¿Y qué quieres? ¿Que me líe yo con Carlitos? ¿Así, nada más llegar? Me puse serio, muy en señor formal. Por mi imaginación no podía pasar un proyecto semejante. Sobre todo tratándose de personas de mi familia. Todo esto intenté reflejar en mi semblante mientras decía:

—No, mujer, no disparates. Pero como al chico no le dice nada la voz de la sangre...

Rosi me interrumpió, escéptica:

—Es que eso de la voz de la sangre... Si no ha visto comedias...

Ahora mi expresión quería decir: estoy de acuerdo, estoy de acuerdo. Era un modo de halagarla como otro cualquiera.

—Necesita un atractivo —dije—, un incentivo que le haga quedarse con nosotros por unos días, que le despierte el entusiasmo y le quite la vergüenza. Luego él mismo, sin darse cuenta, le irá tomando afición a esto, como nos pasa a todos. Pero yo no quiero que te lées con él, como tú dices. ¡Dios me libre! Lo único que te pido es una mirada, una sonrisita... Me he fijado y sé que sabes hacerlo. Lo que pretendo, simplemente, es que le encandiles.

Mi prima no me entendió.

—¿Que le qué?

—Que le encandiles. ¿No sabes lo que es eso? Si lo dices en *Amores y amoríos*. Háblale en voz baja, acércate, pregúntale si ha conocido chicas en Galicia...

De pronto me avergoncé de mí mismo.

—Pero ¿cómo te voy a dar lecciones yo a ti? ¿Te estás quedando conmigo?

—Pero, bueno, ¿tú lo que quieres es que le ponga cachondo y nada más?

—¡Ay, Rosi, qué lenguaje usáis las chicas de hoy!

—Pero tú me entiendes, ¿no?

—Sí, desde luego.

—Pues yo creo que también te he entendido a ti. Le cogí las manos, la miré a los ojos, suplicante.

—¿Y lo harás, Rosi? ¿Me ayudarás? ¿Nos ayudarás a todos?

—Lo consultaré con la almohada.

Impertinente, bronca, inesperada, llegó hasta nosotros la voz de Juanita, que se había asomado a la puerta de su cuarto.

—¿Qué? ¿Habéis ensayado ya bastante la escenita? Pendiente de su salud, la reprendí:

—Pero ¿por qué sales así al pasillo, mujer? Te vas a enfriar.

Anda, vete a dormir, primo —me dijo Rosi al oído—, que Juanita se encabrona.

Me fui a dormir seguro de que Rosita me había entendido, pero mucho menos seguro de que me hiciera caso. A las mujeres les encantan los enredos, pero sobre todo cuando les interesan a ellas. Cuando se trata de echar una mano al prójimo, son muy poco de fiar.

Hubo que madrugar, porque el autocar salía a las ocho de la mañana y por la tarde teníamos función en Hinojera, y con lleno seguro, porque allí eran muy aficionados. Rosi se sentó en el asiento más alejado del de Carlitos. Las mujeres, ya se sabe.

Cuando el cacharro se puso en marcha, mi padre, que estaba sentado junto a mí, me preguntó:

—Oye, Carlos, ¿has probado al chico?

—Un poco.

—¿Y qué tal?

—Le di a leer lo de Luis en *El último encuentro*, lo del tercer acto. Leyendo está dudoso, pero cuando se lo aprenda...

Mi padre se volvió hacía Carlitos.

—¿Tienes memoria?

—Muy poca —respondió sin la más ligera duda. Juanita opinó:

—Podría hacer las tres escenas, en vez de que sacásemos las cartas.

—Yo creo que para empezar —dije—, mejor una sola, la última.

—Ni una sola —se negó rotundamente Carlitos—. Es que no me entra, no me entra.

—En Trescuevas —dijo Maldonado—, si vamos cuatro días, tendremos que hacer *El último encuentro*, porque lo otro está muy visto, ¿no, Arturo?

Aún no es seguro lo de los cuatro días en Trescuevas.

—¿Ah, no? —se sorprendió Juanita.

—Se ha presentado el jodío peliculero, Solís —refunfuñó mi padre. Mi tía se soliviantó.

—Y cuando no es el peliculero, el fútbol o la radio, con ese Zorro, que nos ha

matado las noches de los viernes.

Y añadió fatalista y melancólica:

—Esto se está acabando, Arturo.

—Son malas rachas, pero el teatro vivirá siempre.

Habíamos llegado al cruce. Allí tendríamos que bajarnos. Desde el cruce a Hinojera debíamos ir a pie, cargando con los bultos. Mi padre le largó a Carlitos el más pesado, el que llevaba el telón de casa rica, la jaula del pájaro y el tapete.

Yo no quitaba ojo a Rosi, porque si seguía tan pavisosa, mi plan no funcionaba. Emprendimos la marcha por el camino polvoriento.

Pero al poco rato vi con sorpresa que, a lo tonto, Rosita se emparejaba con Carlitos. Y así siguió durante los tres kilómetros que nos separaban de Hinojera.

Al llegar a las primeras casas del pueblo oímos, como tantas otras veces, la voz del pregonero.

—¡Hoy, a las seis y media de la tardeee, en el Círculo Manchegoooo, actuación de la gran compañía de comedias Iniesta-Galván! Representarán el divertidísimo juguete cómico en tres actos de Núñez Navarreteee, *¡Cuidado con la marquesaaaa!* Sillas, cuatro pesetas; bancos, dos cincuenta. ¡A las seis y media en el Círculo Manchegooo! ¡No es la misma función del mes pasadoooo!

Mi padre daba órdenes en el salón del Círculo.

—Todos esos bancos que están pegados a las paredes hay que ponerlos de frente a la tarima, como siempre. Es que ayer ha habido baile. Y hay que bajar el bombo y los platillos a la cueva y subir las sillas plegables.

Estábamos todos a lo nuestro. Yo desplegaba en el suelo el telón de fondo, el de casa rica. Julia y Juanita, mientras tanto, cepillaban la ropa. Eché de menos a Rosita, que debía estar ayudándolas. Pero advertí que por poca afición al trabajo, o quizá por otras razones, también mi hijo Carlitos había desaparecido.

—Oye, Maldonado, ¿no has visto por aquí a Carlitos?

—Por aquí andaba, pero me parece que acaba de bajar a la cueva a dejar el bombo y a subir las sillas. ¿Quieres que le busque?

—No, no hace falta.

Sospeché, esperanzado, que había bajado con Rosi. Así era. En posteriores confidencias me lo contó todo.

Una estrecha, oscura y crujiente escalera conducía a la cueva.

—Cuidado, no te des un golpe en la cabeza. Tú eres muy alto.

—Ya, ya voy con cuidado.

—Las sillas están amontonadas ahí, en la pared de enfrente.

—¿Y qué hago con el bombo y los platillos?

—Se dejan aquí, al pie de la escalera.

—Pero no veo nada. Está muy oscuro.
—Había un bombilla. Siempre la ha habido.
—¿Dónde se enciende?
—Ahí, a la derecha, está la llave.
—No la encuentro.
—A la derecha, hacia arriba...

En la oscuridad, mi prima Rosa se había acercado demasiado a mi hijo Carlitos y éste se encontró inesperadamente con ella, con el bulto de su cuerpo, de su carne.

—¡Ay, perdona! Perdona que te haya tropezado. No sabía que estabas tan cerca.
—No te preocupes, hombre. Es natural que me tropieces. Estamos a oscuras.
—¡Ya la tengo!
—Enciende.

Pero siguió la misma oscuridad.

—Es que no luce.
—Pero ¿le has dado?
—Sí, pero debe de estar fundida.
—Ose habrá aflojado. Voy a ver.
—¿A tientas? —se sorprendió Carlitos.

—Claro, a tientas. Acércame tú una silla, también a tientas.

Palpando aquí y allá Carlitos intentó hacer lo que su tía Rosi le pedía.

—¡Ay, perdona!

Por lo visto, otra vez mi prima Rosi estaba demasiado cerca.

—Hijo, ni que lo hicieras adrede. En cuanto te mueves, me tropiezas.

—Como está oscuro... Anda, pon aquí la silla.

Mi hijo acertó a hacer lo que le mandaban.

—Sujétame, que voy a subir... ¡Pero sujétame a mí, no a la silla! —Bueno, bueno. Pero ¿por dónde te sujeto? ¿Por aquí? ¿Te sujeto por aquí? Carlitos colocó prudentemente una mano en un tobillo y la otra en una rodilla.

—Sujétame por donde quieras —dijo Rosa—. El caso es que no me caiga.

—¿Encuentras la bombilla?

Ya la he encontrado. Si quieres, sujétame más arriba. El chico se atrevió a buscar partes más tiernas.

—¿No te importa?

—¿Por qué iba a importarme?

La respiración de mi hijo Carlitos empezaba a ser entrecortada.

—Hay chicas... Hay chicas... que no les gusta... que las toquen por aquí...

—¿Has conocido a muchas chicas, allí, en el pueblo?

—Apocas.

—Bueno, ya luce.

La cueva del Casino era un lugar bastante espacioso, con suelo de tierra y húmedas paredes. Por allí se veían seis o siete pipas de vino, algún pellejo, cajas de cerveza y de gaseosa y, apiladas junto a uno de los muros, casi un centenar de sillas plegables.

Pero, a pesar de que acababa de encenderse la luz, mi hijo Carlitos no veía nada de todo aquello.

—No me mires tanto, hombre —protestó sin ningún enfado Rosi—. Luego rectificó: —Vamos, que me mires a la cara, digo.

—Es que... Es que...

—Y bájame las faldas, que puede venir alguien de pronto. Anda, agárrame fuerte, que voy a bajar.

Gotas de sudor perlaban la frente de Carlitos, se le ensanchaban las aletas de la nariz, los latidos de su corazón perturbaban el silencio de la cueva, la sangre se le agolpaba en las mejillas, las yemas de sus dedos se hundían en la tersa piel de los muslos de la chica, trepando, trepando. Su voz se enronqueció.

—¿Por dónde te agarro?

—Por donde quieras.

Con tanta fuerza la agarró por donde quiso, que del empujón rodaron los dos por el suelo. Cayó Rosi debajo de Carlitos, que, en los espacios de aliento que le permitía su entrecortada respiración, decía:

—No te has caído... Te has... tirado... tú...

Lo decía metiendo la boca en el cuello de la chica, en sus orejas, entre su pelo, sobre sus ojos, mientras sus manos voraces ceñían la sorpresa de aquella carne.

Hasta la cueva, no hasta los oídos de los que retozaban, llegaba la voz del pregonero, obstinado en anunciar a los habitantes del pueblo que la compañía Iniesta-Galván representaría en el Círculo Manchego el juguete cómico *¡Cuidado con la marquesa!* Y volvía a soplar en su corneta.

CAPÍTULO 3

La voz de la sangre

Este patio podía haber sido un lugar agradable, pero no lo es. Las fachadas son de ladrillo visto y piedra de Colmenar, los dos gastados por el tiempo y la pobreza. Cuatro de los jubilados que aquí pasan sus últimos días, cuidan el jardín, pero no parece que lo hagan con mucho entusiasmo. Las flores escasean; las hierbas —buenas y malas—, los evónimos, la madreselva del porche, tienen el mismo color: un verde áspero, opaco, ceniciento.

Ahora cruzan el patio, presurosos, grupos de ancianas y ancianos. Van a la sala de arriba, a ver la televisión. Es la hora de *La casa de la pradera*, que entre ellos tiene muchos adeptos. Carlos Galván intenta ganar puestos para ponerse cerca —seguro que su amigo el pianista Salcedo, y su compañero de cuarto, el ebanista Esteve, ya están arriba—, pero sor Martirio le detiene antes de llegar a la escalera.

—Don Carlos, don Carlos.

Carlos Galván, un hombre en el borde de la ancianidad, pero que conserva gran parte de su vigor, pregunta malhumorado:

—¿Qué quiere usted ahora, sor Martirio? Me van a quitar el sitio. Debería haber más de un televisor. AL que le toca al fondo o en una esquina, no ve ni papa.

—Pronto tendremos dos. Aguardamos un donativo para traer el de color.

—Y entonces todos querremos ver ése.

—Don Carlos, ¿en qué día de la semana estamos?

—¿Hoy? En miércoles.

—¿Y qué pasa los miércoles?

—Es verdad, sor Martirio. Esta memoria...

—Vamos, don Carlos, que le esperan a usted en el despacho principal. Hoy no hay televisión. Ni en color ni en sombras chinescas.

—Perdone, sor Martirio, perdone...

Dócil, va Carlos Galván hacia el despacho principal, no sin antes echar una mirada de envidia a los otros jubilados que ya se pierden en lo alto de la escalera.

Carlos Galván tiene que recordar, tiene que recordar... Hace esfuerzos por conseguirlo... Ha logrado acordarse de la primera vez que su hijo Carlitos, ya con diecisiete años, le vio actuar en una comedia. Y también de cuando, en un cuartucho de la posada de un pueblo cualquiera de La Mancha, le dijo que si tuviera que meterse a cómico se moriría de vergüenza. Y del recurso que él mismo urdió para intentar llevar al chico por el buen camino. Pero tiene que seguir recordando.

Guarda el jubilado Galván muchísimos recortes de prensa en unas maletas que

tiene en su cuarto del asilo. Pero aquellos recortes no pueden ayudarle a recordar los tiempos de caminos y posadas.

Hace muchos años, muchos, durante los que pasaron muchas cosas, tantas que es difícil recordarlas todas, ¿era Carlos Galván cómico de la legua por los caminos de La Mancha y de La Llanada en la compañía de su tía Julia Iniesta y de su padre, Arturo Galván? ¿Trabajaban, además, con él su prima, Rosa del Valle; su amante, Juanita Plaza, y Sergio Maldonado, el único que no era de la familia? Lo cierto es que al cabo del tiempo, esforzándose, así lo recuerda.

—¡Carlitos, Carlitos! —vociferaba mi padre—. Pero ¿dónde se ha metido ese chico? Él ha traído el tapete, ¿no? ¿Por qué no echa una mano? Le dije que tenía que arrimar el hombro como los demás. ¡¡Carlitoos!!

—Estaba en la cueva —dijo Maldonado—. ¡Carlitos!

Como en una comedia de magia, de las que antiguamente gustaban tanto, surgió del suelo mi hijo Carlitos. Ascendió poco a poco, como si en vez de escalones resquebrajados pisara nubes de algodón, con sus ojos acuosos, su labio descolgado y una rojez en las mejillas que hasta entonces no había exhibido. Traía tres sillas plegables en cada brazo. Y no quiero decir cómo traía el pelo, la camisa, la bragueta, los pantalones.

—¿Me llamaban? —preguntó. Mi padre le gritó, furioso:

—¿Qué cojones hacías, Carlitos?

Después de carraspear, mi hijo, con voz enronquecida, intentó responder a la pregunta.

—Es que... Es que... bajé el bombo y los platillos a la cueva... Y ahora voy a ir subiendo las sillas.

Dejó allí mismo las sillas que traía, junto a la boca de la cueva. Se vino hacia mí y me llevó a un rincón, alejados de los demás. Comenzó a hablarme, muy excitado:

—¡Papá, papá, papá...!

—¿Qué quieres, hijo?

—¡Papá!

—¿Qué te ocurre? Cálmate.

—No te lo vas a creer...

Se detuvo un instante, para respirar profundamente. Y prosiguió:

—Pero he escuchado, he escuchado...

—¿El qué, Carlitos?

—¡La voz de la sangre, papá, la voz de la sangre!

Conmovido, le tomé por los brazos, le atraje hacia mí, le miré profundamente a los ojos.

—¡Hijo mío! ¿Quieres decir que... que vas a ser cómico?

El pobrecito temblaba, estaban llenos de luz sus ojos, que ahora más que huevos parecían bombillas. En las comisuras de sus labios bailoteaban unas sonrisas nerviosas.

—Por lo menos... —dijo—, quiero probar. Y luego, en tono suplicante:

—Tú me ayudarás, ¿verdad? ¡Ayúdame, papá, ayúdame! Yo sentí cierto orgullo.

—Claro que sí, hijo. Ayer mismo ya quise ayudarte, ¿no te acuerdas?

—¿Cuándo? —preguntó sin comprender.

—Por la noche, antes de dormirnos. Pero tú dijiste que te daba repugnancia.

Precipitado, con entusiasmo incontenible, afirmó:

—Ahora ya no me da, papá, no. Todo cambió de pronto para mí. Ahora siento un..., un..., un no sé qué.

—Entonces, Carlitos, ¿estás dispuesto, para empezar, a aprenderte aquel párrafo?

—Sí, quiero aprendérmelo cuanto antes.

No tenía motivos para ocultarle mi alegría y no se la oculté. Le di un cariñoso pellizco en la mejilla.

—¡Muy bien, estupendo! Lo repasaremos dos o tres días tú y yo solos.

—Como quieras.

—Para que se te vaya quitando la vergüenza, ¿sabes? Y en tono más confidencial: —antes de que lo ensayes con los demás.

—Bueno.

Le cogí del brazo y le llevé al centro del salón.

—Ahora, por lo pronto, dale al abuelo la jaula del pájaro y el tapete. Está muy cabreado porque no te encontraba.

—Estaba en la cueva —se justificó.

—Ya, ya. Y sigue subiendo las sillas. Que vea que tienes voluntad. Como suponíamos, porque ya habíamos actuado allí muchas veces y conocíamos al público, la representación de *¡Cuidado con la marquesa!* en Hinojera, fue un éxito. Se llenó el salón del Círculo Manchego y les gustó mucho la comedia, que aunque no era la misma del mes pasado, sí era la misma de dos años antes. Pero los públicos son olvidadizos, para bien y para mal. Al terminar, nos pusimos todos, como siempre, a desmontar el decorado.

—Carlitos —ordenó mi padre—, ve bajando las sillas y sube el bombo.

—¿Rosi —preguntó mi hijo con indiferencia—, quieres echarme una mano?

Aún más indiferente, contestó Rosi:

Ahora no puedo, tengo que guardar los trajes.

—Pero es que yo solo...

—Bueno, pero un momento nada más. Te ayudo a subir el bombo y ya está.

Volvieron a descender a la cueva por la crujiente escalera.

—Ve tú por aquel lado, Carlos, que me tropiezas y nos vamos a caer.

—Te tropiezo porque está oscuro y...

—Pues enciende —replicó la chica, brusca, con sequedad desagradable—. Ya sabes dónde tienes la llave. Y ahora la bombilla no está floja.

Llegaron al pie de la escalera. Dejaron en el suelo el bombo y los platillos. Carlitos encendió la luz.

—¡Que no me tropieces!

Pero Carlitos no la había tropezado; se había acercado a ella suavemente y le hablaba con ternura, insinuante.

—Oye, Rosita...

—¡Quietas las manos!

Las manos de mi hijo, que no comprendía la actitud de mi prima, se movían por sí solas.

—Pero, Rosita... Es que, es que...

La chica se agachó y se apoderó de un platillo. Increpó a Carlitos más seca aún que antes, amenazadora:

—No te acerques, que te rajo con el platillo.

Y lo blandía, dispuesta a todo, ante la cara de mi desconcertado hijo.

—Mujer...

—¡Ni mujer ni hombre! ¡Si te acercas, te rajo!

—Cómo has cambiado.

—No, no he cambiado. Es que lo de antes... fue una locura... Sí, no me mires con esa cara de bobo.

Carlitos, atemorizado, había reprimido sus ímpetus varoniles y Rosi dejó caer la amenazante mano.

—Pero... ¿qué dices?

—Fue un... un pronto. No sé qué me dio, pero yo no soy así. Y no puedo dejar que me beses, Carlos, ni que me toques.

—¿Por qué?

—Porque las mujeres luego... —explicó muy seria, con aire de persona mayor, experimentada—, nos enamoramos.

—Pues, bueno. Yo también te quiero.

—No digas tonterías, tú qué vas a quererme. Nosotras sí que nos enamoramos de verdad. Y después, ¿qué? Tú no quieres ser cómico, no sirves para esto. Y tendrás que marcharte.

—No, Rosi, yo...

Su joven tía le interrumpió:

—Sí, te marcharás, te marcharás. Y yo me quedaré triste y muerta de rabia.

Lleno de entusiasmo, mi hijo Carlitos trató de ser convincente:

—¡Pero, Rosi, yo acabo de decirle a mi padre que me quedo, que quiero ser

cómico como vosotros!

En su entusiasmo, se acercó a ella con los brazos abiertos, extendidos. La chica pareció histérica cuando se retiró buscando apoyo en la pared húmeda y gritando:

—¡Que no te acerques!

Asustado, Carlitos se detuvo en seco.

—No te asustes, mujer.

Una sonrisa de sarcasmo feroz apareció en el rostro de mi prima.

—Quieres ser cómico, ¿eh? Y no eres capaz de aprenderte un párrafo de tres renglones.

—Lo he estudiado poco.

—Lo que quieres es quedarte con nosotros para que nos demos el lote.

—De verdad que no es eso. Es que la voz de la sangre...

—Pues, anda, dime el párrafo.

Al desconcierto de Carlitos se sumó un evidente terror.

—¿Qué párrafo?

—El que te enseñó tu padre anoche. ¿Cómo empezaba?

—Aún no me lo sé de memoria.

—Pero te acordarás del principio, por lo menos. ¡Vamos!

Carlitos cerró los ojos, apretó los párpados. Se oprimió las sienes con los dedos. Con muchísimo esfuerzo, intentó memorizar:

—Esto..., esto... «Señor marqués...»

—Conde —rectificó ella, implacable.

—Sí, eso, «Señor conde... marchó para... marchó para...». Bueno —resumió—, era de uno que se iba a Portugal.

Resuelta, mi prima Rosa del Valle cortó la situación.

—Déjame pasar, Carlos. Apártate de ahí. Más separado, más separado... Así. Tú coge de aquel lado el bombo y yo de éste. Vamos subiéndolo.

Mi hijo, dócil, amaestrado, hizo lo que le ordenaban.

—Así. Cuando te sepas el párrafo, me buscas.

Con profundo desconsuelo, Carlitos comenzó a subir los crujientes escalones.

Arriba, en el salón del Círculo Manchego, los demás seguían desmontando y empaquetando el decorado.

A partir del lunes podemos ir a Trescuevas —informó Maldonado—. Y parece que se arregla lo de que estemos cuatro días.

Mi tía suspendió la labor, para preguntar con alegría:

—¿Ah, sí? ¿Se ha arreglado?

—Todavía no es seguro, pero parece que sí. Solís, el peliculero, anda por Zarzamala y, por lo visto, no le conviene desplazarse.

—Claro —dije yo con clara envidia—. Estará llenando. La gente se vuelve loca

por las películas.

—¿Y qué obras vamos a hacer en los cuatro días? —preguntó Juanita. Mi padre nos informó a todos:

—*Amores y amoríos, ¡Cuidado con la marquesa!, El último encuentro y Un drama de Calderón.*

Suspiró mi tía mientras comentaba:

—Eso nos redondearía el mes.

En éstas, se presentó en el salón el señor Eleuterio. Era un hombre flaco, con el rostro curtido por el sol y los vientos, pero algo mejor vestido que casi todos los demás de por allí. Era el secretario del ayuntamiento y se ocupaba también de la organización del Círculo Manchego. Llamó a mi padre y me pareció que no traía malas noticias, porque antes de empezar a hablar de lo que fuera le ofreció un cigarro de su petaca.

—Lo de hoy ha resultado muy bien.

—Eso creo. Se han tronchado.

—Lo que quería decirle, Galván, es que, por mí, pueden quedarse mañana. Yo creo que llenamos esto.

Mi padre, buen comerciante cuando llegaba el caso, intentó disimular su gozo, pero no lo consiguió del todo. El rostro se le iluminó.

—Sí, seguro.

—Siempre que echen otra función.

—Claro que echaremos otra. *La tela*, ésa no falla.

—¿La han echado ya aquí? Ahora no me acuerdo.

Yo, que me había acercado a ellos, intervine.

—Sí; la hemos echado, pero hace tres años. Y gustó muchísimo.

—Pues de acuerdo —dijo el señor Eleuterio—. Y siento que no puedan quedarse el jueves, que seguro que llenábamos también, porque aquí hay mucha afición.

Mi padre afirmó, añadiendo un matiz de elogio:

—Sí, la hay, la hay.

—Pero es que el jueves tenemos fútbol.

—Eso no importa. Es a otra hora.

—Si no es eso. Es que el equipo nuestro juega en Alcorque. Ya sabe, los eternos rivales. El Alcorque contra el Hinojera. Y medio pueblo se desplaza. Mejor dicho: nos desplazamos, porque yo también voy.

—¡Joder con el fútbol! —sentenció mi padre.

Pero a pesar del fútbol todos recibimos la noticia con mucha alegría. Mi padre empezó en seguida a ir de un lado a otro dando las órdenes necesarias para la representación de *La tela*.

—¡Carlitos, baja el bombo y los platillos!

—Voy, voy en seguida.

Mi hijo Carlitos buscó con la mirada por un lado y por otro.

—¿Me echas una mano, Rosita?

Le contestó una voz lejana:

—¡No puedo, estoy ocupada!

Aquella misma noche, en cuanto llegamos a nuestro cuarto de la posada, empecé con mi hijo Carlitos los ensayos del papel de Luis en *El último encuentro*.

En lo que yo buscaba la escena en el libreto, Carlitos no dejaba de hablar, poseído de un raro frenesí:

Al fin lo comprendí... Comprendí que esto vuestro... Vuestro trabajo... Esto de los cómicos, quiero decir...

—Sí, ya te entiendo.

—Esto de ir por los caminos..., en autocar, o a pie, incluso a pie... Hoy aquí, mañana allí... A veces sin saber adónde se va, en dónde se quedará uno...

—Muchas veces, ya lo verás.

—Hoy un personaje, mañana otro... Aunque se viva mal y se coma poco..., tiene... tiene...

Yo traté de calmarle.

—Bueno, Carlitos. No hace falta que me convenzas de que estás convencido. Vamos a ensayar un rato antes de acostarnos.

—Sí —contestó rotundo—, todo el tiempo que quieras. Señalé una página del libreto.

—Es aquí. Escena cuarta del tercer acto... ¿Te lo has estudiado?

—Algo, algo.

Me puse severo.

—¿Algo nada más? ¿Por qué?

Él se puso sincero, inocente.

—Tuve poco tiempo. Durante la función intenté ir leyendo la obra mientras la echabais. Por si algún día tenía que apuntar. Y, además, me pasé mucho tiempo subiendo y bajando el bombo... y las sillas.

—Bueno, vamos a ver... Levántate... Él lo hizo.

—Ponte ahí...

—Sí, sí.

Se alejó los pocos pasos que el tamaño del cuarto permitía.

—Empieza. Entra Luis y dice...

Advertí que el belfo de mi hijo Carlitos se derrumbaba más todavía, que los ojos se le redondeaban de manera exagerada y, lo que era más alarmante, desaparecía el tono sonrosado de sus mejillas y una palidez, una lividez intensa invadía su

semblante. Como si en un escenario hubieran apagado las bombillas rojas, las amarillas, las blancas, y quedasen sólo las azules. El chico abría la boca..., la abría..., la volvía a abrir..., pero no decía nada. Por fin, habló.

—Dame la novela.

—¿Qué novela?

—Eso, lo de leer... Donde está escrita la función.

—Esto no se llama la novela.

—¿Cómo se llama?

—Pues se llama el libro —le aclaré, algo fastidiado—, el libreto, el ejemplar...

—Bueno, pues dámelo.

—No, no te lo doy. El libro lo tengo yo. Tú lo tienes que decir de memoria.

Simuló, muy mal por cierto, una tremenda sorpresa.

—¿De memoria?

A punto de hartarme afirmé:

—Sí.

Él protestó.

—Pero, a vosotros, cuando lo hacéis, otro os va apuntando.

—Sí, sí. Pero no te creas tú que es tan fácil oír al apuntador mientras se habla. Se necesita práctica, mucha práctica. Es casi más difícil que aprendérselo de memoria.

Mirándome como a un hombre de aspecto sospechoso, aseguró:

—No me lo creo.

Yo me indigné y levanté la voz.

—¿Ah, no? ¿Es que te miento?

—No, papá, no es eso. Pero yo me lo estudié poco todavía.

—Bueno, empieza de una vez.

—Apúntame —suplicó.

—Sí, hombre, sí, te apunto. «Señor conde, hoy mismo...»

—«Señor marqués, hoy mis...»

—¿Cómo señor marqués? Señor conde.

—Sí, sí, es verdad, señor conde. Es que se me ha metido en la cabeza lo del marqués. Señor conde, señor conde, señor conde, señor conde...

—¡Bueno, bueno! Tú escúchame a mí. «Señor conde, hoy mismo...»

—«Señor conde, hoy mismo...»

—«Dejo Carmona. Voy a Portugal...»

—«Dejo Carmona y Portugal...»

—Pero ¿qué dices?

—Es que no te oigo, papá. Como hablas al mismo tiempo que yo...

—¿Lo ves? Ya te dije que no era fácil. A ver...

—«Dejo Carmona. Voy a Portugal... desde donde...»

—«Quizá me embarque para África.»

—«Quizá me embarque...»

—¡Pero sácate el dedo de la nariz! —vociferé.

Mi hijo estaba a punto de llegar con el meñique al entrecejo.

—Sí, papá.

Y, efectivamente, lo sacó y se lo limpió, muy pulcro, en el pantalón.

—¿Es que pensabas hablar con el señor conde haciéndote pelotillas?

—No, papá. Es que me picaba.

—¿Y si te pica el culo también piensas rascarte?

El chico no estaba muy seguro de la respuesta. La meditó un poco y dio una evasiva.

—Hombre...

—En este oficio, cuando nos pica algo, nos aguantarnos.

—Qué oficio más esclavo, ¿verdad, papá?

Aquello era el colmo. Me levanté de un salto, fui hacia él. Lleno de santa ira, le metí la cara.

—Pero no pienses que somos sólo nosotros, ¿tú qué te has creído? Empecé a desbarrar, pero cargado de razón.

—¡También se aguantan si les pica el culo... los... los curas cuando dicen misa, y los abogados, y los profesores de orquesta, y los agentes de seguros, y los militares el día de la jura de la bandera!

Insistió mi hijo:

—¡Qué oficios, qué oficios!

Le dejé por imposible y me volví a sentar.

—Bueno, sigue. «Comprendo que lo que intentaba hacer era una felonía.»

—«Comprendo la felonía... que... que..., la felonía que hacía». Empezó a justificarse.

—Es que..., es que...

—Vale, vale, vale. «Deseo a Marta que sea muy feliz.»

—«Deseo a Marta que sea...»

—Pero dilo con más galanura, hombre. No con esa mirada de besugo y ese aire de... de zangolotino... Más galanura.

—¿Más qué? —preguntó con absoluta ignorancia.

—Galanura.

—¿Y eso qué es?

—Lo que tú tienes, hijo. Esa apostura, ese atractivo para las mujeres. Pero sácalo a relucir. Mete la tripa, estira las piernas, sube los hombros, recoge ese labio...

Estuvimos hasta las tantas de la madrugada. Ladraban los perros, pasaban los trenes, cantaron los gallos. Pero si he de decirlo con la mano en el corazón, el chico

no mejoraba.

Ahora me gusta recordar aquellos tiempos... Sí, me gusta recordarlos... Pero la verdad es que fueron malos tiempos. Ahora, al cabo de los años, en el recuerdo, así..., contada, incluso parece divertida la vida que llevábamos. Resultan divertidos los ensayos con mi hijo Carlitos, que a él y a mí tanto nos hacían sufrir, los enfados de Juanita Plaza... ¡Qué espléndida mujer! También era mona mi prima, Rosa del Valle. Si fuera sólo por unos días, me gustaría volver a aquellos pueblos, a aquellos caminos... A veces, en un pueblo estábamos hasta diez días, a comedia por día. Llevábamos veinte de repertorio. Y otras veces, en un solo día trabajábamos en dos sitios distintos. Venga de colgar y descolgar nuestros telones de casa rica, casa pobre y jardín.

Lo peor, aunque hoy todo me produce nostalgia, era la lucha por encontrar trabajo seguido. En cafés, en círculos, en casinos, en almacenes, en patios, en cuadras, donde fuera. Y la lucha contra el peliculero, contra el fútbol, contra la radio. Lucha en la que no podíamos hacer nada, más que trabajar lo mejor que sabíamos, y en la que llevábamos las de perder, porque el público cada día se apartaba más.

Hoy recuerdo aquellos públicos, casi siempre de campesinos, que creían que el teatro era lo que hacíamos nosotros, con... con algo así como... ternura, sí, eso es, ternura.

Hicimos al día siguiente *La tela* con el Círculo Manchego totalmente lleno, y nos marchamos a Ciudad Real.

Al otro día, en el bar de la plaza, estábamos todos muy contentos. Del interior del bar salía una musiquilla. Correteaban los críos. Paseaban los mozos y las mozas.

—Nos quedan sólo dos días libres —dijo mi tía—, ¿verdad? Mi padre contestó:

—Sí, hoy y mañana.

—Y pasado, a Trescuevas —dijo Juanita—. Por cuatro días. Maldonado rectificó:

—Bueno, aún no está confirmado. Un día, seguro.

—Pero un día no es nada —opiné yo—. Lo bueno es que tengamos hasta fin de mes. Y como a Solís le va muy bien en Zarzamala...

—Me jeringa tener que alegrarme de los éxitos del peliculero —dijo mi padre—. Pero por una vez me alegro.

—¿Empezamos con *Amores y amoríos*? —preguntó Rosi.

—No, con *El último encuentro*. Se ríen más.

—Yo lo decía por.. Juanita la interrumpió.

—Claro, porque tu papel es mejor.

De pronto, una rubia, un coche de aquellos que había entonces, con carrocería de madera, se paró justo al lado de nosotros, junto a las mesas de la terraza del bar. Y de la rubia bajó... Preferiría no recordarlo, pero lo recuerdo.

—¡Mira, padre —advertí alarmado, nervioso—, mira quién baja de esa rubia!

—¿Quién?

Y, aterrado, exclamó:

—¡Pero sí es Solís! ¡Solís! ¡El jodío peliculero!

Ya Solís avanzaba hacia nosotros, muy alegre, muy campechano, como solía estar siempre. Oímos su voz por encima de los gritos de los niños, de la música del bar.

—¡Hombre, los Galvanes! ¡Qué casualidad! ¿Cómo estáis, amigos? Sin aguardar respuesta, gritó hacia el bar:

—¡Camarero, camarero, una ronda por mi cuenta!

Él reía, reía con aquella risa blanca, luminosa, escandalosa... Pero para todos nosotros era como si el cielo de la plaza se hubiera llenado de nubes.

Se detuvo y clavó la mirada en mi padre.

—Pero ¿qué te pasa, coño, Galván?

—¿A mí? —preguntó mi padre con sorpresa, mirándonos a unos y a otros.

—¿No me saludas? —preguntó Solís.

—Sí, hombre, sí. ¿Cómo estás? Sabes que siempre nos alegramos de verte.

—¿Dónde os habéis metido? Hacía la mar de tiempo que no coincidíamos.

—Afortunadamente —dijo mi padre, sombrío.

—Pero ¿qué dices?

—No lo digo por ti, Solís, que me caes muy bien, ya lo sabes. Y vosotros a mí.

—Lo digo por el negocio.

—No empieces a lamentarte, Galván, que hay para todos. Pero mi padre se mostró escéptico:

—¿Tú crees?

—Pues claro. Bueno, ¿qué? ¿Puedo sentarme?

—Hombre, no faltaba más.

—Camarero, un chinchón. Y para éstos, lo que estén tomando. Luego se volvió hacia nosotros, hacia la reunión.

—Vengo destrozado del viaje. Parece que no, pero desde Zarzamala a Ciudad Real hay la tira.

—Nosotros creíamos que te quedabas por allí —dijo Maldonado—, por Zarzamala.

—Esa era mi idea. Pero a lo mejor puedo hacer tres días en Trescuevas, y me trae más cuenta.

Alarmada, preguntó mi tía, deseando no haber oído bien:

—¿En Trescuevas?

—Sí. Vosotros vais el lunes, ¿no? Como nadie respondía, lo hice yo:

—Sí, el lunes.

—Puede que yo haga martes, miércoles y jueves. Nos veremos allí. Mi padre, cada vez con voz más grave, más fatídica, le preguntó:

—¿Tantas películas traes?

—No traigo más que dos, pero puedo acercarme a Madrid por otra.

—Claro, como tienes la rubia...

Aún no he acabado de pagarla, no te creas. Pero me falta muy poquito. Nos miró a todos en silencio. Debíó de encontrarnos un aspecto desconsolado.

—Bueno, ¿qué os pasa?

—¿A nosotros? —le pregunté.

—Os encuentro como muertos. Juanita, ¿y esa alegría?

—A veces se le cambia a una el humor.

—¿Os ha ido mal últimamente?

—No, no, estos días nos ha ido muy bien —dije. Mi padre confirmó:

—Y hasta hace un momento estábamos todos muy alegres.

—Sí, tiene razón Arturo, justo hasta hace un momentito —remachó mi tía.

—¿Y os habéis puesto así porque he venido yo?

—No, Solís, no digas tonterías —protestó con relativa afabilidad mi padre. Reapareció el Solís campechano de siempre y exclamó eufórico, exultante:

—¡Vamos, hombre, que no se diga! ¡Que vuelva la alegría! ¡Haced como hago yo!

—¿Y se puede saber qué haces tú? —pregunté deseoso de aprender.

—Pues tomar chinchón en vez de café con leche. ¡Camarero, chinchón para todos!

Pero la tormenta había estallado y no era fácil que el chinchón nos levantase el ánimo, que se nos había caído por los suelos. Al poco rato nos marchamos todos del bar, dejando allí a Solís con sus copas y con su hijo, un crío que le ayudaba en el trabajo.

Nos fuimos hacia la fonda, andando despacito. Parecíamos un entierro. Juanita aprovechó el recorrido para empeorar un poco la situación.

—¿Se te puede dirigir la palabra?

—¿Por qué no?

—¿Qué? ¿Cómo va el galán joven?

—Pues ¿qué quieres que te diga? Si he de serte sincero, no va muy bien, ésa es la verdad.

—No será porque no le dedicas tiempo.

—No, por falta de tiempo no es —no me di por enterado de su intención—, porque ensayo con él a todas horas.

—No hace falta que me lo jures, hijo; ya lo he notado yo. Porque como no sea en escena, o así como ahora, en familia, desde que llegó el niño-sorpresa no hemos cambiado dos palabras. Estaba pensando en echar una instancia.

—Yo lo siento más que tú, Juanita.

—Se nota poco.

—Compréndelo, Juanita. Hay que prepararle. Mañana ensayará con todos.

—A ver si ha aprovechado las lecciones.

—Y el lunes, aunque lo haga mal, saldrá en *El último encuentro*. Falta muy poco.

—Pues a mí me falta menos para echar las patas por alto —dijo con frialdad aterradora.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Prefiero callarme. Si te lo cuento ahora, después no tiene efecto la sorpresa.

Se separó de mí, se emparejó con mi tía, y yo seguí caminando hacia la fonda en silencio, pensando que aquello era un trueno más de la tormenta. Y que el trueno anuncia el rayo.

CAPÍTULO 4

Días de aprendizaje de Carlitos

Desde la llegada de Carlitos, mi padre había decidido convertirse en mi conciencia. En cuanto me pillaba a solas, y procuraba hacerlo con frecuencia, me hablaba de lo mismo. Al llegar a la fonda me puse a mirar a unos chicos que jugaban al fútbolín. Pero mi padre me agarró de un brazo y me apartó de allí. Me llevó a la barra, pidió dos vinos y me miró a los ojos.

—Carlos, ¿tú quieres de verdad a Juanita?

—Qué pregunta.

—Que te gusta una barbaridad, ya lo sé. Eso no lo nota cualquiera. Pero ¿la quieres?

—Claro que sí. En todos estos años he ido acostumbrándome a ella.

—Pues, perdona si te parezco pesado...

—No, hombre.

—Pero lo mismo que el otro día te dije que tenías que hablarle a ella de lo de Carlitos, ahora te digo que tienes que hablarle a Carlitos de lo de ella.

—Ya me lo habías dicho.

—Pues te lo repito, porque me da la impresión de que no lo has hecho.

—Tienes razón.

—No es fácil, pero tampoco lo era lo otro.

—Lo otro resultó más fácil de lo que yo pensaba. Juanita lo dijo todo.

—Supongo que se quejaría. Y no le falta razón a la mujer. Debe volver a tu cuarto, Carlos. Supongo que estarás de acuerdo.

Claro que estaba de acuerdo, pero nunca he tenido afición a afrontar las situaciones delicadas.

—Sí, sí, pero el chico... —musité.

Mi padre ya lo tenía todo solucionado.

—Lo del chico no es ningún problema. Que duerma en un colchón con Maldonado y conmigo.

Era irremediable, y no tuve más remedio que contestar, aunque sin ningún entusiasmo:

—Yo hablaré con él. Mi padre apremió:

—Cuanto antes, ¿eh?

—Esta misma noche.

—Eso es. En la compañía estábamos muy bien todos. Casi mejor que cuando vivía tu madre, porque entonces ella y yo teníamos peloterías casi a diario. Pero ahora

todo iba como una seda. Entre Julia, Rosa y Juanita se reparten muy bien el trabajo.

Hizo una pausa y me miró más profundamente.

—Si nos quedamos sin una de ellas...

Mi padre no siguió hablando, no concluyó la frase. El silencio para mí resultó angustioso. Quería apartar de mi imaginación lo que mi padre insinuaba.

Rompí el silencio para preguntar:

—Pero ¿qué estás pensando?

—No, no estoy pensando. Estoy hablando sin pensar. Lo que digo es que ahora es muy difícil encontrar chicas para esto. Este oficio, tal como lo hacemos nosotros, cada vez gusta menos a la gente.

—Pero, Juanita...

—No me hagas caso. No pretendía asustarte —me consoló. Y dio por terminada la conversación.

Juanita... Nunca ninguna mujer me había enganchado como ésa... Era alta, un poco más que yo, que en mujer es mucho. Una real moza, decían en los pueblos. Morena, con los ojos claros. De color caramelo, pero muy claros. Y, antes de lo que estamos recordando, alegre, muy alegre. A todo le sacaba punta. A veces, cuando dormíamos en las posadas con los arrieros, todos revueltos, armaba una juerga flamenca y, en lugar de dormir, acabábamos todos cantando y bailando.

Pero la llegada de mi hijo Carlitos la sentó como un tiro, le cambió el carácter. Para mí era una mortificación. Y luego estaba mi padre, que aunque mis cosas le preocupasen, le preocupaba aún más la compañía.

Cuando me reuní con mi hijo Carlitos para repasarle el papel, intenté plantearle la cuestión dando muchos rodeos, porque no me resultaba fácil entrar en materia. Pero, ante mi sorpresa, él mismo me facilitó el camino. Por lo visto, el zangolotino para unas cosas era torpe, pero para otras no le faltaba inteligencia.

—Ya, papá, ya sé por dónde vas, ya te entiendo. Quieres decirme que Juanita Plaza es tu novia.

—Sí, en realidad eso quería decirte.

—Me lo imaginé.

—Me alegra que lo comprendas. Pero es más que eso, ¿sabes?, más que mi novia. Es como si fuera mi mujer. En fin, ya me comprendes, es mi mujer. Sin papeles ni cosas de ésas, pero es mi mujer.

—Sí, como yo soy tu hijo: sin papeles.

El chico había entendido perfectamente y sabía relacionar unas cosas con otras.

—Más o menos —acepté—. Bueno, anda, ahora vamos a ensayar un poco. Le asomó al rostro esa palidez que le venía siempre que oía la palabra ensayo. Quizá más que estudiar conmigo le aprovechaba hacerlo con su tía Rosa. Él creía que yo no

estaba enterado de que se encerraba con ella y repasaban el dichoso párrafo.

—Ponte más separado, sobrino, más separado. A cuatro o cinco pasos.

—Es que... me parece que estando cerca de ti me viene mejor la inspiración.

—Para estas cosas que tienes que decir no te hace falta inspiración. Sólo memoria. Insistió, autoritaria:

—¡Ponte donde te he dicho! Él obedeció.

—Así, a cuatro pasos.

—Es muy lejos —protestó Carlitos. Y ella, sin hacerle caso, ordenó:

—Vamos, empieza.

—No, tan lejos no.

Ella encontró una solución de compromiso.

—Mira, hacemos una cosa. Por cada frase que digas bien, damos un paso para adelante cada uno; y si la dices mal, lo damos para atrás.

—Bueno.

—A ver. Primera frase.

—«Señor conde, hoy mismo dejo Carmona.» Y exclamó, triunfal:

—¡Un paso adelante!

—Sí, sí. Pero no vale dar pasos tan largos.

—Es que tú lo has dado muy cortito.

—Segunda frase.

—«Voy a... a... a Protugal.»

—Un paso para atrás —dijo ella inflexible.

—Portugal, Portugal, Portugal... —repitió el chico para metérselo bien en la cabeza.

—Pero di la frase entera. ¡Vamos!

—«Voy a Protugal.»

—Otro paso para atrás.

—No puedo. Estoy en la pared. «Voy a Portugal. ¡Voy a Portugal! ¡¡Voy a Portugal!!»

Y dio tres pasos de gigante.

—¡No, tres pasos de una vez no vale!

—¡Lo he dicho tres veces!

Ya la tenía agarrada por la cintura y apretaba sus muslos contra los de ella, que, del impulso, retrocedió hasta chocar con la pared y quedar allí aplastada.

—Es que... Es que... Seguro que así lo digo mejor. Oye, Rosi, lo hacemos así, juntos. Si digo una frase bien, te beso; y si la digo mal, no te beso.

—Bueno, a ver, la frase siguiente —accedió Rosi.

—«Comprendo que lo que intentaba hacer era una felonía.» Y dijo Rosi en un

susurro:

—Lo has dicho bien.

Mi hijo Carlitos la besó en los labios. Allí se entretuvo hasta que ella apartó la boca, para exigir:

—La frase siguiente.

—¿Igual?

—Bueno, igual. ¡Pero deja las manos quietas! ¡Eres un pulpo!

—Rosi... Rosi...

—Sigue. ¡Que me tiras!

—Tumbate, tumbate... Lo hacemos igual, pero tumbados.

—¡Que no!

—Pues el primer día te tumbaste.

—Porque me caí. Vamos, la otra frase.

Sofocadísimo, nervioso, Carlitos intentó proseguir la lección.

—«Deseo a Carmona...»

—¿A Carmona?

—No. «A Matra, a Matra ...»

—Mal, muy mal, muy mal. Un paso atrás, dos pasos atrás, tres pasos atrás. Además, tienes que decirlo seguido. No así, cacho a cacho.

—Y... cuando lo diga seguido... cuando lo diga seguido... ¿qué?

Mi prima, con toda esa suma de perversos conocimientos innatos que algunos llaman el eterno femenino, respondió en voz baja, huyéndole la mirada, entornando los párpados:

—Ya veremos.

En cuanto acabamos de cenar, Carlitos dijo que se iba al patio, a tomar el fresco. Al poco rato yo me desentendí de la conversación general, me levanté de la mesa y me asomé a la ventana.

A la luz de la luna le vi allí, dando vueltas alrededor del pozo. Hablaba solo. A veces manoteaba. Pero no se había vuelto loco. Yo sé bien lo que decía. Decía: «Señor conde, hoy mismo dejo Carmona, voy a...» una vez y otra y otra. Se acostó muy tarde. Yo ya llevaba un buen rato en la cama cuando abrió bruscamente la puerta de nuestro cuarto y encendió la luz. Dijo, con la voz entrecortada por la alegría:

—¡Papá, papá! ¡Ya me lo sé! ¡Y lo digo bien!

—Me alegre, hijo.

—Escucha.

Me incorporé en la cama para atenderle.

—Escucho.

—Coge el ejemplar, para ir mirando.

—No hace falta. Me lo sé de memoria. Empieza.

Y empezó a decir, con hablar monótono, pero con muchísima seguridad:

—«Señor conde, hoy mismo dejo Carmona. Voy a Portugal. Comprendo que lo que intentaba hacer era una *felonía*. Dígale a *Matra* que sea muy feliz.»

Respiró profundamente y me preguntó, satisfecho, orgulloso de sí mismo:

—¿Qué tal?

—Pero ... Carlitos... Te has comido lo de África, eso de que desde Portugal vas a ir a África. Y has dicho *felonía* y *Matra*. Empieza otra vez.

Se le enrojecieron las mejillas, se le desorbitaron los ojos y con voz ronca gritó, desesperado:

—¡No quiero! Me voy a acostar. Mañana estudiaré más.

No quise insistirle, de tan angustiado como le vi. Poco después sentí que mi hijo, en la cama, se movía, como... como si respirase deprisa, o como si... como si llorase... Escuché... Sí, estaba llorando. El pobre estaba llorando. Siempre supe que este oficio era muy duro, pero nunca pensé que pudiera serlo tanto.

Al día siguiente ensayó por primera vez con todos nosotros, en el patio, a la hora de la siesta, que no nos molestaba nadie. Ensayamos sólo la escena de Carlitos, porque los demás sabíamos muy bien la comedia. Pero aquella escena teníamos que repasarla y montarla de nuevo puesto que en vez de llevar una carta, saldría el personaje, Luis Santibáñez.

Mi padre comenzó el ensayo:

—«Pero ¿es usted Luis Santibáñez?» Y siguió Rosita:

—«¡Luis! ¿Cómo tienes la osadía de poner los pies en esta casa?» Y allá fue mi hijo Carlitos:

—«Señor conde, hoy mismo...» Esto..., esto... ¿No podrían apuntarme? Como de un trombón rugiente salió la voz de mi padre, el primer actor y director Arturo Galván.

—Pero ¿todavía no te lo sabes?

—Sí, pero para mayor seguridad... Como es la primera vez que lo ensayo así...

Mi padre le miró queriendo fulminarle, pero se resignó.

—Apúntale tú, Maldonado, que no estás en escena.

—«Señor conde, hoy mismo dejo Carmona.»

A velocidad supersónica, pero con una voz bajísima, como el cuello de su camisa, se lanzó mi hijo:

—«Señor conde, hoy mismo dejo Carmona. Voy a Portugal. Quizá desde allí parta para...»

—¡Espera, espera! —le interrumpió el director—. Habla más alto, así no van a oírte. Y un poco más despacio. Yo no me he enterado de adónde vas ni de dónde te marchas.

Carlitos se lo explicó.

—Voy a Portugal y me marchó de Carmona.

—Sí, ya lo sé. Pero no te hemos oído. Y te tienen que oír los de última fila. Dilo más alto.

—«Señor conde, hoy mismo...» —empezó a repetir, con el mismo volumen de voz.

—¡Que pongas más voz!

—Sí la pongo, pero no me sale.

—¡Pues te tiene que salir, me cago en la leche! ¡Vamos! Un poquito más alto, repitió el novicio:

—«Señor conde, hoy mismo...»

—Pero ¿qué haces tan encogido?

—¿Cómo?

—¡Ya se lo he dicho yo —intervine—, ya se lo he dicho yo, pero no hay manera!

—Pero ¿no te das cuenta? Pones las piernas que parecen dos serpientes.

—¡Eso es! —corroboré.

—Y tienes la tripa en las rodillas, y el labio en el ombligo. ¡Estírate, carajo, que eres un señorito, un niño bien! ¿Tú has visto un señorito que entre en el palacio de un conde andando a gatas?

—No sé, no me acuerdo.

—¡Desenróscate de una vez, o te desenrosco yo!... Bueno, así está mejor. Sigue.

—«Señor conde, hoy mismo...»

—¡Que sigas por donde ibas, leche! ¡Estoy hasta los cuernos de señor conde, señor conde!

—¿Y el acento gallego, se me nota?

—¡Qué coño importa ahora el acento! ¡Eso es lo de menos! ¡Sigue!

Y siguió... Y seguimos todos durante una hora, sin que el chico avanzase mucho... Pero, por lo menos, ya se sabía el párrafo de memoria. Cuando acabamos el ensayo, Maldonado vino con cachondeos.

—Enhorabuena, Carlos. Con este vástago a lo mejor tienes una ayuda para la vejez.

—Me da la impresión de que no le ha llamado Dios por este camino.

—Por eso lo digo, porque así puede que se dedique a otra cosa y se haga rico.

—Y de lo otro ¿qué? ¿Se sabe algo de Trescuevas? Porque estamos todos con el alma en un hilo.

—Dímelo a mí. He hablado por teléfono con el señor Ceferino, el empresario.

—¿Y qué?

—De momento, aún está la pelota en el tejado. Lo del lunes, seguro.

—No faltaba más. A estas alturas...

—A ése le tienen sin cuidado las alturas. Ya es un milagro que andando por aquí el peliculero, nos deje el lunes.

—Y la caja, ¿cómo va?

—La caja, muy bien. Lo malo es que dentro no hay nada.

Se oyó de pronto una voz alegre que, bromeando, imitaba el modo de pedir de los camareros:

—¡Marchen tres chinchones!

—Vaya, hombre —murmuré—. Si antes hablamos de él...

Allí estaba el peliculero en persona con todos sus dientes al aire.

—Venid al bar, muchachos, que tengo mucho gusto en invitaron.

Solís, el peliculero..., el jodío peliculero, como le llamaba siempre mi padre. Bueno, siempre que el otro no le oía. Porque cuando se encontraban, eran muy amigos. Y yo creo que lo eran de verdad. Pero una cosa es la amistad y otra el negocio.

Sí, recuerdo..., recuerdo... Solís, el peliculero, andaba, como digo, por Ciudad Real y nosotros por Zarzamala... ¿O no? Creo que era al revés... Sí, ahora me acuerdo bien. Nosotros estábamos en Ciudad Real cuando se presentó Solís y nos amargó la reunión. Al día siguiente apareció en el patio de la posada y nos invitó a unas copas.

—Ponnos tres chinchones, Eulogio. Se volvió a nosotros.

—Acabo de hablar por teléfono con el señor Ceferino, el de Trescuevas, porque estoy pendiente de si voy o no voy a Madrid por la otra película.

—Yo he hablado con él esta mañana —dijo Maldonado.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Solís.

—¿Qué te ha dicho a ti? —preguntó a su vez Maldonado. Y yo:

—¿Vas a hacer tú esos tres días?

—Calma, calma —dijo el peliculero—. Una pequeña pausa, que acaban de traer el aguardiente.

Sonaba la música de la radio y los golpetazos de unos chavales que jugaban al fútbolín. Solís se volvió hacia ellos:

—¡Dejad el fútbolín, chavales, que estamos hablando los mayores!

—El bar es de todos —le respondió uno de los críos.

—Te ha salido un chaval cooperativista —comentó Maldonado.

—Habrá que aguantarse. ¿Puedes bajar la radio, Eulogio?

—La está oyendo mi madre —contestó el del bar.

—Pues habrá que joderse —resumió Solís. Y volvió a lo suyo, a lo nuestro—. A lo que íbamos. EL señor Ceferino me ha dicho que yo puedo echar película el lunes.

—¿El lunes? —se sorprendió Maldonado. Yo protesté:

—¡A nosotros nos dijo...!

—Un momento, un momento. El señor Ceferino es un hombre de negocios, un águila.

—Está forrado —corroboró Maldonado.

—Es el más rico de por aquí —añadí yo.

—Y el hombre me ha dicho que —continuó Solís—, como es el día de la patrona, vosotros echáis función por la tarde y yo, si quiero, puedo dar película por la noche. Él piensa que ese día hay público para las dos cosas.

Maldonado se tranquilizó. Ah, bueno.

—Eso es otra cosa —dije yo—, porque a nosotros nos había dicho...

—Y dice, además, que de lo de dar películas los otros días, ni hablar; que a la gente de Trescuevas no les gusta el cine en fiestas, porque dicen que está muy oscuro.

—Hombre, lo siento por ti —me compadecí.

—No, cabrón, no lo sientes nada —me dijo Solís con cariño—. En vista de lo cual, pagad vosotros la otra ronda.

—Eulogio, pon tres más.

Al principio pensó echar la función por la tarde y la película por la noche, y según quedase, daros a vosotros los tres días o a mí. Pero luego, por lo de la oscuridad del cine, eligió el teatro. En esto de la oscuridad intervino también el cura.

El lunes, en Trescuevas, peiné a mi hijo Carlitos con el pelo muy planchado, le pinté un bigote, para que aparentase más edad, y le di algo de colorete en las mejillas, porque desde que se levantó estaba pálido como la luna. Cuando apareció en escena hubo algunas risas entre los espectadores, pero pocas.

Mi hijo empezó a decir su parte muy de corrido, como una lección, y en tono más bien bajo, según era su costumbre. Cuando iba por mitad del párrafo, sonó un tremendo silbido. Pero él prosiguió imperturbable, dando pruebas de una incipiente profesionalidad.

Al hacer mutis hubo más risas, pero también pocas. Nunca supe si el silbido que había sonado a mitad del párrafo era de un espectador exigente o de alguien que llamaba a un amigo.

—¿Cómo ha quedado, papá? ¿Qué te ha parecido? No pude contener la risa al responderle:

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Claro.

—Pero..., ¿la verdad, la verdad? ¿Con la mano en el corazón?

—Sí, sí.

—Pues te he encontrado —le dije sin dejar de reír...—, te he encontrado... ¡ridículo!

—Ya —aceptó el chico—. No pude hacer más.

Mi padre se acercó a nosotros para dar su opinión:

—Pero el acento gallego no creo que lo notara nadie. Esto ilusionó al muchacho.

—¿Ah, no?

—Seguro que no. Como no te oyeron... Murieron las recién nacidas ilusiones.

—Ahora vuelvo —nos dijo—. Voy a hacer de cuerpo.

Y, soltándose allí mismo el cinturón, echó a correr hacia el retrete.

CAPÍTULO 5

La turbia intriga del peliculero

Recibimos con buen ánimo el relativo fracaso de la primera actuación de mi hijo Carlitos porque, a pesar del lunar de la escena de Luis Santibáñez, la representación había quedado bien.

Salimos todos los cómicos al ambigú del Salón Olimpo con unos vecinos del lugar, que nos habían invitado.

Bueno, rectifico: salimos todos menos Carlitos que, para nuestra desgracia, andaba por otro lado, como más tarde se supo.

Sentado en un poyete que había junto a la puerta de entrada, a la tenue luz de aquella tibia noche, mi hijo charlaba con una moza del lugar, una chica jovencísima.

—La más guapa del pueblo es Casiana, la de la señora Teresa —afirmaba la chica—; todos lo dicen y a la vista está.

—Pues no está tan a la vista —replicó mi hijo con su más dulce voz—, porque yo desde que he llegado esta mañana no he hecho más que mirarte a ti.

—¿A mí o al vestido?

—¿Al vestido? ¿Por qué?

—Es nuevo. Para las fiestas.

—A ti sería. Porque yo de vestidos no entiendo.

Mi hijo cambió bruscamente de conversación, para no perder el tiempo.

—¿No te gustaría ser artista?

—Gustarme, me gustaría; pero no puedo.

—¿Por qué?

—Pues... —la chica titubeó—, no lo digo por ofenderte a ti, pero a artistas sólo se dedican los pobres, y en mi casa no estamos mal.

—Ya. Por eso te han hecho el vestido.

—Mi padre es uno de los más ricos de aquí.

Carlitos abrió dos ojos como platos, lo cual, no le resultaba difícil, para manifestar exageradamente su sorpresa.

—¿Ah, sí? ¿Es rico? No lo sabía.

—Soy la hija del señor Ceferino.

Con más sorpresa aún, como si aquello fuera inverosímil, exclamó mi hijo:

—¿El empresario? ¡Qué casualidad!

—Pero, además, es el que más tierras tiene en Trescuevas.

—Entonces, lo pasarás muy bien.

—No lo paso mal; pero lo que tú haces es más emocionante, más divertido.

—Bueno..., te advierto que yo no soy artista.

—¿Cómo que no?

—Soy administrativo.

—¿Y qué administras?

—Todo. Llevo las cuentas de lo que se ingresa y de lo que se gasta. Decido dónde hay que trabajar y dónde no. Estudio si conviene hacer inversiones...

—Pues hoy has hecho de artista.

—Para hacerles un favor a esos. Porque les faltaba uno.

—¿No te gusta ser artista?

—No mucho. Pero si las artistas de la compañía fueran como tú, sí me gustaría.

Se oyó una voz extemporánea.

—¿Qué, pelando la pava?

Allí estaba, también a la luz de la luna, con su blanca sonrisa recién barnizada, Solís, el pelculero.

Azorado, mi hijo Carlitos se disculpó:

—No, señor Solís. Estaba saludándola. Es Engracia, la hija del señor Ceferino.

—Ya lo sé, ya —dijo el otro sin dejar de sonreír.

—Acabamos de conocernos —explicó mi hijo. Divertido como siempre, replicó Solís:

—Eso no tiene nada que ver, hombre. Yo he visto pelar pavas desconocidas. Seguid, seguid. El undécimo, no estorbar.

Dio una palmada al chico en el hombro y entró en la casa.

No habían pasado ni tres minutos cuando el jodío pelculero charlaba con el señor Ceferino de cosas sin importancia. Sin importancia aparente.

—Qué guapa está su chica, señor Ceferino.

—Se ha puesto guapa, sí.

—Y qué estirón ha pegado. Es toda una mujer.

—Ya lo creo.

—Pero todavía no anda con novio, ¿verdad?

—Es muy cría.

—Los jóvenes de hoy son muy espabilados, no como en nuestros tiempos.

—Demasiado espabilados, a veces.

—Eso quería decir.

—Pero ya comprenderá usted, Solís, que por aquí no hay ningún mozo de su condición.

—Tendrá usted que viajarla.

—Ya lo he pensado, no crea. Su madre, ella y yo vamos a dar una vuelta por ahí.

—He comprendido que no tenía novio —dijo el pelculero como para llenar el tiempo— porque la he visto charlando con ese cómico jovencito.

Al señor Ceferino se le mudó el color.

—¿Que la ha visto usted...? Solís le interrumpió.

—Y en el día de la patrona el novio no la habría dejado tan suelta. El señor Ceferino levantó la voz.

—Pero ¿qué está diciendo?

Con falsedad redomada, como quitando importancia al asunto, prosiguió el canalla:

—Nada... Que estaban charlando los dos solitos... ahí en el poyete. Ella y ese niño...

El empresario lanzó un grito:

—¡Solís!

Impertérrito, continuó Solís en el mismo tono de falsísima indiferencia:

—Es natural. Los jóvenes, con nosotros siempre muy callados, pero entre ellos en seguida pegan la hebra. El chico parecía muy lanzado, y es natural también, porque la chica vale la pena.

Estábamos tan tranquilos los demás en el ambigú del Salón Olimpo tomando las copas a las que los vecinos nos invitaban, cuando apareció de pronto el señor Ceferino, el empresario, hecho una furia. Manoteaba, vociferaba:

—¡Los cómicos! ¡Los cómicos! ¡Los cómicos! ¿¡Dónde se han metido los cómicos!?

Muy correcto, se dirigió hacia él mi padre.

—Estamos aquí, señor Cel... Pero no pudo concluir.

—¡Aquí, bebiendo, como siempre! ¡Pues, hala, borrachos, coger vuestros bártulos y a casa!

Sorprendidísimo, estupefacto, preguntó mi padre:

—Pero ¿qué dice usted, señor Ceferino?

Cada vez más exaltado, rojo como un pimiento, el empresario se fue hacia él.

—¿¡No lo estás oyendo!? ¡Digo que os larguéis, y que no os vuelva a ver por Trescuevas!

—Pero... ¿por qué? —intentó averiguar mi padre. Pero el otro no le oyó.

—¡Ni por Hinojera! ¡Ni por Revuelta!

—Hemos... —dijo tímidamente mi padre— hemos gustado mucho.

—¡A mí no me habéis gustado nada!

—Pero ¿y la función de mañana, y la de pasado...?

—Mañana hay película —remató rotundo el empresario—. Y pasado, y también el otro.

Desconcertado, suplicante, mi padre insistía.

—Pero ¿por qué?

—¡No lo sabe usted, verdad, no lo sabe! —gritaba el señor Ceferino, a punto de estallar por la ira—. ¡Pues yo se lo voy a aclarar! ¿Cómo se llama esa lombriz con bigote que han sacado al final? ¿¡Cómo se llama!?

Di un paso adelante, muy digno, y respondí:

—Es mi hijo y se llama Carlos.

—¿Se llama Carlos? Pues vais a ver.

—¿Ha hecho algo malo? —pregunté.

Pero mi voz fue ahogada por los gritos del señor Ceferino, que atronaron el ambigú.

—¡Carlos! ¡Carlos! ¡Engracia, Engracia, Carlos!

Se abrió una puerta pequeña que daba al patio y por ella aparecieron, espantados, Engracia y mi hijo Carlitos. Se detuvieron en el umbral, con las miradas de terror fijas en el señor Ceferino.

El señor Ceferino los señaló con un dedo tieso, enérgico, terrorífico.

—¡Y ésta es mi hija, ¿saben?, mi hija! ¡Te voy a matar, hijoputa! Y se lanzó como una bestia salvaje hacia Carlitos.

—¡No toque usted a mi hijo! —grité, sujetándole.

Algunos se metieron entre nosotros, con intención de separarnos, pero otros ya estaban haciendo corro para ver la pelea.

Cargado de sensatez, el señor Ceferino clamó:

—¡No le mato aquí mismo, porque está esto lleno de testigos!

—¡Si le pone usted la mano encima, le rompo el alma!

—¿El chico quiere dar un braguetazo, eh? ¡Pues que se vaya a darlo a su pueblo, que aquí no somos gilipollas! ¡Paco, Desiderio, Roque, echar a los cómicos de aquí, y si no quieren marcharse os liáis a hostias!

Tuvimos que desmontar y empaquetar a toda mecha, bajo las miradas feroces de Paco, de Desiderio, de Roque y de algunos vecinos que se habían prestado voluntarios.

El señor Ceferino no estaba; se había ido a otra parte a dar una paliza a su hija Engracia.

Ya en noche cerrada, salimos del pueblo y nos echamos al camino a pie, cargados con los bultos. Nos alcanzó alguna pedrada.

Durante mucho rato caminamos en silencio. Escuchábamos los grillos, los ladridos de los perros cada vez más perdidos en la distancia. Y el ruido de nuestros pasos sobre la tierra.

Carlitos iba junto a mí, silencioso como los demás, pero rompió su mutismo para decirme en voz baja:

—Oye, papá... papá...

Yo no estaba para conversaciones.

—Cállate, cállate. No hables si no quieres que te parta la boca.

—Es que..., es que yo creo que os debo una explicación. A ti y a los demás.

—Déjate de explicaciones. Nos has hecho bien la puñeta a todos.

—Si no quieres atender a razones...

—¡Que te calles!

Unos pasos más adelante iban Maldonado y mi padre.

—Oye, Maldonado, el energúmeno ese, el señor Ceferino, ¿te ha dado lo nuestro?

—Tú viste que yo no quise meterme en la bronca...

—No vi nada. Estaba ciego. Ese jodío niño va a ser nuestra ruina.

—No me metí, para poder hablar con él en lo que vosotros desmontabais.

—¿Y qué?

—Procuré hablarle con buenas palabras. Le dije que eran cosas de críos. Y que bastante trastorno nos hacía perder esos tres días de trabajo, que no era cosa de que, además, nos quedásemos sin comer.

—¿Y qué, coño? Acaba de una vez. ¿Te pagó o no te pagó?

—Me tiró el dinero a la cara. Esta brecha que tengo en la frente es de una peseta.

—Pero el dinero, ¿lo recogiste?

—Sí, a gatas por el despacho, rebuscando por todas partes. Pero no te hagas ilusiones; tardé poco en recogerlo. Menos mal que hoy nos ahorramos la cena.

—¿Y para comer mañana?

—Para eso sí llega. Pero justito, porque ahora somos una boca más. Mi padre refunfuñó.

—Una boca que no sirve más que para comer.

Durante todo aquel tiempo mi hijo me había echado frecuentes miradas de reojo. Se atrevió a volver a hablarme.

—¿Estás ya más tranquilo, papá? ¿Puedo hablarte? Interpretó mi silencio como permiso para continuar.

—No sé si está bien lo que voy a decirte, pero... creo que tengo que decírtelo... Para que me comprendas. A mí esa chica, la Engracia, no me gustaba demasiado. No está mal, ¿eh?, no está mal. Pero había otra más guapa, la Casiana. Lo que pasa es que pensé que podía hacerme novio de la Engracia.

La sorpresa me hizo detenerme para mirar a mi hijo.

—¿Novio?

—Claro. Nosotros vamos siempre de un lado para otro, pero nunca vamos muy lejos. Yo podía acercarme a verla de vez en cuando.

Para no separarnos de los otros, reanudé la marcha.

—¿Por qué tu madre, cuando me mandaba tus fotos, no me dijo que no estabas bien de la cabeza?

—Escucha, papá, escucha. Yo razono. ¿Puedo seguir?

—Sigue, sigue —le autoricé, resignado.

—Los mozos de este pueblo son todos unos palurdos. Yo, en cambio, he estado mucho en Vigo y tengo conversación.

—Será en Vigo, porque conmigo no sueltas prenda.

—Ahora eras tú el que no querías que hablase. Yo lo que digo, papá, es que no veía difícil lo de esa chica. Pero en plan formal, quiero decir. Para otra cosa no me interesa. Yo iba con buen fin. Lo que ocurrió es que su padre, el señor Ceferino, no me dejó que me explicara.

—Ah, tú lo que querías era casarte —comenté, con sorna.

Y él afirmó, muy convencido, como si aquello fuera la cosa más lógica que podía ocurrírsele:

—Claro. No digo ahora, de repente.

El chico se mostraba razonable. Y como lleno de buen sentido, muy con los pies en la tierra, prosiguió su explicación.

—Digo dentro de un año o dos. Yo, papá, lo ‘que quiero por encima de todo, y ni tú ni el abuelo lo comprendéis, es no trabajar en esto del teatro. Al señor Ceferino, que es dueño de casi todo el pueblo, y tiene tierras que llegan hasta Pozochico y hasta Hinojera, yo habría podido ayudarle, porque sé de cuentas. Tuvo un administrativo, ¿sabes?, pero le salió un ladrón. Y como no era de la familia...

—¿Y de todo eso te has enterado en una mañana?

—Fui preguntando, preguntando... Como quien no quiere la cosa.

—Ya, ya.

—Si no hubiera sido por lo de Solís, el peliculero, todo podía haber marchado bien, porque yo, de momento, no quería más que establecer contacto.

Aquella referencia a Solís me resultó inesperada.

—¿Qué tiene que ver Solís en esto?

—Apareció de repente, cuando yo conversaba con la hija del señor Ceferino en el poyete de la puerta, a la luz de la luna, que estaba muy bonito, y nos gastó unas chirigotas.

—¿Y eso es todo?

—Pero se le veía la mala leche. De nuevo me detuve.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy seguro de que después le fue con el cuento al señor Ceferino y le dijo que si nos había visto allí solos, y que si tal y que si cual.

Comencé a comprender lentamente lo que el chico quería contarme.

—¿Tú crees?

—No nos vio nadie más que él.

Lo comprendí todo perfectamente y, muy excitado, avancé unos pasos hacia mi padre.

—¡Padre, padre!

Mi padre se detuvo al oírme, como los demás.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes lo que dice Carlitos?

Le echó una mirada fulminante y siguió andando.

—¡No! ¡Ni quiero saberlo! Yo fui tras él.

—¡Dice que ha sido Solís el que le vio con la hija del señor Ceferino!

—¿Y qué? —dijo encogiéndose de hombros y sin dejar de andar.

—¡Pues que ha ido en seguida a contárselo! ¿No comprendes? ¡Solís ha armado toda esta patraña para que nos echaran!

Mi padre se detuvo en seco. Se volvió hacia nosotros. Alzó la mirada al cielo cuajado de estrellas y le lanzó unas cuantas blasfemias atropelladas.

—¡No me digas más! ¡Para quedarse él estos tres días! —voceó, iracundo.

—¡Eso digo! —afirmé yo.

—¡Me cago en el jodío peliculero! ¡Donde me lo encuentre le mato! ¡Le mato!

Y daba pasos frenéticos a un lado y a otro como si fuese a encontrarle escondido en cualquier costado del camino.

Intervino, escéptica y despectiva, mi tía Julia.

—Pero ¿qué dices, Arturo? ¡Tú qué vas a matar! ¡En cuanto te le encuentres, te invitará a unas copas y, lo de siempre, tan amigos!

—¡Que no! —rugió mi padre.

—Tiene razón mi madre —remachó Rosa—. Pues anda, que no te cae bien.

—¡Que no, que no!

También Juanita estaba de acuerdo con las otras mujeres:

—Un apretón de manos, unas palmadas en la espalda, y hasta la próxima guarrada.

—¡Que esta vez, no! ¡Que esta vez, no! ¡Que esta vez le mato, le mato!

¡Le enrollo al cuello todas sus jodías películas y le estrangulo!

—De esa manera tan rara, difícil lo veo —comentó mi tía.

Hasta el cruce nos faltaban tres horas de camino y otras tantas tirados en la cuneta hasta que pasase un autocar que iba para Ciudad Real.

Pero ¿cómo se le puede haber ocurrido a alguien que soy un desmemoriado? Porque eso es lo que dicen algunos, aunque lo digan con otras palabras; estoy harto de saberlo. Creen que de lo de hace años no me acuerdo y que de lo de ahora no me entero. Estoy acostumbrado a oír al apuntador, y no he perdido el oído. Me entero de todo. Y tengo aquí todavía párrafos de don Jacinto: «He aquí el tinglado de la antigua farsa, la que alivió en posadas aldeanas el cansancio de los trajinantes...», y de Calderón: «Al Rey, la hacienda y la vida / se ha de dar, pero el honor / es patrimonio

del alma, / y el alma sólo es de Dios», y de Muñoz Seca:

«Puñal de puño de aluño, / puñal de bruñido acero / orgullo del puñalero / que te forjó y te dio bruño».

Me falla la memoria, ¿eh?, me falla... Y los pueblos, aquellos pueblos... Más de veinte años hace que no los piso, y están aquí, aquí... Medinilla, Navaseca, Revuelta, Pozochico, Navahonda, Trescuevas, Hinojera, Alcorque, Cabezales... Y me paso horas y horas en mi cuarto repasando los recortes de los periódicos, las críticas, las entrevistas, los anuncios, los programas, tanto de cine como de teatro, que hay algunos que me los sé de corrido. ¡Pero, leche, si a poco que me esfuerce veo toda mi vida como si fuese una película!

Llegamos a la fonda del Pelusa reventados, como muchas otras veces. Pero yo aún saqué fuerzas de no sé dónde para echarle una bronca a mi hijo.

—¡Ese amigo tuyo de Vigo..., el de la papelería..., ¿cómo se llama?!

—¿Quién? ¿Pepiño?

—¡Ése! ¡Pepiño te ha metido unas ideas en eso que tienes por cabeza, que no sé cómo voy a sacártelas!

Se me fue la mano y el chico protestó.

—¡No me pegues!

—No te he pegado.

Enérgico, muy en hombre, como si quisiera decirme que yo no tenía ningún derecho sobre él, insistió:

—Sí, me has dado un capón.

Comprendí que para pegar a un hijo era imprescindible que estuvieran arreglados los papeles y haber invertido algo en su manutención y traté de trivializar la escena.

—Bueno, pero... un capón no es pegar... Es una cosa cariñosa... Que se ve que vamos tomando confianza.

—Yo ya soy mayor, papá. No me gusta que me peguen.

Anda, vete a dormir y vamos a dejar esto.

Los demás también lo dejaron. Quiero decir que olvidaron el trastorno que nos había causado Carlitos, y todas las culpas se las llevó Solís. Mi padre incluso tomó cierta afición a su nieto y, con excesivo optimismo, le enseñó a remendar y repintar los decorados, y algunas otras cosas del oficio.

—Las comedias tenemos que arreglarlas nosotros, porque los autores las escriben demasiado largas y con más personajes de los que hacen falta. Entre tu padre y yo las cortamos y las dejamos en la medida justa, quitando toda la paja. Y suprimimos los personajes que sobran, porque si salen muchos, el público se marea. Algunos ponemos que hablan por teléfono, otros los sustituimos por una carta, o con dos hacemos uno. Queda mucho mejor. Convendría que tú, en lo que te vas soltando

como actor, te entrenaras por lo menos en leer de corrido, y así podrías hacer de apuntador. Sería mejor que esto que hacemos ahora de apuntarnos unos a otros cuando estamos fuera de escena.

Después el chico comentaba conmigo la marcha de las lecciones.

—Dice el abuelo que aprenda a ser apuntador. Pero a mí leer se me da muy mal.

—Ya lo sé, ya.

—Y como, aunque leo despacio, buena letra sí tengo, también quiere que pase a limpio las comedias.

—Me parece bien. Así vas haciendo algo.

—Y también quiere que le eche una mano a Maldonado en lo de las cuentas.

—No sé qué cuentas —dije con melancolía—. De momento...

—Yo creo que cuando os salga algo de trabajo, sería mejor que me ocupase de lo de las cuentas nada más. Pero yo solo.

—Mira, Carlitos. Nosotros trabajamos a partido.

—¿Y eso qué es?

—Que lo que entra, nos lo repartimos. Maldonado es el que hace los papeles más pequeños, pero cobra dos puntos, porque además es el gerente.

—No sé si está bien que haga las dos cosas. Yo podría llevar la gerencia. Y así trabajábamos todos. Pero que por la gerencia se cobre solo un punto, no sé si está bien tampoco. La labor administrativa es la de más responsabilidad en una empresa.

—¿Ah sí?

—Sí. Todo el mundo lo sabe. A lo mejor a vosotros no os va bien del todo, porque descuidáis la gerencia.

Con lentos movimientos de cabeza asentí a las profundas reflexiones de mi hijo.

—Puede ser —acepté—. Pero eso tendrías que hablarlo con el abuelo.

—¿Me das permiso?

—Sí, hombre, sí. Pero díselo cuanto antes; y sales de dudas.

Fue corriendo a decírselo. Tardó muy poco, y menos mi padre en contestarle, porque antes de cinco minutos ya estaba de vuelta. Traía peor aspecto que nunca. Como en sus peores momentos. Parecía que acababa de hacer mutis después de interpretar el papel de Luis en *El último encuentro*. El pelo todo revuelto, el cuello de la camisa para un lado...

—¿De dónde vienes, hijo?

—Ya lo sabes, de hablar con el abuelo.

—¿Le has planteado tu idea?

—Sí, claro.

—¿Y qué te ha contestado?

—Me ha dado un tantarantán que por poco me caigo por la ventana al patio.

—Pero ¿qué ha ocurrido? ¿No se lo has explicado bien?

—Sí. Igual que a ti.

—¿Y no te ha comprendido?

—Sí, yo creo que sí, que me ha comprendido muy bien, y por eso me ha dado el tantarantán.

—Debe de ser que está anticuado.

—Eso me parece a mí.

Se presentó de repente Maldonado, muy alegre, jovial, resplandeciente.

—¡Hola, Carlos! ¡Y vale para los dos, porque el plural de Carlos es Carlos, no es Carloses!

—Muy contento vienes, Juan.

—Traigo buenas noticias. ¿Dónde está Arturo?

—Estaba en su cuarto, echando la siesta —dijo Carlitos—, cuando fui a contarle un proyecto que se me había ocurrido. Pero se marchó dando voces.

—¿Ha salido algo? —pregunté.

—Sí, ha salido. Seis días en Navaseca.

—Hace tiempo que no íbamos.

—Mejor dicho: tenemos sólo tres. Porque alternamos con el peliculero. No pude dominar mi indignación:

—¿¡Qué dices!?

—Tres días él, tres nosotros. Salteados.

—¿¡Con Solís!?

Salió a relucir la sonrisa ladeada de Maldonado. Habló con mucha calma.

—Modera tus ímpetus. No es Solís. Le ha salido un competidor. Un tal Rovira, que anda también por aquí. Y trae mejor cámara.

—Me alegro. Que se joda.

—No te alegres tanto. Eso significa que en esta comarca hay público para dos peliculeros.

—Pues, a pesar de eso, me alegro.

—Bueno, mañana a Navaseca. Voy a decírselo a tu padre, a ver si le encuentro.

—De momento —comenté optimista—, ¡tres días son tres días!

—Yo mañana no puedo ir.

El que había hablado era mi hijo Carlitos. Maldonado y yo al unísono nos volvimos hacia él. Yo le taladré con la mirada.

—¿¡Que no puedes ir!?

Muy seguro de sí mismo contestó el chico:

—No, tengo que hacer.

CAPÍTULO 6

De cómo a los cómicos le llegaron tiempos peores

Sí, estaba yo... Estaba yo... Lo recuerdo muy bien... En el teatro Infanta Isabel, de Madrid. Estrenábamos aquella obra de Víctor Ruiz Iriarte... Lo que he olvidado es el título... Parece imposible, ¿verdad?, pero lo he olvidado. Bueno, no lo he olvidado, pero ahora, de momento, no lo recuerdo... Pero lo tengo en los recortes de prensa, porque yo guardo todos los recortes... Luego lo miro... Era algo así como *La secretaria y el amor*... No, no era eso, qué tontería. *El amor de la secretaria*. Tampoco. Si me oyera don Víctor... Pero sí, me acuerdo muy bien... En el tercer acto. Yo utilicé mi recurso de la voz gangosa y tuve un éxito. No sólo por ese recurso, sino porque le puse corazón, mucho corazón. De fondo se oía *Para Elisa*, que había elegido don Víctor.

Como final de nuestra escena, Isabelita Garcés había dicho entre carcajadas del público, aquel monólogo tan divertido en que hablaba de la primavera y explicaba que lo malo era que ella tenía alergia al polen. Después yo, antes de hacer mutis decía un párrafo corto, pero gracioso. A medio párrafo, una carcajada. Y cuando dije aquello de que le mandaría una postal desde Logroño y después hice mutis, más risas y una ovación.

Salí a saludar. En aquel tiempo todavía se saludaba en los mutis. Las palmas echaban humo. De verdad, de verdad... Y estaba allí lo mejor de Madrid.

Cuando acabó el estreno entraron en mi camerino, a felicitar me, Antonio Vico, Lemos, Closas... Pero lo que no olvidaré nunca es el abrazo del gran Daniel Otero, la primera figura de nuestra escena, que repetía una y otra vez: «¡Qué vis cómica tan original! ¡Qué vis cómica tan original!».

El doctor Arencibia, joven, de buen aspecto, seguro y con una amable autoridad, se inclina hacia Carlos Galván. Están los dos en el despacho principal del asilo. Los envuelve la luz de la tarde que llega desde el ventanal, matizada por los visillos.

—Señor Galván, señor Galván...

—¿Qué?

—¿Era eso lo que estaba usted recordando?

—Sí.

—Bueno, siga, siga...

—¿No era esto? Cuando en el teatro Infanta Isabel, de Madrid... El doctor consulta sus apuntes.

—Yo acabo de anotar: Ciudad Real; al día siguiente, trabajo en Navaseca.

—Ahí, sí, es verdad... De pronto, la cabeza se me ha ido... Pero ya recuerdo, ya

recuerdo...

Mi hijo acababa de decirme que él no podía ir a trabajar al día siguiente a Navaseca porque tenía que hacer.

—¡Claro, claro que tienes que hacer! —grité muy enfadado—. ¡Tienes que empaquetar los trastos y barrer la tarima! ¡Y ayudar a colgar los telones!

—No puedo, de verdad. ¿No podéis dejarlo para pasado mañana? —Pero ¿tú qué te has creído?

—Maldonado, que es el gerente —dijo Carlitos imperturbable—, a lo mejor lo puede arreglar.

—Juan bastante ha hecho con encontrarnos esas fechas. Carlitos, quejoso, protestó:

—Cuando yo no estaba, os arreglabais solos. Ahora parece que soy imprescindible.

Aquello me llegó al alma. ¡Imprescindible! ¡El zangolotino empezaba a creerse imprescindible! Sentí que la ira se me agolpaba en la garganta cuando grité:

—¡Sujétame, Maldonado, sujétame! Increpé a mi hijo:

—Pero ¿qué cojones tienes que hacer?

—Tengo partido.

Creí que no había, comprendido bien.

—¿Partido? ¿Partido de fútbol?

Mirándome como si yo fuera un retrasado mental, mi hijo Carlitos afirmó:

—Sí, claro. ¿De qué va a ser?

—Pero ¿tú eres futbolista?

—No, pero las doy bien.

La tranquilidad, la serenidad, la indiferencia de mi hijo en sus respuestas me tenían perplejo. ¿Era un cínico o era un imbécil?

—¿Y te has creído que por jugar al fútbol puedes dejar el trabajo?

—También es un trabajo, papá.

—Quizá el chico no va descaminado —dijo Maldonado—. Quizá fuera mejor, más rentable, que empezáramos a entrenarnos todos y formáramos un equipo.

El humor de Maldonado no me pareció oportuno.

—Cállate, Juan.

—Yo le veo más porvenir... —insistió—. ¿Qué te parece? Tu tía Julia, tu padre, Rosita, tú de medio centro...

—¡Que te calles, no estoy para cofias! Carlitos nos explicó:

—No salió de mí... Mañana juegan en Cabezales el Cabezales contra el Higuieruela... Pero a los de Higuieruela les faltan tres porque jugaron el domingo contra el Poblacho que son eternos rivales, y sacaron muchos lesionados. Unos de

Higueruela que andan por aquí me vieron dar unas patadas al balón y me dijeron que saliera con ellos.

—Pero ¿no te das cuenta? ¡El fútbol es la competencia! ¡Es nuestro peor enemigo! ¡Peor que las películas, peor que las novelas de la radio! ¡Nos destruye los domingos! ¡Y tú, un hijo mío, no quiere trabajar, para ponerse en calzoncillos en un solar y...!

—No lo hago por *obi*.

Me le quedé mirando un momento, en silencio. Pero ¿qué coño quería decir?

—¿Que no lo haces por qué?

—Por *obi* —repitió, muy seguro.

—Pero ¿qué dices!

—Que no lo hace por afición —aclaró Maldonado.

—¿Ah, no? ¿Pues por qué leches lo haces?

—No, papá. Es que me dan la merienda.

Recuerdo que no supe qué decir. Me quedé como se deben de quedar los boxeadores cuando les aciertan en la mandíbula. Sentí en seguida algo así como una congoja. Luego me vino el recuerdo del hambre, que se transformó en hambre verdadera. Como no supe qué decir, no dije nada. Me quedé callado. Le agradecía mucho a Sergio Maldonado que hablase él.

—¿A qué hora es el partido, Carlitos?

—Alas tres y media.

—Después de acabar, si alguien te acerca, tendrías tiempo de llegar a Navaseca. Nosotros no empezamos hasta las ocho. Y podías echar una mano.

—Siempre habrá alguien que me acerque —dijo el chico dando facilidades—. Si no me lesionan...

—Hombre, no te pongas en lo peor. A tu abuelo yo le hablaré. Le contaré lo de la merienda.

Di unas palmadas en la espalda a Maldonado. Todavía no he dicho que de todos nosotros el más inteligente era él, aunque fuese el peor cómico de la compañía.

Ganó el Cabezales al Higueruela, pero no recuerdo el tanteo. Como ganaron los de casa, no hubo demasiados incidentes y mi hijo Carlitos llegó a Navaseca a tiempo de ayudar algo, aunque no hizo de apuntador porque aún no había adquirido la suficiente velocidad en la lectura.

Al día siguiente no teníamos trabajo, había película. Después de comer sesteábamos algunos en el patio de la posada. Hasta nosotros llegaba la voz del pregonero que anunciaba para aquella tarde la película *Margarita Gautier*, por Greta Garbo.

De pronto, llegó al patio Maldonado, muy alegre, dando voces:

—¡Arturo, Carlos, doña Julia! ¡Vamos, vamos, se acabó la siesta!

—Pero ¿qué pasa?

—¡Sorpresa! ¡Hay sorpresa! ¡San Ginés y el espíritu del viejo Tespis se han acordado de nosotros! Si nos ponemos en marcha ahora mismo, podemos trabajar esta tarde en Revuelta. ¡Deprisa, deprisa, que no hay tiempo que perder!

Mi padre se levantó de un salto. Pasó la mirada sobre los que allí estábamos para ver los que faltaban.

—¡Juanita! —llamó.

—¿Qué quieres? —respondió la voz lejana de Juanita. Respondí yo:

—¡Hay que salir para Revuelta!

—Nos lleva una camioneta —explicó Maldonado—. Ya está ahí, esperando.

—¿Y Rosa y el chico, por dónde andan? —preguntó mi padre.

Eso quisiéramos saber todos: por dónde andaban. No se los encontré por ninguna parte. Y yo los busqué hasta debajo de las camas. Y encima también. Por el chico daba lo mismo, aunque él se creyera imprescindible. Pero sin Rosa no podíamos hacer la función.

Nos repartimos para recorrer el pueblo. Inútil. Yo los había empujado el uno hacia el otro, pensando que hacía un bien. ¿Habían huido juntos?

Pero no. Fue mucho peor que eso. ¡Se habían ido al cine!

—¿¡¡Al cine!!? —clamaba mi padre hecho una furia, cuando se presentaron los dos desaparecidos—. ¿¡Y porque vosotros os vais al cine como dos gilipollas no hemos podido ir a Revuelta!?

Mi hijo, tembloroso, se disculpaba:

—Yo no sabía nada, abuelo.

—¡Cállate, mamón! ¡Ayer al fútbol y hoy al cine! ¡Pero tú... tú eres... tú eres un enemigo pagado! ¡Todavía si os hubieseis escapado juntos, para estar lejos de nosotros...! ¡Si os hubieseis escondido en el granero, a joder! ¡Eso, todavía, sería comprensible! ¡Pero, al cine! ¡¡Al cine, cabronazos, traidores!!

Mi prima Rosa intentó justificarse:

—No era una película como otra cualquiera; era una película de la Greta Garbo.

—¡Aunque fuera una película de la abuela que parió a la madre de la Greta Garbo!

Mi tía se interesó por una cuestión marginal:

—¿Y habéis ido pagando?

—Claro —respondió mi hijo.

La indignación de mi padre llegó al máximo.

—¡Eso: encima, dándole nuestro dinero al peliculero!

—No es Solís —dijo Carlitos.

—¡A mí qué carajo me importa! ¿Dejará de ser un peliculero? ¿De robarnos el pan?

Mi prima decidió plantarle cara.

Yo, si quiero seguir en el teatro, tengo que aprender.

—¡Qué tiene que ver el cine con el teatro! ¿¡Cuándo coño has visto tú que yo me vaya a ver una del Gordo y el Flaco en vez de cumplir con mi obligación!?

Mi tía Julia, feroz, amenazadora, agarró a su hija de una mano.

—¡Menuda te espera ahora, Rosa, menuda te espera! Dando zancadas a un lado y a otro, gritaba mi padre:

—¡Quitarlos de mi vista, quitarlos de mi vista! ¡Me cago en vuestro padre y en vuestra madre, aunque sean de la familia!

Llegaron malos tiempos. Para ser más exacto: llegaron peores tiempos. A veces íbamos a un pueblo sin estar apalabrados, porque otra cosa más segura no teníamos, y nos dejaban hacer una función. Pero así, lo corriente era que sacáramos muy poco. Al acabar el trabajo había que pasar la gorra..., y lo que quisieran echar.

Para mí esos malos tiempos tenían sólo una cosa buena. Y no la olvido. Aquí y aquí tengo marcado su recuerdo: en la cabeza y en el corazón. Aquí y aquí. Esa única cosa buena era Juanita. Su amor.

Como yo ya le había aclarado a mi hijo Carlitos la situación, Juanita y yo hacía tiempo que habíamos vuelto a dormir juntos. Su cuerpo alegraba mis noches, que si no...

Eché una mano sobre su hombro y le susurré al oído:

—Si no fuera por ti, Juani, porque te tengo cerca...

—Estoy muy cansada, Carlos. Y retiró mi mano.

—Yo también —dije, acercándome más.

—Pues no se te nota. Descansa.

—Éste es mi único rato bueno.

—Estoy deshecha.

—Lo comprendo. Cuatro kilómetros hasta el cruce; luego, el autocar.

—Creo que me ha destrozado más el traqueteo del autocar que lo que hicimos a pie.

—Sí, estos autocares...

—Descansa, Carlos.

—Si estoy descansando. Ya lo sabes, yo descanso así. Cada uno descansa a su manera.

—Sí, es verdad. Habrá gente ahora en otro lado, no sé dónde, que esté descansando mejor. O que no esté tan cansada.

—Sí, seguro que la hay. Pero eso a nosotros, ¿qué nos importa? Ahora estamos tú

y yo, Juani, tú y yo, aquí... Yo estoy contigo, con tu boca, con tus hombros...

Cansadísima, suplicante, Juanita protestó:

—Pero, Carlos...

—¿Qué hago? ¿Me quito?

Su voz en la oscuridad me pareció más tierna, o resignada.

—No, no. Si quieres...

—Claro que quiero, Juani. Quiero porque... porque te quiero. —Yo también te quiero, Carlos, también te quiero... Abrázame, Carlos. Abrázame más, Carlos, más fuerte..., más fuerte. Como si no pudiéramos separarnos nunca.

Ya digo... Recuerdo..., recuerdo que ésos eran mis únicos ratos buenos, mis únicos momentos de felicidad. Porque por lo demás, mi hijo, el zangolotino, significó muy poco para mí. Era tan distinto... Y aunque mi trabajo me gustara mucho, el hambre no me dejaba disfrutarlo. Pero me consolaba la voz de Juanita, así, en la noche, su carne, sus caricias...

—No te duermas, Carlos, no te duermas... —dijo en voz muy baja.

—¿Eh? ¿Qué? —pregunté yo, recién dormido.

—Que no te duermas.

—No, si no me había dormido todavía.

—Sí, empezabas a dormirte. Pero tengo que hablarte.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora. Escucha, Carlos. Ha sido la última vez.

—¿Qué dices?

—La última vez. Me voy.

—Pero...

—Sí, has entendido bien. Estás despierto y has entendido bien. Juanita...

—Me voy. No puedo más. Me voy.

Galván ha enmudecido. Sus ojos están clavados en el ventanal por el que se ve el mustio jardín de la residencia. No hay ningún jubilado tomando el sol. Todos están arriba, frente al televisor. Parece como si al cómico le hubiese distraído el vaivén de una hoja mecida por el viento, el vuelo de un pajarillo.

—¿Qué le sucede, señor Galván? ¿Ocurre algo en el jardín?

—No, nada. No hay nadie.

—Pues, entonces...

—Qué curioso. Me he quedado en blanco... No recuerdo nada... Ni siquiera sé de qué estábamos hablando...

—¿Está seguro?

—Seguro. ¿Por qué iba a decir lo contrario? Sólo sé... que ahora estamos en mil novecientos setenta y tres.

—Su hijo Carlitos, ahora ¿cuántos años tiene?

Galván, por un momento, se encierra dentro de sí mismo. Aparta la mirada de su interlocutor y echa cuentas con los dedos. Musita algo, quizá alguna fecha.

—Digo yo que tendrá... poco más o menos... cuarenta y tantos. Nació antes de la guerra civil. En lo que llamaban el bienio negro.

—¿Y el otro? ¿Cómo se llama el otro?

—Mariano, el de la Uceda. Se llama Mariano. Y ahora debe de tener... alrededor de treinta. Nació al acabar la segunda mundial. ¡No! ¡No! ¡Quite esa música! Hoy me duele, me hace daño escucharla. Tiene usted razón: no me he quedado en blanco. No me he olvidado de aquello. ¡Qué más quisiera yo! Con su permiso, ¿puedo encender un pitillo?

—Sí, fume, fume.

Le tiemblan las manos a Carlos Galván al encender el pitillo. Le ha entrado humo en los ojos. Por eso se le irritan, se le humedecen, y se restriega los párpados con los nudillos, antes de volver a recordar...

—¿Por qué, Juanita? —sentí que me temblaba la voz—. ¿Por qué te vas?

—Son muchas cosas, Carlos, no es una sola. Últimamente, desde que ha llegado el chico, tú has cambiado mucho.

—¿Que yo he cambiado?

—Has cambiado en tu trato conmigo.

—Pero ahora ya, desde que hablé con él de lo nuestro, volvemos a dormir juntos.

—No se trata sólo de eso. Durante el día no estás como antes. Me hablas menos. Y cuando me hablas, no me hablas igual. Yo lo comprendo; te da vergüenza delante de él hacerme una caricia, llamarme vidita o corazón... Pero yo lo echo de menos.

—Eso sólo no es motivo, Juanita. Tienes que comprender que mi situación es muy difícil. No estoy acostumbrado a ser padre, y, es verdad, delante del chico me corto, no acierto a estar natural.

—Y menos cuando estoy yo.

—Sí, tienes razón. No te lo niego. Pero cuando no estás, cuando estamos él y yo solos, como no sea para cosas del trabajo, no creas que me es fácil hablar con él.

—¿Te habla de su madre?

—¿De su madre? No, nunca.

—Yo no puedo evitar pensar en ella. Y eso también siento que nos separa.

—¿Qué dices? Si ni siquiera la has conocido.

—Pero me la imagino. Me la imagino cuando le veo a él. Y seguro que no aciertas cómo era.

—¿Cómo era?

Yo qué sé. No la recuerdo, te lo juro... Hace ya de aquello casi veinte años, y estuve con ella sólo quince días.

—¿Y la has olvidado?

—Del todo.

—Pues igual me olvidarás a mí.

—Juanita, por favor, no compares... Lo nuestro dura más de tres años. Tres años de amor, de trabajar juntos, de vivir juntos, de tener las mismas costumbres, las mismas ilusiones...

—A mí, ilusiones ya no me quedan. Ésa es otra de las razones para marcharme. Además, Carlos, yo siempre he sabido que tú eras mayor que yo, bastante mayor...

No sabía adónde quería ir a parar Juanita sacando a relucir ese tema, pero intenté bromear:

—Creo que eso está claro. Lo hemos dicho muchas veces: yo te gustaba porque era mayor y tú me gustabas porque eras menor.

—Pero, ahora..., desde que él anda con nosotros, y sé que es tu hijo y que tú eres su padre..., y que la edad de él se parece mucho más a la mía... te encuentro más viejo.

—¿Qué dices? Tengo los mismos años que hace dos meses.

—Pero hace dos meses, se te notaba menos.

—Me parece como si no quisieras darme las verdaderas razones que tienes para marcharte y estuvieras inventando disculpas.

—Te equivocas, Carlos. Te estoy diciendo todo lo que pienso, aunque no sé si está bien que lo haga.

—Yo tampoco lo sé. Para mí lo único que está mal es que te vayas—

—Tengo hambre, Carlos.

—¿Cómo? ¿Ahora? Pero aquí no tenemos...

—No; no sólo ahora. Siempre. Desde hace unos meses. Y también el año pasado y, a veces, aunque nos iban mejor las cosas, el otro. Algunos días no hemos comido. Otros, sólo un poco de queso y chorizo.

—Son malas rachas, ya lo sabes. Pero se pasan. En este oficio nuestro hay malas rachas.

—Esto no es un oficio, Carlos. Somos vagabundos.

—Pero para ti no es nada nuevo. Vienes de familia de cómicos. ¿O es que cuando trabajabas con tus padres os iban mejor las cosas?

—No. Pero yo esperaba que cambiasen. Que cambiasen para bien.

—Creo que a pesar de todo, nosotros, tú y yo, no lo hemos pasado mal.

—Siempre, no.

—La vida no es sólo comer. Nos hemos divertido muchas veces. Nuestro trabajo nos gusta. Lo que ocurre es que tú estás impresionada por cómo nos va últimamente; pero hace unas semanas, si no hubiera sido por la canallada de Solís...

—Nuestro enemigo no es Solís, como cree tu padre. Es el cine. Si no fuera Solís,

sería otro peliculero. El Rovira ese, por ejemplo. A la gente le gusta más ver películas que vernos a nosotros. Ya desde hace muchos años. Y a mí también.

—No tiene nada que ver lo uno con lo otro.

—Sí tiene, Carlos. Son modos de divertirse. ¿No recuerdas aquel día que estuvimos en Bolaños sin trabajar, porque se nos adelantaron los Calleja-Ruiz?

—Sí. Nos quedamos a verlos. Hacían *Malvaloca*.

Y por la noche fuimos a ver la película que echaba Solís. Era *Tres lanceros bengalíes*. ¿No recuerdas la diferencia que había?

—Pero después, en el bar, cuando discutíamos, el que tenía razón era mi padre. Son cosas totalmente distintas. No hay por qué compararlas.

—Pero la gente las compara. Y prefiere las películas. O el fútbol, o la radio... Los viernes no podemos trabajar porque sale el Zorro, los domingos porque radian los partidos. Y no digamos cuando ponen los seriales de Doroteo Martí, con traidores, con celos, con amantes, con hijos naturales, con padres desconocidos... El teatro se muere, Carlos; sobre todo, el teatro de vagabundos.

Se quedó un instante en silencio. Ladraron los perros. Se escuchó el pitido del tren. Juanita añadió:

—Y yo no quiero que me entierren con él.

—En eso tienes razón, Juani. Esto que hacemos nosotros es lo que está dando las boqueadas. Pero en las ciudades sigue habiendo teatro. Lo leemos todos los días en los periódicos, en las revistas... Tú sabes que Maldonado, cuando volvió de la División Azul, se metió de extra en el cine y se defendió bien. Llegó a hacer papeles en el teatro. Y si se vino con nosotros, fue porque hace unos años en los pueblos era más fácil comer que en Madrid. Pero me ha dicho que a lo mejor se vuelve. Él está relacionado.

A veces se me ha cruzado por la cabeza la idea de decir a mi padre que nos vayamos a Madrid, a buscar trabajo allí, aunque dejemos de tener compañía propia.

—Eso será difícilísimo.

—¿Por qué no tienes ilusiones? ¿Por qué no tienes esperanzas?

—Las tenía. Pero es difícil que duren.

Yo, sin tener motivo ninguno, me sentía a cada momento más entusiasmado. Ya me veía en la capital, con Juanita, trabajando en los teatros, en los platós...

—Todo es cuestión de suerte. Hacer nuestro trabajo, sí sabemos. ¿Quién te dice a ti que en Madrid, si Maldonado nos mete en lo de los extras, no empiezan a darnos papeles pequeños?

Le describía Juanita cómo podría ser la escena de nuestro descubrimiento:

«—¿Alguno de ustedes ha trabajado en el teatro?» —preguntaba un ayudante de dirección.

«—Yo soy actor de teatro, sí señor» —respondía yo, dando un paso adelante—.

«Y mi mujer también.»

«—¿Podría usted decir: “Hace mucho que no te veía, Nicolás”?»

«—Ya lo creo.»

«—¿Y usted podría decir: “Ponme otra copa, Elías”?»

«—Si no me falla la memoria...» —contestaba con guasa Juanita. Conseguí que ella olvidase un momento su amargura y que se echase a reír.

—¿Y por qué no le has dado también una frase al niño? Yo me reí también.

—De ése me fío menos.

—Estás loco, Carlos.

—¿Por qué? ¿Quién te dice que no vamos metiendo cabeza en las películas y con eso nos defendemos? ¿Tú sabes que Mistral y Rabal y Aurora Bautista cobran más de medio millón por cada película? Viene en el *Primer Plano*.

mallá, calla, calla...

Y si entramos en el ambiente y vamos a los cafés y a los estrenos, podrían llamarnos para el teatro. Se hace repertorio, de Marquina, de Benavente, de Ardavín... Y nosotros tenemos mucho. Tú haces muy bien *Rosa de Madrid*. ¿No te gustaría hacerla en el teatro de la Comedia? ¿Y te imaginas que en el cine hiciéramos una escena de amor los dos juntos?

—Sigue, sigue con el cuento de la lechera-dijo escéptica, pero con ternura.

Empecé a improvisar el diálogo de la escena de amor, y ella me interrumpió.

—Loco, loco rematado —dijo con voz entrecortada por el llanto.

—Estás llorando, Juani. ¿Por qué lloras?

—Porque yo..., yo no quería dejarte.

—¡Pues no me dejes, coño, no me dejes!

—Yo pensé que toda la vida estaríamos juntos.

Llegó hasta nosotros, como tantas otras veces, una voz lejana:

—¡Dejar dormir, cómicos, menos cháchara! Bajé la voz:

—Yo también pensé que siempre estaríamos juntos. Dejándonos de fantasías, Juani: aquí, en la compañía de mi padre, tú haces casi todo el trabajo importante. La tía ya está muy mayor. Dentro de poco esto será la compañía Plaza-Galván.

—No puedo, Carlos. No quiero. ¿Te acuerdas que cuando nos conocimos tú te quejabas, y no hablabas más que de mejorar, mejorar..., de ir a plazas más importantes..., de comprar una furgoneta? Yo no; yo estaba contenta con esta vida, me divertía. Pero ahora me parece imposible.

—Entonces..., ¿te vuelves con tu familia?

—No. Me ha escrito una amiga que trabaja en un bar de Rota. Me voy a trabajar con ella.

—Pero... ¿qué bar es ése?

—No te rías del nombre. Se llama *El Infierno*. A pesar del nombre, está muy

acreditado. Hace mucha caja. Van muchos americanos de la base.

—Un bar... ¿un bar de camareras?

—Sí, eso creo.

—Pero, Juanita, tú sí que estás loca. ¿Qué vas a hacer? Eso es mucho peor que esto.

—Seguro que se pasa menos hambre. Y hay trabajo todos los días.

—Te arrepentirás, te arrepentirás. Lo sé. No me cabe la menor duda. Echarás de menos nuestros viajes por los caminos, los ensayos, los papeles, las funciones. Quédate, Juanita.

Esperé su respuesta, pero no llegó.

—Quédate otro mes, unos días. Yo haré menos caso a Carlitos. Te volveré a tratar como antes. Dame un plazo para ver si las cosas por aquí se enderezan, o si hacemos eso de irnos a Madrid con Maldonado. Por favor, Juani, yo te quiero como siempre, te deseo, te necesito...

—Estate quieto, Carlos, no seas bruto; me haces daño.

—Te quiero, te quiero.

—Yo también. Sabes que yo también te quiero.

—Unos días, sólo unos días —supliqué.

—Bueno, cálmate. Sólo unos días.

—¿Cuántos?

—Muy pocos... No quiero comprometerme.

—Gracias, gracias.

—Pero estoy segura de que me porto mal.

—¿Qué dices, Juani?

—Sí, me porto mal conmigo.

A partir de aquella noche empecé a portarme muy bien con ella. Pero no podía hacer muchas cosas. Lo único que conseguí fue distanciarme algo de mi hijo Carlitos, para que Juanita no tuviera celos.

CAPÍTULO 7

Un hombre de aspecto repulsivo

Lo de Juanita Plaza fue cuando la muerte del presidente Kennedy. No se me olvida, porque se declaró luto y cerraron todos los teatros y los cafés. Kennedy se había hecho muy amigo de Franco cuando, después de ser elegido presidente, vino a España. En realidad, vino a decirle a Franco dos cosas: que no se vistiera más de legionario y que quitase la censura de los teatros, que también a nosotros a veces nos hacía la puñeta. Lo primero que hizo Kennedy a su llegada a España fue visitar La Mancha, porque era un gran lector del *Quijote*.

No lo sabía.

—Sí, sí señor. En todos aquellos pueblos, Navaseca, Revuelta, Pozochico..., hubo fiestas, con las calles adornadas y baile en la plaza, y nosotros hicimos función. Tres días seguidos. Por eso me acuerdo muy bien. El Caudillo y Kennedy con su escolta pasaron como una centella. La gente gritaba a coro: « ¡Kennedy, Kennedy, Kennedy!» y «¡Franco, Franco, Franco!». El dueño del bar nos invitó a los cómicos a una ronda. Luego, cuando mataron a Kennedy, luto. Todo cerrado. Y lo encuentro muy natural.

Asiente el doctor Arencibia. Pero muy despacio, tranquilo, sedante, hace una observación al jubilado Carlos Galván.

—Tiene usted algunas fechas cambiadas, algunos datos.

—No puede ser. Luego lo miraré en los recortes.

—¿Usted guarda recortes, aunque no sean de teatro?

—Yo guardo recortes de todo, de todo. Tengo muchísimos.

—Escuche...

El doctor ha colocado un disco. Manipula el aparato. En la calma del despacho principal se escuchan las notas de un viejo bolero.

—Sí..., esa música..., ya, ya... Es *El camino verde*.

—No, no es ésa.

—¡Calle, calle! ¡Tiene razón! ¡Es *Caminemos*! ¿Cómo voy a olvidarla?

—Kennedy murió bastantes años después, más de diez. Y nunca visitó España con el Caudillo.

—Es verdad..., es verdad... Ni el Caudillo quitó la censura de los teatros... *Caminemos*, sí, es *Caminemos*.

—Usted bailó una vez este bolero.

—Muchas veces.

—Pero una más especial. En... Lo tengo aquí apuntado.

—En Bolaños. Sí, sí...

—Si quisieras, Juanita... Todo depende de ti. Si dejaras a tu familia y te vinieras con nosotros... Nuestra compañía es mucho mejor... Tendrías unos papeles estupendos. Todas las damas jóvenes y alguna primera actriz. Y estaríamos siempre juntos. Como ahora.

—No me atrevo, Carlos, no me lo pidas más.

Me hablaba en voz muy baja, con los labios pegados a mi oreja, mientras bailaba.

—Pero ¿a ti no te gusta estar conmigo?

—Claro que me gusta, Carlos, ¿no lo notas?

Durante cerca de cuatro años lo pasamos muy bien; pero al cabo de ellos, se encabronó. Por lo del niño, o por lo que fuera. Yo, ya digo, para complacerla, dejé casi de hablar con mi hijo Carlitos que, haciendo de tripas corazón, se había sometido a la autoridad de su abuelo.

—Habrás visto, nieto, que el público no se come a nadie.

—No; pero cada vez que salgo, me silban.

—No es a ti, es al autor. Tus escenas son muy feas. Pero antes hacías sólo una y ahora ya haces las tres, y sigues vivo. Vete estudiando lo de Blas en *La estafa del Cangrejo*.

Es muy largo.

—Lo acortaremos. Maldonado no está en edad para ese papel.

—Lo hace muy mal.

—Por eso. Otra cosa: cuando apuntes, habla más bajo, que te oyen a ti más que a nosotros.

Antes no sabía leer deprisa, y ahora que leo bien, me gritan que me calle.

Estábamos los dos solos, mi hijo y yo, en el bar de aquel pueblo, sentados a una mesa de un rincón, escuchando sin ningún interés las *Peticiones del oyente*, cuando Carlitos me preguntó:

—Papá, ¿me puedo tomar otro vaso? Eché una mirada a su vaso vacío.

—¿Otro? ¿Pero ya se te ha acabado el de antes? Bebe con tiento, Carlitos, no copies a Maldonado.

—Casi nunca bebo, pero hoy...

—Laureano, pon un vaso —le dije al camarero.

—Hoy necesito beber —murmuró mi hijo con voz ronca, sin mirarme. Yo le pregunté con guasa, en plan frívolo:

—¡Vaya, hombre! ¿Amores contrariados?

Él protestó, sin alzar la mirada de la mesa.

—No lo digas en chufla, que para mí es muy serio.

—¿Qué te pasa?

—Rosa me lo ha contado todo.

Era evidente que mi hijo no quería mirarme, que no se atrevía. Le pregunté, sin entender a qué podía referirse:

—¿El qué te ha contado?

—Que era mentira, que no me quería, que no le gusto.

—Ah, yo de eso no sé nada. No me has tenido al corriente.

Ahora el chico sí alzó la mirada de la mesa, se revolvió contra mí.

—Sí lo sabes, lo sabes todo. Rosa me lo ha dicho: que fue un invento tuyo. Le pediste que me pusiera cachondo para que me quedase con vosotros. Pero lo malo es que yo me lo había creído y ahora, cuando ya remiendo los telones y ayudo a Maldonado y copio los libretos y soy cómico y apuntador, no me deja que le ponga la mano encima.

—Yo no le dije eso, Carlitos. Le dije que te tratara bien, que te hiciera la vida agradable.

—Y me la hizo, me la hizo. Pero sólo tres o cuatro veces. No te reprocho nada, ¿eh? Comprendo que tú lo hiciste para que me quedase, por mi bien. Porque si no, ¿dónde iba a ir yo? Lo que pasa es que con alguien tengo que hablarlo. Y como con esto de ir siempre de un lado para otro no se hacen amistades... No le gusto, ¿sabes?, no es otra cosa, es que no le gusto.

Le puse una mano sobre el brazo y le hablé como un padre, como un amigo.

—¿Quieres que le hable yo?

Se puso rojo como un tomate y dijo con precipitación:

—¡No, papá! ¡Tú cómo vas a hacer eso! ¡Si le dices algo, me tiro a la vía del tren!

Lo eché a broma:

—Menos mal que por aquí no pasa.

—Es un decir.

—Siento que por mi culpa... ¿No será que la cabreaste con aquello de la Engracia, la hija del señor Ceferino?

Mi hijo Carlitos se encogió de hombros.

—Eso a ella le da igual. Es moderna. Es por mi aspecto. Que no le gusto. Lo de que soy un galán joven, ella dice que no. Como ve a los de las películas...

—Pues no sé qué aconsejarte... Las mujeres... ¿Quieres otro vaso?

Antes de que el chico respondiese, llamé:

—¡Laureano!

Mi hijo sonrió con melancolía y, mirándome a los ojos, me dijo como a un amigo íntimo:

—Estamos bien los dos, ¿verdad? Me quedé perplejo.

—¿Los dos? ¿Qué dos?

—Tú y yo.

Empecé a comprender por dónde iba mi hijo, pero fingí todo lo contrario.

—¿Yo qué tengo que ver?

—Juanita está muy rara. Me pareció. Hace tiempo. ¿Regañasteis por mi culpa?

—¡No! ¡Qué va! ¿Cómo se te ha ocurrido eso?

—No sé... Además, es muy guapa... Y esta vida, para una mujer tan guapa...

¿De verdad no quiere irse, papá?

—No, no... Al menos, que yo sepa...

El camarero había llegado junto a la mesa.

—Laureano, pon dos vasos.

—¡Carlos, Carlos! Aquí hay uno que quiere hablar contigo, un aborigen. El que me llamaba era Maldonado, que se acercaba hacia nosotros.

—¿Conmigo?

—Sí, el que está en aquella mesa, aquel de aspecto repulsivo. En realidad, quiere hablar con tu padre, con el director de la compañía.

—Se ha acostado hace un rato —dijo Carlitos.

Ya lo sé. Pero en ausencia del padre le da igual hablar con el hijo.

—¿Y qué quiere?

Ahora lo verás. Tú escúchale con atención, por si acaso.

—Espéranos aquí, Carlitos. Y no tomes más vasos.

Efectivamente, tal como había dicho el perspicaz Maldonado, aquel hombre que nos esperaba en su mesa, en el otro extremo del local, tenía un aspecto bastante repulsivo. Al primer golpe de vista podría parecer la caricatura de un usurero, pero de un usurero que estuviera al borde de la miseria. Maldonado hizo las presentaciones.

—El señor Zacarías... Zacarías... ¿Cómo dijo, perdone? Recuerdo sólo el patronímico.

—Carpintero. Zacarías Carpintero.

—El señor Zacarías Carpintero, Carlos Galván.

—Mucho gusto. Siéntense, por favor.

Lo hicimos los dos, y el repulsivo, muy amablemente, se dirigió a mí:

—No le habré molestado. Estaba usted charlando con aquel joven...

—Es mi hijo.

Ah, qué envidia tener un hijo así. Muy agradable. Tiene muy buen aspecto.

Hice un ruido gutural y añadí, por si había estado poco expresivo:

—Vaya...

—Si estaban hablando de algo importante, yo puedo esperar.

—No hablábamos de nada importante. Estábamos llenando el tiempo.

—El señor Zacarías —aclaró Maldonado, como si continuase las presentaciones — es autor, autor teatral.

—¿Ah, sí?

—No exagere, amigo. He escrito una función en los ratos perdidos, eso es todo. Pero de eso a ser un Muñoz Seca, un los Quintero...

—Por algo hay que empezar —dijo Maldonado.

—Yo empecé un poco tarde, ¿verdad ustedes? Aquí donde me ven, me faltan pocos para los sesenta.

—Hay vocaciones tardías —comentó Maldonado.

—Gustarme, me gustó siempre. Pero nunca pensé que pudiera ser un trabajo serio, al que dedicarme. Yo vivo de otras cosas. Pero, ya digo, en mis ratos libres al fin me he decidido a escribir una función entera y la he escrito.

—Ah, muy bien —asentí.

—Lo que pasa es que viviendo en un pueblo como éste, es difícil echarla. Porque yo no quiero que la echen los del pueblo, como las de la Pasión. No, yo quería que la echasen cómicos de verdad. Porque las funciones echadas por cómicos ganan mucho. No son lo mismo que leídas en voz alta. Por aquí pasa también la compañía Calleja-Ruiz, ya la conocerán...

—Sí, mucho —afirmé.

—Pero esa compañía no me va, porque es un poco seria. Y mi función, ya lo verán, es de risa. En cambio ustedes, en la que echaron ayer estaban que ni pintados. Sobre todo el Galván mayor.

—Mi padre.

—Sí, su padre. ¡Ése tiene cada golpe...!

Maldonado movió la cabeza, lleno de sincera admiración.

—Un maestro, es un maestro.

—Ni pintados, ya les digo. Bueno, y eso es todo: yo quería saber si podían echar ustedes mi función.

No era la primera vez, ni muchísimo menos, que nos encontrábamos en un trance semejante. Pero nos ocurría siempre lo mismo: que no sabíamos qué hacer. ¿Nos hallábamos ante un filón de oro o ante una lastimosa pérdida de tiempo? Yo miraba a Maldonado y Maldonado me miraba a mí. Yo rompí a hablar y dije esto:

—Pues... No sé... En principio...

Maldonado me ayudó.

—No es fácil, porque...

Le interrumpió el señor Zacarías Carpintero.

—Ya sé que no es fácil. Hay mucho que estudiar, mucho que trabajar.

—Y no es sólo eso —dije—, sino que nuestra compañía tiene ya un repertorio...

De pronto, Carpintero se puso a hablar de lo que nos interesaba.

—Supongo que echar una obra nueva lleva consigo unos gastos...

—Claro, claro —afirmé.

—Y no sé si ustedes, de momento, tienen caja.

En sus funciones de gerente, intervino Maldonado.

—Pues, no; así, de momento, para un nuevo empeño, no.

—Hará falta algún dinero para decoraciones —prosiguió el autor novel—, porque mi función tiene mucha variedad; y para hacer algunos trajes y comprar un artefacto que sale. Y eso es lo malo; ahí tropezamos con dificultades, porque yo, si bien soy hombre de posibles...

Eché una mirada, quizá demasiado indiscreta, a su disfraz de mendigo de teatro.

—... aunque me esté mal decirlo, me veo obligado a llevar una administración muy restringida de mis bienes, y para esto no dispongo más que de quince mil pesetas.

¡Quince mil pesetas! ¡¡Quince mil pesetas!! Nunca había visto esa cifra, ¡nunca! Mejor dicho, sí, creo recordar que la había visto alguna vez cuando recortaba de los periódicos las noticias sobre los presupuestos generales del Estado.

A pesar de la música de la radio, a pesar de las voces que daban los clientes que llenaban el local, Maldonado y yo habíamos oído perfectamente al señor Zacarías Carpintero.

A Maldonado se le cayó el vaso al suelo. Estoy seguro de que lo tiró él mismo para poder meterse bajo la mesa y que el señor Zacarías no le viera la alegría incontenible. Yo estuve más sereno:

—Bueno..., verá... Ya le digo que en principio...

—La cuestión de las cifras...

Maldonado iba surgiendo de debajo de la mesa con el rostro totalmente contraído para evitar que las comisuras de sus labios se disparasen hacia las orejas y delatasen su regocijo.

—La cuestión de las cifras —prosiguió— habrá que posponerla a la lectura y posterior estudio del texto.

—Desde luego —aceptó el autor—. Pero yo quería adelantarles que si resulta más cantidad, no dispongo de ella. Tendría que escribir otra función más económica. Pero habría que dejarlo para el año que viene.

—Mejor leer ésta —insinuó Maldonado—, ¿no te parece, Galván?

—Por supuesto.

—¿Quieren ustedes que vayamos a mi casa? Allí tengo la función, que me la ha copiado el señor cura de Espinosa, que tiene mejor letra que yo. Vamos a mi casa, ¿no? Porque aquí hay mucha gente, mucho ruido.

La casa del señor Zacarías era de las mejores del lugar, quizá la única buena de

verdad. Por dentro, lo que más me llamó la atención fue que estaba toda llena de trastos viejos, baúles, arcones, biombos, armarios, unas bicicletas, lavabos, máquinas de coser y santos, muchos santos por todas partes. Había un Sagrado Corazón, un San José, una Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y varios sin identificar.

—Bueno, pues aquí está la función.

Y nos alargó seis u ocho cuartillas cosidas con una cinta de color de rosa.

—Yo se la leería ahora, pero creo que es mejor que se la lean ustedes, el uno al otro, que tienen mejores voces. Y si después creen que vale la pena que la oiga su padre de usted y se animan a echarla, me lo dicen mañana.

—Sí, esta noche tenemos tiempo de leerla —dije—. No es demasiado larga.

—¿Verdad que no? He procurado que no aburriera al personal, porque eso es lo peor. Digo yo que mejor sería echar primero la función en otro pueblo que no fuera éste. Que estén ustedes tres días y echen ésta entre paño y bola. En Navahonda, por un decir.

—Habría que hablar con el señor Basilio, el del Casino dije.

—Van de mi parte, y arreglado. Aquí, en esta comarca, no ando mal de influencia. Lo que yo diga va a misa.

—En ese caso —opinó Maldonado—, mejor sería hacer tres o cuatro días en cada plaza. Alcorque, Cabezuelas, Higuera, Poblacho y seguir hacia Extremadura, que están en ferias.

—No, no —se opuso rotundo el señor Zacarías— ¡para el norte! Navahonda, Pozochico, Revuelta..., para Talavera, para Talavera, ¡y para Madrid!

Al salir de casa del señor Zacarías, Maldonado y yo tardamos un rato en cambiar palabra. Yo le miraba de reojo a él y él a mí. Seguro que los dos nos preguntábamos lo mismo: ¿el señor Zacarías estaba en sus cabales?

Maldonado se fue al bar, a ver si averiguaba algo sobre él, y yo al cuarto de la posada a leer la función. Ya muy entrada la noche, regresó Maldonado.

—Misión cumplida.

No consiguió decirlo de una manera tan clara como él hubiera deseado, porque se le trababa la lengua.

—¿Qué misión? ¿Liquidar la bodega?

Se disculpó:

—He tenido que alternar. Una copita con uno, otra con otro...

—¿Y te has enterado de algo?

Se dejó caer pesadamente en una silla.

—De bastante. ¿Tú la has leído?

—Dos veces.

—¿Cómo se titula?

—*Canuto, no seas bruto.*

—No está mal. Tiene gancho.

—¿Tú crees?

En el rostro de mi compañero apareció su característica sonrisilla de medio lado.

—Vete haciendo a la idea —me dijo— de que no están mal ni el título ni la comedia.

—La comedia dura un cuarto de hora.

—Mejor. Así no cansa.

—Es demasiado corta. `

—Se le dice a tu padre que la alargue.

Yo cogí el libreto, lo hojeé y lo tiré, despectivo, sobre la cama.

—Son sólo trozos de otras funciones, de las que él ha visto.

Pedante y enfático como casi siempre, aunque en esta ocasión el énfasis perdía brillantez por los efectos del alcohol, Maldonado me miró como a un niño de la doctrina, y me dio una de sus habituales lecciones.

—Si tuvieras más lecturas, Carlos, sabrías que así han escrito siempre los grandes maestros: Shakespeare, Molière, Luca de Tena...

Yo seguí criticando al novel autor:

—En cada página dice dos veces: se juntan todos y bailan.

—¿Es una zarzuela?

—No sé lo que es. ¿Te acuerdas de aquella que nos recitó un pastor hace dos años?

—Sí.

—Pues parecida. Pero el vate que creó aquélla era un simple pastor, y el ingenio que ha compuesto *Canuto, no seas bruto* es nada menos que el mayor usurero de estas tierras. La plebe, los menestrales, incluso los señores, todos le ponen a parir, pero porque no hay nadie que no esté empeñado con él. Hay que aprovechar la ocasión, Carlos. No tenemos más remedio. En la fonda de Ciudad Real se deben tres meses. Me ha dicho el Pelusa que no aguanta más. Tenemos que irnos a la posada de Abenójar.

—A dormir con los arrieros, todos revueltos.

—En promiscuidad, sí. Pero por cincuenta duros tenemos un mes para todos.—¿Y tú crees que con el señor Zacarías...?

—Con el señor Zacarías podemos hacer todas las plazas que queramos. Ahorrar algo. Y pagar un poco a cuenta al Pelusa, para que se calme.

A nosotros nos perjudica no tener una furgoneta, como los Calleja-Ruiz. ¿Tú crees que si encontramos una de segunda mano, a plazos, el señor Zacarías nos avalaría?

—Si le decimos que conviene para su función...

También, con el primer dinero, debíamos pedir a Madrid que nos mandasen otros

telones. Si fuéramos a plazas más importantes, así no podríamos presentarnos.

—Yo no aguanto más esta miseria, Juan.

—Pues yo con esta miseria he vivido bastante bien. Ahora es cuando empiezo a verlo todo negro. El señor Zacarías es como una lucecita en el bosque. De momento, hay que ver si comemos la semana que viene.

Quedamos en que para eso lo mejor era que mi padre leyese inmediatamente la obra, y al día siguiente nos acercaríamos los tres a casa del autor.

Nada más sentarnos, el señor Zacarías Carpintero fue directamente al grano.

—Habrán visto ustedes que la función tiene buenos golpes.

—Sí, no le faltan —concedió mi padre.

—Lo de los cuescos que se tira el millonario al final, lo añadí de prisa y corriendo después de verles la función de ayer. ¡Porque hay que ver lo bien que se tira usted los cuescos, Galván!

—Es un efecto que nunca falla. Si se hace con oportunidad, naturalmente.

—Pero dígame también lo que les ha parecido mal, ustedes que tienen práctica. Porque la cosa tendrá sus fallos. Y es mejor arreglarlos que callárselos.

Mi padre, con prudencia, después de recorrernos con la mirada, tomó la palabra para insinuar una leve objeción.

—Yo, todo lo más, suprimiría los bailes. Como nuestra compañía no es musical...

El señor Zacarías casi dio un bote en el asiento. Fulminó a mi padre con la mirada y gritó, escandalizado, como si le hubieran mentado a alguien de la familia:

—¿¡Suprimir los bailes!? ¡Eso sí que no!

Mi padre inmediatamente recogió velas y trató de quitar hierro a su objeción.

Algunos, algunos... Quizá hay demasiados. Ha puesto usted dos en cada página.

El señor Zacarías replicó inmediatamente, segurísimo de sí mismo y de su obra:

—Dieciséis en total. No he visto ninguna revista ni en Talavera ni en Ciudad Real ni en Madrid, que tenga menos músicas...

—Pero nosotros... —intentó explicar mi padre. El otro no le permitió explicaciones.

—¡Ah, no! ¡Por ahí sí que no paso! *La Cenicienta del Palace*, *Yola*, *Doña Mariquita de mi corazón*, *Ana María*, todas dieciséis músicas; de dieciséis para arriba, que las he contado.

Mi padre tosió para hacer algo, por tomarse tiempo. Maldonado me lanzó una mirada como de náufrago. Yo miré al Sagrado Corazón, que estaba entronizado en un ángulo de la lúgubre estancia, pidiéndole ayuda, ya que en la colección de santos faltaba san Ginés, nuestro santo patrón. La lucecita del bosque parpadeaba, estaba a punto de apagarse.

Al fin, mi padre prosiguió:

—Pero... convertir *Canuto, no sea bruto* en una revista quizá fuera dificultoso.

Aquella mueca horrible del señor Zacarías parecía que intentaba expresar sorpresa... Pero, no; expresaba ira, una ira incontenible.

—¿¡Cómo convertir!? ¡Si es una revista! ¡Es una revista!

Mi padre ya no tenía más velas que recoger, más hierro que quitar, pero el hombre se esforzaba. Habló con voz meliflua, un tanto cercano al ridículo.

—Sí, sí desde luego. Me he expresado mal. Quiero decir que sería dificultoso para nosotros montarla, ponerla en escena... ¡darle vida!, que, al fin y al cabo, es nuestra misión.

—¿Por qué?

—Pues... por varias razones... Mi padre mostró el ejemplar.

—Por ejemplo, aquí tenemos sólo el texto, muy ingenioso, por cierto, y muy bien escrito...

—Lo copió el señor cura de Espinoso, ya les dije.

—Pero ¿y la música? Porque aquí dice: «Se juntan —todos y bailan». «Se juntan todos y bailan.» «Se juntan todos y bailan»... Pero ¿el qué?

El señor Zacarías nos fue recorriendo a los tres con la mirada, asombradísimo.

—Ah, pero ustedes ¿no saben músicas? Fui yo el que contesté precipitadamente.

—Sí, sí, sabemos, sabemos.

Muy serio, muy profesional, se sumó a mi respuesta Maldonado.

—Sabemos varias. Las de moda.

—Y algunas antiguas —afirmó mi padre ampliando el repertorio.

—¿Pues, entonces?

—Hay también el problema de las chicas —insinuó mi padre—, las chicas del conjunto. Nosotros en nuestra compañía no traemos.

—¿Cómo que no? Traen ustedes dos mozas que valen la pena, creo yo. Como ésas en el pueblo no las hay. Y eso que las sacan ustedes de trapillo. Que ya las quisiera yo ver con poca ropa, y lentejuelas y plumas.

Mi padre volvió a utilizar su voz meliflua para replicar:

—Pero para un conjunto de revista, quizá sean pocas.

Réplica inútil, pues a aquel hombre no había quien le apease de sus convicciones.

Pues se traen más. De Talavera, de Ciudad Real. Las que hagan falta. Pero hombre, si ahora todas las chicas del mundo quieren ser artistas, ¡todas! Y nosotros necesitamos...

Echó mano de un papelito que ya tenía preparado y comenzó a leer:

—La vedete, la segunda vedete —que las tienen ustedes—, doce para el conjunto y cuatro modelos con unos cuerpos de la hostia, aunque no canten ni bailen. La Celia saca más, pero en el Martín sacan menos.

Con una sonrisa de lo más cobista, dije:

—Se ve que está usted enterado.

—Afición, afición nada más.

—Pero... todo eso resultaría carísimo —se atrevió a decir mi padre.

—¿Cómo carísimo? Pues ¿en qué pensaban ustedes gastarse las quince mil pesetas?

Intervino Maldonado, puesto que se hablaba de cifras.

Aún no habíamos pensado en qué. Porque hay que hacer unos cálculos, unos presupuestos...

Esto le pareció muy bien al usurero.

—Y muy ajustados, ¿eh?, muy ajustados —advirtió—. El dinero, si se administra, luce. Si no, no luce. Con las quince mil, hay que pagar a las chicas, hay que hacerles vestidos nuevos, de mucho relumbre y poca tela, hay que hacer decoraciones, y construir el artefacto, la cama ésa en la que todos los que se tumban desaparecen, que es un buen golpe, ¿verdad?

Mi padre no consiguió disimular del todo la tristeza que empezaba a invadirle al elogiar el ingenio del autor.

—Sí, yo me reí mucho, mucho.

—Pues ustedes dirán. De ustedes depende. Si creen que con esto —se refería al original de su obra completa— y las quince mil pesetas, hay revista, vamos palante. Y si no, es perder el tiempo. Porque la revista, la música, la picardía, las chicas medio en pelota, es lo que tiene porvenir. Y lo que a mí me gusta, ahora que estamos en confianza. Y que no salga de aquí.

—Descuide, señor Zacarías —se comprometió mi padre.

—Una vez, en Madrid —siguió el usurero—, un amigo me llevó a un teatro de revista por dentro, al escenario. Trabajaba Celia Gámez.

—Sería el Alcázar dije.

—Sí, ése. Las chicas subían y bajaban corre que te corre por las escaleras, tocaba la orquesta, se encendían las luces, y las chicas corre que te corre... ¡una gloria!

Titubeante, dudoso, mi padre volvió a sus objeciones:

—Pero, aparte de que ese género no es nuestra especialidad...

Ahora no fue el autor, sino Maldonado quien interrumpió a mi padre.

—Eso no, porque nosotros no tenemos una línea definida. Yo eché una mano a Maldonado.

—Es verdad. Hemos hecho de todo, de todo.

Mi padre cazó al vuelo nuestra intención, y agregó:

—Es cierto, pero lo que digo es que no sé si las quince mil serán suficientes.

Estuvo tajante el novel:

—No dispongo de más para el arranque. Luego, si la función gusta y hay éxito, lo que se coja revierte en el negocio y quizá podría animarme y poner algo más para

llegara Talavera y quién sabe si a Madrid, si le veo posibles. Porque ésa es mi meta, ¿eh?, Madrid. Yo le echaría más dinero para que la revista quedara más bonita y la echáramos en Madrid.

En el colmo del cinismo, afirmó mi padre:

—Sí, eso es posible.

—Mi meta de verdad es codearme con Celia Gámez. Ésa es mi meta; y si llego a Madrid como autor y como empresario...

En señal de asentimiento movió la cabeza Maldonado.

—Sí, podría codearse.

—Pues ya lo saben. Si creen que con *Canuto*, no seas bruto y con las quince mil, hay revista, vamos al toro, pero si no... yo pierdo el entusiasmo.

El horizonte se ensombrecía. Con las quince mil y con nuestra ayuda, no era fácil que el señor Zacarías llegase a codearse con Celia Gámez. Maldonado y yo sabíamos que, de momento, nuestra única posibilidad de sobrevivir era agarrarnos como a un clavo ardiendo a las aficiones teatrales del usurero, pero mi padre estaba a punto de echar por tierra el negocio.

—En cuanto a que el día de mañana usted consiga eso, es posible. Pero hoy por hoy, para la semana que viene, quiero decir...

Afortunadamente, el entusiasmo del señor Zacarías, contrarrestaba el pesimismo de mi padre.

—¿Por qué no lo piensan ustedes? ¿Quieren que les saque unos vasos de agua y lo van pensando? ¿O prefieren vino? Creo que queda algo por ahí.

Todos dijimos que sí, que para pensar preferíamos vino. El señor Zacarías sacó unas copas muy pequeñas, nos las sirvió mediadas, y los tres nos pusimos a pensar durante un rato.

El que rompió el hielo fue Maldonado.

—¿Por qué no hacemos lo que hacen en Madrid?

—¿Qué hacen en Madrid? —preguntó el señor Zacarías.

—Quiero decir montar la revista como las montan allí.

Mi padre y yo mirábamos a Maldonado con la misma curiosidad que el usurero, que fue quien preguntó:

—¿Y cómo las montan?

—Allí las revistas, al principio, cuando arrancan, no son tan largas como usted las ve.

—¿Ah, no?

—No. Ni tienen tantos números musicales. Lo que pasa es que usted las ve en la representación doscientas o trescientas. Pero al principio son mucho más cortas, para ir probando. ¿Verdad, Arturo?

—Sí, claro, claro.

Mi padre y yo movíamos rítmicamente nuestras cabezas, acordes con lo que explicaba Maldonado, que prosiguió con desparpajo:

—Algunas revistas he visto yo que, al principio, no tenían más que un número.

Se le cayeron las gafitas al señor Zacarías cuando exclamó incrédulo:

—¡No me diga!

—Como lo oye. Se echan primero en cafés, en salas de fiesta... Y si gustan, se van alargando, alargando. ¿Usted recuerda esa que ha dicho antes, *Doña Mariquita de mi corazón*, que tenía un número del Jueves Santo?

—¡Ya lo creo que la recuerdo! —respondió el señor Zacarías, y para demostrárnoslo, tarareó la música.

—Bueno, pues al principio era un función religiosa y no tenía más que ese número. Luego, le fueron añadiendo, añadiendo...

El señor Zacarías estaba absolutamente convencido.

—Ya me parecía a mí que ese número pegaba poco.

—Natural —corroboró Maldonado. Yo eché mi cuarto a espadas.

—Comprenderá usted, señor Zacarías, que en unos espectáculos tan caros, no se van a atrever a estrenar todas las músicas de a un tiempo.

—Van probando —explicó Maldonado.

—Lo veo muy prudente —dijo el señor Zacarías.

—Digo que eso mismo podríamos hacer nosotros —opinó Maldonado, consultándonos a todos con la mirada—. Empezar con los decorados que tenemos. Remozados, eso sí. Y con solo dos números musicales, que los podrían interpretar a la perfección Juanita Plaza y Rosa del Valle.

—¿Sin conjunto? —preguntó el autor.

—De momento... En uno de los números podían salir las dos juntas. Con vestidos nuevos, ni que decir tiene. Vestidos de revista.

—Sí, porque si no, yo no entro, no entro.

—Que vemos que hay éxito en las primeras actuaciones, se van añadiendo en las siguientes cuadros nuevos, decorados, músicas, vestidos, chicas...

—No me parece mal procedimiento, si dicen ustedes que así se hace en Madrid.

—En Madrid y en Broadway —informó Maldonado.

—Pero... en ese caso, digo yo que las quince mil pesetas están de más, no hacen falta para nada.

A los tres se nos ocurrió llevarnos las manos a la cabeza.

—¿Cómo que estarán de más?

—Siempre habrá gastos.

—El dinero se va sin sentir.

El señor Zacarías se puso gracioso:

—No señor, sintiéndolo mucho.

Mi padre soltó la carcajada más histriónica que nunca le había oído.

—¡Qué ingenio, qué ingenio!

—Muy agudo, señor Zacarías —dijo Maldonado.

—Yo lo suelto si es para la revista con chicas y luces y decoraciones y ¡hala!, camino de Madrid. Pero si la cosa va a ser sólo de probatura, doy un dinero de probatura, pero no los tres mil duros.

—Son imprescindibles cuatro vestidos de fantasía para las actrices y uno de paisano para cada uno de nosotros —le replicó Maldonado.

—Y otros tres para la apoteosis —añadió mi padre.

—Y repintar los telones —dije yo.

Y el señor Zacarías redondeó la lista:

—¡Y construir el artefacto! Sí, eso es. Para todo eso me alargo ... me alargo hasta tres mil pesetas. Pero sin regateos. De ahí no paso.

A mi padre se le aflojaron todos sus músculos, se hundió en la butaca.

—¿Tres mil pesetas? —gimió, sumido en la más negra decepción.

—Tenga usted en cuenta, señor Zacarías —dijo Maldonado—, que sólo encontrar mujeres que cosan... Y hay que comprar madera.

Y añadió rápido, decidido:

—¿Se alarga usted a cinco mil y nos damos la mano?

El señor Zacarías Carpintero tendió su garfio derecho, en cuyo dorso lucía tres o cuatro verruguitas.

—Cuatro mil quinientas, y aquí tienen ustedes la mía.

—No se hable más —musitó mi padre con una especie de profundo suspiro o sollozo.

Yo sonreí, campechano:

—Y que esto no sea más que el principio.

Nuestro financiero preguntó como con indiferencia:

—¿Puedo ir a algún ensayo y a las pruebas de la ropa?

CAPÍTULO 8

Los ladrones de trabajo

La misma tarde en que el señor Zacarías Carpintero nos presentó su ultimátum, para no perder tiempo, en ausencia de nuestro autor y empresario, tuvimos una reunión de compañía en el patio de la posada. Todos hablábamos a un tiempo, pero sobre nuestras voces dominó el grito imperioso de mi prima Rosa del Valle.

—¡He dicho que no canto y no canto!

Se hizo un relativo silencio y mi padre gritó más que mi prima.

—¡Tú harás lo que te manden!

—A mí no me importaría, si supiera cantar; pero lo que no quiero es hacer el ridículo.

Para complicar la situación, preguntó mi tía:

—¿Y yo qué papeles hago?

—¿Ahora vienes con ésas? —dijo mi padre—. Ya te lo he dicho en la lectura: todos los demás.

—¡Pero si son de hombre!

—¡Pues se cambian!

—No sería la primera vez —dije.

Inoportuno, metió baza mi hijo Carlitos, el zangolotino:

—O te pintas un bigote, tía, como me lo pinto yo.

—¡Déjate de cuchufletas, niño! Juanita Plaza puso sus condiciones.

—Yo, de cantar, ya lo sabéis, si es por fandangos... Pero de ahí no salgo. Y se arrancó por fandangos. Todos la escuchamos complacidos. Aquel fragmento musical nos relajó. Al terminar, autorizó mi padre:

—Se mete un fandango, se mete. Bueno, nosotros, los hombres, vamos a lo nuestro: la cencerrada. A ver si nos acordamos.

Nos marcó el compás, y Maldonado y yo con él atacamos la conocida letra: «Si pica el caldo / de la ensalá, / pique o no pique, / trágatela, trágatela».

—Sí, la música era así. Yo haré unas letras. ¡Tú, Rosi, ya te estás yendo al bar a aprender lo que quieras, que ahora dan las peticiones del oyente!

Se escuchó de nuevo la voz de mi hijo:

—Yo sí sé.

—¿Qué dices? —le pregunté.

—Que yo sí sé cantar.

Mi padre volvió bruscamente la mirada hacia él, en el colmo del asombro.

—¿Tú?

—¿Verdad que sí, Rosa? A Rosa le canté. Mi prima Rosa se encogió de hombros.

—Yo no sé nada.

Me levanté de mi silla y avancé hacia el nuevo cantante.

—¿Y estás ahí, callado como un muerto?

—Algo canto.

—¡Yo también, cuando me afeito! —vociferó mi padre—. Pero tú, ¿cantas mal o bien?

—Modestia aparte..., no tan mal como vosotros.

—¡Podías haberlo dicho antes! —le reprendí.

—Es que..., es que no sé si le pega. Porque como la obra es de ambiente internacional...

—¿Por qué no le va a pegar? —pregunté.

—Sólo canto asturianadas.

—¿Asturianadas? —dije sorprendido—. ¿Un gallego?

—Me enseñó el tío Marcelo, que es de Tapia de Casariego. Mi padre empezaba a hartarse y ordenó:

—¡Arráncate, coño, arráncate!

El niño se arrancó, y con buena voz y mejor entonación nos cantó una asturianada preciosa.

Mi padre le dio unas afectuosas palmadas en el hombro.

—Se mete una asturianada, se mete —dijo sonriendo, esperanzado y optimista.

Metimos de todo. Maldonado se las arregló para estirar las cuatro quinientas como si fueran chicle. Algo le dimos al Pelusa a cuenta; y quedó para comprar madera y construir el artefacto, arreglar unos vestidos y alquilar otros en Ciudad Real. Y, ¡no faltaba más!, para comer todos durante la semana que duraron los ensayos. Y aún sobró algo para la caja. En aquellos años las pesetas tenían otro valor.

A pesar de que no estrenábamos en aquel pueblo, sino en Navahonda, la revista del señor Zacarías había despertado mucha expectación. En opinión de mi hijo, y según lo que él había oído a unos mozos en el bar, quizá habla despertado demasiada.

Pero la buena administración de Maldonado, el ingenio del novel autor y el esfuerzo de todos los demás, no se vieron recompensados con el éxito.

Al personal de Navahonda y a los que, por espíritu viajero o por mala leche contra el señor Zacarías, se desplazaron desde su pueblo, sólo les gustaron los tres números que hicieron Rosa del Valle y Juanita Plaza vestidas con bañadores y unas plumas.

A pesar de ello, los empresarios de los otros pueblos de la comarca estaban dispuestos a que diéramos la función, por tener contento al usurero; pero el usurero no era tonto y se había dado cuenta de que algunos morosos aprovechaban la

representación para ponerle verde. Se oyó de todo.

—No cuaja, no cuaja —nos decía después en el bar—. La función no cuaja.

—Aún es pronto para... —intentó razonar mi padre. Pero el otro le interrumpió.

—Le falta espectáculo.

—Más adelante, cuando se le vayan añadiendo escenas y músicas... El usurero hurtó la mirada para decir:

—Me parece a mí... que no va a haber más adelante.

—¿Qué quiere usted decir?

—La cosa era de probatura, y la cosa no ha quedado bien. Yo no sé si la ha estropeado todo eso que ustedes le han añadido en medio.

—Como era corta... —se justificó mi padre.

—No, si no le culpo a usted, Galván. Si no hubiera sido por eso, se habría quedado en nada. Pero no se le ajusta mucho, ¿sabe?

—Si le hiciera usted unos retoques... —dijo mi padre con voz de náufrago.

—Ando mal de tiempo.

—Con unos retoques y dos o tres chicas, de momento... Porque habrá usted visto que la parte de las chicas les llega, les llega.

Pero el señor Zacarías Carpintero era un hombre de ideas firmes y ya había dado pruebas de ello.

—No hay retoques. No hay chicas. No hay músicas.

Cuatrocientos años de teatro se pusieron de manifiesto en los genes de mi padre cuando dijo:

—¿No cree usted que es demasiado pronto para abandonar?

Pero el señor Zacarías Carpintero no le hizo el mínimo caso y prosiguió:

—Y, primero y principal: no hay pesetas. ¿A usted qué le voy a decir, Galván? Usted es un hombre corrido, ha viajado, ha visto mundo. ¿A que se han reído ustedes de mi estos días?

Todos nos quedamos perplejos. Abrimos unos ojos como ruedas de plazas de toros. Mi padre preguntó sorprendidísimo, llevándose una mano al corazón:

—¿Nosotros? ¡Dios nos libre!

Sin mirarnos a ninguno, con la vista perdida en el mármol de la mesa, dijo el señor Zacarías:

—No mente usted a Dios, que ustedes los cómicos... Se han reído. Y el mocerío de mi pueblo, no digamos. Y merecido lo tengo por salirme de lo mío. Le voy a dar un consejo, Galván, aunque no sé si lo necesita. Siga usted en lo suyo, no haga como yo.

Si alguna vez en su vida el señor Zacarías Carpintero había podido parecerse en algo a un ser humano fue aquella vez, cuando apoyó su garra derecha en el brazo de mi padre, que se lamentó:

—Que más quisiera yo, que poder seguir.

El hombre de aspecto repulsivo se levantó. Intentó estar muy afectuoso con nosotros, pero comprendimos que lo que nos decía era una despedida.

—Que tenga usted mucha suerte, Galván. Usted y toda su familia.

Después de cenar estábamos en el bar del casino, alrededor de una mesa de mármol, adecuada para el funeral que celebrábamos, cuando oímos aquello que oíamos de vez en cuando y que nunca era presagio de algo bueno:

—¡Camarero, chinchón para todos!

Era la voz alegre, festiva como siempre, de Solís, el jodío peliculero.

—Mejor: pregunte antes a las damas por si quieren otra cosa.

Mi padre se alzó apoyando sus puños en la mesa, iracundo, vociferante:

—¿¡Te atreves todavía a ponerte delante de mí!? ¡Después de lo de Trescuevas!
¡Quítate de mi vista, pedazo de cabrón!

Mi prima Rosa le contuvo.

—¡Cuidado, tío!

También mi tía Julia se levantó y agarró por un brazo a mi padre.

—¡Arturo, por favor, contente, contente! ¡No hagas una locura!

Se había hecho un silencio en el bar. Un silencio de voces humanas; sólo se escuchaba la voz metálica del locutor de la radio, que anunciaba no sé qué.

Solís, sereno, tranquilo, como sin comprender a qué se debía aquella reacción furibunda, preguntó:

—Pero ¿a qué viene...?

Mi padre consiguió desprenderse de Rosa y de mi tía y dio dos pasos hacia Solís.

—¡Vete de aquí, Solís, vete! —grité yo—. ¡Mi padre no sabe lo que hace, es capaz de matarte!

Aparentando tranquilidad y dominio de la situación, también Maldonado se levantó.

—Vamos, Arturo, estate quieto.

—¡Sujetarle, sujetarle! —gritaba mi tía Julia.

—Es un mierda, Arturo, no vale la pena —reflexionaba Maldonado en su intento de poner paz.

—¡Suéltame, Juan, suéltame! —clamaba mi padre, forcejeando—. ¡Déjame que me cargue a ese hijoputa!

Lo único verdaderamente grave del caso era que mi padre, ahora que me acuerdo, había cogido una botella de vino, la había estampado contra el mármol de la mesa, y la empuñaba por el gollete.

Afortunadamente, en ese momento se interpuso entre mi padre y el traidor Solís un camarero del bar, que nos preguntó a todos, zafio y agresivo:

—¿Se puede saber qué es lo que pasa en esta mesa?

—Nada, no pasa nada —le respondió Solís con autoridad—. Tú a lo tuyo.

—Lo mío... —intentó decir el camarero.

—Lo tuyo es chinchón para todos.

—¡Es que si en esta mesa pasa algo, ya se están ustedes largando con viento fresco! ¡Aquí las broncas son sólo para los del pueblo! ¡Las de los forasteros las arreglamos nosotros a garrotazos!

Poco a poco, habían ido descendiendo las voces y los comentarios de los clientes.

—No pasa nada, te digo —aclaró Solís—. Somos amigos todos.

El camarero nos contempló durante un instante, antes de preguntar lleno de sospechas:

—¿Usted cree?

Solís dio la espalda al camarero y se volvió hacia nosotros mientras le decía:

—Anda, trae los chinchones.

Y como si no hubiera ocurrido nada, nos dijo a los demás en su tono alegre de siempre:

—Pero, hombre, Galvanes, ¿a qué viene este recibimiento? Yo que vengo con buenas noticias... Buenas para vosotros, que a mí me la traen floja. Vengo a haceros un favor.

Mi padre le miró con una mirada gélida.

—¿Ves como eres un mierda, que te llaman cabrón y no te revuelves? Nos miró a todos Solís y después volvió a mirar a mi padre y empezó a recapitular como compadeciéndose de sí mismo:

—Cabrón, mierda, hijoputa... Es pasarse, ¿no? ¿Por qué estás así conmigo? ¿Todavía por lo de Trescuevas, dices? Eso es agua pasada, hombre. Hoy me la juegas tú a mí y mañana yo a ti. Tú defiendes tu teatro y yo tengo que defender mis películas. Es mi pan y el de mi hijo.

Mi padre, sin mirarle, mascullando las palabras, volviendo a sentarse, dijo:

—Yo sería incapaz de una canallada como... El otro le interrumpió:

—Pues anda que la que le quería hacer tu nieto a la Engracia, la del señor Ceferino...

Y con su carcajada, el relámpago de sus dientes blanquísimos iluminó el local.

Mi padre golpeó con sus puños la mesa.

—¡Si no dejas de meterte en mis cosas te parto ahora mismo la...! Inesperadamente, Solís se puso furioso, alzó su voz sobre la de mi padre.

—¡Cállate de una vez, cojones, que soy tan hombre como el que más y me estás hartando!

Me levanté, derribando la silla.

—¡Solís, ten cuidado con lo que dices; a mi padre no le hablas tú así! Como si yo

no hubiera hablado, sin hacerme caso, Solís bajó el tono de su voz para decir:

—Mañana hay trabajo para todos vosotros.

Nos quedamos callados. Durante un tiempo que a mí me pareció interminable.

Como otras veces, el primero en hablar fue Maldonado. Lo hizo sólo para preguntar:

—¿Trabajo?

Después reaccionó mi tía Julia:

—Sí, claro que mañana tenemos trabajo. Hacemos aquí La oca.

—Pero la hacéis por la noche —dijo Solís—. Yo digo durante el día. Si queréis, tenéis trabajo en una película. He venido a decíroslo por si no os habíais enterado.

Nos miramos todos, en silencio. ¿Quedaría en el fondo del traidor Solís un resto de nobleza de alma?

—¿Os habéis quedado mudos? —nos preguntó—. Digo que mañana hay trabajo para todos.

Llegó el camarero.

—Las copas. Son ocho, ¿no?

El único que tenía serenidad para contestar a la pregunta era Solís.

—Sí, ocho.

La primera voz que sonó tras el ruido de las copas sobre el mármol fue la de mi prima Rosa del Valle.

—¿En una película?

—Sí —le contestó Solís—. Ahora os lo cuento.

Y se dirigió después a todos los demás, principalmente a mi padre.

—Bueno, qué, ¿puedo sentarme con vosotros? Pero mi padre, rotundo, respondió:

—¡Si se sienta aquí, me marchó! Intervino Maldonado, conciliador:

—Pero, Arturo, se trata de una cosa de negocios.

—Sólo un momento —dijo Solís—. Os lo cuento, os hago el favor y me marchó. Bueno, antes me tomo la copa; pero yo bebo muy deprisa, aunque no tanto como Maldonado.

Ya se estaba levantando mi padre.

—¡Dejarme pasar! Mi tía suplicaba:

—¡Arturo, por favor!

—¡Que me marchó! ¡Dejarme pasar de una vez, coño! ¡Me marchó ahí, a la barra!

Yo pensé que no se iba demasiado lejos. Y por lo visto lo mismo pensó Maldonado.

—Como quieras —dijo—. Luego te lo contaremos.

Mientras se alejaba hacia la barra, muy digno, mi padre nos miraba por encima del hombro, diciendo:

—¡Ni enterarme quiero! ¡Ni enterarme!

Solís se desentendió de él y se dirigió hacia los que quedábamos en la mesa.

—Pues se trata de que han llegado unos cineastas aquí, al pueblo.

—¿De Madrid? —preguntó Maldonado.

—Sí, de Madrid. Vienen a tomar unas escenas para una película.

La verdaderamente apasionada por el cine era mi prima Rosa del Valle. Preguntó:

—¿Cómo se titula?

El título de la película a Solís le tenía sin cuidado.

—Eso no lo sé. Han llegado hoy, y para mañana han convocado en el bar Castaño, el que está al otro lado de la plaza, a los que quieran salir como extras.

Siempre atento a lo suyo, trató de precisar Maldonado:

—¿Cobrando?

—Sí, cobrando.

Excepto mi padre, que estaba allá, en la barra, desinteresado de todo, los demás apoyamos los codos en el mármol y prestamos muchísima atención.

—Necesitan ocho o diez, no sé. Pocos, creo. Pero hay que estar en el bar a las siete de la mañana. Yo he supuesto que esto os vendría al pelo, pero que no os habríais enterado porque estabais en el salón grande echando la memez esa del señor Zacarías, que bien me habéis jodido.

Me sorprendió Solís con esta salida de tono.

—¿A ti? ¿Por qué? —le pregunté.

—Hazte el gilí. Yo tenía estos tres días. Pero, claro, os liasteis con Carpintero, y ante Carpintero todo el mundo se baja los pantalones.

—No sabíamos nada —se defendió Maldonado.

—Eso da igual; el caso es que para vosotros los tres días, y yo aquí, haciendo cura de reposo. Pero para que veáis que por mi parte no hay rencor, os paso el dato de lo de mañana.

—Yeso de hacer de extras —pregunté—, ¿a qué hora termina?

—Cuando se va la luz del día, me parece. Los cineastas no trabajan después.

—Nosotros tenemos la función a las siete.

—A esa hora ya es de noche —dijo el pelicularo.

—¿Ahora, en junio? —dijo Maldonado—. No.

—A esa hora todavía hay luz —añadió mi tía Julia.

—Bueno, pero eso no es problema. Si os retrasarais, yo podría dar película. Para vosotros, económicamente, es mejor lo de los cineastas.

Lo vi todo claro. Mejor dicho: ¡lo vi todo oscuro! ¡Solís, el jodío pelicularo, volvía a sus traiciones! ¡Quería que nos fuésemos con los cineastas para que llegásemos tarde y poder echar sus películas de mierda! Ciego de ira, me incorporé apoyándome en el mármol de la mesa.

—¡¡Solís, Solís!!

Mi tía me contuvo, alarmada.

—¡Carlos, no empieces tú ahora!

—¿Qué te pasa? —me preguntó Solís, con una inocencia infantil en su mirada—. ¿Crees que os estoy enredando?

—Sí, exactamente, eso creo.

—Por favor, Carlos, por favor. Yo estos días los doy por perdidos. ¿Que vosotros podéis hacer de extras?, pues muy bien. ¿Que llegáis a tiempo de hacer vuestra función?, mejor que mejor. Yo lo que quería decir era que podía echaros un capote por si no llegabais. Pero es preferible que expliquéis a los del cine que tenéis que acabar a las seis y media o así.

—No lo veo muy claro.

—Pues yo sí —me replicó mi prima Rosa.

—Yo creo que, discusiones aparte —dijo Maldonado—, debemos hacer caso al heredero de los hermanos Lumière y presentarnos a las siete de la mañana en el bar Castaño.

—Yo también —afirmó Rosa.

Por lo visto, todos estaban de acuerdo en lo del madrugón, porque también mi tía Julia se sumó a la propuesta.

A mí me parece que todo lo que sea rebañar algo, después de la espantá del señor Zacarías...

—No, si a mí también me parece muy bien. ¿Y tú qué dices, Juanita? Estás como muda.

—¿Qué? —dijo volviendo de su ensimismamiento—. Perdona. Estaba pensando en otra cosa.

—¡Joder, todos viendo de dónde sacar un duro y tú pensando en otra cosa!

Se me revolvió, de muy mal talante.

—Creo que puede una pensar en lo que quiera, ¿no?

Y suavizó después el tono para dirigirse a los demás:

—Pero os he oído y sí, madrugo y voy de extra.

—¿Qué artistas han venido? —preguntó Rosa.

—Creo que ese que dicen José Suárez —explicó Solís—, otros de menos monta, y de chica la María Rosa Salgado, la que salía en *La niña de Luzmela*.

—Muy guapa, muy guapa —dije.

—No es gran cosa —replicó mi prima.

Solís bebió un trago de su copa de chinchón y se inclinó hacia nosotros para explicarnos en tono más confidencial, bajando la voz:

—Los cineastas pensaban coger de extras gente de aquí, del pueblo; pero si os presentáis vosotros, que sois actores, como es natural, lo van a preferir.

Interesados en lo que decía Solís, ninguno advertimos que de un grupo de vecinos del pueblo se había destacado y acercado a nuestra mesa un mozo fornido que, descarado, se plantó ante nosotros y nos preguntó agresivamente:

—¿Se puede saber de qué están hablando ustedes?

Alzamos la mirada hacia él, y yo le respondí con sequedad:

—Pues, no señor. ¿Por qué tiene usted que saberlo?

—Porque tengo curiosidad —respondió el otro con calma amenazadora.

—Pues se la aguanta usted.

—No, señor, no me la aguanto.

Tres o cuatro mozos más se habían acercado a él, sin duda dispuestos a apoyarle.

—¿Nos metemos nosotros en sus cosas?

Alzó la voz el otro y, ante nuestra sorpresa, respondió más agresivo que antes:

—¡Sí, señor! ¡Sí que se meten! Exclamó mi tía Julia con asombro:

—Pero ¡qué dice!

—Nosotros estábamos aquí —dijo Maldonado—, hablando de negocios. Frunciendo las cejas, apretando los puños, el mozo se inclinó hacia nosotros, que seguíamos mirándole sin comprender a qué venía su actitud.

—¡Estaban hablando de quitarnos el pan, de eso estaban hablando! Asombrada, mi tía nos miró a todos, mientras preguntaba:

—¿Quitarles el pan, a santo de qué?

Inoportuna, dijo Juanita, con gesto de desprecio:

—Déjale, Julia, ¿no ves que está borracho?

Volvió la cara hacia ella el mozo como si le hubieran herido en lo más profundo.

—¡Cuidado conmigo, ¿eh?, que a mí no me llama borracho ni mi padre! Entonces fue Rosa quien alzó la voz. Las mujeres, ya se sabe, siempre empeorando las situaciones comprometidas.

—¡Pues no se meta en lo que no le importa!

—¡Sí que me importa!

Se oyó la voz de otro de los que se habían acercado a nuestra mesa. El grupo iba aumentando.

—¡Nos importa a todos!

—¡Y mucho! —gritó otro—. ¡A los de aquí no nos quita el pan ningún forastero!

Un hombre mayor se había abierto paso entre los mozos. Se plantó frente a nosotros y habló en tono más moderado.

—Lo que el Anselmo quiere decirles, aunque no acierta, es que ha escuchado que quieren trabajar ustedes en lo de la *película*. ¡Y aquí no trabaja en la *película* nadie que no sea del pueblo!

Intervino, mediador, Solís:

—Bueno... A mí ni me va ni me viene en esto, pero digo yo que en la película lo

normal es que trabajen los que digan los cineastas.

Anselmo, el mozo agresivo que había iniciado la polémica, se volvió contra él.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que dice usted? ¡Pues lo que digan los cineastas me lo paso yo por el forro de la cojonera!

Como provocado por este lenguaje, surgió del grupo un rumor de amenaza. Empezaron a hablar todos a un tiempo.

—¡Ambrosio, Paco, Lagarto! —gritaba Anselmo—. ¡Que sí que era verdad!

¡Que los cómicos quieren salir ellos en la *película*!

—¡Ya te lo decía yo!

—¡O se largan ustedes ahora mismo —nos propuso el llamado «Lagarto»—, o aquí se va a armar una buena!

Abriéndose paso con los codos, se había acercado a la mesa mi padre.

—Pero ¿qué está pasando aquí?

—No es nada, no es nada —le tranquilizó mi tía.

—Cállate, padre —dije yo.

—Mi consejo..., y miren que se lo digo con calma... —dijo el hombre mayor—, sin vituperios..., mi consejo es que se marchen.

Le respondí con seguridad, cargado de razón:

—Nosotros nos iremos, si la autoridad... Feroz, me cortó la palabra el Lagarto.

—¡Cómico, que se van a ver las navajas, eh!

Firme, pero reposado, prosiguió el hombre mayor:

—Márchense, márchense, que les va a salir más a cuenta.

Mi padre consideró oportuno presentarse antes de decir algo.

—Yo soy el director de la compañía...

—Ya lo sé, ya.

—Mi hijo tiene razón en lo que ha dicho —continuó mi padre con su voz más solemne, más dramática—: no nos iremos sin hablar con la autoridad y...

Uno del grupo le interrumpió:

—¡Si estás hablando con la autoridad!

—¡Es éste! —dijo otro.

Confirmando lo que decían los anteriores, añadió el Lagarto:

—¡El tío Práxedes!

—Sí, señor. Yo soy el alcalde.

Decepcionado, al ver que nuestra táctica rodaba por los suelos, preguntó mi padre:

—¿Ah, es usted?

—Por eso les digo... que ustedes no tienen derecho... a quitarnos el pan de la boca... aquí, a los de Navahonda.

El que había iniciado el conflicto, explicó:

—¡Dicen que como son atores les cogerán a ellos, tío Práxedes! —Por eso les digo. Aquí no se van a coger más que a los que yo diga. En este pueblo..., en Navahonda...

Gritó el Lagarto:

—¡No les digas más, y a correrlos por la carretera! Gritó Paco:

—¡Los cómicos al río!

Autoritario, se impuso el alcalde:

—¡Callarse!

Y conseguido el silencio, volvió a tomar la palabra.

—En Navahonda... hay hambre. Ustedes, cómicos, habéis trabajado hoy. Y trabajáis mañana. Porque os ha echado una mano el señor Zacarías Carpintero, de todos conocido.

Ante el nombre del señor Zacarías, surgió del grupo un sordo rumor de protesta.

—Y algo sacáis. Y luego seguís camino... y a trabajar a otro pueblo. Y cuatro perras que haya en el pueblo, la gente os las da, y me parece bien, porque la gente tiene que reírse... Pero aquí, en Navahonda... hay hambre, no hay trabajo... Los mozos, mano sobre mano. Va para dos años que no cae una gota de agua. Y cuando cae, cae malamente. Con esto de la *pilícula*, nos ha venido Diosa ver. En cuatro días, son unos cuantos jornales. Comprendéis, cómicos, que yo..., el alcalde..., no puedo permitir que nos quitéis el pan de la boca.

Con muchísima corrección, sin ninguna violencia, mi padre se dispuso a contestar al discurso del alcalde.

—Perdóneme, señor alcalde... Pero tenemos el mismo derecho a trabajar que ustedes. Somos del Sindicato Nacional del Espectáculo. Tenemos el mismo derecho.

—¡Y la misma necesidad! —clamó mi tía.

—¡Todos somos españoles! —afirmó Rosa. Y gritó Paco:

—¡Pero nosotros somos navahondanos!

Conteniéndose, pero ya tan amenazador como los demás, dio un paso hacia nosotros el alcalde.

—Si no se avienen... Si no se avienen... Vociferó el Lagarto:

—¡No gastes saliva, tío Práxedes!

—¡Fuera de aquí, ladrones! —gritó Anselmo. Y varias voces corearon:

—¡Ladrones, ladrones!

—¡Los cómicos al río! —insistió Paco.

—Si no se avienen, yo no voy a poder contener al mocerío.

—Hay que razonarles, Carlos —me dijo Maldonado, hablándome al oído.

—¿Cómo razonarles?

—Sí, decirles algo... que les llegue. Seguía hablando el alcalde:

—Si ustedes, cómicos, se avienen..., pueden dormir aquí esta noche, para que no

lo hagan en descampado. Pero si mañana a las siete un cómico se persona en el bar Castaño a ver a los cineastas...

—¡Se van a ver las navajas! —gritó el Lagarto.

—¡Los cómicos al río!

—¡Al río, al río! —repitió el coro.

—¡Yo no me fío de ellos! —dijo Anselmo—. ¡Son cómicos! ¡Mejor que se vayan ahora!

Mi padre trató de imponerse:

—¡Mi compañía tiene que trabajar mañana en el casino! ¡Tiene un compromiso!

Y yo...

Me alcé de mi silla y hablé por encima de la voz de mi padres.

—¡Escucharme, escucharme!

Pero el Lagarto no estaba dispuesto a escuchar más.

—¡Quieren salir ellos en la *película*! ¡Quieren salir ellos! Me encaré con él.

—Yo os he escuchado a vosotros, ¿no? —hice una breve pausa, y añadí—: Y me habéis convencido.

Comprendí que mi frase producía el efecto esperado, pues amainaron los rumores de protesta.

—Casi me habéis convencido.

No estuve muy afortunado con esa aclaración, pues los rumores de protesta volvieron a subir. Busqué una vía intermedia:

—Me habéis convencido hasta cierto punto. Pero los rumores crecieron más todavía.

—Tío Práxedes, ¿le doy una hostia y se calla?

Armándome de valor, hice como que no había oído y proseguí:

—Aquí, el tío Práxedes, vuestro alcalde, ha hablado muy bien. Y he de reconocer..., y creo que en esto represento la opinión de mis compañeros, que tiene razón en todo lo que ha dicho.

Entonces sí que amainaron los rumores hasta llegar casi al silencio.

—En este pueblo hay hambre, y vosotros, los de Navahonda, tenéis derecho a comer cuando alguien trae al pueblo un pedazo de pan. Este pedazo de pan es vuestro antes que de cualquier otra persona. Aunque esa persona también tenga hambre. Los cineastas han venido aquí en vez de ir a Trescuevas, a Medinilla, a Pozochico.

Resurgió la protesta, pero yo sabía que esta vez iba dirigida sólo contra los vecinos de Pozochico.

—Y sois vosotros los que debéis cobrar su dinero. No sólo hay hambre en Navahonda, en Lagartera, en La Llanada, en La Mancha... La hay en toda España. Y, seguramente, en muchos sitios del mundo. Pero este pan que ha caído hoy (bueno, que caerá mañana), como cayó el maná sobre el pueblo elegido, es vuestro.

Los rumores, entonces, fueron de asentimiento.

—¿Por qué? Porque ha caído, o va a caer, en vuestra tierra. La que, cuando el cielo no manda lluvia, regáis con vuestro sudor y con vuestras lágrimas. Y, a veces, con vuestra sangre. Sangre, sudor y lágrimas.

Sonó un aplauso suelto.

—Mis compañeros y yo eso lo entendemos muy bien; y no queremos quitarnos nada. El maná de Navahonda, para Navahonda; el de Medinilla, para Medinilla; y para Pozochico el suyo.

A esto último se opusieron los de Navahonda.

—Pero ¿dónde está nuestro maná? ¿Dónde está el maná de los cómicos?

¿En qué tierra caerá que sea nuestra tierra? Nosotros no somos de ninguna parte. Somos del camino... Cuando el pueblo del Señor iba hacia la tierra prometida, ni siquiera iba por un camino. Iba por un desierto. Por eso no salió nadie a decirles: Ese maná es mío, ese dinero de los cineastas es mío. Nosotros hemos venido a trabajar a Navahonda, que es vuestro pueblo, pero ahora sois vosotros los que queréis dejarnos sin nuestro pan; y digo nuestro porque el trabajo de las películas es cosa nuestra, de los cómicos. Y queréis dejarnos sin él porque no somos de ningún pueblo. Pero ¿por qué somos del camino? Porque, como muy bien ha dicho vuestro alcalde, y con mejores palabras que las mías, por cierto, la gente necesita reír. Y nosotros les llevamos la risa. Y también tenemos hambre. Y también nos falta trabajo. Tenemos que recurrir al señor Zacarías...

Rumores de protesta.

—... para poder trabajar hoy aquí, mañana allí y al día siguiente en ningún lado. La sequía os ahoga; también nos ahoga a nosotros, que no vivimos más que del dinero que os sobra. Cuando hay hambre en Navahonda, en España, en el mundo, algunos no la sienten. ¿Por qué en vez de revolveros contra nosotros, no os revolvéis contra ellos?

Me dirigí personalmente al alcalde, en vez de al resto de la asamblea.

—Ya sé, ya sé, señor alcalde, tío Práxedes, que eso, por ahora, no puede ser. Perdona, he desbarrado un poco, no lo tome en cuenta.

Después de este inciso, volví a dirigirme a los demás:

—Pero ya que no vais contra ellos, contra los que no pasan hambre ni cuando el agua cae a destiempo, no vengáis contra nosotros, que somos hermanos vuestros en el trabajo, o en la falta de trabajo, y en la falta de pan.

El doctor Arencibia deja de apuntar en su bloc. También se ha detenido el jubilado Carlos Galván, como para tomar aliento.

El doctor le pregunta, frío, sereno, pero cordial:

—¿Y usted, Galván, dijo todo eso en un pueblo de España, en los años cincuenta?

El jubilado se queda un momento sin responder, mirando a los ojos al doctor Arencibia. Luego, rehúye su mirada. Como un niño pillado en falta, titubea mientras contesta:

—Sí, bueno..., no exactamente así..., pero poco más o menos. Yo así lo recuerdo. Hace ya tanto tiempo...

—¿Y se le ocurrió a usted solo? ¿Lo dijo usted solo? Algo de rubor tiñe las mejillas del jubilado.

—Sí, sí, claro. También habló...

Hace como si se esforzase en recordar.

—Sí. También habló Juan. Pero menos.

—¿Qué Juan?

Juan Conejo. Era el nombre de verdad de Sergio Maldonado. Pero se ponía Sergio Maldonado porque en los carteles quedaba mejor.

—Sí, bastante mejor, ¿y él también habló en Navahonda?

—Sí, aunque algo menos. Un poco él, otro poco yo, me parece recordar. Yo he tratado de hacer una... una síntesis.

—Ya, ya.

Y el discurso les convenció a aquellas gentes. Vieron que... que era sin cero... Que me sal..., bueno, que nos salía del corazón. Que éramos todos uno. Llegamos a un acuerdo: si los cineastas necesitaban menos de quince personas, serían sólo los del pueblo; pero si necesitaban más de quince, entrábamos los cómicos.

—¡En la puerta del bar Castaño estaban los cineastas poniendo un cartel! —informó Anselmo.

—¡Vamos a verlo! —dijo el Lagarto—. ¡Allí dirá los que hacen falta! Echamos todos a correr hacia el bar Castaño, cruzando la plaza. Con pesimismo, dijo mi padre mientras corría:

—Sí, mejor verlo ahora. Puede que nos evitemos el madrugón. También sin dejar de correr, exclamó mi tía:

—¡Dios no lo quiera, Arturo!

CAPÍTULO 9

Donde la compañía Iniesta-Galván se asoma al mundo del cine

A pesar de lo mal que nos pintaban las cosas, aquella noche en Navahonda tuvimos suerte: los cineastas necesitaban veinte extras. Por lo tanto, según el acuerdo a que habíamos llegado con los del pueblo, los cómicos podríamos trabajar en la película.

A la mañana siguiente nos presentamos todos a la puerta del bar Castaño.

El ayudante de dirección iba de un lado para otro dando voces.

—¡A ver, los mayores! ¡Ahora no quiero mozos! ¡Los de cincuenta años para arriba! ¡Pónganse aquí, separados!

El alcalde, divertido, dio un empujón a uno.

—¡Anda tú, Nicasio, que llaman a los viejos!

—¡Pues vente tú también!

—Vamos para allá.

Noté que mi padre estaba un tanto retraído y le animé.

—Padre, ponte en aquella fila.

—Ya voy, ya voy —dijo remoloneando. Pero se acercó a la fila.

Un vejete saludó muy educado al ayudante de dirección.

—De la quinta del noventa y dos. ¿Sirvo?

—Póngase ahí.

Una mujer llamaba a sus amigas, entre risas:

—¡Madalena, Pecosá, que nos llaman a nosotras!

—¡No; los hombres, sólo los hombres! —gritó el ayudante de dirección—. ¡Las mujeres, no!

Divertida y respondona se plantó ante él la que había hablado.

—¡Pues en las *películas* salen muchas mujeres! ¡Y bien descaradas!

Todas rieron con ella.

—Bueno, luego veremos. Ahora no. Por favor, que hay prisas. Ya están todos, ¿no?

Hubo un rumor afirmativo.

—¿Quién de ustedes se atreve a decir una frase, un párrafo corto?

Hubo un silencio. Se miraron unos a otros. Yo miraba a mi padre, que se hacía el distraído. El llamado Nicasio dijo:

—Aquí, el alcalde, que tiene labia.

—No, no; para esto no —se excusó el alcalde.

Fueron los del pueblo, los que la noche antes estaban tan cabreados con nosotros, que por poco nos apedrean o nos apuñalan, quienes animaron a mi padre a que diese

un paso al frente.

—¡Anda ya, cómico!

—¡Vamos, Galván!

—¡Éste es tu trabajo! ¿No lo decíais anoche?

—Yo... —se atrevió por fin a decir mi padre—, yo puedo aprendérmelo, y decirlo. Soy actor.

—Ah, sí es verdad —recordó el ayudante—. Usted es de la compañía.

—Sí, de la compañía Iniesta-Galván. Soy Arturo Galván.

—Sí, lo tengo aquí apuntado.

Con timidez y respeto, añadió mi padre:

—El primer actor y director.

—Apréndase esto.

Y muy de prisa, leyó el ayudante:

—«Estaba deseando que viniera usted por acá, señorito, para decirle una cosa un tanto delicá. El Colás es una mala persona. En esta finca no hay sitio para los dos. O él o yo.»

Vi cómo el semblante de mi padre se demudaba.

—Pero así, de repente... —dijo.

—Aquí lo tiene escrito. Tome.

El ayudante le alargó el papel. Mi padre se tranquilizó algo.

—Ah, ¿está copiado?

—Claro. Es muy corto y tiene usted tiempo hasta después de comer.

—De sobra —dijo mi padre, ya tranquilo del todo—. Esto es poca cosa.

—Se le pagará aparte.

—Muy bien, muy bien.

Recobró el color. Ahora resplandecía. Se oyó una voz lejana, de mujer, que se iba acercando.

—¿Le estás dando las frases de Jesús?

—Sí —contestó el ayudante.

—¡Tiene *racord*! —gritó la chica, como si ocurriera algo terrible—. ¡Te he dicho ayer que ese personaje tiene *racord*!

El ayudante echó una mirada al libro que le mostraba la otra.

—¿Éste, el Jesús?

—Míralo aquí.

Y pasó unas hojas del libro, ante la mirada espantada del ayudante. A mí me faltaban años para entender de qué estaban hablando.

—¡Joder, es verdad! —aceptó el ayudante—. ¡Lo que faltaba! Se volvió hacia mi padre:

—Tiene usted *racord* en Madrid, Galván.

—¿Que tengo qué?

Desesperado, como si hablase a un sordo, el ayudante gritó:

—¡*Racord!* ¿No sabe usted lo que es eso?

—No señor.

—Que si se le ve aquí, tiene que trabajar dos días en Madrid.

—¿En Madrid?

—Sí, la semana que viene.

Todos los miembros de la compañía Iniesta-Galván estábamos pendientes de lo que decía aquel hombre, el ayudante de dirección de la película. Por un momento, cuando eligieron a mi padre para que dijera el párrafo y sobre todo cuando hablaron de pagarle aparte, vimos el cielo abierto. Por culpa de aquella extraña palabra, *racord*, que con el paso del tiempo me sería muy familiar, ¿se estaría cerrando de nuevo?

—¿Dónde vive usted? —preguntó el ayudante.

—Pues..., según...

—Sí, ya sé que está casi siempre de gira, pero, habitualmente, ¿dónde vive? O ahora..., ¿dónde está parando?

—Con los demás..., todos juntos... En la fonda del Pelusa.

—El nombre de la fonda da igual. Digo en qué ciudad. Ah, perdone. En Ciudad Real.

—Muy bien. No está nada lejos. Por nosotros, en lo de las dos sesiones de Madrid no hay problema. Piénselo, pero de prisa.

—¿Que lo piense?

—Le van a pagar el viaje de ida, el de vuelta...

—Ah, si es así...

—Y dos mil por sesión.

—¿Qué?

Se oyó la voz lejana del director:

—¡Pero ¿qué pasa con ese hombre?!

—¡Nada, nada! —respondió el ayudante, y se volvió hacia mi padre—. Digo que dos mil por cada día de trabajo.

—Ah, ya, ya. Cada día que actúe, dos mil pesetas, y actúo dos días.

—Sí, eso es —y añadió apremiante: —¿Puede ir a Madrid? ¿Tiene otros compromisos? Vamos, que el director se impacienta.

—No; otros compromisos, no.

—Hoy es sábado, y con que esté el viernes de la semana que viene allí, a nosotros nos viene bien. ¿Puede?

—Sí; poder, puedo.

—Pues piénselo; pero pronto, que vamos pillados de tiempo.

—No tengo... No tengo ni que pensarlo.

Mi padre estaba emocionadísimo. Con aquellas frases que le habían repartido no iba a poder deslumbrar a los del cine, ni exhibir sus dotes de actor, que no eran pocas, pero aquellos miles de pesetas, después del fracaso de *Canuto*, no seas *bruto*, eran para nosotros como una quiniela de catorce resultados. Confieso que tuve envidia de él. Pero a mí me faltaba algún tiempo para que me ocurriese algo parecido.

Fue años después, ya en Madrid, cuando el actuar de extra era mi pan de cada día.

Vi que el director, Pedro Lazaga —¡qué hombre tan inteligente y tan agradable, no como otros directores!—, me señalaba y hablaba con su ayudante. Me dieron tres frases. Rodábamos en los estudios de la CEA, en un decorado que era una cafetería. Yo tenía que desplazarme hacia el fondo y hablar con la cerillera, una chica muy mona. Utilicé el truco de la voz gangosa, que desde que lo descubrí me había hecho popular en toda La Mancha y La Llanada.

—¡Silencio! —ordenaba una y otra vez el ayudante—. ¡Llevo media hora pidiendo silencio!

Sonó un timbre estridente y, como por milagro, se hizo el silencio.

—¡Listos para un ensayo, señor Lazaga!

—¡Acción!

Yo dije con mi voz gangosa, quizá más gangosa que nunca:

—«¿Tiene usted “caldo de gallina”?»

—«Sí, señor» —contestó, en su papel, la chica.

—«Pues deme cuatro pitillos.»

—«¿Le ha tocado a usted la lotería?»

—«No, pero tenemos fiesta en casa.»

Muy sorprendido, divertido, sonriente, sin ninguna muestra de enfado, preguntó Lazaga:

—Pero ¿por qué habla así ese hombre?

El ayudante, tan sorprendido como él, contestó:

—No sé... Cuando le he repasado las frases, hablaba normal. Yo me creí obligado a explicar:

—Pensé... pensé que así resultaba más gracioso.

Amable como siempre, sin ninguna intención irónica, Lazaga me dijo:

—Guarde esas gracias para casa, hombre, para los niños... Hala, vamos a rodar... Pero hable normal, normal.

Hablé con voz normal y Lazaga me felicitó, aunque no le había gustado la voz gangosa.

Poco después se me acercó un extra de los que trabajaban en la misma escena.

—Muy graciosa esa voz de imbécil que usted pone.

—Voz gangosa, la llamo.

—Muy graciosa; lo que pasa es que los directores de cine son todos unos mendrugos. Usted es actor profesional, ¿verdad?

—Desde niño.

—Pero está lampando, como yo.

—Si no, ¿qué iba a hacer aquí?

—¿Le importaría venirse a unos bolos a partido, a ver lo que se saca? ¿Ha trabajado así alguna vez?

—No he trabajado de otra manera.

—De momento, no tengo más que unos pueblos de la provincia, pero hay posibilidades de venir a Madrid en verano.

Y, ¡lo que son las cosas!, vinimos a Madrid. Y me vio Miguel Mihura... Y le hizo gracia la voz gangosa... Y me dio un papelito... Y luego otro más largo... Y después llegó Ruiz Iriarte y el estreno con Isabelita Garcés en el Infanta Isabel... Y el cine, y los premios, y los festivales... ¡la gloria!

El doctor Arencibia interrumpe de nuevo al jubilado Carlos Galván. Como siempre, con suavidad, sin brusquedad alguna.

—Pero no estábamos ahí, no hablamos llegado a eso todavía.

—No, estábamos en lo de Navahonda...

Mi padre ni comió con nosotros —que los cineastas nos dieron de comer a todos —; se pasó todo el tiempo estudiando su párrafo.

—¿Quieres que te pase el papel, abuelo? —le preguntó Carlitos—. Te van a llamar dentro de poco.

—No, gracias, nieto. Te lo agradezco, pero no me hace falta.

—Yo ya he comido, y han dicho que hasta que no hagan lo tuyo no tengo nada que hacer.

—Me lo sé de memoria.

—Trae. A ver si es verdad que te lo sabes. Empieza.

Mi padre, muy de corrido, sin matices, sólo para memorizar, dijo todo el párrafo.

—Muy bien, lo has dicho muy bien.

—¿Lo ves?

—Sólo te has equivocado en una cosa, pero creo que es importante. Has dicho Blas, y el otro se llama Colás.

—Sí, es verdad, Colás.

—Y también has dicho casa, y lo que tienes que decir es finca.

—Sí, sí. Eso se me ha atravesado. Finca, finca, finca, finca, finca. Acabada la comida, volvieron a andar todos de un lado para otro durante un rato bastante largo. Al fin parecieron ponerse de acuerdo y se escuchó la voz autoritaria del director:

—¡Motor!

—Rueda —dijo el de la cámara.

Uno de los obreros puso delante de la cámara la claqueta y anunció:

—«¡Bandoleros de hoy!» ¡Cientoveintiocho, primera!

—¡Acción!

Mi padre comenzó a hablar. Yo ya le había oído hablar muchas veces de aquella manera. Sobre todo en los pocos dramas que llevábamos de repertorio. Nunca me había parecido mal, ni siquiera extraño. Pero allí, en la plaza, sin público, delante de la cámara, al oírle empezó a entrarme cierto temor. Aquella voz profunda, cavernosa, alternando con otra muy aguda con la que pronunciaba sólo alguna palabra... Aquella solemnidad, aquel énfasis...

No había concluido la primera fase, cuando gritó el director:

—¡Corten! Le dije a usted antes, en el ensayo, que hablara más bajo, que no lo dijera todo a voces.

—Sí, señor; sí, señor.

—Vamos. Otra. ¡Motor!

—Rueda —repitió su anuncio el de la claqueta y pidió de nuevo acción el director.

José Suárez dijo su frase:

—«Buenos días, Jesús.»

Mi padre le respondió, interpretando su papel casi igual que la vez anterior.

—«Estaba deseando que viniera usted por acá —comenzó con una voz profunda, subterránea que iba ascendiendo poco a poco para acabar en una especie de chillido histérico al decir—: ¡señorito!... para decirle... una cosa un tanto... ¡delicá! A partir de aquí se desmelenó... —El Blas... ¡¡es una mala persona!! Atronó la plaza con sus gritos— ¡¡En esta casa no hay sitio!!... —hizo una pausa en la que nos tuvo a todos con el alma en un hilo, y remató sumergiéndose de nuevo en el averno—: ¡para los dos! O él... ¡¡O YO!!»

El director se había levantado de su silla, miraba a un lado y a otro, manoteaba, indignado, rugiendo:

—Pero ¿¡de dónde habéis sacado a ese monstruo!? ¡Corten!

El ayudante de dirección se acercó a él y le informó en voz baja:

—Es un actor que estaba trabajando aquí y que...

—¡Vete a la mierda, joder! —y se volvió hacia mi padre—. ¿No puede usted hablar seguidito?

Aturdido, tembloroso, contestó mi padre:

—Yo pensé que como la situación era dramática...

Con malísimos modos, le interrumpió el director, volviendo a sentarse:

—¡Que hable seguidito, recontracapullo!

La chica del libro, la *script*, vino a echar leña al fuego.

—¡Tenga cuidado con el texto: ha dicho Blas y es Colás; ha dicho casa y es finca!

—Sí, sí, es verdad —reconoció mi padre, al que empezaban a rodarle por la frente gotas de sudor.

—Otra. ¡Motor!

De nuevo los prolegómenos de rigor, y en cuanto oyó «acción» mi padre se arrancó con su primera frase.

—¡¡Corten!! ¡Pero deje hablar al otro! ¡Que es su señorito, leche!

—Perdón, perdón.

—¡Motor, coño!

A partir de aquí mi padre perdió todo control sobre sí mismo. Ni podía recordar lo de Blas y lo de finca, ni conseguía frenar sus ímpetus dramáticos. No había dicho ni una docena de palabras cuando se escuchó el feroz rugido del director:

—¡¡Cooorten, o me corto yo los huevos!! ¡¡¿Pero quién ha sido el soplapollos que ha encontrado a este hombre?!!

Insistió el ayudante de dirección:

—Es de los que se presentaron a...

Sin escucharle, siguió preguntando el director, que de una patada había mandado su silla a tomar vientos:

—¿¡Le habéis buscado con una lupa colgada en los cojones!? ¡¡Me cago en el padre de los hermanos Lumière!!

Mientras mi padre actuaba frente a la cámara, los demás de la compañía le mirábamos con los ojos como platos. A los otros les ocurría lo que a mí: habíamos visto trabajar así a mi padre en los dramas y conmover al público, que le aplaudía en las tiradas largas y en los finales de acto. Pero la verdad era que de pronto, allí, en el cine, no era lo mismo, quedaba raro.

Después de todas las barbaridades que había dicho el director de la película, a mi padre le quitaron el papel. El director se había cagado en el padre de los hermanos Lumière, pero yo por dentro me estaba cagando en el suyo.

Ninguno nos atrevíamos a mirar a mi padre, ni a hablar con él. Además estaban los del pueblo, allí, mirando.

Le dieron aquellas frases al tío Práxedes y resultó que él sí las dijo como querían los del cine: en voz baja y seguidito.

Yo no sabía qué hacer. Le di a mi padre una palmada en la espalda. Mi padre murmuró:

—Es una mierda esto de las películas. No tiene nada que ver con el teatro. Ya me parecía a mí.

El hombre se marchó por un callejón. Vi que mi hijo Carlitos se escurría del grupo de extras y se marchaba tras él.

—Has sudado lo tuyo, ¿verdad, abuelo?

—Cállate. Déjame en paz.

Carlitos le consoló, cariñoso:

—Pero no tienes por qué tomarlo así. Son cosas que pasan.

—¡Tú qué sabes!

—Yo lo que sé, por lo que voy viendo, es que este oficio es muy malo.

—Los hay peores.

—¡Cómo sufrís! Cuando no es por una cosa, es por otra. A mí, cada vez que veo que os gusta, porque os gusta, ¿eh?, me parecéis más raros...

—Anda, vete a la plaza, que harás falta.

—Entre tantos, no se nota. Y pagarme, me van a pagar igual. No quiero que estés solo ahora.

—Da lo mismo.

—Yo creo que no es que lo hayas hecho bien o mal. Eso no importa. Es cuestión de gustos. Y has tenido la mala pata de que a ese bestia del director le gustaba de otra forma. Lo que te ha pasado a ti le puede pasar a cualquiera. También a mí me costó meterme en la cabeza eso de:

«Señor conde, hoy mismo dejo Carmona. Parto para Portugal». ¿Te acuerdas?

—Sí, sí.

—Y también mi padre y tú decíais que lo hacía mal. Hay que ver cómo os poníais, las voces que dabais.

—No es lo mismo, Carlitos. Tú eres un crío.

Divertido, cariñoso, mi hijo pronunció esta frase fatal:

—Y tú eres un viejo.

—¡Carlitos!

—No te cabrees, lo dije en broma.

—Pues no es una broma oportuna.

—Quise decir que eres... una persona mayor. Y es natural que te resulten difíciles estas cosas nuevas..., como el cine y eso... Tú haces muy bien lo tuyo, y bien que se ríe la gente... No te vas a poner a estas alturas a aprender...

Le tembló la voz a mi padre al pedir:

—Te he dicho que me dejes en paz.

—Yo lo que digo es que...

Se interrumpió. Miró al abuelo.

—Pero... ¿estás llorando? De verdad, abuelo, no es para tanto.

—¿Que yo estoy llorando? ¡La madre que te parió!

Estaba cayendo la tarde. Eran ya las seis y media. Los cineastas habían cortado el trabajo, y nos fuimos al Casino, a dar nuestra representación.

Mi padre hizo su papel de don Homobono como si no le hubiera pasado nada. El

público celebró con risas sus trucos, sus efectos.

Al terminar la función, aquella gente, quizá para compensar a mi padre de lo de la película, nos aplaudió más que nunca.

Como hacíamos casi siempre, nos fuimos a comer al bar. La comida la habían comprado y preparado las mujeres, y allí pedíamos sólo el vino. Nos sentamos todos a la mesa muy contentos, principalmente porque a mi padre se le había olvidado lo del cine... Bueno, no nos sentamos todos... Nos sentamos todos menos Juanita, que aún no había bajado.

Rosa, mi prima, me llevó aparte, a un rincón.

—Carlos, tengo que darte un recado.

—Dime.

—Es de Juanita.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está?

—Carlos... Juanita se ha ido.

—¿Que se ha ido?

—Dice que lo habíais hablado.

—Pero... ¿se ha marchado así..., de repente...? El autocar no pasa hasta mañana.

—Se ha ido con uno de los del cine.

—Entonces... ¿se ha ido a Madrid?

—No; el del cine la lleva a Rota, en la moto, aprovechando el fin de semana.

Mi prima Rosa parecía mayor. Estaba muy guapa, creo recordar que con los ojos húmedos. Pero me daba miedo mirarla, porque era una mujer.

—Me ha dicho que no sabía cómo decírtelo, aunque tú debías de estar esperándolo de un momento a otro.

—Nunca se hace uno a la idea.

—Que pensó dejarte una carta, pero que no lo hizo porque escribir no se le da bien. Por eso me pidió que te lo dijera yo.

—¿Y... cuándo se ha ido?

—En cuanto terminó la función. Ya estaba de acuerdo con el otro. No se ha llevado nada.

—No tenía casi nada.

—Por eso.

—¿Te ha dicho algo más?

—Para ti no. A mí me ha dejado sus señas en este papel, por si alguna vez quiero escribirle: «Bar El Infierno. Santísimo Sacramento, 9. Rota». Cuando se marchó iba muy triste, aunque no creo que eso te sirva de consuelo.

—De todas formas, gracias por decírmelo.

No estuve muy locuaz durante la cena. Los demás ya sabían lo ocurrido y procuraron hablar de otra cosa. Cuando nos levantamos de la mesa, me acerqué a mi

padre y le dije, como si el asunto careciese de importancia:

—Padre, esta noche, para que no estéis tan amontonados los tres en ese cuarto, Carlitos puede dormir conmigo.

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé. Mañana hablaremos del problema de los repartos de las comedias. A ver cómo podemos seguir.

Ya en la cama, apretados como antes el uno contra el otro, mi hijo y yo permanecimos bastante tiempo en silencio, con la luz apagada. Escuchamos el ruido de las otras puertas al cerrarse. Algo le dijo mi padre a mi tía, entre palabrotas, sobre cómo nos íbamos a arreglar a partir de entonces. Yo temía que Carlitos se decidiera a hablarme de mi problema, porque prefería rumiar mi desgracia yo solo. Al fin lo hizo.

—Papá... Papá...

—Duérmete, Carlitos.

—Creí que tú no dormías.

—No, no dormía.

—Ya te dije que me parecía a mí que Juanita se iba a marchar. Esta vida no hay quien la aguante, papá. Sólo el que no tiene otra cosa. Y una mujer como ella puede encontrar algo.

—Ya lo sé.

—Lo malo es que te pilló desprevenido.

—No del todo.

—Sabías algo, ¿verdad? Pero no querías hablar de ello. Hablar de esas cosas da vergüenza. Aunque sea así, entre hombres.

—Yo prefería no hablar porque no quería convencerme de que se iba a marchar. Por eso te dije que no sabía nada cuando me preguntaste. Me parecía que si yo lo daba por sabido, se iría antes.

—La querías, ¿eh?

—Sí.

—Era muy guapa.

—Es, es muy guapa.

El chico, un poco avergonzado de haberla dado por muerta, aceptó la rectificación.

—Bueno, eso es. Sólo que ahora es guapa en otro lado. Se sufre con estas cosas. Yo también sufrí mucho con lo de Rosita.

No pude evitar el matiz despectivo de mi voz, porque me hirió que equiparase su dolor al mío.

—¡Tú qué sabes, Carlitos! Eres un crío. Tú no estabas *enchoño*.

Lleno de modestia, mi hijo pareció entender la enorme diferencia.

—Bueno, eso, claro..., todavía no.

—Anda, duérmete.

—No, si no tengo sueño. Una de las pocas ventajas que le encuentro a este trabajo de los cómicos es que se encuentran mujeres.

—Sí.

Oí ladrar a los perros, como tantas noches. Como tantas noches en que los oímos Juanita y yo desde la cama de esta posada, o desde otra.

Mi hijo siguió su reflexión:

—Lo malo es que márchanse.

—Ellas también tienen que tener sus ventajas.

—Aquí, en España, los únicos que vivís así sois vosotros. A los demás les cuesta mucho trabajo soltarse de una mujer y coger otra. Le es más fácil tener dos a un tiempo.

—Hubo unos años..., cuando la guerra..., que en la zona roja había amor libre.

Se produjo un silencio en el que quizá mi hijo intentaba comprender lo que quería decir aquello. Sin duda era la primera vez que lo oía.

—¿Amor libre?

—Sí, era como en nuestro mundo, como en el mundo de los cómicos. El que se cansa se marcha, y si te he visto no me acuerdo.

—Rosita cansose pronto. No sé lo que es peor.

Yo no necesité meditar mucho para responderle con amarga filosofía.

—Las dos cosas.

—Dice Maldonado...

—Hablas mucho con Maldonado.

—Es listo. Sabe cosas.

—Muchas.

—Dice que no hay un mundo, sino muchos, pero aquí, entre nosotros, y que a la fuerza hay que vivir en uno, y entonces se vive a la fuerza fuera de los otros.

—Duérmete, que mañana tenemos viaje.

Pero el chico tenía ganas de resolver el problema de la vida, de las relaciones entre hombres y mujeres, porque veía claro que ése era el problema de su futuro.

—A mí me parece mejor que si uno quiere a una mujer y le gusta y está... está *enchoño*, como tú dices, ella no se pueda ir de ninguna manera. Porque es de uno. Y si se va, que la persigan, que la traigan. Pero esto de los cómicos... es como si las puertas de una casa siempre estuvieran abiertas.

—Cuando empezaste a hablar me pareció que querías consolarme, pero ahora pienso que lo que querías era aprender algo. Y no hay nada que aprender. O, por lo menos, yo no puedo enseñártelo. Es verdad que ahora sufro y veo claro que debía haberlo hecho todo al revés de como lo he hecho. Porque ahora me encuentro tan mal..., ¿para qué voy a engañarte?..., que me parece que esta angustia que estoy pasando, de ninguna manera la compensan las alegrías que Juanita haya podido

darme.

Silencio. Ladró un perro. Se oyó el pitido lejano de un tren. Mi hijo se había dormido.

Al día siguiente hubo que madrugar porque, muy temprano, mi padre reunió a toda la compañía.

—Ya sabéis que ayer se nos ha planteado un problema. Y gordo.

Con una antipática suficiencia que sólo muy de vez en cuando sacaba a relucir, pero que la convertía en un ser odioso, habló mi tía Julia.

—Desde que la vi supe que esa chica nos haría la puñeta el día menos pensado.

—Ha tardado cuatro años —replicó mi padre—. Tampoco es para que presumas de bruja.

—No lo he dicho por presumir —dijo mi tía torciendo más el gesto—, sino para que veas que no me coge de sorpresa. Y a éste se lo advertí.

Yo no estaba para discusiones. Bastante tenía con lo mío. Harto, resignado, concedí:

—Sí, tía, demasiadas veces.

Cada vez más odiosa, me recordó lo que me había dicho con insistencia:

—Te saldrá rana, te saldrá rana...

—¿Por qué no hablarnos de otra cosa? —propuse.

—¡Porque nos hemos reunido para hablar de ésta! No pude contenerme más y estallé:

—¡No, coño! ¡Nos hemos reunido para ver cómo hacemos ahora *Los claveles de Margarita* y *El último encuentro* y *Un drama de Calderón* y todo lo demás! ¡Para eso nos hemos reunido! ¡Para ver de qué comemos!

—Tiene razón Carlos —dijo mi padre.

Mi prima Rosa del Valle se sumó al bando de mi tía Julia.

—¡Pero mi madre también la tiene! Porque Juanita...

—¡Dejar eso de una vez, leche! —cortó mi padre—. A las mujeres no os gustan más que las novelas. Vamos a ver: aquí hay un problema de repartos muy serio. Al que se le ocurra algo, que lo diga.

Erre que erre volvió a lo suyo mi tía sin hacer ningún caso a lo que había dicho mi padre.

—Se ha marchado sin advertirlo con siete días, y en el teatro siempre se ha advertido con siete días. ¿No estamos sindicados todos? ¡Pues al sindicato! ¡Yo la llevaba al sindicato!

—Pero, Julia —dijo mi padre, discreto, casi en hombre de mundo—, ¿tú crees que éste es un asunto del sindicato?

Remachó la otra:

—Claro que no: es un asunto de cama. Y eso es lo malo.

Y añadió quejosa, nostálgica, como si hubiéramos perdido el paraíso: Antes de venir esa mujer, estábamos todos en familia.

—¿Quieres olvidarte de ella de una vez, cojones? —gritó mi padre—. Ya no es artista. Se ha pasado a la hostelería.

—¿A la hostelería? Lo que se ha ido es de puta con los americanos.

Me contuve, me contuve, me contuve muchísimo. Y dije sordamente, mordiendo las palabras:

—Tía..., no te rompo la cara porque es imposible dejártela peor.

Quizá en el escenario esta frase habría sido acogida con una carcajada. Allí lo fue con un aullido feroz:

—¡¡Carlos!!

Se levantó Maldonado y se metió entre nosotros, conciliador.

—Bueno, dejaos de bromas, dejaos de bromas... ¿Es que no sois capaces de hablar en serio? Don Arturo, tiene usted la palabra.

—Lo que yo digo... —empezó mi padre. Pero Maldonado le interrumpió.

—Antes, que traigan unos vasos.

Dio unas palmadas para llamar al camarero y mi padre volvió a plantear la situación y a pedir nuestras opiniones. Hablamos todos, la verdad es que sin dar ninguna solución concreta. Uno habló de cambiar algunos papeles de chica a chico, otro de aprovechar el cambio de actriz para actualizar el repertorio... Mi padre tuvo que llamarnos al orden.

—¡Nos hemos reunido para saber qué hacemos esta tarde con *Los claveles de Margarita*!

Y en este momento el diplomático Maldonado, parece mentira, pronunció la palabra impronunciable.

—Esta tarde habrá que suspender.

Horrorizado, como si nunca hubiera escuchado semejante palabra, exclamó mi padre:

—¿¡SUSPENDER!?

Y en el mismo tono que él, mi tía:

—Pero ¿¡qué dice!?

Y, sobre las voces de todos, se escuchaba la más aguda de Rosa del Valle:

—¡No, eso no!

Yo me volví hacia Juan y le hablé como quien se dirige a un ignorante absoluto:

—Pero, Juan, ¿cómo se te ocurre...?

Enérgico, lapidario, incontrovertible, mi padre pontificó:

—¡Suspender, nunca! Usted, Maldonado, perdóneme, pero ya se lo he dicho varias veces..., no es profesional.

—En eso tiene razón —aceptó Maldonado—, lo reconozco. Pero me parece que

en un caso de fuerza mayor...

Mi padre no le dejó seguir y exclamó, heroico:

—¡Usted ha sido divisionario, Maldonado! Se pasó meses y meses frente a Stalingrado. Nevaba, helaba, se les congelaban los pies, las manos... Bombardeaba la aviación rusa... Lanzaba obuses la artillería... Morían los hombres sobre la nieve, en las chabolas... Tras el fracaso del *rancho de hierro*, los víveres no llegaban, fallaba la intendencia alemana...

—¿Suspendieron ustedes alguna vez?

—Una —contestó Maldonado—, sólo una. Pero yo ya no estaba en la compañía. Me había vuelto a Madrid.

Victorioso, cargado de razón, concluyó mi padre:

—¡Sólo una! ¡Pero por fin de temporada! Esta tarde la compañía Iniesta-Galván representará en Navahonda *Los claveles de Margarita*, sin Margarita y, si las cosas se ponen mal, ¡sin claveles!

Y en aquel momento llegó hasta nosotros la voz del pregonero que anunciaba para aquella tarde *Los claveles de Margarita* por la compañía Iniesta-Galván. Con la advertencia, en recuerdo de *Canuto, no seas bruto*, de que no era revista musical. Acabado el pregón, todos escuchamos en silencio el toque de corneta.

Estábamos en el bar mi padre y yo, y la chica que atendía a la barra nos preguntó:

—¿Qué van a tomar, don Arturo?

—Dos vinos.

Cuando la chica se alejó, pregunté a mi padre.

—¿Hemos pedido estos vinos para bebérmolos o para charlar con Vicenta?

—Para las dos cosas.

Yo, que ya había adivinado sus peligrosas intenciones, le miré a los ojos.

—Pero sobre todo...

—Sobre todo —reconoció—, para hablar con Vicenta.

—¿No te acuerdas de lo de la otra vez? —le previne—. La gente la tomó a cachondeo.

—Porque hizo de monja, y como la conocían de aquí, del bar... Además, a la gente el cachondeo no le molesta.

—Dos vinos —dijo Vicenta dejando los vasos en el mostrador.

—Oye, Vicentita... —atacó mi padre.

Y charlamos con Vicentita. Mejor dicho: charló mi padre, porque yo no podía evitar que mis pensamientos se fueran para otro lado.

Y a Vicentita no le pareció mal la proposición. Y Rosa hizo el papel de Margarita, el que tendría que haber hecho Juanita Plaza, y pudo hacerlo porque le apuntó el zangolotino de mi hijo. Y Vicentita, sólo Dios sabe cómo, hizo la escena de Rosa del

Valle. Y lo mismo que había ocurrido la otra vez, hubo cachondeo, cómo no iba a haberlo, pero no se suspendió la función.

Después de esta victoria y cumplido nuestro compromiso de cuatro días en Navahonda, incluido el estreno en España de *Canuto, no seas bruto*, entre paño y bola, como quería su autor, el señor Zacarías Carpintero, se decidió adoptar la propuesta que en la reunión de compañía había presentado mi prima.

—Quedamos en que tú, Rosi, pasas a hacer el papel que hacía Juanita en *La estafa del Cangrejo*, y el tuyo, que yo lo recortaré y lo cambiaré de chica a chico, que se lo estudie Carlitos.

Se oyó una especie de sollozo:

—Que no, abuelo...

Como sin escucharle, repitió mi padre:

—¡Que se lo estudie Carlitos!

—Que no, de verdad. Es que..., es que...

—¿Y si lo ensayas conmigo? —preguntó Rosa.

—¡Ni así! ¡Ya no pico, ya no pico!

Rotundo, dictatorial, ordenó el primer actor y director Arturo Galván:

—¡¡Que se lo estudie Carlitos!! Y se lo estudió.

Con esa única función por todo repertorio, porque de momento no teníamos otra cosa, nos acercamos a Medinilla. Pero allí íbamos sin nada seguro, a ver lo que caía. Quizá pudiéramos trabajar, quizá no, como tantas otras veces.

Como si los viera desde muy lejos, me chocaba que los demás estuvieran tan interesados en esto, y en si Carlitos haría decentemente su papel, y en cómo iríamos arreglando lo de las otras funciones. A mí lo que me preocupaba era si el vacío que me había dejado la marcha de Juanita me duraría siempre.

—Y ya lo sabéis —nos recomendó mi padre—, mañana, lo más importante es causar buena impresión. Pero no digo en el trabajo, sino desde la mañana temprano. Allí, si causamos mala impresión, nos mandan con viento fresco. Tú, Maldonado, ni una copa. Tú, Rosa, por favor, estate modosita. Tú, Carlitos, como vea yo que estás averiguando quién es la más rica del pueblo, te doy una patada en donde te deje soltero para toda la vida. En Medinilla, lo primero ir a misa, para causar buena impresión. Y como es domingo... Acordarse de la otra vez, que aquella doña Florentina por poco nos jode el negocio cuando se enteró de que la obra se llamaba *La pluma verde*. Así que se madruga y todos a misa. Y con devoción.

—A mí no hace falta que me vengas con esas monsergas —rezongó mi tía—, porque yo...

—¿Te digo yo algo? Pero, mira por dónde, ahora te lo digo. En Medinilla lo importante no es que reces, sino que te vean rezar.

—¿Para luego hacer de alcahueta en *La estafa del Cangrejo*?

—¡Pero, coño, cuando sales de alcahueta ya han pagado! Lo dicho: a madrugar y a misa.

Así lo hicimos. Lo corriente en aquellos pueblos era que a misa no fueran los hombres. Digo en aquellos tiempos, no sé si sigue siendo igual. Sólo iban unas cuantas mujeres. Los hombres las esperaban bebiendo en el bar.

—También celebran un culto —decía Maldonado : el de Baco.

Aquel día ocurría poco más o menos lo mismo. Y digo poco más o menos porque muy cerca del altar había un grupo sospechoso, que no parecía del pueblo. Era más bien un grupo parecido al nuestro. Me acerqué a mi padre, que tenía los párpados medio entornados, los ojos casi en blanco, como si quisiera ver el cielo a través del techo.

—Padre, mira hacia allá —le dije en voz baja. Me advirtió, en un susurro:

—No hables aquí, Carlos.

—Es importante. Mira hacia allá, a la derecha, junto al altar... ¿Ves lo mismo que yo?

—¿Aquellos?

—Sí.

—¡Coño! —exclamó mi padre.

—¡Chist! —hicieron a un tiempo varias personas. Mi padre volvió a susurrar, pero horrorizado:

—¡Son los Calleja-Ruiz!

Al mismo tiempo, Inés Calleja, en el otro extremo de la iglesia, murmuraba al oído de su marido:

—Oye, Miguel...

—Calla, mujer, calla... —contestaba el marido, en éxtasis piadoso.

—Mira para atrás, Miguel.

—¿Qué? No te oigo.

—Que mires para atrás, al fondo, junto a la puerta.

Obedeció Miguel Ruiz y no pudo contener una exclamación:

—¡Leche! Volvieron a oírse los chistidos, esta vez más imperiosos. Y también la voz de doña Florentina, indignada:

—¡Esto es intolerable! ¡En el recinto sagrado! Una vieja habló al oído a doña Florentina:

—Son forasteros.

—¡Como si son astronautas!

Miguel Ruiz exclamaba espantado, con la mirada fija en nosotros.

—¡Los Iniеста-Galván!

Empezábamos a causar mala impresión. Mi padre, arrodillado, se daba golpes de pecho, mientras decía:

—Han venido a lo mismo que nosotros, a lo mismo.

—Claro, padre. No van a haber venido sólo a misa.

A la salida de la iglesia fue ella. Doña Florentina se vino hecha una fiera hacia mi padre cuando mi padre hecho un basilisco se iba hacia Miguel Ruiz que venía hacia él hecho una furia. Pero estos dos prestigiosos actores no pudieron ni abrir la boca. El primer papel se lo repartió doña Florentina. ¿Qué digo el primero? ¡El único! Lo demás era un coro de vecinas.

—¡En el recinto sagrado! ¡En la casa del Señor! ¡Blasfemando mientras don Damián leía el Evangelio!

Y el coro de vecinas:

—Son los cómicos, son los cómicos, son los cómicos...

—¡Herejes! ¡Malvados! ¡Rojos, rojos escapados de la cárcel! Mi padre protestó, enérgico:

—¡No señora! ¡Eso sí que no!

La señora se dirigió al auditorio.

—¡Todos lo habéis oído como yo! ¡Todos! ¡Cuando escuché la primera blasfemia me puse roja como un tomate! ¡Pero cuando oí la segunda, creí que me caía redonda al suelo!

Mi padre, muy correcto, dio un paso hacia ella y se inclinó como si insinuase un saludo.

—Señora...

—¡Cállese! ¡No se le ocurra volver a abrir la boca en mi presencia! Educadísimo, continuó mi padre:

—Señora, con todos los respetos, coño no es blasfemia. Se atrevió a hablar Miguel Ruiz:

—Eso mismo pienso yo: leche, tampoco. Pero doña Florentina volvió a sus trece:

—¡En el recinto sagrado, sí! ¡En la casa del Señor, sí! Repitió el coro:

—Cómicos tenían que ser, cómicos tenían que ser...

—¡El alcalde, el alcalde! —llamó doña Florentina—. ¿Dónde está ese inútil de Amadeo?

Y contestó el coro de viejas:

—Estaba en el bar tomando una copa, como siempre, como siempre...

—¡Que le traigan aquí en seguida! ¡Hay que detener a estos herejes, a estos blasfemos! ¡Que llamen a Pozochico y que manden al cabo! ¡Hay que detenerlos, hay que meterlos presos! ¡Hay que lapidarlos! ¡Son rojos, rojos, rojos!

CAPÍTULO 10

Donde el cómico Galván se le aparece el demonio

Juan Conejo, de nombre artístico Sergio Maldonado, fue quien encontró el camino para salvar la situación cuando ya todos nos las veíamos moradas. Se le ocurrió quién podía ser el mediador, quién en aquel pueblo era el único hombre capaz de frenar los impulsos de doña Florentina: el cura.

Maldonado habló con el cura, las viejas se llevaron casi a rastras a doña Florentina a la sacristía para que el cura hablase con ella, y entre unos y otros se consiguió el milagro de que no sólo no nos echasen ni a los Calleja-Ruiz ni a los Iniesta-Galván, ni nos metieran presos ni nos tiraran al río, sino que hubo permiso para echar la función por la tarde.

Mi padre no se lo podía creer, ni los demás tampoco. Pero quedaba el otro problema: ¿quién la echaba, ellos o nosotros? El dueño del bar dijo que él no quería problemas, que lo decidiéramos hablando amistosamente.

Hablaron amistosamente mi padre y Miguel Ruiz entre insultos, tacos y amenazas, y al final decidieron hacer lo de siempre, lo que ya habían hecho otras veces: jugarse la representación al tute.

—¿Y con quién vas a ir de compañero? —preguntó despectivo Ruiz—. ¿Con tu hijo?

—No; ése ahora está pensando en otras cosas.

—¿Con el gilipollas de Maldonado? Pues chupao lo tengo. Y empezó Ruiz a dar órdenes:

—¡Inés, Menchu, sacar la cortina, ir barriendo la tarima, que darnos función!

Hubo mucha expectación. La Calleja-Ruiz y la Iniesta-Galván estuvimos todo el tiempo pendientes de la mesa.

En un momento me pareció que mi hijo Carlitos, procurando que no le viéramos, rezaba por lo bajo. Seguro que el hijo de su madre rezaba para que ganaran los enemigos y no tener que salir a escena.

Sus preces fueron escuchadas y ganó la Calleja-Ruiz. ¡Qué risas, qué cuchufletas, qué cachondeo! Y nosotros, ¡qué abucheo a mi padre y a Maldonado!

—¿Sabéis lo que os digo a todos, ya que os ponéis así de graciosos? —dijo mi padre—. Que en vista de que no hay que hacer *La estafa del*

Cangrejo, me voy a meter en la puta cama.

—Yo, por las mismas razones y con vuestro permiso, me voy a exceder en la bebida —informó Maldonado.

—Y yo —dijo mi prima Rosa—, para celebrar la derrota de la familia, me voy a

bailar a la plaza.

Después de concluida la representación, cuando mi padre dormía, y seguramente mi tía también, y Rosa bailaba y mi hijo Carlitos no sé qué coño haría, y Maldonado y yo tomábamos una copa en el bar, vimos venir hacia nosotros, sin haberse quitado la pintura ni el traje de la función, a Miguel Ruiz, agitadísimo, fuera de sí, desesperado.

—Mira cómo viene Ruiz —le indiqué a Maldonado.

Me preguntó, ya un tanto tartajoso por la borrachera:

—¿Le has hecho algo?

—No, yo no.

—¡El cura! ¡El cura! —exclamaba Ruiz—. ¡El cura y la madre del cura!

—¿Qué te pasa? —le pregunté cuando estuvo junto a nosotros.

Agarró Miguel Ruiz por una manga a Maldonado, que intentaba evadirse.

—No te vayas, Maldonado, no te vayas. ¿Tú estabas enterado de algo de esto?

—¿De qué?

—Tú hablaste con doña Florentina y con el cura cuando la bronca —dijo Ruiz, acusador.

—Sí, hice de intermediario. Dije al clérigo que tranquilizase a la euménide... y nada más.

—¿Sabéis por qué no nos han metido presos? —nos preguntó Ruiz—. ¿Por qué no nos han tirado al río?

—No, yo no —contesté.

Hecho una furia, explicó el desventurado cómico:

—¡El cura convenció a doña Florentina de que nos dejara hacer la función diciéndole que lo que se ingresara se dedicaría a obras de caridad!

—¿Todo lo que se ingresara por la función? —pregunté, incrédulo.

—¡Sí! —corroboró el infeliz—. ¡Y se ha llevado todo para el cepillo, Galvanes, para el cepillo! ‘

A pesar de mi melancolía, tuve que contenerme para no soltar la carcajada en las propias narices de Ruiz. ¡Lástima que mi padre no le hubiera oído; se habría consolado de la pérdida del tute!

—Sólo se me ocurre una solución —apuntó Maldonado—, pero la considero muy procedente: que le preguntes a doña Florentina qué día reparten las limosnas.

—¡Déjame en paz!

Insistió Maldonado, con su lengua estropajosa:

—Creo que es los viernes antes del almuerzo. Ruiz le lanzó una mirada feroz.

—No le hagas caso, Ruiz —dije—. ¿Habíais sacado mucho?

—¡Treinta duros! —se lamentó.

—¡Caray, buena cifra!

—Más que nunca, Galván. ¡Treinta duros de mi alma! Pero ¿para qué quiere treinta duros ese capullo del cura?

—No grites aquí, que va a ser peor.

—Le dan casa y patatas y gallinas y conejos y huevos... ¿Para qué quiere los treinta duros? ¿Para comprarle otra vara a san José?

—Anda, vamos ahí fuera, al baile.

—¡El baile de San Vito voy a bailar yo! ¡El baile de San Vito, pero para toda la vida!

Le arrastré fuera del bar, pero no quiso quedarse en la plaza.

La noche de verano estaba muy agradable. Llegaba hasta la plaza el olor del campo. Bailaban los mozos y las mozas.

Me senté a una mesa solo y pedí un vaso de vino. Veía pasar ante mí, en rueda, dando vueltas, a todos aquellos hombres, cada uno abrazado a una mujer. Y no pensaba en la bronca de la iglesia, ni en la partida de cartas, ni en que nos habíamos quedado sin función. Sólo en Juanita, en que ya no estaba, que no estaría nunca. Y en que todas las noches, hasta que me acostumbrara, debía tener cuidado en la cama al dar una vuelta y sentir el calor de otro cuerpo, pues no sería el de ella, sino el del zangolotino.

Mi prima Rosa del Valle bailaba el bolero con el hijo de Ruiz, que era un chico de su edad y de muy buena pinta. A veces yo no veía a Rosa, porque no le daba la luz en la cara, pero cuando la veía estaba muy guapa. Hablaban los dos, pero serios. ¿De qué hablarían?

Tocaban *El camino verde*. Pero yo no oía eso... Oía dentro de mí *Caminemos*.

Aquel pobre ingenuo, ¿estaría tirando los tejos a Rosa? ¿Creería de verdad que como se dejaba llevar en el baile podía ser una cosa suya?

Me daban ganas de levantarme y, como habría hecho don Quijote, alejar a aquella pobre víctima del peligro.

Poco después, Rosa vino a sentarse conmigo y supe de qué habían hablado.

—Qué solo está.

—Los demás andan por ahí. Has bailado demasiado tiempo con el chico de Ruiz.

—¿He perdido la buena fama, primo? —se guaseó Rosa—. ¿Ya no me podré casar?

—Déjate de cofias. Lo que quiero decir es que no des demasiadas facilidades.

—¿Por qué? Tengo que divertirme. Estoy en la edad. Además, yo a los chicos sé pararles los pies.

—Sí, como al pobre Carlitos.

Este recuerdo pareció divertirla.

—A ése le paré las manos.

—De todas formas, cuando estés con la compañía ten cuidado. Luego, a los

cómicos nos echan mala fama.

—Pues sí que nos ha dado resultado hoy lo de causar buena impresión.

—Haz lo que quieras. Yo no soy quién para darte consejos.

—Hombre, un primo segundo siempre es un primo segundo.

—¡Ay, primo, yo sé lo que te pasa! Si quieres llorar, aquí tienes un hombro.

—No hables en coña de eso.

—No hablaba en coña. Intentaba ser tu amiga. Mejor dicho: tu amigo, ya que esta noche Maldonado no rige. Hace un rato ha sacado a bailar al alcalde.

—¡No me digas! Nos van a echar, nos van a echar...

—No, al otro no le ha parecido mal. Se han marcado un pasodoble. Tú debías hacer lo mismo: divertirme.

Se levantó de su silla y se acercó a mí. Abrió los brazos, ofreciéndose:

—¿Bailamos, primo?

Yo me eché para atrás, como horrorizado.

—¡No, no!

—Hijo, ni que hubieras visto al demonio.

—Lo he visto.

—Pues peor lo vas a pasar aquí bebiendo vino y viendo pasar parejas y más parejas. Te advierto que yo, ya que no sé consolarte, me voy a bailar otro poco.

—Pero no con el chico de Ruiz.

—No creas que ha estado haciéndome la rosca.

—¿Ah, no?

—Ha estado todo el rato hablándome de trabajo.

—¿De trabajo?

—Sí, es un rollazo el niño. Me decía que el tío Arturo ya está demasiado viejo, y que después de lo de Juanita, a lo mejor nuestra compañía se deshace... Pero que si pasa eso, que no me preocupe, que en la suya tengo un puesto, porque no tienen una chica como yo. Y que podría hacer muy buenos papeles.

Recordé. Recordé una noche parecida a aquélla. Hacía cuatro años. Bailaban los mozos y las mozas en otro pueblo. Bailaba yo con Juanita.

Acababa de conocerla. El bolero que sonaba era *Caminemos*. Hablaba yo a Juanita al oído, mientras bailaba. Trataba de estar insinuante, convincente.

—Tendrás unos papeles estupendos. Todas las damas jóvenes y alguna primera actriz. Y estaríamos siempre juntos. Como ahora.

—No me atrevo, Carlos, no me lo pidas más.

Hay veces en que uno actúa como si fuera un juguete mecánico que manejase otra persona, ¿no es verdad? Es lo que llaman perder el control. Así actué yo en aquel momento: me fui hasta la mesa en que estaba el niño aquel, el hijo de Ruiz, y sin

darle tiempo a que se levantase, le di una hostia que le tiré patas arriba.

Las mujeres, ya se sabe cómo reaccionan: unas veces de una manera, y otras de la contraria. Rosa reaccionó poniéndose a bailar con otro mozo del pueblo y no volviendo a mirar al hijo de Ruiz.

Ellos, los Calleja-Ruiz, como tenían furgoneta, se marcharon a medianoche. Nosotros, los Iniesta-Galván, teníamos que esperar el autocar que pasaba a la mañana siguiente. Mejor sin dormir, para ahorrarnos otra noche de posada.

Mi padre, mi tía y Rosa hicieron sus maletas, dejaron sus cuartos y salieron del pueblo para ver el mar.

Hay quien dice que en La Mancha no hay mar, pero de noche se ve. Se sale un poco de cualquier pueblo y arriba están las estrellas y abajo la oscuridad del mar, y muy lejos, si se agudiza la vista, se divisa la línea recta del horizonte. Se ve alguna lucecilla. Pueden ser una o dos barcas que han salido a la pesca. El ruido de las olas tiene que ponerlo uno con la imaginación, o llevarse una caracola y pegársela a la oreja. En aquel mar se oyen sólo los grillos. Puede que fuera así el canto de las sirenas.

Todo esto no se me está ocurriendo ahora. Lo dije aquella noche, cuando ya las copas eran demasiadas.

—¡Un poeta tu padre, Carlitos, un poeta! —me elogió Maldonado—. ¡Como Antoñito, el republicano! ¡Como el profe de Salamanca!

Quizá para demostrarnos que también él empezaba a estar borracho, comentó mi hijo:

—Yo soy de Vigo.

—¿Y qué relación tiene eso...? —quiso saber Maldonado.

—Sí, ¿qué relación tiene? —pregunté.

—Que allí hay mar. Yo lo vi mucho. Y no se le parece en nada a lo que hay por aquí.

Maldonado le miró, compasivo, y se volvió hacia mí.

—Apolo no te ha dado un hijo poeta, Carlos. No tienes un Virgi, ni un Hora, ni siquiera un Fede. Éste no llega ni a don Ramón el gaitero. Es un administrativo. Por cierto —y se encaró con Carlitos—, que me quisiste quitar el empleo, y no sé si sabrás que yo tengo pistola.

Desprevenido, mi hijo no sabía qué cara poner. Yo tampoco esperaba que Maldonado fuera a sacar nunca aquella cuestión a relucir.

—No, Maldonado —empezó a decir el chico—, yo lo que...

—¡Sí quisiste! —le interrumpió el otro con brusquedad—. ¡Me cago en tu padre aquí presente!

Yo conocía de sobra a Juan Conejo y sabía que la cosa no se presentaba grave, pero Carlitos me miraba como un náufrago que pide auxilio.

—¡Y no lleves la contraria a los mayores! ¡Quisiste porque no sabías que tengo pistola, que si no, te la habrías envainado, porque eres un cagueta!

Mi hijo se puso gallito.

—¡A mí no me hable usted...!

—¡Yo te hablo como me sale del carnet! —dijo el exdivisionario.

—No te pongas así con el chico. Y tú, Carlitos, no te cabrees con éste.

¿No ves que está borracho?

Maldonado echó un brazo por encima del hombro de mi hijo.

—A ver, ignorante, ¿por qué crees tú que me aguantan tu papá y tu abuelito con lo mal cómico que soy y con lo que les robo en las cuentas? Pues porque tengo pistola y carnet.

Viendo la cara del otro tan pegada a la suya, mi hijo se esforzaba en mirarme de reojo, como para preguntarme si Maldonado le iba a dar un beso o un tiro.

—No le hagas caso, Carlitos. Cuando está borracho no sabe lo que dice, pero es un alma de Dios.

—*Alma de Dios* —dijo Maldonado apartándose de mi hijo y tratando de encontrar el vaso con su temblorosa mano—, de Arniches y García Álvarez. Música de uno de aquéllos tan buenos. Según tu padre, soy hijo de Arniches y García Álvarez.

Después de conseguir acercarse el vaso a los labios y tragarse el contenido, nos miró detenidamente.

—Pero qué sombrones estáis.

Se había terminado la música. Ni boleros, ni sambas, ni pasodobles, ni chachachás. Todos los mozos y las mozas y los padres de los mozos y las mozas estaban ya en sus casas. El bar lo habían cerrado.

—Pero la única botella que queda en toda esta región vinícola está aquí —dijo Maldonado mostrando una—. Y nos la vamos a beber los tres peripatéticamente.

Echó a andar y nosotros le seguimos. Bebió un trago a gollete y me pasó la botella.

—Tú me querías quitar el empleo, Carlitos; Rosa ya no te quiere, a tu padre se le ha marchado Juanita. Pues nosotros vamos a celebrar todo eso con una gran juerga.

—¿Sin música? —pregunté—. Si pasara la ronda...

—Que cante el niño.

Anda, Carlitos —le dije—, despierta a las mozas.

—Darme un trago.

Le alargué la botella y mientras bebía suspendimos nuestro paseo.

—Sí, señor —dijo Maldonado—. Y con este trago firmamos la paz.

Mi hijo Carlitos se arrancó con una asturianada, la misma que cantaba en *Canuto*, no seas bruto.

—Pero ¿no sabes otra? —le pregunté.

—Sí, pero con ésta tengo más éxito.

—La otra, la otra —pidió Maldonado.

Cantó la otra el niño, y aún no había rematado cuando salió una agria voz de mujer por una ventana:

—¡Callarse, cómicos!

—Nos van a echar, nos van a echar —reflexioné en voz alta, pesimista—. Pero ahora ya...

Y lancé una pedorreta hacia la ventana. Seguimos nuestro paseo buscando a veces apoyo en el que teníamos al lado. Alteraban el silencio de la noche pueblerina nuestras pisadas. Y también el hipo que le había entrado a Carlitos.

—Aún nos quedan cuatro horas hasta que pase el autocar —recordó Maldonado—. Y en esta noche tranquila y serena pueden ocurrir grandes cosas.

El tono declamatorio de Maldonado no pareció impresionar a Carlitos, que preguntó escéptico:

—¿Qué cosas? No le veo yo que vaya a ocurrir nada.

—Esta noche pasará a la historia con el nombre de la noche alegre. Oye, Carlos, ¿en este pueblo hay puta?

—No. Dicen que hace años hubo una.

—Pero la cazaría a perdigonazos doña Florentina.

—¿Vosotros vais mucho de putas? —nos preguntó Carlitos.

—A un padre no se le preguntan esas cosas.

—Perdóname, pero es que... es que estoy borracho.

—Ah, siendo así...

—Sí vamos, Carlitos —le informó Maldonado—. En las plazas importantes.

—Yo no fui nunca, porque en Vigo es carísimo.

—Y en todas partes. Pero nosotros vamos gratis.

Fue la primera vez que mi hijo admiró al administrador de nuestra compañía.

—¿Gratis? —preguntó asombrado.

—Les echamos versos —expliqué yo.

Aumentó el asombro de mi hijo.

—¿Versos?

—Sí, les gustan mucho.

Los ojos de Carlitos se desorbitaban peligrosamente. Era algo más que asombro lo que sentía. Acababa de enfrentarse con lo inverosímil.

—¿Les gustan?

—No repitas todo —le reprendió Maldonado—. Inventa tú algo.

—Es que..., es que...

—Es que si no, esto no es una conversación.

—A las putas les gustan mucho las poesías —le dije.

Noches y noches en las casas de las plazas importantes venían a nuestra memoria.

—Más que a las señoras decentes —dijo Maldonado—. Sobre todo el Fede:

«Y que yo me la llevé al río / creyendo que era mozuela, / pero tenía marido. /

Fue la noche de Santiago...».

Yo empalmé con lo de:

—«¡Mira cómo se me pone la piel cuando te recuerdo...!»

—Polvo seguro —dijo Maldonado—; con ésa, polvo seguro.

—«Señol juez —recité yo—, pase usted más adelante —y que entren tos esos...»

—Ésa es de menos joder —opinó Maldonado, y le preguntó a Carlitos:

—¿Tú no sabes ninguna? ¿Ni *El dos de mayo*?

—Tendré que aprender.

—Yo creo que sí.

—Una por lo menos.

De pronto, en medio del silencio y de la oscuridad, algo me llamó la atención. Me detuve.

—¿Quién hay ahí?

—¿Dónde? —preguntó mi hijo, deteniéndose también.

—En ese portal.

Mi hijo aguzó la mirada.

—Una pareja. Están de retozo.

En efecto, un bulto confuso, o un bulto y otro bulto, se agitaba contra la puerta cerrada de una casucha.

Maldonado se detuvo, como habíamos hecho nosotros, dirigió el rayo de su mirada hacia los clandestinos amantes, y gritó con voz de trueno:

—¡Abominación! ¡Abominación! ¡Separaos, macho y hembra, separaos!

¡O corred al lecho si os urgen vuestras carnes y estáis unidos en santo matrimonio!

Cesó el movimiento de los bultos. Empezamos a divisar a un mozo y una moza.

—Pero no os entreguéis a desaforados placeres aquí, a la vista de la multitud. ¡Acordaos de la pobre doña Florentina, sacrificándose por todos, allí en la cama con su don Florentino!

Del portal llegó hasta nosotros una voz insegura, de muchacho.

—Oiga..., nosotros no nos metemos con nadie.

—¡Sí, os metéis conmigo y con mis amigos, ofreciendo gratis a nuestros ojos este bello pero provocador espectáculo! ¿Creéis que no hemos advertido vuestros rítmicos movimientos? ¿Que no hemos escuchado la música de vuestras alteradas respiraciones? ¿Y cómo no ha de excitarnos eso a nosotros, pobres varones solitarios sin hembra que llevarnos a la boca?

¿Cómo no ha de excitarnos la piel de ese sofocado rostro de mujer, cuya pureza

aumenta la luz de la luna? ¿Cómo no ha de excitarnos su redonda grupa cuyos prietos glúteos ceñías con tus manos ávidas? Y que, por cierto, muy prácticas me parecieron, pues una de ellas se iba a la hendidura...

Se dejó oír de nuevo la voz del mozo.

—Están borrachos como cubas. Y la de la moza:

—Son cómicos.

Continuó Maldonado su declamación:

—Sí, somos pobres cómicos solitarios y estamos borrachos como cubas, y vosotros sois pecadores emparejados y estáis ardientes como brasas. Como brasas del infierno al que queréis llevarnos con vuestra tentadora imagen. Porque cómo apartar nuestras hambrientas miradas de los muslos de nieve espesa que descubre la remangada falda, de la abierta blusa por la que quieren escaparse las palomas de los pechos con sus enhiestos picos, de la obscenamente abierta bragueta. He visto tus manos, mozo manchego, afanarse en las corvas y trepar. Y no quiero ni pensar dónde estaban las manos de la moza, porque al pensarlo siento un placer tan irresistible que me induciría a pecado, si no fuese porque el pecado está a punto de realizarse por sí mismo.

Como éramos tres, sin proponérselo, cerrábamos la salida a la pareja. Dieron los dos un paso y quedaron aún más a la luz.

—Déjennos marchar —pidió el mozo.

—¿Ahora, mozo provocador, mujer lasciva? ¿Ahora pretendéis iros con vuestra belleza y vuestro placer y dejarnos a media función, en el entreacto? ¡No! ¡Ahora vais a hacer la función completa! Siéntate, Galván. Siéntate y aprende, Carlitos, que te hace falta. Y yo... sí puedo llegar al suelo, también me siento.

Nos sentamos los tres frente a la pareja, como a dos metros escasos.

—Vamos, mozo —ordenó Maldonado—, se acabó el magreo. Ahora, el último acto.

Muy en hombre, alzó la voz el mozo:

—¡Que nos dejen marchar!

Gritó amenazante Maldonado:

—¡Que tengo pistola, ¿eh?, que tengo pistoloa!

Sacó la pistola y la mostró. No apuntando a nadie, sino exhibiéndola.

—¡Basilio! —chilló, atemorizada, la moza.

—Guárdate la pistola, Juan, ya está bien de broma.

Pero Juan ya estaba desmandado, como le había visto otras veces.

—¡No me sale de los cojones! ¡Me han puesto cachondo y es culpa suya! ¡Vamos, Basilio! ¡Levántale más las faldas, que veamos la hermosura de los muslos de...! ¿Cómo te llamas tú? ¡Sin mentiras!

Con un hilo de voz, respondió temblorosa la moza:

—Casilda..., me llamo Casilda.

—¡Oh, nombre tan hermoso como tu carne! ¡Tan hermoso como la tierra de la que hicieron tu carne! ¡Vamos, queremos ver la hermosura de los muslos de Casilda, pero hasta las ingles!

Suplicó el mozo:

—Por favor...

—¡Arriba las faldas, he dicho!

Con sentido práctico femenino, Casilda, mientras le caían dos lágrimas, empezó a levantarse las faldas.

—¡No, tú no, Casilda! —erijo Maldonado, que ahora sí apuntaba a los dos con la pistola—. Que te las levante él; y poquito a poco...

La moza le pidió al mozo:

—Levántamelas, Basilio.

Y el mozo, sin dejar de mirarnos con un tremendo rencor, obedeció la súplica.

Así..., así..., y vuélvela un poco para acá, que veamos más de frente esos muslos robustos, poderosos, que están diciendo «muérdenos». Preséntanosla un poco más todavía, para que ahora, cuando le bajes las bragas, corran nuestras miradas, como gazapos, hacia el jardín de las delicias.

Bruscamente, Maldonado cambió de tono. Sorprendido, indignado, acusador, se dirigió a Basilio:

—Pero ¿¡se las vas a bajar!? ¿¡Y tú eres un hombre!? ¡Tú, que no estás dispuesto a morir a los pies de Venus! ¡No bajes más esas bragas, bellaco entre los bellacos, que ya mis amigos y yo estamos viendo el vello del pubis, y el deseo de abalanzarnos nos arrebató!

Aterrorizado, tembloroso, el mozo no sabía a qué carta quedarse.

—Bueno..., ¿qué hago? ¿Se las bajo o no se las bajo?

Apareció la media sonrisa de Maldonado, mientras la luz de la luna rebrillaba en sus ojos oscuros y penetrantes, aunque algo enturbiados aquella noche.

—Ah, crees que ella es cosa tuya. Por no avergonzarte más no quiero preguntarle a esta moza en llamas qué quiere que le hagan ahora, ni quién quiere que se lo haga. Voy a dejar que os marchéis, porque Baco sólo en los preliminares se lleva bien con Afrodita. Y no quiero decepcionar a la diosa, por más que en este momento me haya enloquecido la carnal belleza de su mensajera, porque sé que sus venganzas son terribles.

El mozo no tenía ante sus ojos más que a un borracho enfurecido, y a ese borracho volvió a suplicarle:

—Pero... ¿deja que nos marchemos?

—Sí. Pero bájate los pantalones y corre. Y que Casilda se baje las bragas y corra. Que quiero ver cómo se alejan de mi ardorosa frente vuestros culos a la luz de la

luna.

Salieron disparados los dos mozos.

—Pero ¡eh, eh, eh!, quiero que corráis cada uno para un lado. ¡Tú para levante, tú para poniente...! ¡A correr!

Echaron a correr de nuevo, esta vez cada uno para un lado.

—¡Abajo, abajo, más abajo bragas y pantalones!

Obedecieron los dos, mientras intentaban correr, trabados los muslos.

—¡Oh, qué hermosura! ¡Y qué pena, Galván!

—Sí... —dije con resignación—. Qué pena, Maldonado. Di un empujón a mi hijo, en dirección a la moza.

—¡Anda, Carlitos, corre, corre por ella!

—¡Corre, que Basilio va para el otro lado! Echó a correr Carlitos.

—¡Casil... da! ¡Casil... da!

Dio un tropezón y lanzó un grito. Se cayó. Se cayó cuan largo era. Mi hijo Carlitos, el zangolotino, dio un traspiés y se estrelló contra el suelo.

Maldonado y yo, dando tumbos, corrimos a levantarlo, alarmados, porque nos pareció que la cabeza había golpeado en las piedras.

—Papá..., me caí.

—Ya lo hemos visto, hijo.

—Se me escapó la Casilda porque me caí. Y me di un buen golpe en la frente. ¿Por qué hay tantas luces ahora? ¿Por qué encendieron?

A pesar de que los vapores del *valdepeñas empezaban* a nublar-me la vista, pude ver que en la cara de Maldonado volvía a aparecer su media sonrisa cuando lleno de seguridad en sí mismo y en sus saberes explicó a mi hijo que no habían encendido nada, que estaba viendo las estrellas.

Traté de olvidar mi borrachera y de recordar que era un padre.

—Si hubieras mirado por dónde ibas...

—Tienes razón. Pero yo no miré por dónde iba. Yo miré el culo. Volvió hacia mí sus ojos de besugo más tristes que nunca.

—Soy muy desgraciado, ¿verdad?

—No es que seas desgraciado —le consolé—. Es que tienes una toña de campeonato.

—Y hace mucho frío.

—No, hijo, no hace frío. Estamos a finales de agosto.

—El frío es de la propia castaña —explicó Juan Conejo, que tenía experiencia—. Vamos, vamos a vomitar a esa esquina. En las esquinas se vomita muy bien.

Hacia la esquina se fueron los dos juntos. No sé cuál se apoyaba en el otro.

—¿Y si vomito no tendré frío?

—Sí, después de vomitar tendrás un poco más. Pero luego te echas otro trago de

vino y entras en calor.

Yo aún no tenía el estómago revuelto, aunque la cabeza me flotaba. Ellos vomitaron a gusto. Mi hijo Carlitos oprimía con su mano el hombro de Maldonado. Parecía que estaban celebrando un rito, como sellando una amistad indestructible. Pero estas cosas de borrachos se pasan con el sueño.

—Como nuevos, estamos como nuevos —decía Maldonado mientras regresaban—. Un traguito para ti también, Galván. Pero adminístralo, que va quedando poco.

—Y usted... Sergio... —preguntó mi hijo con admiración y respeto—, ¿todo lo que sabe lo aprendió en Rusia?

—No... Lo aprendí en la cuesta de Moyano... A Rusia no fui a aprender. Fui en busca de aventuras, por culpa de Santiago, de Santiago London y de Pepito Conrad, y del Salga... ¡Ay, el Salga, cómo me trastornó la cabeza! Y también en busca de aventuras me vine a estos pueblos. Y de comida, que había más que en la Villa y Corte.

—Pues ni lo uno ni lo otro vi yo.

Además, discípulo amado, yo no sé casi nada.

—No le hagas caso —dije—, sabe mucho. Lo lee en los libros.

—Sólo sé que en Rusia nevaba, que a un montón de amigos los mataron, que a la vuelta me metieron de extra en el cine, que me casé, que mi mujer me puso los cuernos y que borracho se está mucho mejor que sobrio.

Mi hijo, que ya se iba enterando de lo que era la vida, observó:

—Las mujeres son un peligro.

—No lo sabes tú bien —le dije.

—¡Pero no debe importarnos, oh, Fedón, mientras existan el vino y la amistad!

Carlitos no estuvo de acuerdo:

—La amistad no es la misma cosa que las mujeres.

Juan Conejo, Sergio Maldonado, el aventurero, se acercó a él y le dijo:

—Es otra cosa mucho mejor, y que duele menos cuando se pierde.

¿Puede haber alguien más feliz en el mundo esta noche que nosotros tres? Y eso que acaba de ocurrir un acontecimiento desgraciado...

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Se acabó la botella.

Y la tiró al suelo. Rebotó en las piedras y escandalizó la noche.

—Pero es lo mismo, amigos. El vino ya lo tenemos dentro. Échame un brazo por encima del hombro, discípulo amado, y echa el otro por encima del hombro de tu amigo Galván. Anda con inseguros pasos, haciendo unas eses lo más grandes que puedas, con cuidado de no darte un trastazo, y canta con nosotros: «¡Asturias, patria querida...!».

Volviendo a pisar las mismas piedras de las mismas calles, seguimos nuestro

paseo cantando a coro: «¡Asturias de mis amores! / ¡Quién estuviera en Asturias / en algunas ocasiones!».

CAPÍTULO 11

Los últimos caminos

—Lo siento, Galván, de verdad, lo siento mucho. Pero hoy no pueden echar función.

Habíamos llegado a aquel pueblo a ver lo que cata, sin muchas esperanzas. El que acababa de quitárnoslas del todo era el señor Eleuterio, el dueño del bar, un hombre muy simpático al que siempre le habíamos caído bien.

—Ya sé que no hemos concretado nada —decía mi padre apoyado en la barra, entre sorbo y sorbo de cerveza—. Pero nos hemos acercado a Hinojera, como otras veces, porque nos venía de paso.

—Y porque aquí hay mucha afición —dije yo.

—Sí que la hay, sí —reconoció el señor Eleuterio—. Por eso precisamente... Le interrumpió, sorprendido, mi padre:

—Ah, ¿porque hay afición no podemos...?

—Deje que me explique, Galván —dijo el señor Eleuterio—, que yo a usted siempre le he tratado bien. Y lo de ahora no es culpa mía. Pero tengo el local ocupado hoy, mañana y el otro.

—La última vez que pasamos por aquí, tuvimos mucho éxito con *¡Cuidado con la marquesa!*

—Hicimos un día más —recordó Maldonado.

—Pero es que estos tres días trabajan los estudiantes.

—¿Los estudiantes? —preguntó mi padre—. ¿Y qué hacen?

—Pues funciones, ¿qué van a hacer?

Mi padre creyó comprender de lo que se trataba y manifestó su desprecio:

—Ah, son aficionados.

—No, no. Me han dicho que aunque son estudiantes, no es cosa de aficionados que es cosa de la cultura. Mire usted, Galván, a mi me ha hablado el alcalde, que le había llamado el delegado de Educación de Ciudad Real y creo que también está interesado el gobernador. No he podido negarme, comprenderá.

—¡Claro, si es cuestión de las autoridades, usted a pagar y a aguantarse!

—No; de pagar, nada. Es de gratis, de gratis. Y no crean que vienen mal preparados, que traen decoraciones, y trajes y músicas. Aquí dentro no sé si van a caber, de la cantidad de cosas que traen. ¿No han visto ahí fuera la camioneta?

—Yo vi sacar unos muebles —dije—, pero pensé que era una mudanza.

—Y todo eso —preguntó mi padre—, ¿quién lo paga? Porque cuesta un huevo.

—¿Quién lo va a pagar? El gobierno —aclaró el señor Eleuterio.

Mi padre descargó un golpe en el mostrador, que por poco se parte el puño.

—¡El gobierno! ¡También el gobierno está contra nosotros! ¡Pero, qué coño le hemos hecho nosotros al gobierno!

—No vocifere tanto, Galván, que está ahí el cabo.

—¿Y qué mierda de obras traen? —preguntó mi padre.

—De autores famosos, me han dicho; muy famosos... Ahí tiene usted el programa. Vienen los nombres.

Cogió uno del mazo que había sobre el mostrador y se lo alargó a mi padre, que lo leyó por encima:

—Lope de Rueda ... Juan de la Encina..., Torres Naharro... ¡Pero quién coño son éstos, quién son!

El pobre estaba desesperado. Comenzó a recorrer el bar a zancadas, de una pared a la otra, sin dejar de dar voces.

—¿Dónde han estrenado estos cabrones, si puede saberse?

Se acercó a Maldonado y a mí, para susurrar, procurando que no le oyera el cabo:

—Éstos son de Falange, seguro, de Falange. Recomendados del gobernador. ¡Hay que ver, hay que ver! Lope de Rueda..., Juan de la...

Ahora se encaró con el señor Eleuterio, como si tuviera la culpa de algo:

—¡Nosotros traemos a Muñoz Seca, a los Quintero, a Torrado, a Jardiel Poncela! ¡No a enchufados!

Se volvió hacia Maldonado:

—¿Tú has oído hablar de esos tíos alguna vez? ¿De Lope Encina, de Juan Rueda y de la madre que los parió?

—Sí, son autores antiguos.

—¿Antiguos? Pero ¡de cuándo! Porque ni yo, ni mi padre...

Maldonado alzó los ojos al cielo como queriendo decir que la antigüedad de aquellos autores se perdía en la noche de los tiempos.

—¿Vosotros habéis visto alguna función de ellos?

—No, yo soy muy joven —contestó Maldonado.

—Pero ¿has leído alguna?

—No, no se puede.

Para mayor inri, llegó hasta nosotros el sonido de la corneta del pregonero, y después su voz anunciando que el grupo Los caminantes, del TEU de Barcelona...

Mi padre no pudo escuchar más.

—¡Y vienen desde Barcelona, los niñatos! —gritó, indignado—. ¡A que no han venido caminando! ¡Me cago en la madre de Lope de Vega!

—Lope de Rueda —le corrigió Maldonado.

—¡De las de los dos! ¡De las de los dos!

Siempre se ha dicho de los cómicos que robábamos la lana de los colchones, que

tirábamos la maleta por la ventana y salíamos por la puerta como si fuéramos al café, para marcharnos sin pagar; que robábamos huevos, gallinas... No me extraña.

Pero eso debían de hacerlo los que recorrieran distancias más largas. Nosotros no podíamos, porque andábamos siempre dentro de muy pocas leguas. Igual que conoce ahora la gente a los que salen en la televisión, igual nos conocían a nosotros en aquellos pueblos. Si no robábamos gallinas era por eso, no por falta de ganas. Porque del trabajo ya era imposible comer. Cuando no por una razón, por otra.

—Imposible Galván —escuchamos en otro pueblo al dueño de otro bar—. Este pueblo está en la ruina. El gobierno le ha arruinado con eso de quitar las cartillas de racionamiento. Aquí vivíamos del estraperlo, usted lo sabe. Estraperlo de queso, de aceite, de harina, de huevos, de todo. Pero desde que quitaron las cartillas, ya no hay estraperlo. Ahora un queso vale lo que vale un queso y nada más. Así no hay quien viva.

—Nunca llueve a gusto de todos —comentó mi padre.

Ahora sí que me he perdido... Ahora sí que la memoria... Me he perdido en los caminos, en los pueblos... Porque sé muy bien lo que quería contar... Pero ¿fue en Medinilla?

Vicenta, aquella chica del bar, ya estaba con nosotros. Se había incorporado a la compañía y era la única que vivía bien, porque en los días libres, que eran los más, siempre encontraba alguien que la llevase a trabajar al bar de su pueblo, a Navahonda. Y es curioso, en los demás pueblos no se reían de ella; sólo en el suyo.

Pero a lo que íbamos... No, me parece que no fue en Medinilla. ¿En la propia Ciudad Real? No lo creo posible, porque debíamos tanto en la fonda del Pelusa que procurábamos aparecer por allí lo menos posible. Noches hubo en que dormimos al raso, pero no era nuevo para nosotros.

A ver, a ver si me acuerdo... Navaseca, Navahonda, Poblacho, San Mateo, Hinojera, Alcorque, Cabezales... Lo de mi hijo Carlitos con la Engracia, la hija del señor Ceferino el ricacho, fue en Trescuevas, luego no estábamos en Trescuevas... Pero teníamos que estar muy cerca... ¿Navahonda? ¿Pozochico?

Era un pueblo en el que, no recuerdo por qué, tampoco pudimos hacer nada y decidimos marcharnos... ¿Higueruela? No, porque está lejos de Trescuevas. Pero bueno, es lo mismo. Al fin y al cabo, el pueblo es lo de menos.

El caso fue que el zangolotino había desaparecido. Como aquel día del cine, cuando se fue con mi prima Rosa del Valle. Pero la causa no podía ser la misma, porque Rosi estaba con nosotros, y también Vicenta, y cine no había.

Plantado en el centro del patio, junto al pozo, mi padre le llamaba a voces. Pero no estaba en la posada; Rosa le había buscado por todas partes.

—Es que si tarda, se va la camioneta, y nos han dicho que nos llevan. ¡Carlitoos!

—No te desgañites, tío —dijo Rosa—, que no está. Ven, Vicenta, vamos a buscarle por el pueblo.

Yo pregunté por él en el bar:

—¿Han visto por aquí a un joven alto, de buen aspecto, con los ojos grandes?

—¿De aquí o de fuera?

—De fuera.

—Aquí no han entrado más que mozos de aquí. Mientras tanto, en la calle, preguntaba Rosa:

—¿Han visto ustedes por aquí a un chico desgarbado con mirada como bobalicona y un labio que le cae así, como hasta la cintura?

—No le he visto, pero aquí hay muchos como ése.

Uno que trabajaba en el taller mecánico sí supo darme razón.

—Si el que yo digo es el que usted dice... El que estaba esta mañana tomando unas copas con usted...

—Sí, ése.

—Yo diría que se marchó con el Ambrosio en la furgoneta, que tenía que hacer un porte a Trescuevas.

—¿A Trescuevas? —dije, alarmado.

Sí, se había ido a Trescuevas. Apareció a las tantas de la noche. Venía hecho una lástima. Tenía igual de gordo el labio de arriba que el de abajo. Se había atado un pañuelo a la cabeza para contener la sangre de una herida. Un ojo lo traía todo morado. Cojeaba.

—Lo hice..., lo hice de buena fe, papá..., de buena fe... Quería ayudaron..., porque esto vuestro no puede ser. Me fui a ver a la Engracia, que ya lo tenía pensado desde hacía tiempo. Porque yo a mi vida no le veo más solución que un matrimonio, un buen matrimonio... Y la Engracia no me gusta tanto como tú, Rosa, te lo digo de verdad, pero no me disgusta. Encontré al Ambrosio, un mozo de aquí que me llevó en la furgoneta. En Trescuevas los mozos y las mozas pasean de atardecida por un camino que hay cerca del río. Un camino con árboles, muy bonito. Me amparé en las sombras y vi a la Engracia que paseaba con otras dos mozas. Le hice gestos y ella me vio. Y se vino hacia mí, y me cogió las manos y me dijo que estaba segura de que volvería. Y entonces oí unas voces: «¡El cómico, el cómico! —gritaban—. ¡Ha vuelto el cómico! ¡A por él!». Eran aquellos, ¿os acordáis?, el Roque, el Paco, y no sé cuál otro. No sólo la Engracia, su padre también estaba seguro de que volvería y los tenía esperándome desde hacía meses. Me dieron una paliza. Me dejaron deslomado.

—¡Hecho un cristo te han dejado, pobrecito mío! —dijo mi tía Julia.

—La Engracia lloró —añadió Carlitos—. Y yo también, ¿para qué voy a deciros otra cosa? Tuve que volver haciendo autostop.

—¿Y te recogieron, viéndote con esa pinta? —le pregunté.

—Eran extranjeros, de los que vienen a la ruta del Quijote. Pero quiero deciros que lo que hice fue en parte por ayudarlos. Porque si a mí se me dan bien las cosas, podéis compraros una furgoneta como la de los Calleja-Ruiz, o más decoraciones, o una máquina de películas como la del señor Solís, o qué sé yo, pero no seguir así, que de verdad que es imposible.

Procuré no lanzarle una mirada asesina, procuré entender su buena intención.

—Ahora sí que es imposible, Carlitos. Adiós Trescuevas y Navahonda y Pozochico... ¿No es verdad, Maldonado?

—Sí; y Revuelta y Medinilla y Navaseca y Alcorque...

—Bastante perdidas estaban ya antes de que el niño se decidiera a dar el braguetazo —comentó mi tía.

Las cosas marcharon de mal en peor. Efectivamente, el señor Ceferino corrió la voz por la comarca y nos pusieron el veto en todas partes, porque él por allí era muy poderoso.

Nos fuimos un poco hacia el norte y algo pudimos trabajar. Poblacho, Cabezales, San Antón... Pero por muchos equilibrios que hiciera Maldonado con las matemáticas, la mitad de los días no comíamos.

—Papá... —me dijo un día Carlitos—, lo pensé mucho desde el día que me escapé a Trescuevas...

—Comprendo que no lo hayas olvidado.

—No digo eso. Digo que pensé en mi situación aquí con vosotros... En mis posibilidades en esta vida. Le di muchas vueltas. No sirvo más que de estorbo.

—No te preocupes; si no hubieras venido, tampoco estaríamos mejor.

—Vosotros, no. Estoy de acuerdo. Yo, papá, a lo vuestro no le veo solución. Y lo pensé, lo pensé... Pero yo me marché, papá.

—¿Que te marchas? ¿Y adónde vas a ir? ¿Qué vas a hacer?

—Marché a Vigo. Escribí a mi amigo Pepiño. Puedo trabajar en una de las papelerías. Me contestó. No sabe si llevaré paquetes, o despacharé, o fregaré el suelo, pero yo le dije que, para empezar, lo que fuera. Me acordaré de ti, papá, y de Rosa y de Maldonado y de todos vosotros. Estos meses lo pasé muy mal, pero los recordaré toda la vida, me parece.

—Pero... ¿cómo te vas a ir? Yo, para el tren...

—Hay uno que me lleva hasta el cruce. Allí haré autostop; y si tengo suerte y pasa otro extranjero...

Y se fue. Todo eso me lo dijo en la cama, casi abrazados el uno al otro. Hablamos más tiempo, pero ya no me acuerdo de qué. De la vida, probablemente. Me había acostumbrado al zangolotino y ahora tenía que acostumbrarme a estar sin él. No me costó mucho esfuerzo, porque la vida que llevábamos no era para sentimentalismos.

Un día en que no sé qué pueblo...

—Pero, hombre, ¿cómo se les ocurre a ustedes venir a trabajar aquí? Si aquí hoy no queda nadie.

—¿Qué ha pasado?

—No queda nadie. Y menos, de los que les gusta el teatro.

—¿Por qué?

—Trabaja en Talavera Doroteo Martí, el que echa las funciones de la radio. Y cuando trabaja en Talavera Doroteo Martí, ya se sabe, aquí no queda ni un alma. Ni en ningún pueblo de alrededor. Ponen autocares.

En uno de aquellos autocares me fui a Talavera. A ver a Doroteo Martí.

—Soy de la compañía Iniesta-Galván —le dije—. No habrá usted oído hablar de ella porque andamos siempre por aquí, no nos alejamos mucho. Me llamo Galván, Carlos Galván, y tengo interés en ver la función. Si pudieran darme un pase...

Doroteo Martí estuvo amabilísimo. Ordenó en seguida que me colocaran en el teatro. Pero tuve que estar en una silla, al final de todo, porque estaba absolutamente lleno. Un dineral debieron de hacer aquella noche, un dineral. Y daban tres funciones en el día.

La gente lloraba, gritaba, aplaudía... Eran los mismos que yo conocía después de años recorriendo aquellos pueblos... Pero el espectáculo era otra cosa. ¡Qué decorados, y, sobre todo, qué trajes!

Al caer el telón final, la gente enloquecía. Doroteo Martí les hablaba, y más aplausos. Cuando besó a una vieja de la primera fila porque le recordaba a su madre, ya fue el delirio.

Entré de nuevo en su camerino para felicitarle y darle las gracias, y de paso...

—... Las compañías como la nuestra se defienden muy mal ahora. Hay mucha competencia... Del cine, de la radio. No vamos a tener más remedio que deshacerla. ¿En la suya no habría un puesto para alguno de nosotros?

Pero, claro, no lo había. Lo natural era que la compañía estuviese completa. Eso ya lo sabía yo, pero aquello había sido una excusa para hablarle de otra cosa.

—Y una ayuda... una ayuda de cualquier tipo... Quizá eso le fuera a usted más fácil.

Doroteo Martí estuvo igual de amable que antes. Y muy comprensivo. Y muy generoso. Me dio quinientas pesetas. Lo que ganábamos nosotros en una semana, si había suerte.

Tiempo después, en otro pueblo nos encontramos de nuevo con Solís el peliculero. Hacía mucho que no le veíamos.

—¡Coño, Solís! ¿Qué haces por aquí? —dijo sorprendido mi padre—. ¡Me ha jurado el del casino que no quiere ni cine ni teatro!

—Así es —le respondió el peliculero—. Los mozos de aquí se van al pueblo de al

lado, que ya tiene un cine de verdad, de los fijos.

—Ya lo sé. Pero entonces, ¿a qué has venido?

—Se acabó el cine ambulante, Galvanes. Todo acaba en esta vida. Ese ignorante de Rovira todavía sigue por ahí, pero porque es un optimista.

—Pues tú, ¿qué haces?

—Precisamente voy al pueblo de al lado, a Sotillo de la Virgen, con una lista de películas, a ver si el del cine quiere alguna. Y también tengo que hablar con uno de aquí de parte de un amigo de Madrid, para ver si en su almacén quiere poner un cine. Él pondría el local y mi amigo la cámara.

—Y tú, ¿ya no trabajas en lo tuyo?

—Aquello se acabó, Galvanes —dijo muy divertido, entre risas, como siempre—. Como lo vuestro. Vosotros sois fantasmas.

Mi padre asintió melancólico:

Ahí sí que has acertado. Entonces..., ¿ya no tienes la cámara, el odioso cacharro aquél?

—No; como te caía mal, y eres mi amigo, lo vendí en el Rastro.

—¿Y la furgoneta?

—Ésa la conservo, porque tengo que traer y llevar películas.

—Y... ¿te va bien?

—Me llevo unas comisiones... De momento, no es mucho; pero hay que agarrarse a lo que se pueda. Ahora, eso sí, por las caras que os veo me parece que lo justo es que pague las copas yo. ¡Camarero, chinchón para todos!

Maldonado sonreía con su media sonrisa. No sé si sonreía porque iban a traer chinchón o porque ya antes de que hablase Solís lo sabía todo: que se había acabado el cine ambulante, que abrían cines de verdad en los pueblos, que Solís era comisionista de películas y que nosotros estábamos a punto de irnos a hacer puñetas.

—Los que estén tomando la copa o jugando al dominó o a las cartas, tienen que marcharse, porque dentro de un cuarto de hora va a empezar la función. Para verla hay que tomar consumición nueva.

En cuanto oyeron aquello en el bar de aquel pueblo, se levantaron todos como un solo hombre y se dieron a la fuga como si les hubieran dicho que habían puesto una bomba o que venían los maquis. Luego, en lo que faltaba para empezar, se sentaron dos hombres con tres o cuatro mujerucas. No sacamos ni para la cena. El del bar, que era buena persona, nos dio unos bocadillos para el camino. Porque nos echamos al camino. A ver si llegábamos al pueblo de al lado, que estaba muy cerca, y podíamos hacer, con más suerte, una función por la noche.

Mi tía Julia se emparejó conmigo.

—Ando buscando un momento para hablar a solas contigo, pero hasta ahora no lo he encontrado.

—¿Ocurre algo?

—¿Qué más quieres que ocurra, Carlos? Oye, te hablo primero a ti aunque debía hablar antes a Arturo, pero es que no sé cómo decírselo. Me da mucha pena. Prefiero que se lo digas tú. La última vez que coincidimos con los Calleja-Ruiz, en Sobejano...

—No, en Pinarejo.

—Sí, es verdad. Pues... hablé con ellos. Tú sabes que se les murió la Fernanda Machado, que era prima de Miguel Ruiz...

—Sí, la enterraron no sé dónde. En San Mateo, me parece.

—No, creo que en Cabezales.

—Puede ser.

—Pues... hablé con ellos, con Ruiz y con la Calleja, que es un mal bicho, ya lo sé, pero qué va a hacer una. Yo tengo más años que la Machado, pero podría hacer muchos de sus papeles.

—Pero, tía... Tú eres una primera actriz.

Mi tía se encogió de hombros. Aquello ya le tenía sin cuidado.

—¿Vas a dejarnos? Si nos dejas, se acaba la compañía. La Iniesta-Galván. Tú eres la Iniesta, tía ... Julia Iniesta. ¿No te acuerdas de *¡Cuidado con la marquesa!*? ¿De *Señora ama*, de Benavente? ¡Esa *Señora ama*, tía! Te conocen desde Villanueva de los Ojos del Guadiana hasta Talavera de la Reina. Y ahora más: en Poblacho, en San Antón... Sin ti no somos nadie.

—Por eso no me atrevo a hablar con tu padre y quiero que lo hagas primero tú, que se lo vayas diciendo poquito a poco. Tu padre no puede más, Carlos, está muy viejo. Yo sé que el teatro no morirá nunca. También es teatro lo que hacen por la radio. Y lo que echa el jodío Solís en su cine. Pero éste nuestro de los caminos, se ha acabado, está dando las boqueadas. Miguel Ruiz es mucho más joven que Arturo y quizá sus boqueadas sean más largas.

—Pero..., tía...

—¿Qué?

En el silencio de la tarde, sólo se escuchaban nuestros pasos sobre el camino.

—No sé... No sé qué tengo que decirte. Pero es muy duro que nos hagas una cosa así. ¿Qué va a hacer ahora mi padre? ¿Qué vamos a hacer los demás? ¿Qué vamos a hacer sin ti?

—Tú eres joven, Carlos. Yo no he visto nunca más vida que ésta, pero todos sabemos que hay otras. Lo malo es lo de tu padre; por eso te pido el favor de que le hables tú, por eso me he acercado a ti... Piénsalo mucho, Carlos. No digo lo que tienes que decirle, sino el modo. Díselo con cuidadito.

—Se acaba la compañía, tía Julia... ¿Qué va a ser de él?

Mi tía Julia no respondió. Ya había dicho todo lo que tenía que decir. Sacó un

pañuelito, dificultosamente, porque llevaba una maleta, y se enjugó las lágrimas. Seguimos andando, mi tía, yo, mi padre, Maldonado, Rosa del Valle y Vicentita, la del bar, cargados con los bultos.

Al día siguiente hablé con mi padre. Intenté explicarle lo que me había dicho mi tía. Y procuré hacerlo como ella me había encargado, con cuidadito. Mi padre lo encajó bien; no se sorprendió demasiado porque, por lo visto, él también llevaba tiempo dándole vueltas a lo mismo.

—¿Tú crees, Carlos, que si yo le digo a Miguel Ruiz que me lleve con ellos, me admitirán? Yo ya no quiero hacer los primeros papeles. Que los siga haciendo él.

—¿Por qué no te van a admitir?

—También van a partido, como nosotros. Y yo con un punto me conformo.

—Creo que podrías sacarles dos.

—Para mí sería mejor, claro. Pero no me parece justo pedírselo, ni creo que me lo dieran. El director es él. Y así me libro de todas esas preocupaciones de hablar con los alcaldes, con los dueños de los bares, con los empresarios, con los encargados de los casinos...

—En eso tienes razón. Ya es hora de que descanses algo.

—Y si se rompen los decorados, que se rompan. Y si una actriz se larga con un americano o con un patán de pueblo, que se largue.

—Y te libras también de enseñar a hablar a los zangolotinos.

—Y a las Vicentas. Que los enseñe Ruiz. Y añadió, muy divertido:

—¡Y a misa, que vaya Ruiz!

—Me parece que a misa, cuando toque, te llevarán a la fuerza, como tú nos llevabas a nosotros.

—Y las mierdas que escriben los autores, que las limpie Ruiz.

—Total, que vas a estar en la gloria.

—Nací en una carreta de cómicos, tú lo sabes, hace ya una pila de años, y aunque me hubiera gustado morir en una cama de las que salen en las películas, veo que ya no es posible... Si me muero en la furgoneta de los Calleja-Ruiz, en el infierno verán que en este país los cómicos hemos adelantado mucho.

Dije, un tanto sarcástico:

—Estás muy gracioso, padre, y muy animado.

—Siempre he procurado no perder del todo el buen humor. De eso he vivido, ¿no? Sólo lo perdía al dirigir; bueno, no lo perdía, lo ocultaba. Porque para eso hay que hacerse el bravo.

—¡Y bien te lo sabes hacer tú!

—¿Qué crees que dirá Miguel Ruiz? Le voy a llamar ahora mismo. Están en Revuelta.

—Si se queda con la tía, ¿por qué no se va a quedar contigo?

—Lo dices porque estamos los dos para el desguace, ¿verdad?

—Ya se puede dar Ruiz con un canto en los dientes.

—¿Por qué?

—¡Pues anda, que no va a aprender de ti! ¡Con la de trucos que tú sabes!

—Ni uno le voy a enseñar, ¡ni uno!

—Pero los aprenderá viéndote, y te copiará.

—¿Y tú qué vas a hacer, Carlos?

—Lo pensé hace tiempo. Porque vi que esto no daba más de sí. Me voy con Maldonado.

Fingió sorpresa mi padre y me preguntó en plan de guasa:

—¿Otra vez a Rusia? ¿Qué pasa allí ahora?

—No, padre... Menos mal que, a pesar de todo, estás de buen humor.

—Me trae más cuenta.

—No me voy a Rusia. Me voy a Madrid, a trabajar de extra en el cine. Dice Maldonado que se saca más que con esto si se tienen influencias, y él las tiene.

—¡Me cago en el padre de los hermanos Lumière, como decía el director aquél!

Con esto dimos por terminada la conversación. Mi padre se fue a telefonear a Revuelta y yo a hablar con Maldonado, para darle mi respuesta definitiva.

Me dijo que trabajaría de extra, que dormiría bajo techado, que comería malamente, y nada más. Que no esperase otra cosa. Por ejemplo, que al entrar en el plató todos se pusieran a gritar: ¡Mira, Robert Taylor, Robert Taylor!

—Comprenderás que a mi edad ya no espero nada.

—¿A tu edad? Pregúntales a los médicos y a los curas si los que se mueren a los ochenta no esperan algo.

Según Maldonado, mi prima Rosa también se venía con nosotros. Me parecía lógico. Una chica como ella, joven y guapa, se defendería bien de extra de cine. Mejor que en aquellos pueblos, esperando la vendimia.

Maldonado se fue a solucionar lo necesario para que pudiéramos salir de allí y luego se reunió con nosotros.

—A mí, uno de los del cine —nos dijo Rosa—, cuando estuvimos trabajando en la película en Navahonda, me dio su tarjeta, por si alguna vez iba a Madrid y quería algo.

—¿Cuál de ellos? —pregunté.

—Aquel que eligió al tío y que luego el director le puso a parir.

—Ah, sí, el rubianco —recordó Maldonado—, el ayudante de dirección. A ése no le conocía yo. A ver...

Rosi había sacado de su bolso la tarjeta.

—Somentes —leyó Sergio—. Guarda esta tarjetita como oro en paño, Rosi. Si el ayudante te la dio, por algo sería.

—Es fácil adivinarlo —comenté.

—Parecía un señor muy serio. Cambiando de tema, dijo Maldonado:

—Hemos quemado las naves, compañeros. Me deshice del material.

—¿Y has sacado algo?

—Sí. Ha sido la última operación financiera de la compañía Iniesta-Galván.

—¿A quién has enredado? —preguntó Rosi.

A nadie. Simplemente he convencido a unos mozos de este pueblo y a otros del pueblo de al lado para que formen un grupo teatral-cultural.

—¿Cómo aquel que vino de Barcelona? —pregunté.

—Una cosa así. Y les he vendido los telones de casa rica, casa pobre y jardín, las dos escobas, la jaula, el tapete, el serrucho, las dos brochas, el conejo de cartón y el abanico.

—¿Y qué te han dado?

—Vosotros, artistas, no os preocupéis por las cifras. Hemos pagado la posada y tenemos para el viaje hasta Madrid y para hacer una parada con vino. Eso sí, a la Villa y Corte llegamos limpios.

En las afueras del pueblo, con un frío que pelaba, porque el invierno ya estaba encima, despedimos a mi padre y a mi tía.

—Que Talía siga siéndole propicia, don Arturo. Mi padre le respondió riendo:

—¡Y a ti, Baco!

Mi tía nos recomendó:

—No se os olvide lo que hemos dicho: escribid a la fonda del Pelusa diciendo dónde os alojáis en Madrid. Y ya os diremos lo que sea de nosotros.

—Los Calleja-Ruiz suelen parar en Bailén —explicó mi padre. Casi llorando, mi tía se abrazó a mi prima y le dijo:

—Cuídate, Rosi, hija mía. Cuídate mucho. Ten mucho cuidado.

—Sí. No te preocupes. Las chicas de ahora somos muy mayores. Te escribiré a la fonda del Pelusa, y te contaré cómo es Madrid.

Les quedaba sólo un kilómetro de camino hasta el cruce y pensaban hacerlo a pie. Allí cogerían el autocar que los llevaría a Revuelta, donde estaban los Calleja-Ruiz.

—Ahora, padre, ya no tendrás que jugarte las plazas al tute. Mi padre me abrazó para despedirse y me dijo al oído:

—Ten cuidado, Carlos. Es todavía una niña. Sinceramente, no entendí a qué venía aquello.

—Pero ¿qué dices, padre?

Aún más bajo que antes, para que no le oyeran los demás, siguió diciendo:

—Tu prima Rosi. Es una niña, aunque ella se cree muy mujer. Y tú eres... muy sensible, Carlos. Le das mucha importancia a todo. Y luego, sufres.

—Padre, qué cosas tienes.

Arreciaba el frío. Se había levantado viento, que barría de un lado a otro la llanura.

Echaron a andar los dos viejos por el camino, cargados con sus bultos, hacia el cruce. Nosotros les vimos andar un trecho. Alzamos las manos. Ellos también. Y nos volvimos al pueblo, no me acuerdo ahora cuál, porque la camioneta de transportes que había apalabrado Juan Conejo para que nos llevase a Madrid, salía a la mañana siguiente.

CAPÍTULO 12

La marcha triunfal

La camioneta ya estaba en la plaza, lista para marcharse. Era una que hacía portes. Rosita, Sergio y yo nos acomodamos lo mejor que pudimos entre las cajas y los paquetes.

Nos subimos los cuellos de los gabanes, nos apretamos unos a otros y no sacamos las manos de los bolsillo ni para fumar, porque soplaba con todas sus fuerzas un viento helado y nos azotaban la cara las gotas del aguanieve.

—Si tus amigos no fallan —le dije a Maldonado—, con lo de extras nos ahorraremos esto de ir siempre de un lado a otro. Maldonado se lamentó:

—Me parece que yo lo echaré de menos.

—Yo no. Estaba deseando dejar esta vida. Alguien me dijo una vez que no éramos ni cómicos, que éramos vagabundos.

—Es también una hermosa profesión.

—Yo echaré de menos algunas cosas —dijo Rosi—, pero otras desde luego que no. Y estar en Madrid me apetece mucho.

—¿Qué piensas encontrar allí? —le preguntó Maldonado.

—Por lo pronto, encontraré a Madrid.

—De eso no cabe duda.

—Y en los estudios de cine podré ver de verdad a las artistas, no como se las ve en las fotos de las revistas, que seguro que valen mucho menos.

Yo, recordando la aventura de Navahonda, dije:

—A la María Rosa Salgado ya la viste. Y era muy guapa.

—Mona, nada más. Pero sólo he visto a ésa. Ahora veré, qué sé yo, a Carmen Sevilla, a Aurora Bautista... Y las veré así, a un metro de distancia. A ver si de verdad valen tanto.

Yo, muy serio, porque realmente lo pensaba, comenté:

—Y, sobre todo, tendremos más dignidad.

Con una sorpresa exageradísima, abriendo dos ojos como platos, como si nunca hubiera oído esa palabra, preguntó Maldonado:

—¿¡Más qué!?

Asustado por aquella reacción, repetí con cierta timidez:

—Dignidad, he dicho.

Maldonado no apartaba de mí sus asombrados ojos, y comprendí que quizá aquella palabra era un tanto desproporcionada. Traté de matizar.

—Bueno, no sé, no sé si es eso lo que quiero decir... Pero, en fin, supongo que a

los extras, a veces, los llevarán a trabajar a un pueblo.

—Sí, a veces. Muy pocas, porque hay que pagar dietas, y claro...

Le interrumpí, excitado, tratando de hacerle comprender lo que había querido decir:

—¿Y los llevan así, así, como vamos nosotros ahora?

Y señalé con la mirada las cajas de mercancías que nos rodeaban.

—No —reconoció Maldonado. Yo grité:

—¡Pues eso digo! ¡Dignidad! ¡Dignidad!, o como se llame... Dibujó su media sonrisa Maldonado para rectificarme:

—Se llama «confort».

—Bueno, pues eso.

Pero inmediatamente me arrepentí de haber estado de acuerdo y volví a lo mío:

—Aunque me parece que no, que no es lo que yo digo.

—Ay, Galván, Galván, hijo y nieto de Galvanes, de cómicos, de vagabundos... No reniegues de tus ancestros. ¿Quieres viajar en *wagon-lits* en vez de viajar en esta simpática camioneta? Me parece muy bien. ¿Quieres beber las burbujas de esa champaña extranjera en vez de valdepeñas? Pues muy bien. ¿Quieres comer ostras y turnedó y no pan y queso? Muy bien, hombre. Pero ¿para qué quieres la dignidad? Antes a los cómicos los perseguían, los marcaban con hierros candentes, no los enterraban en sagrado... Ahora nos soportan, nos dejan vivir a nuestro aire, aunque no sea el aire de ellos, y a algunos les dan premios y los sacan en los papeles. No te quejes, Galván.

—Sí, pero eso es a los de Madrid.

—Pues allí vamos, hombre, allí vamos.

—Yo en eso digo lo que Maldonado, primo —dijo Rosita—. Eso de la dignidad casi no sé lo que es. Lo que quiero es que en Madrid me vaya bien. Pero... ¿me irá bien?

—¿A ti? —exclamó Maldonado.

Y se puso a cantar el chotis de Lara: «Cuando vayas a Madrid, chulapa mía...».

Rosi se sumó al canto y yo también, olvidando mi enfado, para no aguar la fiesta. Nos oyó el conductor de la camioneta y sin preocuparse de cuál era el motivo de nuestra alegría, que en realidad no había ninguno, se sumó al coro.

Yo ya conocía Madrid. Había estados dos o tres veces. Pero sólo de paso, años atrás, y no me había enterado mucho. Mi prima, Rosa del Valle, era la primera vez que lo veía. Mientras la camioneta daba tumbos sobre el empedrado, Rosa miraba a un lado y a otro, muy abiertos los ojos y también la boca, sin decir nada. Por fin habló.

—¡Huy, qué feo es Madrid!

—Bueno, hemos entrado por mal sitio —explicó Sergio.

—Es grande, pero feo —dijo Rosi.

—Cuando veas las calles del centro, te gustará más.

El de la camioneta nos dejó bastante lejos de la calle Mesón de Paredes, donde estaba la casa de huéspedes a la que nos llevaba Maldonado, que, por ese motivo tuvo una discusión con él. Pero no sirvió de nada.

Cargados con las maletas, echamos a andar desde el Portillo de Embajadores hacia la plaza de Tirso de Molina. Nos turnábamos Maldonado y yo para llevar además de la nuestra la de Rosita, que miraba a la gente y las casas sin apearse de su primera mala impresión.

—Pues como esta calle las hay en Talavera y en Ciudad Real.

Juan Conejo se erigió en defensor de su tierra. Presumía de ser de los pocos madrileños que habían nacido aquí.

—Sí, pero sólo una, y aquí hay muchísimas.

—Pero ¿todas iguales?

—No, variadas.

—No empieces a poner pegas, Rosa, que no has hecho más que llegar. Seguro que si sales a dar una vuelta tú sola, te pierdes.

Replicó con malicia:

—Me parece a mí que si me pierdo por estas calles, acabaré en otro sitio mejor.

Yo entendí por dónde iban los tiros.

—O peor, no cantes victoria. Aquí hay mucha competencia.

—Las mujeres que se ven pasar son unas birrias.

—Porque Celia Gámez, Irene Daina y Virginia de Matos —dijo con sorna Maldonado—, no salen por las mañanas.

Se detuvo frente a una casa, y Rosi y yo también nos paramos.

—Bueno, aquí es.

En el portal había un cartel que decía: «Menéndez, sastre, se hacen arreglos». Y en el mismo cartel, en letra más pequeña: «La Inglesa, casa de huéspedes».

Siguiendo a Maldonado entramos en el portal y comenzamos a subir la escalera.

—¿Los dueños son ingleses? —preguntó mi prima.

—Son de Aranjuez. Los dueños son los señores de Menéndez.

—¿El sastre?

—Sí.

Al llegar al rellano del segundo piso oímos una bronca tremenda. Gritaban a un tiempo un hombre y una mujer, y aunque no entendíamos lo que decían, no cabía la menor duda de que estaban a punto de llegar a las manos.

Maldonado nos informó.

—Aquí es. Y están en casa.

—Hay gente, sí —dije yo.

—Son la patrona y su marido.

Pulsó el timbre varias veces, con insistencia, para hacerse oír, hasta que amainó la bronca.

—Se entretienen así —nos dijo.

—Se zurren la badana de lo lindo, ¿no?

—Sí, pero sin mala intención, ya te digo. Por pasar el rato. Se abrió la puerta, y Maldonado saludó alegre, cordial:

—¿Cómo está la buena gente?

El hombre que había aparecido tras el umbral, exclamó, sorprendido y contentísimo:

—¡Conejo! ¡Pero si es Juan Conejo!

—¡No pasan los años por usted, Menéndez!

Menéndez llamaba hacia el interior, a grandes voces:

—¡Leona! ¡Leona! ¡Conejo vuelve a la madriguera!

Y soltó una gran risotada, como si se hubiera hecho mucha gracia a sí mismo.

—¡Y trae dos gazapos! —añadió, volviendo a reír—. Pasen, pasen todos. Entramos. Menéndez cerró la puerta tras de nosotros y se presentó:

—Soy Casimiro, el sastre. Pero para los amigos, Menéndez. ¡Ja, ja, ja! Desde el interior de la casa llegaron los gritos agudísimos de la patrona:

—¡Conejo! ¡Conejo! ¡Don Juan Conejo!

Llegó hasta nosotros por el pasillo con un alegre repiqueteo de baldosas desencajadas. Era una mujer en la cuarentena, frescachona, cuyo aspecto rozagante contrastaba con él un tanto decrepito de su marido.

—¡Ya sabía yo que volveríamos a verle! ¡Huy, madre, y cómo le han dejado! Pero ¿es que en esos pueblos de Dios no se come?

Juan Conejo resumió nuestra vida y peripecias:

—Unos comen y otros no.

Intervino entre carcajadas Menéndez:

—Y a Conejo le ha tocado que no.

Pero ¿cómo podía este sastre estar alegre, soltar esas carcajadas, con aquel ojo que cuando nos abrió la puerta tenía un cerco de color de rosa que a la segunda risotada ya era colorado y ahora morado como una berenjena?

—Éstos son dos compañeros que buscan habitaciones.

—Este guayabo es su novia, ¿no, Conejo? —preguntó el sastre—. Venus Afrodita no es tan benévola conmigo. Es una prima de este amigo, Carlos Galván. Se llama Rosa Chamorro.

—Rosa del Valle —corrigió mi prima.

—Sí, de nombre artístico Rosa del Valle. Torció el morro la patrona.

—Ah, cómica.

—Sí, doña Leona —dijo Rosa, muy modosita. La interrumpió el marido, precipitadamente.

—¡Chist! No se llama Leona. Se llama Leonor. Pero yo la llamo Leona, porque Leonor es un nombre tan feo... ¡Ja, ja, ja! No es por los arañazos, no —y otra carcajada.

—¡Calla, zurullo!

Y de un empujón le mandó contra la pared. Pero el hombre se recuperó en seguida. Se veía que estaba acostumbrado.

Luego, la patrona se volvió hacia mí.

—¿Y usted también es cómico?

—Sí señora.

—Pero ¿Conejo no les ha advertido?

—Pensé que siendo amigos míos, doña Leonor... Enérgica, le cortó la palabra.

—¡Ni amigos ni nada! Una cosa es usted y otra sus amigos.

Yo creo, Conejo, que en eso Leona tiene razón —dijo Menéndez—. Aquí hay unas normas, y usted lo sabe.

—Pero ¿qué sucede? —pregunté yo, que no entendía nada de aquello. Maldonado me explicó:

—No os advertí que en Madrid hay algunos sitios de estos de... de hospedarse, en los que no admiten cómicos. Uno de ellos es el hotel Ritz y otro esta casa de huéspedes: «La Inglesa».

Rosa se asombró, pero más por lo primero que por lo segundo.

—¿En el hotel Ritz no dejan vivir a los cómicos?

—No.

—Pero... ¿aunque sean actores muy importantes, como Carlos Lemos o Daniel Otero?

—Ni a esos.

La señora de Menéndez, muy digna, afirmó:

—¡Ni en esta casa, señorita, ni en esta casa! El asombro de mi prima iba en aumento.

—¿Y a los del cine tampoco, con lo que ganan?

—Tampoco —dijo Maldonado—. Ni a los de Hollywood. A Rita Hayworth no la admitieron. Luego, después de casarse con Alí Khan, volvió y sí la admitieron, pero no en calidad de actriz, sino de princesa persa.

—Las normas son las normas —dijo doña Leonor.

—Pero, entonces, ¿a ti, Juan, aquí...? —pregunté. El sastre me respondió:

—Lo del señor Conejo es algo parecido a lo que acaba de contar. No vivió aquí en calidad de actor, sino de exdivisionario.

—¿Y todo eso por qué? —preguntó Rosita—. ¿Por qué no quieren ustedes a los

actores?

—No es que no los queramos —protestó la patrona—, que a mí me gusta el teatro, aunque voy poco por los precios, y las películas... Pero una cosa es quererlos y otra alojarlos.

—Pero... ¿por qué? —insistía Rosa.

La patrona le dio una larga y precisa explicación:

—En el hotel Ritz no sé por qué será, ni me importa. Aquí lo hacemos para dar categoría al establecimiento. Hay huéspedes a los que no les gusta la compañía de los cómicos: se acuestan tarde, charlan hasta las tantas, gastan luz, pagan mal y, ustedes lo saben, y no lo digo por ofender, viven arrejuntados.

Al sastre le pareció que su mujer se estaba pasando.

—Bueno, bueno, Leona.

—No, si no lo digo por estos señores, que los acabamos de conocer y son amigos de aquí, de Conejo, y con eso me basta; lo digo en términos generales.

—Pero, entonces, ¿por qué nos has traído aquí, Juan? —pregunté. Muy seguro, me respondió:

—Porque doña Leonor va a hacer una excepción.

—No, no la voy a hacer.

El respetable exdivisionario se puso muy simpaticón:

—Que sí que la va a hacer, que lo sé yo.

—Que no, que no la voy a hacer.

Atacó por otra línea Juan Conejo y dijo muy serio, muy convincente:

—Doña Leonor, yo he vivido dos años aquí.

—Sí señor.

—Nunca he dejado de pagarle...

—Algún retrasillo.

Sin escucharla, prosiguió Maldonado la enumeración de sus virtudes.

—... si me he acostado tarde, he entrado sin hacer ruido para no molestar; siempre me he emborrachado fuera; y ¿he traído alguna mujer a mi habitación?

—Sí señor.

—Bueno, pero sin darme cuenta, y muy pocas veces.

Sin poderlo evitar, soltó el chorro de la risa la patrona.

—¡Sin darse cuenta, dice! ¡Qué demonio de hombre!

—Verá usted, doña Leonor, yo le propongo un experimento. Nos tiene quince días a prueba...

—A usted, sí, pero a sus amigos, y que me perdonen, que no es contra ellos...

Maldonado la interrumpió.

—Escuche, escuche... Nos tiene quince días a prueba... O tres semanas, si quiere —rectificó para dar más facilidades—. Y al cabo de ese tiempo, si nos acostamos

demasiado tarde, si charlamos hasta las tantas, si gastamos mucha luz o si no pagamos, nos echa.

Se escandalizó la patrona.

—Pero ¿tú le oyes, Menéndez? ¡Ahora lo que quiere es estar tres semanas sin pagar!

El sastre se moría de risa.

—¡Te enreda, Leona! ¡Si le dejas hablar, te enreda!

—Comprenda que yo, de momento, no puedo dejar solos a estos compañeros la primera vez que vienen a Madrid. Si nos vamos, nos vamos los tres juntos; pero si nos quedamos, también.

Y de repente, entusiasmado, añadió esta incongruencia:

—¡Y le recitamos versos, doña Leona, le recitamos versos, como antes!

—Para oír versos, con usted me basta. Que es una gloria oírle, la verdad sea dicha.

—¿Se acuerda de la *Marcha triunfal*?

Se volvió hacia mí para explicarme:

—Lo que más le gusta a doña Leonor es la *Marcha triunfal*.

Y de nuevo a la patrona:

—¿Y usted ha oído aquí, a mi compañero Galván, recitar *La chata*?

—¿Cómo le voy a oír, si acabo de conocerle?

—Pues le va usted a oír —dijo muy decidido. Y me ordenó:

—Anda, Carlos.

Yo creí morirme de vergüenza.

—Pero, hombre... Ahora, aquí...

—¡Si lo digo en coña, idiota! —dijo riéndose—. Doña Leonor te va oír... Y escucha como nadie, ¿eh?, te lo digo yo, sabe escuchar... Pero te va a oír luego, o un día de éstos, a la caída de la tarde, antes de cenar, que es cuando a ella le gusta.

Soltó una carcajada Menéndez.

—¿Ustedes han visto alguna vez a un conejo poder a una leona? ¡Pues ya lo están viendo!

—¡Calla, tarugo! Que sabes que si me doblego es porque Conejo es tu amigote. Pero haremos lo de la prueba..., y dejando una señal.

—Lo tengo previsto —dijo Maldonado—. Mañana, a la vuelta del sindicato, es lo primero que pienso hacer.

—Y espero que sean formales, que no alboroten, que se acuesten pronto...

—Yo tengo una curiosidad —dijo Rosi un poco cortada—. Se lo pregunté a Maldonado... Bueno, a Conejo... Pero... no sé si hago mal en preguntar.

—¡No, no! —lijo Maldonado muy divertido—. Si a Menéndez le gusta mucho explicarlo.

—Dígame, señorita.

—Él me dijo que se lo preguntase a usted. ¿Por qué se llama esta casa de huéspedes «La Inglesa»? Ustedes no parecen...

—¿Ingleses? —interrumpió Menéndez—. ¡No, claro que no! Yo soy de Aranjuez y Leona, del Retiro, ¡ja, ja, ja! Pero es que el nombre del establecimiento no viene de «inglés», viene de «ingles», y mi mujer y yo tenemos ingles.

Y las risotadas del sastre fueron incontenibles.

—Pues ya lo sabes, Rosi. ¿Satisfecha?

—Sí, sí.

—Y de habitaciones, ¿qué?

—Tenemos, tenemos —dijo la patrona—. Ahora ustedes tienen que decirnos la distribución, porque nosotros en eso no nos metemos.

—Yo querría dormir con mi compañero Galván. Así lo hemos hablado.

—Bueno, hay la vacía. La del chico de las oposiciones, que las sacó. Ahí pueden meterse los dos. Y la señorita Chamorro...

—Del Valle —corrigió mi prima.

—Bueno, la chica que se acomode con la vieja, con doña Aurelia.

Y así se hizo. Juan Conejo y yo compartimos una habitación, y mi prima Rosa del Valle compartió otra con una vieja sorda que vivía allí porque un pariente suyo funcionario de categoría de no sé qué ministerio, le pasaba una mensualidad.

CAPÍTULO 13

Costumbres de la Villa y Corte

Según decía Rosa, la compañía de la vieja sorda no era muy agradable, pero en peores se las había visto y, además, a ella le daba igual, porque con la idea de verse en Madrid y de que iba a trabajar de extra en las películas y la verían los directores de cine, estaba encantada, ilusionadísima.

Respecto a alojarnos en La Inglesa, había algo que yo no entendía. Porque Madrid estaría lleno de casas de huéspedes, de pensiones...

—Efectivamente —me confirmó Juan—. Hay desde posadas y mesones de los siglos diecisiete y dieciocho hasta grandes hoteles de la *belle époque*, sin contar el Emperador, que surgió después de la Victoria, y el que ha levantado mister Hilton para los últimos invasores. Hay hoteles, fondas, pensiones, mesones, residencias, asilos, cárceles, colegios mayores, casas de huéspedes, casas de citas, casa de lenocinio...

—Bueno, bueno, bueno... Yo lo que digo es que tú no conocerás sólo La Inglesa. Habrás vivido en algún otro sitio.

—He casi vivido en varias madrigueras; casi todas de estos barrios de Pérez y de Carlitos.

—Pues, ¿por qué nos has traído a ésta?

—Es verdad —me apoyó Rosi—, a la única en que los actores caemos mal.

—No es la única. Y tiene algunas ventajas. Ya las iréis viendo. La primera, que doña Leona es una viciosa, lo habréis notado.

—¿Lo dices por lo de las palizas? —pregunté.

—No. Por lo de los versos. Es una viciosa de la poesía recitada, como las meretrices de provincia: Con un divino Rubén y dos José María el embargado, la tienes en el bote: te fía dos meses. Y otra ventaja: ya habéis visto el letrerito del portal.

—¿Qué letrerito?

—«Menéndez, sastre. Se hacen arreglos.»

—Sí; y eso, ¿qué?

—¡Pero, hombre, Galván, tú ya sabes lo que representa en nuestro oficio un traje bien arreglado!

—¿Para lo de extras también?

—Para lo de extras mucho más.

A la mañana siguiente Maldonado nos llevó al Sindicato, a presentarnos a los que llevaban la bolsa de extras. No nos pusieron ninguna pega, porque como éramos

actores profesionales, nos dieron en seguida el carnet de extras. Así estaba establecido.

Además tuvimos suerte (suerte y recomendaciones de Maldonado), y a los dos días ya nos llamaron para trabajar. El primer día nuestro trabajo fue andar por una calle, desde el escaparate a la esquina, desde la esquina al escaparate, ¡vaya un trabajo!

—¡Bueno, pues ya hemos debutado!

—Yo lo he pasado bien. Me he divertido —comentábamos después en La Inglesa mi prima y yo.

—Tú no hacías más que exhibirte, Rosi. Ponerte delante de unos y de otros para que te vieran.

—¡Pues claro! Y a ti, ¿qué te ha parecido, primo?

—Pues... ¿qué quieres que te diga? Estoy un poco asombrado de que paguen por esto.

—Y dan más de lo que sacábamos nosotros haciendo una función.

—Bueno, pero para vivir en Madrid no sé qué te diga. Porque hay que ver lo que cuesta todo. Yo he mirado precios por aquí, por el barrio, cuando volvimos del trabajo, que salí a dar una vuelta, y me he quedado...

Rosi comentó, riendo:

—¡Pero si hasta nos han dado la comida!

—Claro, como el día de Navahonda.

—Yo había veces que no podía contener la risa cuando aquél de la madera gritaba...

—La claqueta.

—Eso. Gritaba « ¡Séptima! ». Y el otro: «Vamos, andando, andando». Y nosotros, venga a andar otra vez sin decir nada. ¡Y alguna vez dijeron que lo hacíamos mal! Pero si era andar...

—Es que, no sé si te habrás fijado, pero eso que parece tan fácil, que, ya digo, me extraña que paguen, unos lo hacen mejor y otros peor.

—¡Calla, calla! —dijo, de nuevo entre carcajadas—. Que todavía me viene la risa cuando me acuerdo del gordito.

—¡Ése, ése! Y también me reí al acordarme.

—Decían: «¡Andando!», y él, parado. Decían: «Por la derecha, por la derecha», y el gordito salía por la izquierda.

—Y una vez los tapó.

—¡Sí, los tapó! ¡Tapó a Rabal y a la italiana!

Y nos reíamos los dos juntos, no sé si de lo graciosa que fue la situación, o de la alegría de haber cobrado y haber comido.

—¡Se paró justo delante!

—A ése le llevaron —dijo Rosi—, como a nosotros: porque era una cara nueva. Los directores se quejan de que los extras son siempre los mismos.

—Claro, pero es que los mismos son los que lo hacen bien. ¿Te acuerdas cuando el de las gafas se abalanzó hacia una señora que pasaba por allí y que se había parado frente a la cámara? La saludó y se la llevó a rastras. La mujer estaba muerta de miedo.

—Pero luego lo comprendió todo. Y hasta se puso muy contenta al ver a Rabal.

—Para eso hay que tener mucha cara.

—Y saber hacerlo.

—Eso, eso digo.

—Al fin y al cabo, es un oficio como otro cualquiera. Pero no un oficio para toda la vida. Yo procuro que se me vea bien, para ver si me dan una frase, porque pagan más y eso ya es ser actriz.

Recordé con pena:

—Como le pasó a mi padre.

—Pero yo ya me fijé cómo les gusta a éstos del cine que se haga.

Pocas veces trabajamos los tres juntos. Sólo cuando llamaban a muchos extras. Lo corriente era que llamasen a ocho o diez. Y entonces uno de nosotros trabajaba en una película, otro en otra, o nos quedábamos en La Inglesa jugando a las cartas, o dábamos vueltas por el barrio.

A mí Maldonado me había dicho que fuera de vez en cuando por una taberna de la Corredera, donde se reunían algunos extras a jugar al dominó y a charlar de sus problemas, que convenía que le vieran a uno.

Mi prima Rosa del Valle se había echado unas amigas que trabajaban en lo mismo y vivían cerca, y salía a pasear con ellas.

Con esto empezamos a vernos menos, que al fin y al cabo era lo natural, puesto que ya no éramos de la misma compañía, pero ya Maldonado nos había enseñado bastantes cosas de Madrid y de nuestro nuevo oficio.

—En Madrid no se cena, no es costumbre. Se comen tapas en sitios como éste, así, en la barra, que si te las ingenias, siempre pagas menos de las que te comes. Y escuchad una cosa: en la película ésa que os han convocado para mañana, que es de las grandes, de las que tienen muchas escenas de conjunto, tened esto muy presente: cuando rueden los planos, lo importante es que os pongáis donde menos se os vea.

Se sorprendió Rosi.

—¿Cómo?

—¿Que no se nos vea? —pregunté.

—Que no os vean los técnicos. Y, sobre todo, que no os vea la cámara. Rosa no entendía bien, pero estaba muy decepcionada.

—¿Que no se nos vea? Pero entonces...

—Hacerme caso. Que no se os vea. ¡Si os ven es malísimo, malísimo!

—Yo tampoco lo entiendo, Maldonado, porque si le ven a uno y uno queda bien...

No me dejó seguir.

—¿Cómo vas a quedar bien?

—Pues hombre —me ayudó Rosi—, si la ven a una desenvuelta, con soltura, y se fijan, y le dan una frase, y un papelito...

La cortó, tajante.

—Aquí no hay frases ni papelitos, ni puñetas. Aquí lo que hace falta es que le llamen a uno para otro día. Y si la cámara te ve, muy guapa, muy mona, sí, como tú quieras, pero te ve en la fiesta del duque de Osuna, por ejemplo, no te llaman luego el día que se rueda la escena de los mendigos, ¿comprendes? Siempre sale alguien diciendo: «A ésa se la vio en la fiesta; iba de marquesa, iba de marquesa». Y te han jodido una sesión. Hay que esconderse, ¿comprendéis?, esconderse. Y así os pueden llamar para la fiesta de los duques, para los mendigos, para los piratas, para los frailes en el coro... ¡para todo! Sesiones y más sesiones... Yo trabajé cuatro años en esto y ¡nunca me vio nadie!

—Pero... —apunté yo— nos pagan para que se nos vea...

—Y, además, conviene —dijo Rosi.

—¡No conviene, coño! Nos pagan por hacer bulto. Y se puede hacer bulto sin que le vean a uno. Sobre todo, sin que te vean la cara, que es lo que delata.

—¿Y cómo me van a ver a mí y a mi cara no? —pregunté.

—Eso, eso —dijo Rosi.

—Pues te la tapas. Con un pañuelo, como si estuvieras llorando o secándote el sudor. Agachas la cabeza y pones una mano en la frente, como si estuvieras meditando. O las dos en la cara como si estuvieras horrorizado. Pero hay que taparla, hay que taparla.

—Pero si todos los extras lo hacen así —dije—, las películas quedarán muy raras.

—Eso no es cosa tuya. A ti no te van a dar el premio de la Bienal de Venecia. Además, sólo hacemos esto los enterados; los demás, no. Pero a vosotros os conviene ser de los enterados, ¿o no?

—Sí, en eso tienes razón.

—Durante los ensayos, sí, que os vean, está muy bien. Pero conviene que os pongáis cerca de una columna, o de un árbol o de otro extra muy alto, y en el momento en que digan: «¡Motor, acción!», a taparse. Y con los ayudantes, siempre buen trato, mucha atención, disciplina, un purito de vez en cuando, o un simple saludo con humillación, según los gustos...

Y tú, Rosi, agradable, sonriente..., pero sin pasarte.

—Yo no me paso.

—El otro día, en la película de la Casa de Campo, estabas haciéndole cucamonas al ayudante.

—¿Yo, cucamonas?

—Sí, tú, cucamonas. Bueno, pues la *script* es su mujer. Así que con ese ayudante ya, ni una convocatoria. Como no sea para merendar.

—¡Yo qué sabía!

—Pues eso. Y otra cosa... Aunque esto no es para mañana. Pero, en fin, para muy pronto. La ropa. Hasta ahora os habéis defendido con las históricas, que dan los trajes, y con las neorrealistas, que cualquier harapo vale. Pero tenéis que hacer figuración distinguida, que pagan más. Hay que comprar unos trajes en el Rastro, que los dan baratísimos, y hacerles unos arreglitos.

—Por eso nos decías que para lo de extras nos venía bien Menéndez, el sastre.

—Claro. A los actores importantes eso ni les va ni les viene. No creerás tú que Alberto Closas se compra la ropa en el Rastro y luego se la lleva a Menéndez.

—No, ya me imagino.

—Tú, Carlos, necesitas un traje oscuro, un esmoquin y uno clarito bien planchado. Sobre todo, que estén limpios y bien planchados. Para eso doña Leona tiene muy buenas manos. Así que a darle fuerte a Rubén Darío. Y tú, niña, ya te estás estudiando *La higuera*, de Juana de Ibarbourou.

—Me sé lo del jardín sonriente.

—Ésa le gusta más cantada por Valderrama. Y al sastre Menéndez, a reírle los chistes.

Me acostumbré a esta nueva vida. Aunque echaba de menos las comedias, mis interpretaciones con la voz gangosa que tantas carcajadas provocaban en el público. Reconozco que miraba con algo así como desprecio o superioridad a los otros extras, a los que nunca habían interpretado personajes importantes..., ni sin importancia. Nunca habían hecho más que estar sentados o paseando. Pero ahora yo era uno de ellos, no tenía por qué presumir. Me acostumbré, ya digo.

Era también una vida un tanto difícil y miserable, pero no tanto como la que yo había vivido, sobre todo en los últimos tiempos. Me daba pena por mi prima Rosa del Valle. Sus ilusiones de que la descubrieran, le dieran una frase, un papelito y llegara a ser una Emma Penella, una Aurora Bautista, se iban desvaneciendo.

Un día, a la caída de la tarde, antes de cenar, estaba yo en el comedor con la patrona dándole a los versos. Recité aquello de «Margarita, está linda la mar...».

—¡Ay, qué bonito! —exclamó doña Leona cuando llegué al final—. ¡Qué bonito es este verso, Galván! ¡Y qué bien lo ha recitado usted! En confianza, le diré una cosa, y no se lo diga usted a él porque yo sé que en el fondo Conejo es muy orgulloso, pero usted echa los versos mejor que Conejo. Le pone más, más... Ay, no sé cómo decirlo. Más delicadeza, más sensibilidad. Principalmente los de Rubén

Darío. Bueno, es que ese hombre, no sé, no sé... Mire usted, yo, aquí, en el comedor, cierro los ojos y me parece que, estoy en otro lado. Que estoy como en una película de Ivonne de Carlo o la María Montez. Al otro, al de los pastores...

—Gabriel y Galán.

—Sí, a ése. A ése le encuentro un poco basto. En comparación, digo, en comparación. Aunque me hace llorar, eso sí. Pero el otro...

—Rubén Darío.

—Ése. ¡Rubén Darío me chifla!

Y de pronto, oímos unos ruidos de pasos precipitados, unas carreras, unos golpes. Y gritos de mi prima.

—¡Es Rosa! ¿Qué le pasa?

Levantándose de su silla, dijo la patrona con voz terrible:

—¡Calle usted! ¡Calle! ¡Es ese guarro, ese guarro! ¡Ese zurullo!

Salimos al pasillo cuando el sastre Menéndez corría a refugiarse en su cuarto. Tras él, sin echar una mirada a Rosa, fue como una furia doña Leonor; mejor dicho: doña Leona.

—¡Ven aquí —gritaba—, ven aquí, no te escapes, guarro! ¿Crees que te va a valer esconderte? ¡No te va a valer de nada, tarugo, zurullo, cerdo!

—¡Si fue un tropezón, Leona, un tropezón! —gemía el sastre.

De un empujón le metió la patrona en su cuarto. Luego, entró ella y cerró de un portazo. La bronca debió de ser descomunal, a juzgar por el ruido de golpes, de trastazos, y los gritos que se escuchaban desde el pasillo.

Tirada contra la pared estaba mi prima Rosa del Valle con la cara colorada, las faldas remangadas, el pelo revuelto, arreglándose con manos nerviosas la blusa, yo diría que metiéndose dentro las tetas, porque por un momento me pareció verlas.

No le pregunté lo que había ocurrido porque era..., ¿cómo se dice?... Obvio. Sí, obvio, eso es.

Le eché una mano por encima de los hombros y la llevé hacia mi cuarto. Ya no daba gritos, pero respiraba entrecortadamente.

—Cierra, cierra la puerta, Carlos. No quiero oírle.

A pesar de cerrar la puerta, seguían llegando hasta nosotros, aunque más sordos, los aullidos, los golpes, los lamentos. Poco a poco fueron desapareciendo.

—El tío guarro... ¡No tienes idea, primo! Me ha pillado ahí, en el pasillo, me ha arrimado contra la pared... Me ha metido mano, me ha sobado por todas partes... Dame agua, dame agua, que me refresque... Echa ahí, en la palangana.

Hice lo que me decía. Vací el jarro en la palangana del lavabo. Ella metió las manos y empezó a chapuzarse la cara. Pero siguió hablando al mismo tiempo.

—Me apretaba contra la pared... Me echaba su aliento asqueroso... No decía más que: «Cállate, cállate, no grites. Déjate, déjate...». Yo no quería escandalizar,

¿comprendes? Me pellizcaba en el culo, me mordía... El muy cerdo... No tienes idea de cómo me ha puesto de caliente el muy cerdo, cómo me ha puesto...

Yo no estaba seguro de entender bien.

—Pero, Rosita...

—Sí, me ha puesto caliente, ¿qué quieres? ¿Queda agua en el jarro?

—Sí queda.

—Échamela por la nuca.

Le eché lo que quedaba en el jarro. Se le mojaron la blusa y la falda.

—Debías haberte quitado la ropa —dije.

—¡Claro, delante de ti! Pues buena estoy yo ahora para andarme con ésas. Ya sabes lo que nos pasa a las mujeres si se nos toca. Bueno, a algunas, porque otras son de hielo. Pero yo es que me enciendo. Y el cabronazo ese, que da asco verle, me ha metido la mano en la entrepierna, me ha apañuscao las tetas, me ha llenado de saliva desde el cuello hasta los ojos. De pronto se lo ha sacado todo y ahí no he podido contenerme y es cuando he gritado... Dame la toalla, Carlos.

—Toma.

Se secó la cara, se restregó un poco la toalla contra la blusa, que estaba empapada y se le ceñía a la carne; se le marcaban las formas...

—Ya te digo, Carlos, yo es que me acarician, aunque sea a lo bestia y un tío repugnante como éste, y me pongo...

—Ya, ya... Yo no lo sabía.

—Claro. ¿Por qué ibas a saberlo?

Recordé la voz de mi padre, meses atrás, cuando nos despedimos en el cruce de caminos: «Ten cuidado, Carlos. Es todavía una niña».

—Bueno, ya estoy más calmada. O, por lo menos, más fresca.

—Ya es algo.

—Pero necesito tranquilizarme del todo.

Suspiró y se apoyó en la pared. Con la mano se daba aire en la cara. Tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas.

—¿Qué podemos hacer, Carlos?

—¿Salimos a dar una vuelta?

—No, salir no. Estoy empapada y no tengo ganas de cambiarme ahora.

—¿Jugamos a las cartas?

—Bueno; si crees que eso te va a tranquilizar...

—Sí, yo creo que sí. Dejaré de pensar en ese tío guarro. Pensaré solamente en qué trampas hacer para ganarte la partida y llevarme el duro.

—Yo también..., yo también procuraré pensar sólo en las cartas.

—Anda, saca la baraja.

Saqué la baraja de la mesilla de noche. Se la di a Rosa.

—¿A qué jugamos, Carlos?

—A lo que tú quieras.

—¿A la brisca?

—Bueno, como estamos solos...

—¿De duro?

—Sí, sí, de duro.

Rosa repartió las cartas. A veces jugábamos al tute con doña Leona, o con ella y Menéndez. Si estaba Maldonado y éramos cinco, jugábamos a las siete y media. Cuando estábamos solos, jugábamos a la brisca. Siempre en el comedor.

Lo malo fue que en mi cuarto no había muebles: sólo la mesilla de noche, el lavabo y la cama. Eso fue lo malo. Porque tuvimos que jugar en la cama, casi tumbados, el uno frente al otro.

Yo no veía las cartas. Veía los pelos empapados de Rosa, pegados a la frente, a las mejillas. Su blusa, también empapada, pegada a la carne, resaltando las tetas, los pezones... Ella no creo que viera nada en mí; nada nuevo, quiero decir, porque me tenía ya demasiado visto. Pero aquel cerdo repugnante la había puesto tan caliente... De todas formas, ya digo, no fue eso lo malo; lo malo fue que en el cuarto no hubiera una mesa y unas sillas.

Lo que son las cosas... Sin buscarlo, sin proponérmelo, casi podría decir sin pensarlo (aunque de eso ya no estoy tan seguro, ha pasado tanto tiempo que ya no me acuerdo de si alguna vez lo pensé), bueno, pero el caso es que, como digo, sin buscarlo me encontré con aquel regalo. ¡Y qué regalo! Mi prima Rosa del Valle, desde que se desarrolló, siempre me había parecido muy mona, aunque sin comparación con Juanita Plaza; pero en la cama, entre mis brazos, a sus dieciocho años, era una auténtica maravilla. Y por culpa del lujurioso sastre Menéndez, aquella maravilla era para mí.

Y bien que la disfruté. Claro que no nos resultó fácil. Por las noches yo dormía con Juan Conejo, al que no le contamos nada. Teníamos que aprovechar las mañanas, cuando el sastre Menéndez se encerraba a trabajar en su obrador y doña Leona se iba a la compra. Afortunadamente, la habitación contigua a la mía la ocupaba la vieja sorda, que no se enteraba de nada. Por ese lado no había peligro.

Un día, después de comer en una de las tabernas del barrio, del barrio de Pérez y de Carlitos, como decía Maldonado —Galdós y Arniches para los demás—, volvimos a casa por si había suerte y doña Leona estaba echando la siesta. Pero no la hubo: andaba zascandileando por allí. Así que Rosi se fue a su cuarto y yo al mío.

Me tumbé a hojear uno de los libros que me prestaba Maldonado, uno de Pérez, recuerdo. La verdad es que me aburría bastante, pero luego me entretenía dar vueltas por las calles buscando los lugares, que todavía se conservaban. De pronto, se abrió la

puerta. Entró Rosa en el cuarto y se abalanzó sobre mí, me abrazó, me tiró sobre la cama.

—¡Cuánto te quiero, Carlos, cuánto te quiero! ¡Y qué guapo eres!

—¡Rosi, estate quieta, Rosi!

Pillado por sorpresa, derribado en la cama, no sabía cómo defenderme, y protestaba, entre risas:

—¡Ahora no, ahora no, la Leona está suelta!

—Ya lo he visto —decía Rosi también riéndose—. Pero no te asustes, primo, no te defiendas.

—¡Suéltame, Rosi!

—Que no te defiendas, idiota; no vengo a violarte. Vengo a que me saques a paseo. Anda, anda, arriba.

Tiraba de mí, de un brazo, y me levantó de la cama. Me dio la chaqueta, que yo me había quitado para tumbarme.

—No me parece mal lo del paseo —dije—. La novela ésta que tanto le gusta a Maldonado, es un tostón.

—¿Cómo se llama?

—*Fortunata y Jacinta*. A lo mejor a ti te gusta más.

—¿De qué trata?

—De tiendas.

La miró por encima y la tiró sobre la cama.

—Es muy gorda. Anda, vamos de paseo. ¿Sabes dónde me vas a llevar?

—Pues a Tirso de Molina, como siempre. ¿O vamos a la plaza de Santa Ana?

—No, señor. Vamos al Café Gijón.

No comprendí cómo a Rosi pudo ocurrírsele aquel disparate. Nunca habíamos ido a ese café porque era carísimo. Debíamos el mes a doña Leona, y a Menéndez no le habíamos pagado el arreglo del traje de rayitas.

—De eso hace seis meses; se le habrá olvidado.

—No, no, que lo apunta.

—Yo quiero ver a aquella gente —dijo, muy decidida—. Te invito yo.

—¡Eso sí que no! —rechacé, muy digno.

Pero ella ya me sacaba de la habitación, sin hacer ningún caso a mi réplica.

—Con lo de la sesión de ayer. Hicimos horas extraordinarias, de figuración distinguida y con nocturnidad. Saqué más que la protagonista, seguro, porque es una película de lo más casposa.

Doña Leona se asomó al pasillo, a curiosear.

—¿Salen ustedes?

Muy presumida, ajustándose la rebeca, respondió Rosi:

—Vamos al Café Gijón.

—¿Al Café Gijón? —dijo admirada y quizá envidiosa la patrona. Con gran aplomo y enorme descaro, explicó mi prima:

—Nos ha citado allí un señor para hablarnos de un posible contrato.

—Pues, enhorabuena. Espero que esta noche se pongan ustedes al corriente.

—Son guasas de ésta, doña Leonor. Vamos allí por conocerlo. Por ver a la gente.

—No saben la envidia que me dan. Pero ese zurullo de Menéndez no se atreve a entrar. Allí van los poetas, ¿verdad, señor Galván?

—Sí, eso creo. Pero no los que a usted le gustan. Los que a usted le gustan, ya se han muerto.

—No, señor. Que Rafael de León, el de los cuplés, está vivo. ¿Ése para en el Café Gijón?

—No lo sé. Ya le digo que no hemos ido nunca.

—Si le ve usted, dígame que tiene una admiradora. Una admiradora con la que nunca le faltará casa. Que yo sé que los poetas son de mucho talento, pero a veces están lampando.

—Se lo diré, doña Leonor. Si le veo, claro.

Cruzamos la plaza de Tirso de Molina a paso ligero, que imponía Rosi. Alegre, retozona, se estrechaba contra mi brazo.

—Gracias, gracias por llevarme, Carlos.

—Pero no invitas tú. Es un préstamo que me haces.

Las calles del recorrido hasta Recoletos, a pesar de ser céntricas, no estaban muy concurridas a aquella hora de la tarde. Sin que la viera nadie, Rosi pudo darme un beso en la mejilla al decir:

—Lo tuyo es mío y lo mío es tuyo. Y no me refiero sólo a los cuerpos. Y lo será siempre.

—No exageres. Las mujeres sois... y canturreé recordando la vieja zarzuela:

—«Mariposillas locas que jugáis con el amor».

Soltó la risa mi prima.

—Si te quiero, no es por tu modo de cantar. ¡Joder, qué mal lo haces! No has mejorado desde *Canuto, no seas bruto*.

—Tú también desafinabas lo tuyo.

—Sí, ya sé que entre todos destrozamos la función de aquel pobre señor.

—¡Menudo pájaro!

—A mí me arreaba cada azote que tenía el culo morado.

Me fue imposible evitar un leve ataque de celos retrospectivos.

—No me dijiste nada.

—No iba a chafar la gira por azote más o menos.

—¿Y te ponías...? —pregunté con mala intención, recordando sus propias confesiones.

—Me ponía... como ya sabes tú que me pongo. Pero nunca le di carrete, ¿eh? Me caía de mal el tío... Te acuerdas de que yo no quería trabajar en aquello, no quería cantar.

—Que no querías cantar, quedó claro. Le pusiste poca voluntad. Se me ofendió, herida en su amor propio, y replicó, sarcástica:

—La única que cantaba bien era Juanita, ¿verdad? La única que hacía todo bien era Juanita.

—¡Deja eso ahora, mujer!

—Pues ¿sabes una cosa? Yo te quiero mucho más que ella. Y te querré siempre mucho más de lo que ella te habría querido. Y te voy a poner muchos menos cuernos de los que te ponía ella. Y te voy a querer más de lo que te ha querido nadie. Y más que he querido a nadie.

—Bueno, bueno, bueno... Yo no necesito tanto.

—Pues aunque no me necesites, me vas a tener para siempre, para siempre. Porque yo sí te necesito. Ya lo sabes, apréndete esta palabra: siempre.

—No prometas tanto, Rosi. La vida es muy larga.

—¡No seas ciezo, coño!

—Me conviene estar preparado, Rosi. Entre tú y yo hay mucha diferencia.

—Pues por eso.

—Diferencia de edad, digo.

—¿De edad? Ni siquiera treinta años.

—¿Te parece poco?

—Poquísimo. A mí no me gustan los niñatos. Entre tu hijo el zangolotino y tú, por ejemplo, no hay ni punto de comparación. ¡Tú eres un hombre, joder!

—Deja los asuntos de familia, Rosa.

CAPÍTULO 14

El café de los artistas

El café estaba abarrotado. No había ninguna mesa libre y también muchos clientes se agolpaban en la barra. Daba la impresión de que todo el mundo hablaba a un tiempo. Nada más entrar, se clavarón en nosotros las miradas de los que había cerca de la puerta. Estoy seguro de que Rosa pensaba lo mismo que yo: los dos nos sentíamos como gallina en corral ajeno. Los mirones nos dejaron en paz en seguida y volvieron a lo suyo: a hablar todos a un tiempo.

—Aquí no hay donde sentarse, primo.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, eso sí que no. Después de la caminata...

—En la barra hay algún hueco.

—¿Para qué lo dices? ¿Para esperar mesa? Porque yo quiero estar aquí un rato largo.

—Pero dos cafés en la barra y dos en la mesa es mucho.

—Pues cuando encontremos mesa, nos sentamos y decimos que ya hemos tomado.

—Sí —repliqué yo, escéptico—, en un sitio como éste te van a dejar hacer eso.

—Seguro que de los que hay aquí, muchos no gastan nada.

—Ya. Pero se sientan a mesas con otros.

—¡Mira, esa mesa se queda!

Efectivamente, dos señoras mayores se levantaban de una mesa cercana a nosotros y venían hacia la puerta. Nos pudimos sentar. Por cierto, aquellas señoras eran de las pocas mujeres que había en el local. Esto me chocó, porque, al ser un café de artistas, yo creí que habría tanto mujeres como hombres. Pero, no; mujeres había, pero muchas menos. Desde luego, por allí no andaban ni Sara Montiel, ni Carmen Sevilla, ni Ana Mariscal.

—¿Qué van a tomar?

—Dos cafés con leche.

En cuanto el camarero se alejó, los dos hicimos lo mismo: recorrer el café con la mirada.

—¿Conoces a alguien? —me preguntó Rosi.

—No sé; hay tanta gente, y tan amontonada, que no se ve a nadie.

—¿No será que no vienen a esta hora?

—Mira, aquellos de ese rincón, ahí, a tu derecha, deben de ser los poetas.

—¿Ésos tan corrientes?

—Sí, éstos.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque dice Maldonado que la tertulia más grande que viene aquí es la de los poetas, y ésta es la más grande.

—Sí, eso sí. Pero no parecen poetas.

—Pues, ¿qué parecen?

—Nada..., gente rica... corriente.

—No se van a poner uniforme.

—¿Y artistas? ¿Hay artistas?

—No sé... No veo a ninguno...

Pero, de pronto, descubrí un rostro y exclamé, muy excitado:

—¡Mira, mira, mira! Ése es Buero Vallejo, Antonio Buero Vallejo. En la mesa que está frente a nosotros, no. En la de más allá.

—¿Y quién dices que es? Insistí, apresuradamente:

—Buero Vallejo.

—Ya. Pero ¿quién es?

—Ese flaco, de la cara seria... El de la pipa. Impaciente y nerviosa, dijo Rosi:

—Ya le veo, ya. Pero que quién es.

—Buero Vallejo.

—¡Pero que quién es Buero Vallejo, coño, que a veces no entiendes nada!

—Pero ¿no te acuerdas? Si estuvimos a punto de echar una obra de él que había tenido éxito en Madrid, ahora no me acuerdo de cómo se llamaba, y mi padre empezó a arreglarla y no pudo porque no la entendía bien.

—Pues no, no me acuerdo.

—Es un autor de los más importantes.

—¡Mira, mira! —me advirtió Rosi con la emoción del cazador que descubre una pieza—. Allí, en la barra, está Francisco Rabal.

—Es verdad. Y el que está con él es Fernando Rey.

—¡Anda, y decíamos que no había ninguno!

—Y también es actor el otro, ése de gafas que da palmadas en la espalda al bajito.

—Sí, hombre. A ése le hemos visto en el María Guerrero.

—Sí, es Enrique Diosdado.

—Oye tú, pues sí que vienen.

—Claro que vienen. Y los escritores, porque no se les conoce por las caras, pero seguro que aquí están los más importantes... Y los pintores...

—¿Y Picasso? ¿Viene Picasso?

—Ése es rojo. Está en Francia.

—¿Y aquí no hay rojos?

—Dicen que está el café lleno.

—Pues no están en Francia.

—¡Déjate de política, leche! ¡Mira, mira ese que está de pie!

—¿Cuál? —dijo riendo—. ¿El camarero?

—No, mujer. Al otro lado, donde los poetas... El que está saludando a los poetas, ése...

—¿El que lleva un perrito en brazos?

—Sí, ése, el calvo... Ése es Guillermo Marín. Le vimos en el Español.

—Sí, sí es él.

—Y aquella que está en la mesa de más allá de los poetas...

—¿Cuál?

Aquella tan guapa.

—Si es guapa, no la veo.

—No seas tonta, menos que tú. Aquella del vestido verde..., la que está con aquel del pelo colorado, es Maruja Asquerino. Ha trabajado en una película que se llama Surcos, la que mandaron al festival de Cannes.

—Ya, ya sé. ¿Y el del pelo colorado?

—No sé, no tengo ni idea.

—Deben de estar hablando todos de películas que se van a hacer... De compañías que van a formarse... De los próximos estrenos...

—Y también se estarán poniendo verdes unos a otros.

—También. Es natural. Pero está muy bien que haya un sitio como éste, donde vengan todos a charlar de sus cosas.

—Claro que está bien.

—Pero de las otras chicas que hay..., de las mujeres..., no conozco a ninguna.

—Yo tampoco. Y me he estado fijando, ¿eh?

—¿Y por qué no las conocemos? ¿Es que las importantes no quieren venir?

—Yo qué sé. Si quieres se lo preguntamos a Maldonado, que ése lo sabe todo.

—Yo sí vendría. Aunque fuera importante. Me gusta mucho este sitio. Oye... Nosotros... Tú y yo..., ¿vendremos alguna vez?

—Ya hemos venido. Estamos aquí.

—Ya. Pero yo no quiero decir así.

—Pues ¿qué quieres decir?

—Verás... Nosotros, a los extras ya los conocemos a casi todos, ¿no?

—Yo creo que sí, a casi todos. Llevamos ya cerca de dos años en esto.

—¿Por qué?

—Tú, aquí, ¿ves a alguno?

—No, por aquí no vienen.

—Por eso. Hoy hemos venido tú y yo. Sí, es verdad. Pero estamos aquí, en esta mesa, solos los dos. Porque hemos venido a verlos a ellos, a los artistas. Pero lo que

yo pregunto es... ¿alguna vez vendremos con ellos?

—Ya, ya te entiendo. ¿Y sabes lo que te digo? Que me da la impresión de que sí.

—¿Tú crees?

—Últimamente me han ocurrido dos cosas muy importantes. Dos cosas que han cambiado mi..., mi modo de verlo todo, mis proyectos.

Vi sorpresa en los ojos de Rosi.

—Pero ¿tú tenías proyectos?

—Ninguno. Pero ahora es distinto. He descubierto tu hermosura, tu calor... Y luego, en estos días, me he acostumbrado a ti. Y la otra cosa importante ha sido hace un momento.

—¿Aquí? ¿En el café?

—No, en la calle... Cuando dijiste que ibas a quererme más que a nadie. Y que te iba a tener para siempre. Me dijiste: apréndete esta palabra: «siempre». Y esas dos cosas sumadas, ¿sabes?, me han despertado las ganas de..., de hacer algo. Unas ganas que desde hace tiempo no sentía. Por eso digo que no tenía proyectos, pero ahora sí. ¿Tú no crees que podíamos formar compañía?

—¿Formar compañía? ¿Para trabajar aquí, en Madrid?, y me miraba como a un loco.

—No, mujer. Me he enamorado de ti, pero no he perdido el juicio. Para trabajar en los pueblos.

Rosa, horrorizada, lanzó tal grito que, a pesar del ruido del café, volvieron la cabeza los de la mesa de al lado.

—¿En los pueblos? ¿Qué dices? Te has vuelto loco, sí, te has vuelto loco. ¿Trabajar en los pueblos, como antes?

Me recordó las tarimas de los cafés, la voz del pregonero, los cuartos de las posadas, los caminos...

—¡No, no; si no es eso! —repliqué—. Digo en los pueblos de aquí cerca, de Madrid. Hay agentes que se dedican a organizar esos bolos. Así seguiríamos trabajando de actores. No seríamos sólo extras.

—¡No, yo de extra no me quedo!

—Por eso.

Cada vez tenía más seguridad en mi proyecto. Necesitaba que Rosi compartiera mis esperanzas. Le cogí las manos y le hablé con mi voz y mi expresión más convincentes.

—Podríamos decir a los directores, a los ayudantes, que se acercaran a vernos. Y, aunque no nos vieran, sabrían que éramos actores. Tú ya puedes hacer las primeras actrices. Compañía Del Valle Galván.

—Me parece mejor lo que he pensado yo.

—Ah, ¿también tú has pensado algo?

—Sí, pero por el lado del cine. Hacer todo, todo, todo lo contrario de lo que dice Conejo: que me vean, que me vean lo más posible, y pedir que me den una frase, y otra, y suplicarlo, y dar la tabarra, y hacer lo que quieran para que me den un papelito.

Me escandalicé, pero de verdad, espontáneamente, sin pensarlo.

—¡Pero, Rosa!

Muy decidida, firmísima, insistió:

—Lo que quieran, Carlos. Y esto no tiene nada que ver con lo nuestro.

—¡Joder con que no tiene que ver!

Cargada de razón, me habló como a una persona que es tarda en comprender.

—No tiene que ver. Lo uno son cosas nuestras y lo otro son cosas mías. No se me ocurrió nada que replicar, pero me distrajo la llegada de un nuevo personaje.

—Mira, acaba de entrar Daniel Otero.

Rosi exclamó, llena de sincera admiración:

—¡Es verdad! ¡Daniel Otero!

—Se ve que aquí vienen todos, todos.

Estimulados por la presencia de aquel triunfador, llegamos a un acuerdo. Al mismo tiempo que procuraríamos que nos vieran cuando rodáramos, y que pediríamos que nos dieran frases, formaríamos una compañía pequeña con alguien más que encontrásemos. Lo uno ayudaría a lo otro. Y, quién sabe, a lo mejor llegábamos a trabajar en Madrid en verano, o en un teatro de barrio...

—Pero ¿tú crees que podremos? —preguntó Rosa.

—Es cuestión de estudiarlo, de planteárselo. Yo ahora me encuentro con fuerzas, Rosi. Gracias a ti.

De vuelta a casa, seguimos hablando de lo mismo, haciendo proyectos. Así, andando despacio, cogidos del brazo, acabó por parecernos que todo aquello era fácil; por lo menos, que no era imposible. Según nuestra costumbre, nos pasamos por la tienda de abajo, que era donde nos daban los recados de trabajo por teléfono. Nos dijeron que doña Leona había cogido alguno.

—La han llamado a usted, Rosa —dijo la patrona—. Que mañana, a las siete, en Ballesteros. De Aspa Flis. Vestido de cóctel.

—Claro —dijo Rosi—. Esto ha sido Somontes.

—¿Quien?

—¿No te acuerdas? El ayudante aquel de cuando lo de Navahonda. El que me dio su tarjeta. Hace tiempo le llamé, pero estaba en Barcelona, por fin, el otro día le he encontrado.

—No me habías dicho nada.

—Era cosa mía. En esta película de Ballesteros va él. Me volví hacia doña

Leonor.

—¿Y para mí no ha habido nada?

—También. A las diez en la Plaza de España. Traje normal.

Mucha suerte tuvimos aquel día, porque además de lo del trabajo, Maldonado no vino a dormir a La Inglesa. Ya hacía tiempo que faltaba algunas noches. Pero cuando le preguntaba, me respondía con evasivas.

Un día, por toda aclaración, me dijo que estaba pasando del folletín del siglo diecinueve a la novela galante. No quise insistir, pero las ausencias de Conejo bien las aprovechábamos Rosi y yo.

En el rodaje de la Plaza de España coincidí con él.

—Carlos —me dijo—, las cosas me han ido bien últimamente. Ya me parecía a mí. Las cosas nocturnas, quieres decir.

—Las cosas del corazón, compañero. Como te anuncié, abandono, aunque me imagino que provisionalmente, el mundo de Pérez y de Carlitos, dejo los bajos fondos de Máximo, me alejo de las pobres gentes del Dosto, y me paso a Guido da Verona.

—Bueno, traduce.

—Muy sencillo. He encontrado una señora a la que le sobra media cama. Esta tarde, al acabar el trabajo, me pasaré por Mesón de Paredes a recoger la maleta y a despedirme con ojo húmedo de Menéndez y doña Leona. Y así, Rosi y tú tenéis el cuarto a vuestra disposición hasta las claritas del día.

Protesté, indignado:

—Pero ¡qué dices!

—Compañero, a mí se me cae la baba. Pero sólo cuando estoy dormido. En cuanto me despierto, me la limpio.

Cortó nuestra plática el ayudante de dirección, llamándonos al trabajo.

Juan Conejo, para despedirse, llevó una botella de Rioja. Sabía hacer las cosas. A doña Leona se le saltaron las lágrimas. Mientras nos bebíamos la botella, recitamos algunos versos. Rosi recitó *La higuera*, que ya se la había aprendido, y cuando llegó al final, a aquello de: «¡Hoy a mí me llamaron hermosa!», doña Leona, que ya debía de estar casi tan borracha como Conejo, se abrazó a Rosi, hecha un mar de lágrimas.

—¡No te hagas ilusiones, Leona —le dijo su marido—, que tú no eres una higuera!

Y soltó una de sus risotadas.

Mucho más que él rio Conejo, celebrándole la ocurrencia.

—¡Buen golpe, buen golpe, Menéndez, muy ingenioso! ¡Pero es verdad que doña Leonor no es una higuera: es un rosal florido!

No debía de estar muy seguro Conejo de la señora de la media cama, puesto que se esforzaba en dejar una puerta abierta. Total, que entre sollozos, abrazos, brindis y promesas de vernos con frecuencia, despedimos a Conejo.

A los pocos días, al volver a casa, la patrona me detuvo en el recibidor.

—Espere, don Carlos. Tiene usted una carta.

Era muy raro el tono de doña Leonor al decirme aquello, y sus ojos me habían mirado como procurando no expresar nada. Volvió y me dio la carta. El sobre no tenía sello. Y aquella letra la conocía yo. Alcé la mirada del sobre y miré a la patrona. Ella dio media vuelta y se marchó hacia la cocina. Yo me metí en mi cuarto.

Querido primo: Yo soy muy joven, tenías tú razón al decírmelo tantas veces. Pero no me refiero ahora a nuestra diferencia de edad, sino a otra cosa que no tiene nada que ver. No hablo de tu edad, sino de la mía. Como soy muy joven, no tengo la experiencia que tenéis los mayores, y sé muy poco de la vida y a veces confundo unas cosas con otras. Confundo a veces también mis sentimientos. Últimamente me ha pasado y tengo que pedirte perdón. Creí que lo que sentía por ti era amor, y no lo era. Pero quererte, te quiero mucho. Te he querido desde niña. Pero eso es distinto. También es distinto lo que me llevaba a ti estos días. Eso me parece que era porque, como sabes, soy muy ardiente y a ti te tenía muy cerca. Pero no quiero engañarte. He conocido a otro hombre y he visto que lo que sentía por ti no era amor.

Sé que tengo que pedirte muchas veces perdón, porque a lo mejor mientras yo tengo mucha felicidad a ti te hago sufrir. Creo que se te pasará pronto, porque tú eres muy golfo y pronto encontrarás otra, que siempre la has encontrado. Pero pienso que tenías razón tú y no es culpa mía, sino de mis pocos años.

He preferido decírtelo por escrito, porque tenía miedo a no saber decírtelo de palabra.

Por favor, Carlos, no me busques para que hablemos, porque no sabría qué hacer.

Perdón, perdón, perdón. Te ha querido siempre y te seguirá queriendo, tu prima:

Rosa.

Nunca había tenido un amor que me durase tan poco tiempo.

Sonaron unos golpes discretos en la puerta de mi cuarto.

—¿Quién es?

—Soy yo, don Carlos. Soy doña Leona.

—¿Qué quiere? ¿Ocurre algo?

—Quería verle un momento, sólo un momento. No le molesto. Yo debía de tener un aspecto un tanto ridículo, sentado en la cama, con la carta entre las manos. Pero no

podía decirle que no entrara.

—Pase, pase usted, doña Leonor.

Entró. Se me quedó mirando. Parecía como si esperase que yo dijera algo. Comprendí que lo sabía todo, pero yo no estaba dispuesto a decir nada. Con un gesto intenté preguntar algo así como: ¿qué pasa? Ella siguió mirándome y tardó un poco en hablar.

—¿Ha leído ya la carta?

—Sí.

—¿Quiere usted tomar un café con leche? Creo que le vendrá bien. Acabo de hacerlo.

—No, muchas gracias. No se moleste.

—No es ninguna molestia. ¿O prefiere un vasito de vino?

—Tampoco, tampoco... De verdad, doña Leonor, se lo agradezco mucho, pero no quiero nada.

—¿Y anís? ¿Quiere una copita de anís? Eso puede que sea lo que mejor le vaya. Y Menéndez y yo tenemos una botella, aunque no la sacamos nunca.

—Si se empeña usted, doña Leonor, bueno... El anís lo acepto, porque no diga usted que es un desaire.

En realidad, lo dije para que saliese de la habitación y me dejase solo otra vez, aunque no fuera más que unos minutos.

En lo que traía el anís volví a pasar la mirada por la carta. Leí una palabra aquí, otra allá. Una frase suelta... Pero ni las palabras ni las frases tenían sentido... La carta entera significaba sólo una cosa: ya no está.

Aquí llega el anís —dijo doña Leonor al entrar—. Le he traído una copa, pero si le parece mejor una palomita...

—Es lo mismo. Muchas gracias.

—Preferirá beberse la copa usted solo, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Pues mire usted lo que son las cosas, se la va a beber conmigo. Porque yo me he traído otra y no me va a hacer un feo.

—No, eso de ninguna manera.

—Pues, hala, por usted y por mí. Y a los demás que les zurzan, don Carlos.

—Por usted y por mí, doña Leonor.

—Llámeme doña Leona, hombre, como cuando no estoy, que me gusta más.

—¿De verdad le gusta?

—Pues claro. ¿No ve que así me llama Menéndez? ¡Ay, don Carlos, cuando se acaba un amor parece que se acaba el mundo! Pero el puñetero mundo no se acaba.

—Usted... ¿sabe lo de esa carta?

—¿A usted qué le parece? La chica se encerró en su cuarto. La vieja no estaba

porque se había ido a dar una vuelta, a ver si sacaba algo de las limosnas; ella cree que no lo sé, pero la que a mí se me escape... Se encerró, y al cabo de media hora salió con la maleta hecha, me pagó los atrasos, me dio la carta para usted y se marchó tan fresca. De modo y manera, que usted me dirá.

—Pero usted no sabía...

—¿Que se habían liado? Eso lo sabía hasta la sorda. Pero, hombre, con el ruido que hacían algunas noches... Una o dos veces me acerqué a escucharles. ¡Ay, me recordaban los buenos tiempos! ¿Otra copita?

Sin darme tiempo a responder, volvió a echarme aguardiente.

—Ustedes los hombres son unos egoístas, y cuando nos ven fondonas creen que no sabemos nada de estas cosas. De viejos, allá nos andamos usted y yo, don Carlos. Lo que pasa es que los hombres se creen siempre unos chicos. Como a ellos no les echan piropos, no notan cuando empiezan a dejar de echárselos. Yo también he vivido lo mío, que antes de casarme con Menéndez ya habla tenido otro que me dejó plantada. Incluso después de casada tuve mi gran amor. No hable usted de esto con Menéndez; no por nada, sino porque le molesta que se lo recuerden. Más de un año me duró sin que Menéndez se enterase, pero cuando se enteró, agarró sus tijeras de sastre, y se plantó en Casa Manolo, la taberna de Lavapiés, que estaba el otro. Y sacó las tijeras y se fue para el otro... Y allí acabó mi gran amor. Ni le volvía ver, ni se le volvió a ver por la calle ni por el barrio. Yo creo que no ha parado de correr todavía, y ya va para diez años, porque no había terminado la guerra mundial. Usted me dirá si aquello era un hombre. Menuda zurra me dio Menéndez. De ahí arrancó la costumbre. Aunque poco después empecé a revolverme y, desde entonces, golpe por golpe. Cuando desapareció aquel cobarde creí, como usted ahora, que el mundo se había terminado.

Traté de quitar importancia a mi problema:

—No, si le advierto a usted que yo...

—¡Calle usted, hombre, que hay que ver la pinta que tenía cuando entré, sentado ahí en la cama, con el papel ése entre las manos y mirándome con ojos de carnero a medio morir! Ahora ya, con las copitas, es otra cosa.

—De verdad, doña Leonor, ni siquiera sé si esto me ha dolido. Ha durado tan pocos días...

—En eso puede que no vaya descaminado. Lo mío fue más profundo. Y, lo que le digo, ya ve usted, se pasó. Ahora cuando me acuerdo de Menéndez entrando en el obrador y cogiendo las tijeras, me hace gracia. Y la cara del otro yo creo que incluso la he olvidado. Tenla una foto, pero la quemé. Se daba un airea Tyrone Power, pero del que me acuerdo es de Tyrone Power. Y usted, mayormente, que trabaja en el cine y ve tanto personal, tantas chicas, la semana que viene ya está pensando en otra cosa.

—No se esfuerce en convencerme, doña Leonor. Me interrumpió para rectificar:

—Doña Leona.

Acepté la rectificación:

—Doña Leona. Si me da una copa más, me pongo a pensar en otra cosa ahora mismo.

—Pues ahí va la copa.

Seguí durante mucho tiempo trabajando de extra, viviendo en La Inglesa, recitando versos a doña Leona, riéndole los chistes al sastre Menéndez, hasta que un día, en el rodaje de aquella película de la que ya he hablado, otro extra como yo me felicitó por mi truco de la voz gangosa y me propuso hacer unos bolos por los pueblos.

—Hay veces que vengo forrado, y otras, saco para el viaje. Ya sabe usted que este oficio es una rifa.

—Bueno, y algo más.

—No señor, nada más: una rifa. ¡Lo que yo le diga!

—Pero hay que tener papeleta.

—Ya, ya sé lo que quiere decir. Que hay que valer, ¿no? Pues no señor. En esta rifa se puede ganar hasta sin papeleta. Pero, a lo que estamos, ¿se viene usted?

Le dije que sí, y cuando me dijo las obras que íbamos a representar, se llevó la sorpresa de que yo todas las tenía hechas.

—¡Pero bueno, usted es una perla! En cuanto al vestuario, si conoce las comedias...

—Vivo en casa de un sastre.

—Pero ¿dónde estaba usted escondido? ¡La rifa! ¿Lo ve? ¡Usted me ha tocado en la rifa!

Según había prometido aquel hombre, Baques se llamaba, debutamos a los quince días. El debut no fue en un pueblo pequeño, fue en Aranjuez. Yo estaba emocionado, muy emocionado. Hasta entonces, aquél fue el día más emocionante de mi vida. Y no sé si después... Bueno, sí, después el éxito, y los premios, dato... Pero aquel día no lo olvidaré nunca.

—¡Coño, Galván! ¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

—¿Cómo que nada? Pero si estás como un flan. Estás nerviosísimo. No haces más que ir de un lado para otro. Cálmate, hombre. Ya sé que llevas tiempo sin hacer comedias, pero no es la primera vez que sales a un escenario, ¡joder!

—Sí, estoy nervioso, es verdad. Más que nervioso, emocionado. Pero creí que no se me notaba.

Me dijo Baques, con asombro:

—Pero si has encendido dos pitillos a un tiempo, te has bebido el tinto por una oreja...

—No se lo he dicho a nadie, Baques, a nadie... A nadie de la compañía, quiero decir. Pero es la primera vez que actuó en un teatro.

—¡Qué dices!

—A ti... te he contado que tengo mucho repertorio, y es verdad.

—Te sabes las cuatro comedias de memoria.

—Las he hecho cientos de veces. Te he dicho también que mis padres eran cómicos, que he recorrido España de pueblo en pueblo trabajando a partido, haciendo bolos...

—Sí, ya lo sé. ¿Y qué?

—Pero lo que no te había dicho es que sólo he trabajado durante treinta años, cuarenta... no sé, los que tengo, en cafés, en bares, en plazas, en casinos, en patios, en almacenes, en cuadras... Nunca he visto levantarse un telón antes de empezar a actuar.

—¡No me digas!

—¡Nunca! Y nunca lo he visto caer al terminar... Y, por lo tanto, nunca se ha levantado para que saludásemos... Y esto de hoy, aquí, en Aranjuez, ¡es un teatro!

—¡Toma, pues claro!

—¡Tiene telón!

—¡Anda coño!

—¡Y luces!

—Pero ¿qué quieres, trabajar a oscuras? Y también tiene butacas para que se sienten los espectadores, si vienen.

—¡Sí, sí, tiene butacas! Todo eso impone.

—Mira, Galván, tómame otros dos tintos, pero no por la oreja, fúmate los pitillos de uno en uno y no des la nota. Métete en el camerino...

—¡Hay camerinos!

—Pues claro, hombre. Pégate el bigote, pon la voz gangosa, y al público que le den por el culo.

Salí a trabajar muy nervioso, pero lo superé. Saqué la voz gangosa y se troncharon de risa. Baques quedó contentísimo conmigo.

Un día, no recuerdo en qué pueblo... Bueno, pero es lo mismo; antes de empezar la función apareció Baques dando gritos:

—¡El trece! ¡El trece! ¡Ha tocado la rifa! ¡El trece! ¡El trece de julio debutamos en Madrid! ¡En un teatro de barrio, pero en Madrid!

¿Tendría razón Baques? ¿Todo sería una rifa? Porque para mí lo fue.

¡Aquel trece, aquel trece, como él decía! ¡Mi vida dio una voltereta! ¡Una voltereta en la que yo, sin decírselo a nadie, había pensado siempre, pero siempre me pareció imposible! ¡Y ocurrió, ocurrió! ¡Lo imposible, lo increíble, el milagro!

CAPÍTULO 15

El relámpago

Una noche de aquel verano, cuando representábamos en Madrid *Un drama de Calderón*, de Muñoz Seca, vino al teatro Miguel Mihura. Y me descubrió. Fíjese usted lo que son las cosas: a mis años, me descubrió. Me dio un papel corto, pero muy lúcido, en su próxima comedia. Después estrené la de Ruiz Iriarte, que fue mi consagración. Es una de las ventajas de este oficio, que nunca hay razón para perder la esperanza. Aunque también a veces la esperanza es una trampa y hay quien se pasa la vida entera en esto sin que nunca le toque la rifa. A mí me sucedió lo contrario. A partir de entonces, la popularidad, el dinero... Entraba y salía en el Café Gijón como uno más. Justo aquello con lo que soñaba mi prima Rosa del Valle. No sabe ella, ni Juanita Plaza, ni mi hijo Carlitos lo que se perdieron. Las noches de Villa Rosa, de Casablanca, de Pasapoga con Rabal, con Mistral, con Sara Montiel. ¡Qué vida tan distinta! ¡Qué lejos los pueblos de mala muerte, las posadas, los caminos con los bultos al hombro! Películas, teatro, premios, giras por América, festivales, portadas en las revistas... Estuve en el festival de Mar del Plata y en el de Venecia, en cada uno con una chica distinta. Nunca he sido un adonis y en aquellos tiempos ya estaba muy cascado —la vida me había pegado duro—, pero la fama siempre atrae a las mujeres. ¡Todavía recuerdo aquella semana en Mallorca con Mabel Gaynor!

Como tenía dinero, porque cobraba muy bien, mi *manager* me organizó la vida. Me instalé en un piso de lujo, en un barrio residencial, y traje a vivir conmigo a mi padre, que ya estaba harto de patear caminos y muy achacoso. Murió allí, bien atendido, sin que le faltase nada. Murió bien.

Pero todo aquello fue un relámpago. La fama, las cartas de las admiradoras, la felicitación del gran Daniel Otero un día de estreno, los elogios del crítico Marquerte, las medallas, los trajes elegantes, los viajes en avión... Un relámpago, sí señor. Duró poco más o menos ocho años. ¿Son algo ocho años en una vida que va camino de los setenta? Un relámpago, nada más.

Porque, de pronto, empezaron a llamarme menos para el cine. Se pusieron de moda otras cosas: las películas de romanos, ¿se acuerda usted? Un año no me ofrecieron ningún contrato. En el teatro parecía que se hubieran olvidado de mí. Pude vivir un tiempo de los ahorros, porque no me habla administrado mal. Vendí el piso y me fui otra vez de pensión. Pero a una que estaba bastante bien.

Me resigné a hacer papeles más pequeños y peor pagados. Pero llegó un momento en que hasta éstos me faltaban. Los críticos, además, la habían tomado conmigo, ¿sabe usted? Decían que me repetía y otras cosas que ahora no recuerdo, pero ahí están, en

los recortes, que yo guardo igual lo bueno que lo malo. «Son rachas», me decían los compañeros.

Y en aquella racha me trastorné, usted lo sabe. Estuve una temporada internado en una clínica. Sentía unos dolores tremendos en el pecho, que tan pronto se me trasladaban a la cabeza, como a los riñones. Me costaba trabajo levantarme de la cama y casi no podía andar. El médico dijo que eran imaginaciones o algo así, como lo que les pasa a las mujeres cuando se ponen histéricas. Bueno, todo esto lo entiende usted mejor que yo. Lo tiene todo, además, en la historia clínica. Entonces me vino lo de la memoria. No recordaba bien las cosas, incluso las que me acababan de ocurrir. Me internaron. Estuve tres meses internado. Pero me curé. Lo malo fue que, aunque salí perfectamente bien, no volvieron a llamarme para el trabajo. Es natural que si un actor se olvida de las cosas, los demás se olviden de él. Y vaya usted a explicarles que ya está curado. No se fiaban. Sobre todo de un hombre de mi edad. Y en nuestro oficio el pasado cuenta poco, por muy glorioso que haya sido. Le vale a uno mismo, para encerrarse en los recuerdos, para consolarse con ellos. Los grandes éxitos de las noches de estreno, los aplausos, los bravos, las ovaciones, los festivales de Venecia, de Cannes, las giras triunfales por toda América, las fotos en las portadas de las revistas, la popularidad, los miles de autógrafos, las interviús sirven para meterse en un cuarto a mirar los recortes, los programas, las cartas de las admiradoras, los carteles, pero no para que le llamen a uno a trabajar. Sobre todo cuando se está viejo y desmemoriado. Como tenía que marcharme de la pensión y no se me ocurría dónde ir, fui a pedir ayuda a Juan Conejo. Llevaba muchos años sin verle, pero me enteré de que había puesto una librería de viejo cerca de la calle San Bernardo.

—¿Y qué crees que puedo hacer?

—Digo yo que alguno de esos amigos tuyos de Falange, de los viejos tiempos... Ya sé que ahora pintan menos, pero de todos modos...

—Puedo hablar con alguno. Pero lo que tú pretendes es muy difícil, Carlos. ¿Cómo vas a jubilarte a tu edad? ¿Y cómo te van a meter en una residencia?

—¿Por qué no, si no sirvo para nada?

—Pues porque eres jovencísimo, Galván.

—No me vengas con cachondeos. ¿Soy viejo para trabajar y joven para ir a un asilo?

—Una paradoja, sí señor. Pero así es. Comprendo que estés preocupado, pero no sorprendido, porque en tu venerable oficio, desde el carro de Téspis hasta los estudios de Hollywood, eso es moneda corriente. Ahí tienes a Daniel Otero.

—¡Vaya una comparación! Ya quisiera yo estar en su pellejo.

—Un día de éstos le dan una función homenaje.

—Sí, en el Teatro Español.

—Una función benéfica, en realidad. Todos los ingresos son para él. Y ¿por qué han organizado esa función? Porque no tiene una gorda.

No podía creer lo que acababa de oír. ¿El gran Daniel Otero estaba en la ruina?

—Tiene el mismo dinero que tú. Y muchos más años. Durante la primera parte del homenaje interpretará fragmentos de su repertorio: *Edipo*, *Antígona*, *Hamlet*, *El alcalde de Zalamea*, *Macbeth*... Le aplaudirán, le ovacionarán, se reirán algo los jóvenes del anfiteatro... Pero no le contratará nadie. Y luego le entregarán las ochenta mil pesetas que se recauden.

—¡Pero si ha ganado fortunas!

—Ya. Pero como el Dosto, el hombre tenía un vicio: el juego.

—Sí, ya lo sabía.

—En sus tiempos gloriosos vivía más en Biarritz y en Estoril que en su piso de Argüelles. Y en los otros tiempos, Bellas Artes, las casas de amigos hasta que el sol traspasaba las persianas...

—Pero, de todas formas, yo creí que algo le quedaba. Un buen pasar... Porque su caso es muy distinto al mío. A mí el triunfo, la consagración, el reconocimiento de mis méritos, los personajes importantísimos, los premios... todo eso, me llegó tarde y se acabó pronto. Apenas duró ocho años. Pero él toda su vida ha sido un triunfador. Ya cuando la República, Daniel Otero iba de galán con Margarita Xirgú y, desde entonces, siempre ha sido el actor más insigne de España. Reconocido por todos. Y ahora, porque al hombre le gustaba el póquer...

—El póquer, y la ruleta y el frontón. Consuélate pensando que su caso es peor que el tuyo; porque a él, encima, le regañan.

Juan Conejo me hizo beber tres vasitos de vino en lo que él se tomaba otras tantas copas de ginebra y se portó como yo esperaba. Por mediación de unos amigos suyos me encontró una plaza en la Residencia de Ancianos San Carlos Borromeo. Y aquí sigo desde hace unos años.

—Don Miguel, don Carlos, les traigo una noticia que supongo buena para ustedes. Hoy ingresa en la residencia otro artista. Un amigo más para charlar, ¿no?

—Pero ¿es músico? —preguntó, interesado el pianista Salcedo.

—No, músico no.

Sor Martirio desdobra un papelito, en el que trae escrito el nombre del nuevo jubilado.

—Lo he apuntado aquí cuando me lo ha dicho la madre directora, para decírselo a ustedes. Se llama Daniel Otero.

Un instante quedan en silencio los dos amigos. Se miran el uno al otro. Aquel nombre no le dice nada a la monja, pero a ellos les resulta casi imposible creer lo que han oído. Es Galván el primero que pregunta:

—¿Daniel Otero?

—Pero ¿ese hombre no es rico?

—No, yo ya sabía que no. Pero, de todas formas... ¡aquí, en el asilo! Parece imposible.

—Es muy famoso, ¿verdad? —pregunta sor Martirio—. Ya saben ustedes que yo de esto...

A Galván no se le oye, habla casi para sí mismo cuando responde:

—Muy famoso, mucho...

A mí me parece recordar que en sus primeros tiempos cantó zarzuela —dice el pianista Salcedo.

—¡Quite usted, hombre! ¿Daniel Otero, zarzuela? Pero ¿de dónde se saca semejante disparate? Siempre se dedicó a la comedia, al drama. El verso lo decía como nadie.

—¿Mejor que Guillermo Marín y que Manuel Dicenta?

Yo me atrevería a contestarle, y ya es mucho decir, que a veces sí, porque tiene más facultades. Es el último de los grandes, de los que sucedieron a los Borrás, los Tallaví, los Morano... Por eso no comprendo que acabe en un sitio como éste.

Esa misma mañana ingresa en la residencia el jubilado Daniel Otero. Carlos Galván ha ido contándoles a unos y a otros de quién se trata. A su compañero de cuarto, el ebanista Esteve, no parece haberle interesado mucho, aunque últimamente Galván, a fuerza de relatarle viejos recuerdos y mostrarle recortes de periódicos, ha despertado en él cierta curiosidad por el mundo de los cómicos.

Son pocos los jubilados para los que el recién llegado significa algo. Los más siguen con sus paseos, sus charlas, sus partidas de cartas o de dominó, su televisión. El gran maestro de la escena Daniel Otero ha actuado poco en el cine; y el teatro, para la mayoría de esta gente, por sus elevados precios, era un lujo prohibido. Los menos, seis o siete, curiosean por los ventanales que dan al vestíbulo, a la galería...

Y ven pasar a un anciano pequeño —quizá en sus buenos tiempos fuera más alto—, encorvado, que camina lentamente, como con miedo a resbalar en el suelo de relucientes baldosas. Tiene los ojos azules, muy claros, y algo empañados por una delicada niebla. Los pasa de un lado a otro; de los ventanales a través de los que divisa por primera vez el descuidado jardín, los rostros de los curiosos, a las blancas paredes adornadas con macetas y con algún cuadro de santos.

Entre los curiosos, con la cara pegada a los cristales, están Galván y Salcedo.

—Oiga, Galván, ¿no cree usted que debería acercarse a saludarle?

—¿A usted le parece oportuno?

—Yo creo que sí.

Acompañado por sor Martirio, que le enseña el camino, ya llega al rellano de la escalera Daniel Otero, cuando se abre la puerta que comunica la galería con el jardín

y, precipitadamente, se acerca a ellos Carlos Galván.

—¡Don Daniel, don Daniel...! Disculpe, pero... quiero decirle que nos alegramos mucho de que esté entre nosotros.

—Yo no me alegro tanto, caballero. Y perdóneme el exceso de sinceridad.

—Me he atrevido a saludarle... en el momento de su llegada, porque también soy actor. Soy Carlos Galván.

—Pues... por el nombre... Tengo fallos de memoria, ¿comprende?

—Hemos coincidido algunas veces.

—¿Ha trabajado usted en mi compañía?

—No, eso no. Pero hemos coincidido hace años en algunos estrenos, y en el Café Gijón...

Sor Martirio da por concluida la ceremonia del saludo.

—Ya tendrán tiempo de hablar de eso, don Carlos. Ahora don Daniel está deseando deshacer la maleta y descansar.

Con amabilidad, el glorioso actor se despide de Galván.

—Mucho gusto en conocerle. Y perdone que de momento no le recuerde. ¡La maldita memoria...!

Ya suben la escalera Otero y la monja. El pianista Salcedo se acerca presuroso a Galván porque acaba de tener una brillante idea.

—¿No le parece que deberíamos hacerle un homenaje a Daniel Otero?

—¿Un homenaje?

—Sí, un homenaje artístico de bienvenida. Entre nosotros, entre la gente del asilo.

A Carlos Galván la idea del pianista le parece excelente y casi se siente un poco sorprendido y humillado porque no se le haya ocurrido a él.

Muy deprisa comienzan los preparativos. Se trata de que el homenaje se le tribute a Daniel Otero por su llegada, y si se demora muchos días, el efecto no será el mismo. La directora, la madre María del Amor Hermoso, no pone ningún inconveniente. La sala grande está a disposición de los jubilados. Y algunas monjas pueden colaborar.

Sobre el estrado, además del piano, hay una mesa pequeña. A ella está sentada la madre María del Amor Hermoso, que trata de imponer silencio. El personal está un tanto alborotado por el acontecimiento y cuesta algún trabajo conseguirlo.

—En primer lugar, para ofrecer este sencillo homenaje al gran actor Daniel Otero, que desde hace días se encuentra entre nosotros, pronunciará unas palabras su compañero de profesión don Carlos Galván.

Con un ademán indica la madre directora al jubilado Carlos Galván que suba al estrado. Así lo hace, y se sitúa de pie, delante del piano. Está muy limpio y aseado. Se ha puesto el traje oscuro, el de las fiestas, bodas, cócteles... Una monjita se lo ha planchado cuidadosamente, con pericia y con ternura. Ha procurado también quitar

algunas manchas, las más grandes y visibles.

Galván tiene en su mano derecha la cuartilla que ha escrito para tan señalado acontecimiento. Le tiembla un poco la mano que sostiene el papel. También le tiembla la voz.

—«He aquí el tinglado de la antigua farsa...», dice don Jacinto Benavente, nuestro premio Nobel, al comienzo de *Los intereses creados*.

La mano que sostiene el papel tiembla quizá excesivamente.

—A uno de los más insignes representantes de ese tinglado ofrecemos hoy sus nuevos amigos este modesto homenaje. Con él no... Con él no... No es nuestra...

El temblor es cada vez más acusado, dificulta la lectura. Empiezan a levantarse rumores en la sala. Las letras bailan ante los ojos de Galván. El jubilado sujeta con su mano izquierda la derecha, pero el temblor no cesa.

—Con él no pretendemos... no pretendemos de ninguna manera..., porque... porque...

La madre María del Amor Hermoso se ha levantado de la mesa y conduce a ella al jubilado.

—Siéntese, don Carlos; estará más cómodo sentado.

Y sentado a la mesa, prosigue Galván la lectura. Ha dejado sobre la mesa la cuartilla, y las letras dejan de bailar.

—... no pretendemos de ninguna manera, porque sería imposible, igualar los múltiples y grandiosos que a lo largo de su vida se le han tributado. Pretendemos únicamente expresarle a él, tan habituado al cariño y a la admiración de los públicos más diversos, que desde los primeros días de convivir...

La voz de Galván es a cada momento más conmovida, más temblorosa.

—... con nosotros, cuenta con nuestra admiración..., con nuestra admiración... y nuestro cariño...

Vuelve a resultarle difícil la lectura a Galván. Ahora no le tiembla el papel, pero se le han empañado los ojos y ve las letras borrosas, a través de una veladura. Cuando la audiencia advierte que el jubilado está a punto de llorar, prorrumpe en aplausos.

—Algunos de vosotros sois aficionados al teatro, al viejo arte de Talía; otros no. Pero todos podréis comprender lo que significa para un hombre como Daniel Otero, acostumbrado a vivir en plena fama, rodeado de elogios, de ovaciones, de premios, el verse obligado, por ley de vida, a prescindir de todo eso. Daniel Otero, el gran trágico, muy merecidamente, ha vivido durante años en la riqueza, y hoy pasa a vivir... como nosotros, con nosotros. Yo os pido a todos que le compenséis la riqueza perdida con la... con la... con la mucho más valiosa que todos lleváis en vuestros corazones.

Mal han llegado al auditorio las últimas palabras de Galván, enturbiadas por el llanto, pero sus compañeros de residencia le aplauden. Aprovecha Galván el aplauso

para sacar el pañuelo y enjugarse las lágrimas, para sonarse.

Prosigue su breve discurso, y cada vez que el llanto es evidente, se reproducen los aplausos. Llevando sus razonamientos un poco por los pelos, Carlos Galván se las ha ingeniado para cerrar su disertación con estas palabras:

—... porque, como dijo don José Zorrilla en su inmortal drama *Don Juan Tenorio*, «un punto de contrición —da a un hombre la salvación— por toda la eternidad».

El aplauso final lo inicia la directora del asilo, la madre María del Amor Hermoso, para quien el conmovido Galván tiene una sonrisa de gratitud.

Después el maestro Salcedo interpreta al piano el intermedio de *La leyenda del beso*, que es acogido por los jubilados con tan prolongados aplausos, que el maestro Salcedo se considera obligado (y muy satisfecho) a ofrecer otras piezas más de su repertorio.

Vuelve a subir Carlos Galván al estrado, esta vez con ánimo más alegre, para recitar un fragmento de *La venganza de don Mendo*, que es recibido por el público con grandes carcajadas. La voz gangosa que pone Galván y sus graciosas muecas provocan la hilaridad de los ancianos, que le premian con una gran ovación.

Abrazos y apretones de manos para el jubilado cuando baja del estrado y se mezcla con sus compañeros. Tres monjitas, acompañadas al piano por el maestro Salcedo, interpretan unas canciones populares castellanas. Y después, llega el plato fuerte. Sube al estrado el homenajead, el eximio actor, el maestro de comediantes Daniel Otero.

Sor Martirio le ayuda a subir los dos escalones. Una vez que pisa las tablas del estrado, el anciano se convierte en un hombre alto, muy alto. El peso de los años no consigue doblar su espalda.

Cuando comienza el recital, su voz suena firme, segura, sin un temblor, sin una disfonía.

El silencio de los espectadores se puede cortar con un cuchillo. Quizá a muchos se les escape el sentido de algunos conceptos, pero la magia de las palabras, su sonido, les está llegando al alma. Es como si les hubieran tomado de la mano para conducirlos a un mundo nuevo. Y algunos de ellos, los más sensibles, se preguntan por qué los han llevado a ese mundo con tanto retraso.

El final de cada poema se acoge con grandes aplausos cada vez más intensos, más prolongados. Y cuando concluye el que Daniel Otero ha anunciado como último, la ovación es de gala. Muchos ancianos se levantan de sus asientos y van hacia el estrado a estrechar la mano, a abrazar a Daniel Otero que, conmovido, agradece con sonrisas las efusiones a unos y a otros.

El maestro Salcedo, después de felicitar y manifestar su admiración al eminente actor, ha vuelto a sentarse al piano y se ha arrancado con un pasodoble, porque ahora

hay baile.

Los jubilados y las jubiladas se apresuran a colocar las sillas y los bancos junto a las paredes y a dejar espacio para que evolucionen los bailarines, que ya se están emparejando.

—¿A que no se marca usted este pasodoble conmigo, don Daniel?

—¿A que sí me lo marco?

Rodea con su brazo derecho la cintura de la anciana, y muy garbosamente se suma a los danzarines.

Hay, como siempre, los melancólicos, solitarios en los bancos, apoyada la vencida espalda en la pared, que miran evolucionar a las parejas como pensando: «Estos jóvenes están locos».

Cuando Daniel Otero ha empezado a advertir que sus fuerzas están a punto de no dar para más, ha abandonado el baile y en un rincón ha formado grupo con Galván y con Esteve, el ebanista. Tras muchos rodeos, Galván expone una idea:

—Se me ocurre... No sé si les parecerá un disparate... Es una idea que... Al ver el entusiasmo que ha despertado este acto...

Impaciente, Esteve, el compañero de cuarto de Galván, le apremia:

—Pero suéltelo ya, hombre.

—¿Qué les parece a ustedes si formáramos un cuadro artístico?

—¿Cómo un cuadro artístico?

Ha sido Daniel Otero quien no ha comprendido bien la propuesta.

—Pues eso: formar un cuadro aquí, en el asilo, entre nosotros, para dar funciones de vez en cuando.

—Pero... ¿dice usted dar funciones con los jubilados y las jubiladas haciendo de actores y de actrices?

—Eso, eso digo.

—¿Dar funciones con esas viejas, dice usted?

—Sí, sí.

—¿Usted conoce el repertorio, Galván?

—Sí, he hecho cientos de comedias.

—Yo no he hecho tantas, pero bastantes. Y no conozco ninguna en que salgan tantas viejas juntas.

Interviene el ebanista:

—Y viejos.

—Bueno, los hombres es otra cosa. Nos conservamos mejor. Yo aún podría hacer el Tenorio, así, en un festival, entre amigos. Pero ¿qué vieja de éstas podría hacer la Inés?

Galván defiende su proyecto:

—Nadie nos obliga a hacer el Tenorio. Se trata de encontrar la obra adecuada. Y

se le pueden hacer arreglos. Yo en eso tengo mucha práctica. Quizá fuera mejor tres obras cortas. *El puñal del godo, Mañanita de sol, Los piropos...*

Pero ¿*Los piropos* no es ese entremés de los Quintero en que dos andaluces piropean en la terraza de un bar a todas las chicas que van pasando?

—Sí, ése.

—¿Y quién piensa usted que sean las chicas? ¿Estas viejas de aquí?

—Sí, las más monas. Creo que podría quedar gracioso, original... Y muy moderno.

—Si lo dice por la repugnancia que puede causar, lo de moderno lo encuentro muy adecuado.

Pero, a pesar de estos desacuerdos, el proyecto se acepta, se eligen los actores y las actrices, y el jubilado Carlos Galván va a buscar los ejemplares a la librería de su amigo Juan Conejo.

—Yo no trabajo literatura dramática, Galván. Tiene poca salida. Para eso vete a la calle de la Paz, como siempre.

—Ya, ya; pero por la amistad...

Veo que estás en la gloria. Hasta compañía propia tienes.

—Sí, no estoy mal. Aunque ahora, el mejor amigo que tengo allí, el pianista Salcedo, se ha vuelto contra mí. Fíjate, dice que miento mucho. Quería hablarte de eso, Juan. ¿Tú crees que miento?

—¿Y eso qué importa?

—Pues que a mí me ha preocupado.

—Pero ¿tú no lo sabías?

—¿El qué?

—Que mentías.

—No.

—Ay, Galván, Galván, hijo y nieto de Galvanes. Eterno mentiroso. Pero si todos mienten, si todos mentimos, ¿a ti qué más te da eso? Yo, aquí, digo con la mayor serenidad: Sólo cinco ejemplares quedan en el mundo. Cuando sé que quedan quinientos. Y el comprador me contesta: Pero yo de ninguna manera puedo pagar esa cifra. Cuando sabe que puede pagar el triple. Además, tu oficio es mentir. No comprendo lo que te preocupa.

—Dice Salcedo que se ha enterado de que nunca he ido a Venecia.

—Claro, nunca.

—Que siempre he vivido en pensiones de mala muerte.

—Siempre, siempre.

—No lo tomes a coña, Juan. Para mí es muy serio.

—Pero a ti, en el asilo, ¿no te han puesto un psicoanalista?

—No, es un psicólogo.

—¿Y qué dice?

—Nada. Dice que el que tiene que hablar soy yo.

—Y tú le cuentas mentiras.

—No; le digo la verdad. Llevo casi un año hablando con él. Él tiene interés en que le vaya contando mi vida, porque tengo lagunas en la memoria.

—Y tú le vas contando lo de cuando conociste a Ava Gardner y lo de la gira por América y lo del piso lujoso...

—Sí.

—Pues muy bien. ¿Y de mí qué quieres?

—Que me expliques por qué dicen que todo eso son mentiras. Tú eres muy inteligente y eres mi mejor amigo. Mi único amigo.

—Sí, las dos cosas son verdad. Pero ninguna es motivo para... ¿Quieres más vino? Sírrete tú mismo porque a mí a lo mejor se me cae fuera. ¿Qué estaba yo diciendo?

—No sé.

—Tú sabes mejor que nadie que vives en un mundo de fantasía.

¿Mentira? ¿Verdad? ¡Yo qué sé! Dicen los que entienden que las fantasías son verdad.

—Sí lo sabes. Tú sabes cómo empecé yo, cómo empezamos los dos, y a lo que yo llegué. Tú sabes que...

Cuando el jubilado Carlos Galván empieza a revivir el momento en que avanzó por el pasillo central del cine Rialto, enfundado en su impecable esmoquin entre aplausos, saludos y sonrisas, para recoger el premio por su interpretación en Flores para mamá, Juan Conejo le interrumpe.

—No, Carlos. Somos amigos. Soy tu único amigo, acabas de decirlo. Y te quiero. Y «tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma». A ti nunca te dieron un premio, ni a mí tampoco, desde luego; y no podían dártelo, porque nunca hiciste un personaje importante en ninguna película. Ni personaje secundario, ni terciario, ni cuaternario...

—Pero ¿qué estás diciendo? Si ya cuando trabajábamos los dos de extras, en aquellos tiempos... Cuando Lazaga...

—Claro, claro, claro. Me acuerdo muy bien. Lazaga, al oírte hablar con la voz gangosa, se divirtió mucho y dijo que le dieran aquellas frases a otro.

Carlos Galván no dice nada. No despega los labios. Tiene los ojos muy abiertos, clavados en su amigo, el librero Juan Conejo, antiguo cómico de la legua, antiguo divisionario, antiguo extra de cine, que sonríe con su media sonrisa. El jubilado está perplejo. ¿Qué ha dicho su amigo, su único amigo? ¿No será que ha entendido mal? Pero, no; está seguro de haberle entendido perfectamente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es así. Galván, compañero, amigo, hermano, tú nunca has tenido ningún premio, nunca has interpretado un papel que tuviera más de una frase sin importancia, nunca te ha descubierto Miguel Mihura...

¿Es cierto lo que dice Juan Conejo? Le conoce bien, sabe su vida, sus trabajos. Sabe que Mihura entró una noche en su camerino para felicitarle y para ofrecerle uno de los personajes de su próxima obra. Ésa es la verdad y no lo que dice el librero. Si no, ¿por qué él lo recuerda?

—Ni has estrenado en el Infanta Isabel con la Garcés una comedia de Ruiz Iriarte...

—Sí, aquélla de la secretaria.

—Ni de ningún otro autor; ni te han aplaudido en un mutis, ni has hecho una gira por América con Carlos Lemos...

A Galván empieza a darle miedo la seguridad con que el librero dice todo aquello. Habla en voz baja, dudoso:

—Entonces, ¿por qué lo recuerdo, Juan? ¿Por qué recuerdo esas cosas? No pone ningún énfasis el viejo amigo en su explicación. Habla con sencillez, casi con indiferencia, como restando importancia al tema. Y sirve un poco más de vino en el vaso de Galván.

—Son cosas que les han pasado a los otros, a otros que tú conoces, con los que has charlado mucho en los cafés, en los estudios de cine... Y cosas que has leído en los periódicos, en las revistas... Pero tu foto no ha salido en las portadas, ni has estado en el festival de Venecia...

—¿Que yo no...? ¡Con Berlanga!

—No, Galván; ni en el de Mar del Plata, ni has ido a París, ni has tenido nunca una crítica, buena o mala.

Galván no ha dejado un instante de mirar a Juan Conejo, no ha separado la mirada de él, como si a través de sus ojos pudiera llegar al fondo de su pensamiento y encontrar sus motivos, las razones para decir lo mismo que el pianista Salcedo. Lo mismo que algunos otros viejos de la residencia. Al cabo de unos instantes cree encontrar una razón.

—Me parece..., me parece que estás borracho, Juan. El viejo compañero no le oye y sigue a lo suyo:

—Nunca te han pedido un autógrafo por la calle ni en ningún otro lado ni has recibido cartas de admiradoras, porque nunca las has tenido...

—Cartas, a cientos. Ahora, últimamente, no; pero antes...

—Ni te has tirado a Mabel Gaynor ni a ninguna otra por el estilo. Todo lo más a alguna extra como tú, siempre sin traspasar las «barreras sociales», que se dice. Bueno, y a Juanita Plaza, allí, en las posadas; luego, a tu prima...

Ya no tiene el jubilado la mirada en los ojos de su amigo. La ha fijado en un

punto del suelo. Entrecruza las manos, retuerce los dedos.

—Pero yo he sido..., he sido...

—Has sido amigo de Rabal, de Mistral y de algunos otros, es verdad. Te has dejado invitar. Has ido casi a diario al Café Gijón. Te has pasado las horas muertas esperando, a ver si caía una sesioncilla, pero nada más.

—Estás borracho, no me cabe la menor duda.

—Sí, es verdad, lo noto. ¿Lo dices como censura o como elogio?

—En eso no me meto. Allá tú con tu salud. Lo digo porque no encuentro otra explicación a todo lo que me has dicho.

—*In vino veritas*, compañero.

—¿Quieres decir con todo eso que yo no soy Carlos Galván?

—Si lo dicen tus documentos...

—¿Que yo no soy yo? ¿Que no he sido yo?

—No he dicho nada de eso.

Exaltándose por momentos, Galván se levanta de su silla.

—¿Que no he compartido la cabecera de los repartos con Arturo Fernández, con Tony Leblanc...? ¿Que no me ha abrazado una noche de estreno Daniel Otero?

—Si acabas de conocerle...

—¿Que en Méjico, el presidente de la República no...?

Juan Conejo le interrumpe, sin violencia, cariñosa y comprensivamente:

—¿Quieres desahogarte, Galván?

—¿Desahogarme? ¿Qué dices?

—Vamos ahí enfrente, al bar. Aquí se me ha terminado la ginebra.

—Ponnos dos ginebras, Ernesto. Tú prefieres aguardiente, ¿no?

—Sí, lo prefiero.

—Una ginebra y un mono.

Hay ruido en la taberna disfrazada de cafetería. Juegan unos muchachos en una máquina electrónica. De otra máquina, o de la radio, sale un estruendoso rock. Fregotea vasos el de la barra. Entran en el local dos clientes, dos hombres del barrio, con aspecto de menestrales. Maldonado —Juan Conejo— se vuelve hacia ellos. Los saluda alegre, jovial:

—¡Baldomero, Jesús! Mirad, éste es Galván. Carlos Galván. Me habéis oído hablar de él. Porque yo hablo de ti, Carlos. Soy tu panegirista en este barrio.

Tras los saludos, sigue el librero con las presentaciones, protocolario y enfático:

—Baldomero y Jesús, de la industria y del comercio. Preguntadle, que él os cuenta lo que queráis. El actor más famoso de España en el cine y en el teatro. El triunfador de los festivales de Cannes, de Venecia, de Chicago...

El viejo actor se siente halagado, pero considera que su obligación es rectificar a

su amigo:

—No; en Chicago no estuve.

—Preguntadle, preguntadle. Lo que queráis, que él lo cuenta.

Uno de ellos, el llamado Jesús, se atreve a formular una pregunta:

—¿Se ha tratado usted con Carmen Sevilla?

—Uuuu... Cuéntales, cuéntales tus amores con Carmen Sevilla y con Sara Montiel...

Pudoroso, protesta Galván:

—Hombre, Juan...

—Para esas cosas es muy reservado. Un caballero. Preguntadle algo serio, profesional.

Pero Carlos Galván ya ha cogido el hilo.

—No, no tuve que ver con ninguna de ellas. Y no por falta de ganas. Pero en aquellos tiempos, aunque a ustedes les parezca raro, lo que más cuidaban las estrellas de cine españolas era su virginidad. Otra cosa era si salías de España. Y yo tuve la suerte de salir. En Méjico, ¡qué facilidad para todo! ¡Qué libertad! ¡Y qué mujeres! Dolores del Río ya tenía años, pero era un monumento. Y Elsa Aguirre y María Félix y Columba Domínguez... Columba Domínguez, que vivía en casa del Indio Fernández, un palacio de piedra, iba vestida de blanco, de paloma, ustedes saben que Columba y paloma es lo mismo, y llevaba los pies descalzos como las palomas... Tocaban los mariachis...

—¿Conoció usted a Cantinflas?

—¿A Mario? ¡Ya lo creo! Le conocí en Acapulco. El Acapulco de entonces, no se pueden hacer una idea: un paraíso.

—¿Y fue amigo de él?

—¿Amigo? Su cuate, me llamaba. Aunque la que le traía loco era Carmen Sevilla. Cuando yo estuve en Méjico, hace de esto muchos años, pero creo que sigue igual, las dos personas más importantes que había allí era la Virgen de Guadalupe y Cantinflas: Fue cuando el presidente de la República me entregó el diploma. Ustedes comprenderán por mi aspecto de ahora que nunca he sido un Robert Taylor. En aquellos tiempos, tampoco. Pero llevaba en la solapa la insignia de visitante distinguido de la ciudad de Méjico, y eso a las mujeres de allí les hacía impresión.

Katy Jurado, que trabajó en *Solo ante el peligro* con Gary Cooper y Grace Kelly, la princesa de Mónaco, no se separaba un momento de mí. Y ésa es una mujer de las que entran pocas en docena. Pero a mí, ya ven lo que son las cosas, me gustaba más Lupita René, una chica que empezaba. Estando en Méjico me propusieron hacer una temporada de teatro clásico español en Nueva York, pero como por aquellas fechas me presentaron a Luis Buñuel y se interesó para que trabajase en su próxima película...

Epílogo

En el que el cómico Galván llega a ninguna parte

Escondida en su cuarto, guardaba el ebanista Esteve una botella de sidra achampanada que se procuró no se sabe dónde. Este día la descorcha y ofrece un trago a su compañero, porque ha llegado la noticia...

Las casas civil y militar informan que, según comunican los médicos de turno, Su Excelencia el Generalísimo Franco acaba de fallecer por paro cardíaco como final del curso del *shock* tóxico por peritonitis.

Precisamente pocos días después hay que suspender los ensayos en el asilo porque también ha caído enfermo el jubilado Carlos Galván, aunque de mucha menos gravedad. Siente cierta opresión en el pecho al respirar. Y le han vuelto aquellos dolores que tan pronto le daban en la espalda, en el estómago o en una rodilla.

Pero cuando Daniel Otero entra en el cuarto a visitarle y a charlar con él, le encuentra con muy buen aspecto. Quizá tenga razón el médico de la residencia y sólo necesite algo de reposo.

—Le advierto, Galván, que a mí me vienen muy bien estos días sin ensayar. Porque estaba ya un poco harto de echarles piropos a las viejas que usted ha elegido.

—¿Sabe lo que pasa? Que a usted no le va el teatro de los Wntero. Lo noté el primer día.

—*Mañanita de sol* sí me va.

—Porque ésa es más lírica.

—Tiene usted razón.

—En cambio, yo lo domino. Y no sólo lo he hecho en mis comienzos, cuando iba en la compañía de mi padre, sino años después. Cayetano Luca de Tena iba a montar *El genio alegre* en el Español y retrasó el estreno un año porque sin que yo hiciera el Lucio no se atrevía a levantar el telón; y como yo tenía otros compromisos... Fue cuando estuve en el Festival de las Naciones, de París, haciendo el protagonista de *La venganza de don Mendo*.

Yo en París nunca he estado —reconoce Daniel Otero—. Aunque en cierta ocasión, hace ya años, estuve a punto de ir con la compañía del teatro María Guerrero a hacer *El castigo sin venganza*, de Lope de Vega.

—En ese teatro le vi yo a usted *Macbeth*. ¡Qué interpretación tan prodigiosa!

—No. *Macbeth* lo hice en el Teatro Español.

—No señor. En el María Guerrero, lo recuerdo muy bien. Y, además, ahí está en los recortes, en las maletas. Si quiere buscarlo...

—Pero, Galván, por favor, ¿cómo va usted a recordarlo mejor que yo?

—Abra, abra las maletas y busque. Seguramente está en la primera, la de la derecha; pero abra las otras también, por si acaso.

Por no excitar al enfermo, el viejo y eminente actor abre las maletas. Se queda estupefacto. Hay miles de recortes en cada una. En confusos montones, revueltos, algunos arrugados, otros hechos pedazos, los hay que son páginas enteras y otros casi milimétricos. Alza la mirada Otero hacia su compañero de profesión.

—Pero aquí... es imposible...

Carlos Galván le comprende y se lamenta:

—Sí, tiene usted razón, están todavía un poco desordenados. Quise convencer al ebanista de que me ayudara, pero se negó. Es muy vago y tiene poco interés por el arte, la cultura. Si estuvieran ordenados le habría dado a usted el gusto de releer las críticas que le dedicaron cuando *Macbeth*. ¡Qué críticas! ¡Y qué merecidas! ¿Las recuerda?

—Recuerdo algunas. Como recuerdo que fue en el Español. El enfermo sonríe, condescendiente, seguro de sí mismo.

—Bueno, como usted quiera. Reconozco que tengo fallos de memoria. Yo, de Shakespeare, fíjese usted, nunca hice nada.

—Era mi especialidad.

Ya, ya lo sé. Pero yo lo clásico lo he tocado poco. A lo más que llegué fue a unas cuantas representaciones de *El avaro*, de Moliere.

Manifiesta una grata sorpresa el genial Otero.

—¿Usted ha hecho *El avaro*? Yo también.

—¡Vaya! En algo coincidimos. Y muy honrado, por mi parte. —Siempre fue una de mis mayores ilusiones. Lo hice en Buenos Aires, con la idea de hacerlo luego en Madrid. Pero ¿sabe usted?, no me salía bien.

—¿Es posible?

—Se lo digo ahora que no nos oyen los empresarios ni los críticos: me faltaba vis cómica, yo lo notaba.

—Puede ser, puede ser...

Y Galván reprende a Otero como un maestro cariñoso a su discípulo predilecto:

—Porque en *Los piropos*...

Modestamente, agachando un poco la cabeza, promete Daniel Otero:

—Espero mejorar en los próximos ensayos.

Aparta la mirada Carlos Galván de su compañero, la deja vagar por la desconchada pared para evocar:

—Yo hice *El avaro* en París, en el teatro Sarah Bernhardt. Porque después de *La venganza de don Mendo*, los organizadores del Festival de las Naciones exigieron que al año siguiente yo interpretase un Molière. Lo dirigió Marsillach —¡qué hombre más

inteligente y más preparado, a pesar de su juventud!— que, en realidad, quería hacer el papel de Harpagon, pero como era condición del Festival que lo hiciera yo... Entraron a felicitarme Louis Jouvet, Charles Boyer, Jean Cocteau, Josefina Baker, Chevalier... ¡Todos, todos! No se puede imaginar qué éxito.

—Me hago una idea, porque el público de París...

—Ovaciones, bravos... Salidas y más salidas... Allí es costumbre que las damas lancen flores al escenario como prueba de admiración... Todo el suelo acabó cubierto de flores.

—En América el público también es muy efusivo.

—¡Mucho, mucho!

—Más que aquí, ¿no le parece?

—El de aquí es más frío que el de otras partes.

—No se puede decir, porque queda uno como un vanidoso que se lamenta, pero es así. En Buenos Aires, todas las veces que he ido a representar *Otelo* el público aplaudía minutos y minutos puesto en pie. Luego entraban al camerino los actores argentinos, los escritores, las fuerzas vivas... Y a la salida del teatro, una doble fila de admiradoras, aplaudiendo, pidiendo autógrafos.

—¡Exacto, exacto! Cuando yo hice allí *El alcalde de Zalamea* con Carlos Lemos ocurrió lo mismo. Las ovaciones eran más para Carlos, claro, porque no hay comparación entre personaje y personaje, pero la noche del estreno entraron en mi camerino, con un grupo de compañeros de profesión y de espectadores, dos productores a ofrecerme contratos para el cine. Me quedé allí haciendo películas.

—Yo he hecho muy poco cine.

—Porque no ha querido. Porque estaba usted siempre con su Shakespeare, sus clásicos...

—Puede ser.

—Por cierto, que lo de que me quedara haciendo películas en Argentina fue una tortura para mi amante de entonces, Mabel Gaynor, porque allí, cuando uno trabaja en el cine, los periódicos le inventan a uno aventuras amorosas sin el más pequeño fundamento. Y no había manera de convencerla de que eran inventadas.

Se acerca un poco más el gran actor a su compañero enfermo y le pregunta, con una chispa de picardía en el azul pálido de sus ojos:

—¿Y eran inventadas, Galván?

Contra lo que indicaba el diagnóstico del médico del asilo, la enfermedad de Carlos Galván se agrava en pocos días. Se agrava de forma alarmante. A pesar de los lenitivos, los dolores no cesan. Aumenta la opresión del pecho. Ha seguido sentándose a su lado Daniel Otero, para intercambiar recuerdos. Pero el viejo cómico no parece escucharle.

Hoy las viejas que hacen de mocitas andaluzas en el entremés de los Quintero se asoman apiñadas a la puerta del cuarto. En la cabecera del lecho están los amigos del cómico enfermo. Sor Martirio, Esteve, Salcedo, Daniel Otero le hablan, pero él no los oye.

—Galván, Galván —dice el músico—, ya he elegido lo que podemos poner de fondo para *Los piropos*, pero como a eso no le va bien el piano, he hablado con un amigo que toca la guitarra, y va a venir. Yo acompañaré *El puñal del godo*.

—Galván, para mi papel —dice el actor— se me ha ocurrido imitar a Miguel Ligeró, que hacía muy bien el acento andaluz. ¿Qué opina usted?

—Don Carlos, ¿es que no nos oye? —pregunta el ebanista.

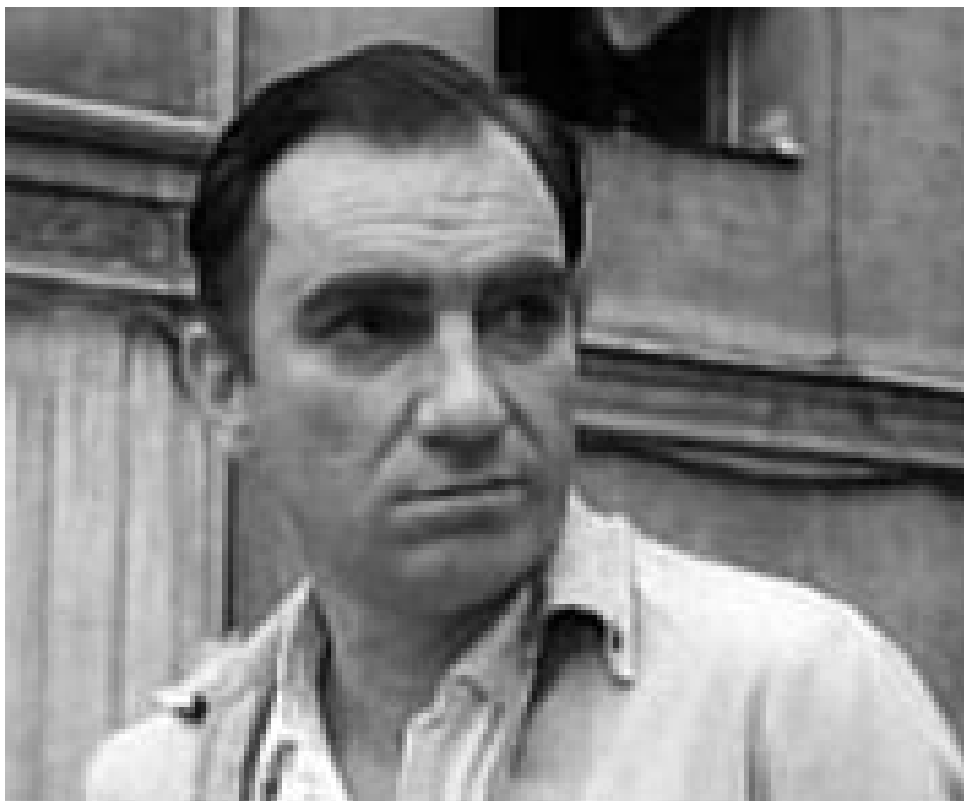
No los oye. O ni siquiera les escucha. En su mirada vacía se advierte que no les escucha. Está muy lejos...

Los caminos se entrecruzan, se revuelven sobre sí mismos antes de llegar a ningún lado. Son caminos para los pies, para las pezuñas, para los cascos, para las ruedas. Hicieron caminos de hierro y ahora han hecho también caminos en el aire. Aterriza en la llanura de La Mancha el avión que despegó del aeropuerto de Orly, aterriza junto al bar en que trabaja Vicentita, y está a punto de llegar a Méjico el viejo autocar destartado donde, atravesando el océano, viaja la compañía Iniesta-Galván. En el cuartucho de la posada le dice al cómico su hijo el zangolotino: «Yo no le llamo de usted porque es mi padre, sino porque no le conozco», y el cómico agonizante le escucha allí, sobre la almohada del asilo. Allí escucha la voz de su prima Rosa: «Pues aunque no me necesites, me vas a tener para siempre, para siempre. Porque yo sí te necesito. Ya lo sabes, apréndete esta palabra: siempre», Con sus bultos al hombro van por el camino, cruzándose con los cómicos y saludando al pasar, el Generalísimo Franco y el presidente Kennedy, que viene en visita oficial. Al llegar Carlos Galván a la suite con ventanales que dan al mar, la *starlet* Mabel Gaynor se abre de piernas y Greta Garbo le ofrece una copa de champán. A lomos de un viejo incunable, Maldonado viaja feliz a los infiernos. Ve el jubilado cómo mueve los labios el ebanista. Puede hacer un esfuerzo para verlos mejor, mueve la cabeza hacia ese lado, pero no quiere, prefiere quedarse allí lejos, donde van a condecorarle con la Legión de Honor francesa, y después marcharse a mear al patio de la posada, porque sabe que al abrir la puerta del retrete aparecerán ante él las playas de Acapulco. «Somos vagabundos», le dice Juanita Plaza. Va cerrando los ojos. Ya no tiene dolores, porque un peso suavísimo, consolador, se le ha posado en el hombro. Es la mano de una mujer. De una de las que tuvo. No sabe de cuál.

Se oye la voz del pregonero en los caminos, en las calles y plazas de los pueblos, en los *wagon-lits*, en la penumbra de los escenarios vacíos después de levantar los decorados, en los patios de butacas, en los grandes hoteles de Cannes, Buenos Aires, París, en los cafés de cómicos, en los platós, en las casas de putas, en las fondas de

las estaciones, en los vagones de tercera, en los aviones, en las pensiones de los barrios bajos. Se oye la voz del pregonero:

—¡Hoy, a las seis y media de la tarde, en la residencia de ancianos San Carlos Borromeo, ha fallecido el cómico Carlos Galván! ¡Se suplica a cuantos le han conocido que tengan para él un piadoso recuerdo!



FERNANDO FERNÁN GÓMEZ. Nombre artístico de Fernando Fernández Gómez, (Lima, Perú, 28 de agosto de 1921 - Madrid, 21 de noviembre de 2007), fue un escritor, actor, guionista, director de cine y de teatro español. Nació en Lima, Perú, en 1921, pero pronto le inscribieron en el registro de Buenos Aires. En 1984 le fue concedida la nacionalidad española. Con apenas unos meses, volvió a España y, tras acabar el bachillerato, empezó sus estudios de Filosofía y Letras, que tuvo que abandonar ante el comienzo de la Guerra Civil. Al finalizar el conflicto, empezó a trabajar en un par de compañías de teatro hasta que, en 1943, obtuvo su primer papel cinematográfico. Ese mismo año inició sus trabajos como doblador de películas y en la radio. A partir de entonces, su carrera actoral se intensificó con largometrajes como *El espíritu de la colmena*, *El anacoreta* o *Mamá cumple cien años*. Hombre polifacético, Fernán-Gómez también supo ponerse detrás de la cámara. Así, ha rodado títulos como *La vida por delante*, *El mundo sigue* o *El extraño viaje*. Su labor ha recibido merecidos premios, como el Príncipe de Asturias de las Artes, varios Goyas y Osos de Plata. Entre su producción narrativa destacan obras como *El mal de amor* o *La Puerta del Sol* y una autobiografía, *El tiempo amarillo*. En la década de los noventa ha participado en títulos tan importantes como *Belle Epoque* y *El abuelo*. Actor, director y escritor, Fernán-Gómez es miembro de la Real Academia Española desde 1998.